Deja escribir al tiempo
ROSA DÍEZ-URRESTARAZU
NOVELA HISTÓRICA

Índice

Dedicatoria
En el notario
PRIMERA PARTE
Germán
Realidades
Entre lienzos
Conociendo a Aurora
Una casa de pueblo
Abril de 1933
Gure Ametsa
Pinceladas de un deseo
Junto a la playa
Destello de bayonetas
Sueños rotos
La huida
El hombre del farol
Muerte de inocentes
SEGUNDA PARTE
A lomos de un caballo
Otros cántaros
En medio de la nada
Misa de domingo
Buscando a Mattin
¿Dónde está mi hija?
Cartas cruzadas
Le confieso, don Pascual
A corazón abierto
Cuando habla el miedo
El Carnicero de San Sebastián
Frente a la realidad
¿Por qué?
De vuelta a casa
TERCERA PARTE
Aurora y yo
Pasados y futuros entre sí
Confidencias
Caminos de paz
Otra nueva vida
Epílogo. Deja escribir al tiempo
Nota de la autora
Créditos

A Mikel e Iñigo Xabier.
A mis padres, que siempre vivirán en mi corazón.

En el notario

Nadie mejor que Ignacio para ayudarme con una cuestión tan misteriosa, pensé. Así que me dirigí a su despacho, en la avenida de la Libertad para entregarle el documento certificado que acababa de recibir. Se trataba de un requerimiento notarial que hacía referencia a una propiedad de la que jamás oí hablar en mi familia, y menos aún de aquella aldea perdida en medio de la nada.

—De momento, no hables con tu padre de esto. Esta tarde llamaré a Leandro y a ver qué consigo averiguar —me dijo con el afecto de siempre.

Leandro era el notario de la cabeza de partido a la que pertenecía Castilfrío de la Cebollera, ese pueblo que logré ubicar en el mapa, no sin esfuerzo.

—Somos de la misma promoción. Preparamos juntos las oposiciones a notaría. Así que no te preocupes, Coro. Me encargo yo de todo. Es un buen tipo.

Con Ignacio pude explayarme de manera franca, sin rodeos, porque yo, en ese momento, lo que más necesitaba era alguien que me escuchara, con la seguridad de que todo quedaría tras las paredes de aquel despacho presidido por una mesa rectangular de roble envejecido, en la que se apilaban, debidamente ordenadas, escrituras, poderes, requerimientos, aparte de mucha documentación relacionada con las distintas empresas a las que él representaba en consejos de administración.

El azar había querido, además, que Ignacio conociese a quien solicitaba mi presencia en aquella comarca castellana. Saberlo me dio seguridad.

Yo vivía en la cuarta planta de un edificio de estilo neogótico catalán, ubicado en el paseo de Salamanca. Desde mi casa podía contemplar la mar en días embravecidos de lluvia y viento, que eran los que más me gustaban en invierno, cuando durante la pleamar las olas rompían con saña tanto en el puente del Kursaal como en el espigón que se construyó a finales de los ochenta para ampliar la playa de la Zurriola. En la vivienda, que ocupaba toda la planta del edificio, se respiraba historia.

Al morir la abuela Elena, mi madre quiso que a partir de ese momento el tiempo se detuviera allí, que todo siguiera como cuando ella vivió, algo que seguí respetando. Hasta la cornucopia en la que cada mañana, antes de salir de casa, me miraba para comprobar que el brillo con el que cubría mis labios que destacaban sobre la piel sonrosada de mis mejillas estaba correcto.

—Trata de no pensar en ello. Olvídate por unas horas. —Me sonrió con cierta complicidad Ignacio.

—Lo intentaré, aunque no sé si podré conseguirlo.

Estaba tan angustiada que no pude pegar ojo en toda la noche.

Desde que recibí aquella comunicación me sentía bastante desazonada.

Descubrir, a punto de cumplir cuarenta y tres años, que tu madre y tu abuela esconden un pasado desconocido para todos es una experiencia terrible con la que resulta extraordinariamente difícil convivir en silencio. Si, además, ambas están muertas y no puedes preguntárselo, todavía más. En el camino te das cuenta de que el mundo emocional a partir de ese momento queda lastimado para siempre, a pesar de los esfuerzos de mi padre, al que tengo que agradecer el infinito amor con el que siempre crecí a su lado.

Para Ignacio, mi adorable amigo notario, todo aquello también fue, en parte, una sorpresa.

Cuando murió nuestra madre, en su testamento no hizo distinción alguna entre mis dos hermanos y yo. Tan solo me benefició en el reparto de las joyas.

—Voy a confesarte algo de lo que no debes hacer uso.

Aquellas palabras de Ignacio, todavía acrecentaron más mi desazón.

—¿Tiene que ver algo con esto?

—Si te lo cuento es porque creo que ahora es el momento.

Ignacio bajó aún más el tono de su voz, que ya de por sí solía ser bajo. Ambos estábamos sentados alrededor de una pequeña mesa redonda que tenía en una de las esquinas del despacho, justo al lado del ventanal. Se acercó un poco más, hasta casi estar muy próximo a mí.

—Verás —hizo una pausa—, Juncal, tu madre, me entregó un manuscrito cuando supo que su muerte estaba cerca para que yo lo certificara.

En ese momento, no pude evitar un estremecimiento.

—¿Qué dice ese manuscrito?

—Está relacionado con su nacimiento. —Ignacio guardó silencio unos segundos, antes de continuar y mirarme a los ojos fijamente. Su semblante se tornó serio—: Juncal no era hija de Elena ni de Manuel Argaña, sino de Juan Domingo Oyeregui y Maialen Epalza. Es una historia extraordinariamente complicada, Coro.

Tuve la percepción de ahogarme por momentos. El corazón comenzó a palpitarme a gran velocidad, mientras un sudor frío estaba empapando todo mi cuerpo.

—¿Cómo es posible? —Ni siquiera podía tragar casi la saliva.

—Sospecho que quien te busca es parte de su familia biológica. —Ignacio prefirió hacerme participe de semejante revelación en una sola frase. De golpe.

Sentí las manos heladas, a pesar de que hacía un calor asfixiante por la calefacción tan alta del despacho. Semejante impacto acababa de echar por tierra mi origen. De pronto estaba preguntándome quién era yo en realidad. No era capaz de articular palabra alguna.

¿Cómo podía sucederme a mí algo así cuando la vida me sonreía sin límite? Estaba a punto de casarme con Germán, la cuenta de resultados de la empresa estaba arrojando unos beneficios históricos tras la internacionalización de la división alimentaria, cuando aquella notificación trastocó toda mi realidad hasta entonces. Comenzaba a amenazarme una crisis de identidad.

El documento manuscrito que mi madre depositó en la notaría de Ignacio recogía datos reveladores sobre un proceso de adopción irregular.

—¿Cómo la recuerdas? —me preguntó él con cariño.

—Como la mejor madre del mundo. Siempre estaba pendiente de mí —le contesté con una nostalgia contenida, mientras sentía que se me nublaba la vista.

Cuando estoy triste, cierro los ojos y percibo algo así como el olor de su piel, probablemente la colonia que ella usaba. Le gustaban los perfumes caros que compraba en Francia. Pero, sobre todo, recuerdo sus abrazos, el amor, esa ternura con la que hacía que siempre me sintiera protegida, segura.

La revelación de Ignacio me llevó a un pasado en el que estaba intentando recobrar las vivencias que guardaba en mi cerebro.

Fue una mujer extraordinaria, de la que nunca oí una regañina, y todavía siento que se me humedecen las mejillas, cuando me ataca la soledad en mi despacho, al pensar en lo importante que es la figura de una madre, no solo en la infancia, sino en cualquier etapa de nuestra vida. Hasta el fin de nuestros días.

Es entonces cuando la melancolía se apodera de mí, y cierro los ojos para viajar en el tiempo tratando de sentir la fina y aterciopelada piel de la palma de su mano acariciando mis mejillas, mi carita diminuta fundiéndose entre las yemas de sus dedos. En ese momento siento que mi madre sigue ahí conmigo, protegiéndome y mimándome como nadie lo ha vuelto a hacer desde entonces.

A pesar de la madurez, mi corazón continúa siendo el de aquella niña pequeña que se dormía con la manita entrelazada a la suya.

—Cuando ella se fue, me quedé huérfana para siempre.

Ignacio no supo qué contestarme.

Que a mi edad le dijera algo así le sorprendió.

Al salir de la notaría intenté olvidarme de todo aquello, pero me resultaba imposible. Eran poco más de las diez de la mañana. Tenía por delante una jornada realmente intensa a la vez que complicada. Me disponía a conducir durante poco más de una hora hasta Bilbao para concretar los detalles del nuevo espacio gastronómico *gourmet* que íbamos a abrir en Colón de Larreategui, muy cerca de la alameda de Recalde, a pocos metros también del Museo Guggenheim.

Tras la muerte de mi madre dejé de ser aquella persona risueña que contagiaba alegría allá por donde pasaba. Parte de mí murió con ella. Fue el mayor golpe de mi vida del que jamás logré recuperarme. No me quedó más remedio que aprender a convivir con su ausencia, mientras me convertía en otra persona, más pausada, hasta cierto punto calculadora, pero sobre todo absolutamente pragmática. Los sueños me abandonaron para siempre cuando tuve frente a mí su féretro.

Hasta aquel dolorosísimo momento en el que ella nos dejó, mi vida transcurría sin sobresaltos. Disfrutaba de una familia feliz, a la vez que completaba mi formación en las mejores universidades europeas. Con un hermano numerario del Opus Dei en Pamplona y otro galerista en Berlín, Esteban, mi padre, se encargó de formarme a su imagen y semejanza para que en la internacionalización del negocio familiar no hubiera fisuras.

—Tú serás quien llevará el timón pronto —me dijo cuando obtuve la licenciatura en Economía.

PRIMERA PARTE

Germán

Mi padre nació en Elantxobe, ese pueblecito mágico que parecía colgado de una atalaya, donde la vista del mar hechizaba a quien lo contemplaba desde el mirador situado junto a la única parada del autobús interurbano que hoy existía. Era tal la pendiente y sus callejuelas eran tan estrechas, que los vehículos apenas podían transitar por unas cuantas calzadas. No existía en todo el País Vasco un pueblo pesquero tan pintoresco como aquel, protegido por el cabo Ogoño, entre Lekeitio y Bermeo, del que mi padre salió camino de la universidad.

Como primogénita, desde que nací, él tuvo la intuición de que yo, y ninguno de mis dos hermanos, iba a ser la heredera del negocio familiar. Ya de pequeña despunté no solo por mi expediente académico, sino también por la facilidad con la que resolvía cualquier problema que se presentara. Así que cuando tuve que decidir, no dudé de que iba a decantarme por la economía. Parecía que yo también había nacido para ello.

—Entonces, estudiarás en la Comercial.

Mi padre no tuvo que esperar mucho para que le contestara lo que él quería oír:

—No te decepcionaré.

Efectivamente, mi expediente académico no tenía nada que envidiar al suyo, puesto que, aunque me dé cierto pudor confesarlo, también fui número uno de la promoción, como él. Además, obtuve el Premio Extraordinario Fin de Carrera, algo que le hizo inmensamente feliz.

—Me has superado, y ese es el mejor regalo para un padre, hija mía. —Hombre poco dado a manifestar sus sentimientos, aquella vez, sin embargo, percibí cómo se le humedecieron los ojos mientras lo decía.

De esa forma vio cumplido el sueño que había acariciado desde que fue padre por primera vez: que alguno de sus vástagos estudiara en las mismas aulas que él, cuando dejó su Elantxobe natal para abrirse camino en el mundo.

Aunque nunca hizo comentario algún sobre ello, yo sé que él hubiera preferido que alguno de mis dos hermanos tomara las riendas de la empresa solamente por el hecho de ser hombres.

Por unas horas intenté olvidarme de las obligaciones empresariales, porque, a pesar de lo que Ignacio acababa de revelarme, también me aguardaba el amor junto a Germán, a quien decidí dejar al margen de aquella misteriosa notificación.

—Por el momento, tampoco hables de esto con él. —Ignacio consideró conveniente que mantuviera en secreto todo aquello.

Cada día, yo convivía con decenas de asuntos por resolver en el despacho, como la reunión que tendría en breve con los socios austriacos, para tomar una decisión definitiva sobre la creación de un *joint venture* con ellos. Si conseguía atar los detalles que nos interesaban a ambas partes, podríamos incrementar la cuota de mercado en el sector alimentario de la Europa central.

Esa era mi realidad, trepidante e intensa a todas luces; aunque fuera a contraer matrimonio en breve, eso no iba a cambiar para nada mi vida, porque continuaría trabajando al mismo ritmo frenético que hasta entonces, estando al pie del cañón diversificando las inversiones, pero sobre todo ampliando el negocio, ya que la maternidad no entraba en mis planes futuros.

Había invertido mucho tiempo, además de cantidades ingentes de dinero en investigación agropecuaria como para dejar ese sueño en manos de terceros.

Las primeras unidades de la producción del aceite de calabaza estaban a punto de salir al mercado, así que no podía decepcionar a la cooperativa del sureste de la región de Estiria, que tanto nos había ayudado a mi padre y a mí en el proyecto. Siendo la primera empresa española que estaba arriesgando por la cosecha de este tipo de aceite, el tan popular *kürbiskernöl* del país austriaco, quería comprobar personalmente qué grado de aceptación tenía entre los consumidores.

Obtener la primera cosecha en los campos navarros había sido una aventura arriesgada, porque todavía teníamos que depurar el proceso para extraer las pepitas. A los técnicos estirianos les gustó la cata del aceite, así que ahora solo nos faltaba involucrar a unos cuantos cocineros, para que promocionaran el consumo del nuevo producto que íbamos a poner a la venta con un precio muy competitivo.

—Es sano, sostenible y beneficioso para la salud. —No solo quise afirmarlo, sino que estaba absolutamente convencida de lo que decía.

En medio de toda aquella situación, casi me olvidé de la cena que Germán estaba organizando en Gure Ametsa, que significaba «nuestro sueño» en vascuence. Se trataba de una villa de veraneo que tenía su familia frente a la playa donostiarra de Ondarreta.

Construida a principios del siglo XX, mi prometido acudía allí con mucha más frecuencia desde que nos conocimos en una recepción institucional años atrás. Como algunas otras viviendas ubicadas en las calles adyacentes, su casa mantenía el estilo vasco original que tanto recordaba a un viejo caserío.

Antes de salir de casa me miré por última vez en la cornucopia que colgaba de una de las paredes de la entrada. Se trataba de un pequeño espejo antiquísimo de marco dorado bien tallado, en el que mi abuela Elena, a la que vagamente conocí, solía ajustarse el sombrero. Fuese del todo cierto o no, al menos era lo que había llegado hasta mis oídos, porque me gustaba recordar el significado de cada una de las piezas que configuraban la decoración de aquella casa llena de historia, en la que vivía con mi padre.

Ahora no se llevaban los sombreros tanto como antaño; si acaso en los desapacibles días de lluvia cuando el frío se sumaba a la humedad de la costa, podían verse por el paseo de la playa cabezas cubiertas con gorros impermeables en tonos oscuros.

Sin embargo, sí que seguía existiendo Ponsol, la sombrerería de la que fue clienta distinguida mi antepasada. Continuaba en el mismo local de la calle Narrika, esquina con la plaza Sarriegui desde que su fundador de origen francés se instaló en San Sebastián, a finales de los años treinta del siglo XIX. Detrás de aquel mostrador de madera ligeramente desnivelada donde parecía haberse detenido el tiempo, casi doscientos años después, continuaban embelleciendo la estancia las mismas vidrieras originales de los armarios empotrados, en los que se exponían nuevos sombreros bien colocados.

Algunos de ellos reposaban sobre percheros individuales que estaban destinados a las piezas más exclusivas, como las últimas creaciones en lana de diseñadores vascos o las famosas boinas Elosegui de Tolosa, de colores vivos en contraste con las legendarias negras o azules que lucían desde hacía mucho tiempo los donostiarras.

En una de las habitaciones de la parte interior de mi casa, seguían habitando, bien protegidos en cajas de cartón grueso, algunos de los tocados más espectaculares que lució mi abuela durante los años treinta y cuarenta. Para una ocasión tan especial, esta vez quise recuperar uno de ellos. Ahora que estaba en pleno auge lucir accesorios *vintage*, qué mejor que adornar mi melena castaña clara con un pequeño detalle floral confeccionado en pedrería que, sin duda, daría un toque de originalidad al vestido que habían diseñado para mí en un atelier de alta costura de la capital vizcaína. Con ese gesto quería, además, sorprender a Germán, que, como buen bilbaíno, estaría orgulloso de que yo, en una velada tan especial, luciera una creación de un diseñador al que precisamente él conocía.

A pesar de que acababa de abrir la puerta de la calle para marcharme, volví a mirarme en la cornucopia para comprobar que mis ojos destellaban esa luz que solo podía proyectar el amor. Me sentía la mujer más feliz del planeta, después de una jornada de infarto.

Germán por fin había conseguido ser un hombre libre y nada nos impedía contraer matrimonio. ¿Por qué precisamente ahora tenía que haber aparecido esa misteriosa mujer en mi vida? Esa tal Aurora Quesada que requería mi presencia en el corazón de la España despoblada.

Al otro lado de la ciudad, en la parte más distinguida del barrio del Antiguo, Germán supervisaba que todo estuviera a punto para nuestro encuentro. Ambos adorábamos cocinar en nuestro tiempo libre, y esta vez decidimos poner fecha al enlace en su casa familiar, sin ojos indiscretos que nos observasen en cualquier restaurante de lujo.

—Este será nuestro futuro hogar —me dijo en más de una ocasión.

—No estoy muy segura de querer moverme de mi casa. —De ese modo intentaba provocarle, aunque Germán sabía perfectamente que, a mí, aquella vivienda de proporciones enormes, rodeada de un jardín impecablemente cuidado en el que habitaba un acebo espectacular, me gustaba mucho.

—Siento una energía especial, como si hubiera vivido aquí en algún momento.

—A lo mejor en una vida anterior fue tu morada. —Germán se rio al decírmelo.

A él le hacía feliz saber que cuando nos casáramos nuestro hogar estaría allí, frente a la playa de Ondarreta, aunque abandonar Getxo iba a costarle un poco.

—Te confieso que voy a echar en falta mis paseos por el puerto viejo y salir a navegar.

—Siempre podrás traer tu velero al muelle donostiarra.

—Si tú vienes de patrón, a lo mejor. —Hacía esas bromas porque sabía que a mí me daba cierto respeto la mar. Más el Cantábrico, por la bravura de sus aguas en días de tempestad. Por el contrario, navegar por el Mediterráneo sí que me relajaba cuando iba con aitá a Alicante.

De Germán me enamoró su mirada. Esa forma en la que solo observan las personas dotadas de una inteligencia extraordinaria como él. Poseía, además, una fina ironía con la que me cautivó desde la primera vez que lo vi en aquella recepción institucional navideña. Poco después, cuando ya habíamos comenzado una conversación algo bizantina, me fijé en su cuerpo atlético y en unos cabellos que comenzaban a teñirse de gris aun siendo joven.

—Creo que tenemos algo en común. —Su comentario me descolocó.

—No sé qué puede ser —le respondí, sorprendida.

—Ambos somos miopes. Yo creo que algo más que tú. —Fue suficiente aquella sonrisa ciertamente cautivadora que esbozó mientras pronunciaba la frase, para que desde aquel momento Germán dejase de resultarme indiferente.

Nadie hasta entonces había intentado ligar conmigo de aquel modo, manifestando una limitación común a ambos, en vez de pronunciar alguna cortesía o piropo manido como solía ser lo habitual. Lo sorprendente fue que ninguno de los dos llevábamos gafas, sino lentillas. Mientras que yo no las aprecié en sus pupilas chispeantes llenas de vida, él sí se dio cuenta de que las mías estaban protegidas por un fino hidrogel de silicona.

—La mirada de un miope siempre es mucho más atractiva. —Con esta frase ya acaparó toda mi atención definitivamente.

—¡No me digas! Entonces la mía debe de ser la más cautivadora de la sala. —Se lo dije mientras esbozaba una amplia y sincera sonrisa.

Desde ese momento, supe que aquel desconocido de altura envidiable, dotado de un cuerpo que rozaba la perfección, iba a tener algún espacio en mi vida. Lo que no imaginé es que, aparte de compartir la miopía, tuviéramos una debilidad común: el culto a la gastronomía.

Con la ayuda de Bernardina, una vieja sirvienta extraordinariamente trabajadora y competente que vivía todo el año en la vivienda, Germán se aseguró de que no faltase ningún detalle. Ni siquiera las rosquillas de anís tan populares en toda la ciudad, que elaboraban las carmelitas descalzas bajo la firma comercial El Rosario.

Las pocas monjas que hoy quedaban en la congregación seguían viviendo en la subida al castillo de la Mota, junto al camino que transcurría entre la basílica de Santa María y la sociedad gastronómica Gaztelubide. Algo lúgubre e inhóspito en días de lluvia, cuando por el musgo de una de sus fachadas goteaba constantemente el agua que llegaba desde la ladera del monte Urgull.

El acceso a la edificación también se teñía de un halo ciertamente misterioso. Al abandonar el camino que continuaba monte arriba en zigzag, había que subir casi un centenar de escaleras demasiado empinadas a la izquierda de la calzada, hasta alcanzar la entrada principal. De frente, la puerta de la iglesia; a un lado, la hoja de madera que daba paso a un pequeño recinto empedrado donde un enrejado separaba a las religiosas del mundo. Discretamente situado, el torno de madera en el que fueron depositados tantos bebés continuaba en el mismo lugar donde lo instalaron durante la construcción del convento. Envejecido con los años, había cambiado

de función, pues su uso ahora se limitaba a la entrega de la repostería que vendían entre los clientes habituales. Me enorgullecía ser una de las más fieles. Desde muy pequeña solía acudir con mi madre a comprar todo tipo de bollería, además de los «aritos», como yo llamaba a mi dulce favorito.

Esas rosquillas, que se hicieron famosas durante la década de los sesenta, cuando al parecer recaló en la abadía una monja pastelera, tenían un sabor especial que iba más allá del anís. Yo estaba convencida de que añadían algún otro tipo de alcohol, que bien podría ser algún vermú francés como La Quintinye o unas gotas de vino de Jerez.

Ya de mayor, por más que intenté averiguar qué ingrediente secreto escondía la masa de aquellas rosquillas, no conseguí que ninguna monja me lo revelase. Sí recuerdo a una religiosa, anciana, de piel lechosa salpicada de pecas, que siempre tenía alguna bolsita de más para mí en la que había unas pastas de chocolate que no vendían.

—Estas las hago solo para ti —solía decirme con una sonrisa que, al esbozarla, planchaba la rugosidad de su labio superior mientras me observaba con una mirada azul que nunca olvidaré.

También me llamaba la atención una cruz que lucía sobre el hábito. Era totalmente distinta a la que llevaban las otras monjas. Se trataba de una cruz griega rodeada por otras cuatro cruces de la misma forma, pero de mucho menor tamaño. Para la mayor se había utilizado una aguamarina, mientras que el resto de la composición estaba realizada en plata repujada.

En cualquier caso, si algo hizo famoso al convento de Santa Teresa fueron los dulces El Rosario, la marca con la que continuaban comercializando todas las variedades que se elaboraban en su obrador de pastelería. Por su torno, que hacía de mostrador, cada día salían decenas de porciones de natillas, fuentes rebosantes de arroz con leche, además de bizcochos insuperables de todos los sabores. Las monjas de clausura trabajaban el chocolate como ninguna otra pastelería en San Sebastián, lo que les granjeó alguna que otra envidia en el sector, aunque en realidad no suponían competencia alguna, ya que únicamente trabajaban de forma artesanal.

—Estás en todo, Germán. Son mis rosquillas favoritas, especialmente a la hora del desayuno. —Ese detalle me conmovió, porque recordé mi infancia lejana.

Sobre la mesa ya estaban las rosas recién cortadas del jardín, que él mismo minutos antes había seleccionado entre varios rosales de distintos colores. Para una cena tan especial, sobre el mantel de lino minuciosamente bordado a mano con vainicas, apliques y puntillas de

motivos florales, colocó la vajilla que solo se utilizaba en ocasiones excepcionales como esta.

Se trataba de una porcelana pintada a mano. En cada pieza podía apreciarse el trazo de un pincel finísimo con el que alguien coloreó cada hoja de acebo que unía dos iniciales: M. E.

Me llamó poderosamente la atención no tanto el diseño antiguo, sino el hecho de que cada plato fuese único, ninguno igual a otro; porque en todos había un pequeño detalle que lo diferenciaba de los demás.

—Es una vajilla preciosa.

—Gracias, pertenece al legado de la familia.

—Debe de ser muy antigua. Está pintada a mano.

—La verdad es que no sé cuántos años puede tener, pero yo siempre la he conocido en esta casa.

—Y estas iniciales, ¿a quién pertenecieron?

Germán se encogió de hombros. Desconocía quién pudo ser M. E. Si correspondería a una persona, o al enlace matrimonial de algunos antepasados, pero tampoco le importaba.

—No tengo ni idea. Pero me alegro de que te guste. Siempre ha sido la vajilla del abuelo.

—¿Ah, sí? Cuéntame. Me encantan las historias de familia. Sobre todo, si encierran algún secreto.

—Creo que no voy a tener otro remedio que fabular.

Ambos sonreímos de forma algo pícara.

—¿Quién fue tu abuelo? Debió de tener un gusto exquisito para encargar una vajilla como esta. —Me picaba la curiosidad por conocer la historia de unas piezas tan hermosas como originales.

La chimenea francesa de enormes proporciones que presidía el rincón del salón donde ambos estábamos cenando albergaba una llama lo suficientemente intensa como para que iluminara la mesa donde la porcelana seguía siendo testigo de un amor tan vivo, como las lenguas de fuego que emergían de los troncos chisporroteantes de encina y roble.

—Fue un hombre recto, como buen militar.

German no le estaba dando importancia a aquella colección de piezas únicas que a mí, en cambio, me tenían maravillada y en la que estaba disfrutando mucho más de la cena servida en aquellos platos tan exclusivos que si hubieran depositado las viandas sobre cualquier vajilla moderna.

Me dio la sensación de viajar en el tiempo. Tampoco sabía muy bien a qué tiempo, pero aquella porcelana decorada de forma tan delicada tenía que haber sido diseñada por las manos de una mente

realmente sensible y creativa.

—Dejémonos ahora de platos, que a fin de cuentas son solo eso. —Se levantó para invitarme a que yo hiciera lo mismo—. Ven conmigo. —Me cogió por la cintura hasta alcanzar la repisa de la chimenea tallada en mármol, sobre la que antes de que yo llegara Germán depositó el regalo que ahora iba a darme.

La seda azul cobalto del vestido a media pierna que yo lucía ahora brillaba con luz propia junto al fuego. Ajustado a la cintura, el escote palabra de honor dejaba al descubierto la piel lechosa de mi cuerpo, que Germán deseó como yo el suyo, desde el lejano día en que nos conocimos.

Fue un amor a primera vista. Ese flechazo tan difícil de creer, aún ocurría de vez en cuando entre personas que no buscábamos aventura alguna.

—Ábrelo.

Después de tantas turbulencias a lo largo de un día tan intenso como agotador, aquella noche parecía estar por fin destinada a sellar el amor entre ambos que durante años no resultó fácil. Porque la nuestra había sido una relación extraordinariamente compleja, salpicada de idas y venidas, tanto de inseguridades como de tensiones innecesarias hasta que tomó la decisión de separarse.

Como buen científico, Germán era un hombre analítico, equilibrado, demasiado cartesiano quizá, pero también dotado de una gran sensibilidad que ocultaba tras una mirada de intelectual, de la que me enamoré desde el momento en que nos conocimos.

Durante unas horas conseguí olvidarme de Aurora Quesada. Habíamos hecho el amor casi hasta el amanecer en una habitación que sería la nuestra una vez casados. Amplia, con un balcón y una ventana que daban a la fachada principal desde donde podía verse el acceso a la vivienda, el dormitorio de Germán fue en su día el de sus abuelos, los primeros propietarios de la casa, según me contó.

Acurrucada junto a su cuerpo, no pude evitar mirar la sortija que me acababa de regalar en señal de nuestro amor. Era lo único que llevaba puesto; el resto de las joyas que lucí durante la velada ahora se encontraban sobre la mesilla de noche donde las deposité antes de acostarnos.

Germán ya dormía plácidamente mientras yo intentaba conciliar el sueño, pero ese requerimiento notarial que le había entregado aquella misma mañana a Ignacio no me dejaba descansar.

Realidades

Pronto descubrí la adrenalina que generaba mi cerebro diseñando estrategias para que la empresa siguiera creciendo. Cursar un posgrado en la escuela de negocios de Glasgow, fue todo un acierto para entender mejor el complejo mundo empresarial.

—Me está llegando la hora de irme a Marbella a tomar el sol y navegar por el Mediterráneo.

Más que un deseo, se trataba de una frase recurrente con la que mi padre me provocaba para que me tomase en serio el asunto de llevar sola las riendas del grupo. Aunque no se lo confesase, yo también disfrutaba haciendo negocios como él. Ahora me gustaba mucho más el *business* que enfrascarme en textos de Fromm, aunque mi afición a la filosofía sí que me estaba resultando útil a la hora de construir el relato de la empresa.

Con un ojo en la pantalla de su smartphone y otro mirándome de reojo mientras fumaba un Cohíba Lancero sentado en la butaca de su despacho, a mi padre lo que más le gustaba era confirmar que cuando él no estuviese, todo quedara en manos de la familia.

—Tienes que pasar por el despacho de Ignacio a firmar algunas cosas que te he dejado preparadas.

Tanto él como yo acudíamos con cierta frecuencia por la notaría de Ignacio. Algunos de nuestros clientes eran asiáticos y nos exigían determinadas peculiaridades legales para las que teníamos que certificar decenas de documentos. Así que, con el paso del tiempo, Ignacio se fue convirtiendo en uno más de nosotros. Detrás de su mesa de trabajo apenas destacaba su sempiterno traje, a veces gris marengo, otras, azul cobalto, y el nudo Windsor de su impecable corbata Loewe de seda italiana que le daba cierto aire de *gentleman* que tanto gustaba a las señoras maduras.

Para mí, por el contrario, Ignacio resultaba infinitamente más atractivo con unos Levis desgastados y calzando alpargatas con suela de cáñamo como solía verlo al caer la tarde, de camino al puerto deportivo donde tenía atracado su velero. La vida tampoco había sido fácil para él. Ahora el mar solía ser un refugio en el que disfrutaba, lejos de un despacho gris como el de todos los notarios, donde guardaba las distancias con pasantes, secretarias y abogados a los que realmente apreciaba, ya que con el paso del tiempo se fueron convirtiendo casi en una segunda familia para él.

Teníamos la suficiente confianza como para hacernos ambos ciertas confidencias. Sabía que su mujer murió en un traumático accidente de circulación. Se casó de nuevo pasados los cuarenta, pero

su segundo matrimonio fue tal fracaso que no acostumbraba a hablar de ello.

Habían transcurrido diez años desde entonces, pero Ignacio continuaba viviendo solo y sin pareja estable. Su único hijo, fruto del primer matrimonio, estudiaba también Derecho, pero no le interesaba en absoluto la notaría, sino la política.

—Me temo que voy a terminar yendo a mítines camuflado y con gorra americana —me contestaba cuando le preguntaba por Álvaro—. Y lo que es peor, ayudándole a salir de todos esos líos reivindicativos en los que se mete —decía resignado.

Que su único hijo fuera tan revolucionario era algo que Ignacio no llevaba bien.

—Es joven —le decía yo—. Cuando tenga nuestra edad será un conservador de salón. —Yo intentaba como podía quitar hierro a los artículos comprometidos que Álvaro publicaba en varios diarios digitales, siempre que veía a Ignacio encrespado por ello—. Tiene muy buena oratoria. Es brillante también cuando escribe, no lo niegues.

Muy a su pesar solía asentir con un ligero movimiento de cabeza ante mis comentarios.

No podía confesarle a su hijo que él también fue de izquierdas cuando estudiaba en la Universidad Complutense. Que era quien se encargaba de organizar en el colegio mayor reuniones clandestinas junto a Leandro, mientras el dictador agonizaba en El Pardo.

A pesar de la edad, seguía conservando cierto espíritu social desde una notaría en la que disfrutaba con su trabajo. A nosotros nos resolvía muchos asuntos y no dudo que a mi madre también le asesoraría con gran criterio cuando iba a verle. Siempre lo consideramos una persona de sentimientos nobles, además de una calidad humana fuera de lo común. Cuando me habló de mi madre, viajé en el tiempo para empezar a recordar un pasado en el que fui realmente feliz. A pesar de todos los años que habían transcurrido, en ocasiones sentía que mi madre continuaba allí, en algún lugar de la casa, esperando a que yo llegara y le diese un beso. Mi corazón continuaba siendo el de aquella niña que se dormía con la manita entrelazada a la suya.

Tras su muerte relativamente repentina, me quedé rodeada de hombres: mi padre, mis dos hermanos pequeños, y el tío Josetxo, un juerguista sin igual que solo se ocupaba de la empresa cuando necesitaba víveres para organizar comidas o cenas en la sociedad gastronómica de la que era presidente. Llegó a San Sebastián al amparo de mi padre, cuando los *aitites* (abuelos en euskera vizcaíno) fallecieron en Elantxobe.

—Ya sabéis que en este país no se cierra ningún negocio antes de reunirse en torno a una buena mesa.

Porque el hermano de mi padre siempre trataba de justificar sus parrandas.

Solía divertirme mucho con sus andanzas que luego, contándolas en la sobremesa, magnificaba y actuaba para darles más emoción, enfatizando casi cada palabra. Tenía una medio novieta tan parlanchina y bebedora como él, de la que tuvimos noticia poco antes de que falleciera. Ajenos a sus escarceos amorosos, nos sorprendió sobremanera saber de su existencia.

—Decidle a Pepita que venga a verme. —Aun estando moribundo, conectado al oxígeno mientras le transfundían sangre, tuvo la suficiente lucidez como para implorarnos su presencia.

Tanto a mi padre como a mis hermanos y a mí nos sorprendió la petición, porque ninguno de nosotros conocíamos a la tal Pepita. Rubicunda, tan entrada en carnes como salerosa, cuando la vi entrar por la puerta de la habitación del hospital, no tuvo que identificarse. Vivía en una de las casas de los antiguos pescadores del puerto donostiarra. Hija y hermana de rederas, Pepita, a pesar de su aspecto francamente vulgar, era una mujer refinada que estudió peluquería en una buena academia francesa. Resultaba desconcertante que no hubiese mejorado su aspecto estético habiendo pasado varios años en París trabajando en reputados salones de belleza.

Todo esto lo supe durante los largos días de hospital en los que coincidí con ella mientras el tío Josetxo agonizaba intubado.

Una tarde, cuando salíamos ambas de la unidad de cuidados intensivos, me dijo de pronto:

—Conocí a tu madre. —Me impactó su confesión—. Era una mujer muy hermosa —prosiguió—. Has heredado su elegancia y belleza. Venía con frecuencia al salón que entonces yo tenía en el número 16 de la calle Okendo, frente al Hotel María Cristina.

Fue una nueva sorpresa, porque me impresionó especialmente conocer a alguien que hubiese tratado con ella en un centro de estética: ese lugar que puede llegar a ser tan íntimo como la consulta de un sicólogo.

Su pregunta inesperada me inquietó aún más.

—¿Conservas una pequeña cruz de Jerusalén que solía llevar siempre al cuello?

Aquella frase aparentemente inofensiva hizo que retrocediera al pasado. Viajé mentalmente hasta aquel 30 de enero. Mi padre me llevó al banco para entregarme sus joyas de forma simbólica. Al salir, me dio la llave de la caja fuerte en la que estaban depositadas desde

su fallecimiento.

—Sí, claro. —Aunque, en realidad, no recordaba bien el diseño de aquella cruz y menos todavía en qué tipo de aleación estaba hecha.

—Una vez me dijo que esa cruz era muy especial para ella. Que algún día te la regalaría para contarte su historia.

No recordaba cuáles eran las joyas de mi madre. Tuvo muchísimas de gran valor, porque la mayoría fueron de la abuela Elena que, además del marquesado de su esposo, heredó la inmensa fortuna de los Argaña con la que mi madre contribuyó para que aitá pudiese ampliar la empresa. Todas seguían en la caja fuerte del banco, donde las depositó mi padre cuando ella falleció. Nunca quise llevármelas a casa.

Aquella mujer desconocida para mí hasta entonces debió de tener bastante confianza con amá porque ese tipo de confidencias solo pudieron hacerse en un clima relajado de complicidad absoluta con la otra persona.

Detrás de aquellas gafas Silhouette se escondían unos ojos ya cansados, que sabían mucho más de lo que nunca imaginé sobre una mujer que se llevó a la tumba importantes secretos de familia de los que quizá ella, su peluquera, podría saber algo más que mi padre. O, al menos, eso supuse.

De camino a encontrarme con Ignacio de nuevo, volví a sentirme ciertamente desazonada.

Ese nudo en el estómago me dificultaba incluso la respiración, porque durante aquel almuerzo con el notario iba a abrirse la puerta a un pasado oscuro e inquietante que me tenía aterrada. El miedo a lo desconocido, esta vez se hacía más patente, ya que iba a enfrentarme al origen real de mi madre y de su familia biológica que no sabía a dónde iba a conducirme.

—Te vas a arreglar muy bien con mi colega Leandro. Es un tipo cordial —volvió a repetirme Ignacio nada más sentarnos.

—¿Qué te ha adelantado?

—Ante todo, quiero que estés preparada para afrontar una situación delicada.

—¿Por qué delicada?

—Aurora… —Ignacio hizo una pausa— es tu tía.

Todavía hoy no soy capaz de definir muy bien qué sentí exactamente cuando escuché a Ignacio pronunciar aquellas cuatro palabras.

—¿Cómo que es mi tía?

—Tu abuela biológica huyó a Castilla tras la detención de su marido durante la Guerra Civil española.

Ignacio prefirió contarme la verdad sin paños clientes, de golpe, para que fuese asumiendo la nueva realidad a la que tenía que enfrentarme cuanto antes.

Sin que tuviera que darme más detalles, deduje que mi abuela biológica tuvo que emprender, lejos de San Sebastián, una nueva vida en la que nació Aurora.

—No te equivocas, pero antes sufrió muchísimo.

La vida de mi familia no era lo que hasta entonces yo sabía. Para adentrarme en un pasado desconocido solo contaba con una «tía» de la que acababa de conocer su existencia, y lo que Ignacio pudiese desvelarme del documento que mi madre le dejó en custodia.

—De eso hablaremos a tu vuelta de Castilla.

A pesar de mi insistencia, Ignacio prefirió dejar al margen el manuscrito de mi madre.

Cuando nos despedimos, tuve la sensación de que a partir de ese momento mi vida iba a cambiar para siempre. Todos mis referentes familiares, aunque siguieran intactos, se iban a ver trastocados por la aparición en escena de aquella mujer que conocería en un par días. Estaba segura de que me abriría la puerta al secreto de un pasado del que mi madre no quiso hacernos partícipes mientras vivió.

Pero ¿por qué prefirió que lo supiera precisamente yo cuando ella ya no estuviera? ¿Para qué provocarme dolor si ya nada cambiaría?

—Lo entenderás cuando leas el documento que dejó para ti.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Completamente, Coro.

Esta vez percibí que Ignacio quería transmitirme cierta paz, poner algo de serenidad en alguien que estaba absolutamente desasosegada.

Entre lienzos

Dudé entre la necesidad de hablar con mis hermanos de ello o guardar silencio. A Carlos quizá fuese mejor mantenerlo al margen, porque ya sabía cuál iba a ser su respuesta. En cambio, estaba segura de que Aitor se lo iba a tomar con humor: incluso la historia podría inspirarle para retratar a la familia en algunos de sus cuadros locos que vendía a precios astronómicos desde su galería en el distrito berlinés de Grunewald.

Mi hermano menor había conseguido encontrar la felicidad lejos de una ciudad en la que nos conocíamos todos. Desde pequeño, él siempre necesitó más espacio que los demás para expresar su creatividad. Acomplejado durante su infancia por una pequeña discapacidad física de la que se burlaban sus compañeros de clase, nuestra madre siempre le apoyó para que se dedicara a la pintura.

Fue una lástima que no lo viera triunfar, porque ambos hubieran disfrutado el uno del otro. A lo mejor ella se hubiera atrevido a exponer sus lienzos en alguna exposición conjunta, aunque fueran estilos totalmente distintos.

Cumpliendo su deseo, en una de las habitaciones que daban al paseo de Salamanca donde tuvo su estudio, continuaban debidamente ordenados, tal como ella los dejó, pinceles, tubos de pintura, un lienzo inacabado de temática religiosa, además de varios bastidores de distintos tamaños. En una esquina, apartados del resto, descansaban unos cuantos bocetos de una monja de rostro algo enigmático, con la mirada ciertamente perdida en el infinito. Parecían una sucesión de escenas de la misma persona en momentos distintos de contrición. Había uno en el que aparecía con el rosario en las manos, en otro orando con las palmas entrelazadas y en un tercer boceto aquella religiosa ya mayor parecía estar levitando.

En todas aquellas imágenes me llamó la atención el extraordinario dominio de la luz que tenía nuestra madre. Todos los cuadros parecían estar vivos, muy de mañana o al caer la tarde, evitando siempre la luz cenital del mediodía, lo que dotaba a sus lienzos de una luminosidad especial que los hacía únicos.

Le gustaba también pintar cuadros de reducidas dimensiones en los que plasmaba imágenes de la mujer ejerciendo distintas actividades, como la de la popular pescadera de tabla. Así se conocían en San Sebastián a aquellas que vendían *antxoas* frescas sobre una superficie de madera portátil, a la puerta del mercado, o bien en las calles adyacentes. Una figura muy popular en la ciudad, porque, para atraer a la clientela, vociferaban con gracia la calidad del género.

Solían ser la mayoría mujeres de carácter descarado; a menudo de complexión fuerte porque tenían que cargar con varios calderos rebosantes de género desde el puerto donostiarra hasta los dos mercados de la ciudad.

—Me gusta mucho pintar la realidad de los mercados —nos decía mientras sus hijos observábamos embelesados cómo pintaba.

Yo apenas las recuerdo, pero sí tengo alguna imagen en mi memoria con la que visualizo una anciana parlanchina llamando la atención de quienes nos acercábamos al mercado de la Bretxa, invitándonos a comprar su género. De hecho, cuando me acerco por allí compruebo que, junto a una de las paredes exteriores, continúa un pequeño mural de cristal como pequeño homenaje a la última pescadera salerosa que vendía *antxoas* como antaño, cuando se construyó el edificio del mercado a finales del siglo XIX, coincidiendo con el derribo de la muralla que circundaba el casco viejo de la ciudad.

Nunca supe muy bien por qué a mi madre le gustaba reflejar escenas de la vida cotidiana donde las mujeres humildes ejercían distintos oficios, hoy la mayoría de ellos extintos, como las cigarreras, modistillas o las niñeras, más conocidas en el País Vasco como *iñudes* o añas.

Aitor, por el contrario, era mucho más ecléctico. Había heredado su misma pasión por los pinceles, pero su estilo nada tenía que ver con el realismo que nuestra madre reflejaba en todos sus cuadros. En Alemania se sentía feliz, no solo por el éxito de su obra, sino porque también había encontrado el amor.

A mi padre, por el contrario, jamás le interesó el arte, aunque siempre animó a su esposa a que expusiera, algo que ella nunca quiso.

—Pinto para vosotros y para las personas que me queréis —le contestaba cuando él le proponía presentar su obra en foros artísticos.

Nunca anheló fama ni notoriedad alguna. Le bastaba con el reconocimiento por parte de los suyos, de quienes la queríamos.

En ocasiones me pregunté de quién heredaría esa sensibilidad hacia las artes. Si de la abuela o de su padre. Pero la realidad que Ignacio acababa de revelarme echaba por tierra la identidad de todos nosotros.

«Juncal no era hija de Elena, ni de Manuel Argaña».

Esa corta pero contundente frase pronunciada por Ignacio estaba taladrándome el cerebro desde que se la oí. ¿Quiénes fueron mis abuelos maternos? Ese tal Juan Domingo Oyeregui y Maialen Epalza. Apellidos navarros ambos, del norte. Sentía una ebullición interna difícil de explicar. Por una parte, semejante impacto acerca del origen

materno había desestabilizado por completo mi mundo afectivo. Pero, a la vez, me parecía algo fascinante bucear en la Guerra Civil para saber por qué desapareció mi abuelo biológico del que lo desconocía todo.

Al menos, mi madre era mi madre. De ella heredé unos intensos ojos azules. También parte de su figura estilizada, pero lejos del cuerpo escultural que ella lució hasta el día de su muerte. A mí me traicionaba la celulitis y esos kilos de más que, ligeramente *arrosquillaban* unos muslos que lucía con cierto pudor cuando hundía mis pies sobre la arena de la playa de la Concha. De ahí que incluso en los días más calurosos vistiera una finísima camisola de lino o bien un pareo abrochado a la cintura con el que ocultar la parte superior de mis piernas. Como también acostumbraba a enfundarme una pamela para proteger la piel de mi rostro de la intensidad del sol, y lograba el anonimato bajo el que esconderme en una ciudad en la que me conocía todo el mundo.

Físicamente me parecía bastante más a mi padre. Mis cabellos tenían el mismo color oscuro que su pelo, solo que yo acostumbraba a cubrirlo con tonalidades bastante más claras que dieran luz a toda una melena poblada y, de paso, luminosidad al rostro. También lucía una dentadura inusualmente perfecta como él. En eso debía de tener los mismos genes, como unos labios carnosos iguales a los suyos. De ninguno de mis progenitores, por el contrario, heredé una cantidad insólita de pecas que me daban cierto aire de escocesa. ¿Qué origen tendrían?

De mis hermanos sabía poco. La comunicación entre nosotros era fluida cuando se producía, aunque podíamos pasar muchas semanas, e incluso meses, sin saber unos de otros. Como miembro numerario del Opus Dei, Carlos ni siquiera acudía a casa por Navidad, pero sí que se preocupaba de visitar a aitá de vez en cuando. No faltaba a su cumpleaños, tampoco a la misa de aniversario del fallecimiento de nuestra madre, ni a la celebración de la fiesta patronal en Elantxobe, que no era más que una excusa para reunirse una vez al año todos los Egurrola en torno a varias mesas en la sociedad gastronómica del pueblo.

Con Aitor la relación era mucho más errática. No acostumbraba a acudir a las fechas establecidas, sino que venía a casa cualquier día sin aviso. De pronto se abría la puerta y lo veíamos aparecer con una caja de puros para nuestro padre o bien algún insospechado regalo sorpresa para mí, con el que siempre me arrancaba alguna sonrisa.

—Esto para que encuentres un buen novio, hermanita. ¡Que ya es hora de que seas feliz!

—¡Mira quién habló! El soltero de oro berlinés.

—Yo soy un alma libre, pero tú has nacido para emparejarte de nuevo y criar hijos.

—Para lo segundo se me pasó el arroz —solía contestarle con cierto humor.

Nunca supe muy bien por qué mi hermano pequeño tenía que decirme esas cosas. Quizá porque cuando me casé por primera vez soñaba con envejecer rodeada de nietos.

Apenas tenía veintitrés años la noche en que la policía me comunicó la muerte de Fernando. Todavía no habíamos celebrado nuestro primer aniversario cuando caí en una profunda depresión. Solo el trabajo y el apoyo incondicional de mi padre me ayudaron a superar aquella tragedia, que le sucedía a la muerte de mi madre. Demasiado luto para una mujer tan joven.

Fernando fue el novio de la adolescencia, ese chico que te besa por primera vez durante un atardecer de verano sobre la arena de la playa y caes rendida en sus brazos. Nos gustaba sentarnos sobre la toalla después de bañarnos junto al Pico del Loro, el peñón que dividía la bahía de la Concha en dos playas. Fuimos juntos a la universidad, y como no podía ser de otra manera nos casamos en cuanto terminamos de estudiar. Nunca pude imaginar que la vida iba a asestarme semejante zarpazo a tan solo seis meses de casarnos. Venía del trabajo cuando un coche embistió su vespa. Desde entonces, jamás he vuelto a montarme en una moto.

Tras el fallecimiento de mi madre que nunca logré superar, sino simplemente fui aprendiendo a convivir con su ausencia, enfrentarme de nuevo a la muerte tan joven, fue otro varapalo del que salí con una parte de mi corazón necrosado para siempre.

Quizá por ello tardé tanto tiempo en volverme a enamorar, y quizá por ello también la dedicación plena a Izaroguren, la cadena de alimentación matriz del grupo, me salvó de una vida arruinada por dos muertes tan crueles.

Conociendo a Aurora

Si con Ignacio las cuestiones administrativas, por muy complejas que fuesen, siempre resultaban menos dificultosas, su colega Leandro hizo que me sintiera tan cómoda como si estuviera departiendo con su compañero de promoción en San Sebastián.

Percibí en él un hombre de trato fácil, afable, ciertamente orondo, de aspecto bonachón que disfrutaba podando los frutales que ocupaban buena parte de la huerta que rodeaba su casa, donde también estaba la notaría. No era un pueblo grande; encabezaba una comarca arrasada por la despoblación, con una importante ganadería y algo de agricultura como únicas fuentes de no pingües ingresos precisamente. Hombres enjutos, de mirada adusta y pocas palabras tanto conducían tractores como guiaban rebaños ovinos a veces por el vial, otras por las campas recién segadas.

—Ignacio me ha hablado magníficamente de usted. —Fueron sus primeras palabras al recibirme—. Aurora llegará en poco más de una hora. Así que tenemos tiempo para hablar.

En cuanto tomé asiento, tras la cortesía inicial, fui al grano.

—Muchas gracias. ¿Usted conoció a la familia de esa mujer? —le pregunté sin rodeos.

—Cuando yo llegué, ya no vivía nadie en la casa.

Supuse que Leandro llevaría en Arroyos del Molino cabeza de partido judicial de la comarca, bastantes años. Me sorprendía que no le hubiese interesado ascender en la carrera notarial como para marcharse de aquel enclave perdido en la vieja Castilla en la que sus ingresos serían más bien escasos.

—Mi mujer sí que la conoció habitada —prosiguió—. A Gregorio especialmente, porque fue su predecesor. Además, es de aquí. Es la veterinaria de esta zona. Y trabajo, puedo asegurarle, tiene mucho más que yo. —Sonrió mientras enarcaba las cejas.

Antes de que llegase aquella mujer con la que estaba a punto de estrenarme como «sobrina» necesitaba saber algo más de los Quesada: un apellido único por aquella zona, tal y como estaba comentando Leandro.

La llegada inesperada de su mujer Patricia interrumpió por un momento nuestra conversación.

Algo más bajita que él, irradiaba la misma bondad que su marido. Tenía que ser una pareja feliz en un entorno de quietud rodeado de campo. Normalmente, una notaría siempre está ubicada en el corazón neurálgico de una urbe, pero allí los clientes tenían que caminar hasta las afueras del pueblo para dar con ella. Patricia estaba más cerca de

sus pacientes cuadrúpedos que Leandro de sus clientes.

—Te presento a la señorita Coro Egurrola, de la que ya hemos hablado. Quédate con nosotros mientras esperamos a la señora Aurora —le pidió. Olía un poco a establo. Su calzado delataba haber caminado entre paja y boñigas, como poco—. ¿Qué tal te ha ido la mañana? —se interesó su marido.

—De granja en granja viendo vacas recién paridas. Pero todo bien. Bernardo, el vaquero, me ha dado esta cesta de huevos.

—Entonces mañana tendremos flanes y yemas para merendar.

Además de veterinaria, en aquella notaría habitaba una repostera, por lo que acababa de decir Leandro, a quien su oronda figura daba debida cuenta de su afición por los dulces.

Parecían tener edad similar, aparte de una vida serena que se reflejaba en el rostro de ambos.

Margarita, la asistenta, abandonó por un momento la cocina donde estaba planchando e interrumpió nuestra conversación a tres para avisarnos de que mi «tía» acababa de llegar. Poco antes oímos el timbre de la puerta e inevitablemente todos pensamos en que la charla no iba a proseguir.

—Don Leandro, acaba de llegar la señora Quesada.

Hacía calor. Hasta entonces, Leandro permanecía con la americana abierta y el nudo de la corbata flojo. Vivía en medio del campo, pero era evidente que le gustaba arreglarse como si estuviera en la ciudad recibiendo ya fuese a grandes empresarios o familias adineradas.

En Arroyos del Molino, a pesar de la despoblación, había cierto movimiento en el sector inmobiliario. Se compraban y vendían casas de campo que normalmente disfrutaban gentes en busca de paz o sosiego. También aficionados a la caza mayor y muchos vascos que cada temporada iban al tiro de la paloma.

Casi junto al dintel de la puerta, Aurora aguardaba a que Leandro y yo nos acercáramos. Con una encorvadura propia de la edad, extraordinariamente menuda, antes de que la enfermedad se ensañara con su columna, debió de ser una mujer alta. Parecía austera en su vestir. Lucía una falda plisada hasta media pierna, impecablemente planchada y unas sandalias carmelitas desgastadas y algo polvorientas.

Su indumentaria reflejaba así, a simple vista, que no le interesaba lo más mínimo llamar la atención de nadie ni que vieran en ella a una mujer guapa, que parecía haberlo sido. Porque en su rostro quedaba la huella viva de unos ojos intensamente azules como los míos y vivarachos todavía, además de una piel inusualmente tersa, casi sin arrugas, a pesar de la cantidad de años que debía tener.

—Buenas tardes, don Leandro —dijo, dirigiéndose al notario mientras intentaba mirarme de reojo.

Me enfrentaba a una situación totalmente nueva en la que me invadía la inseguridad. No sabía cómo actuar ni qué decir. Allí de nada me servía la experiencia empresarial acumulada, mi capacidad negociadora, ni la oratoria impecable de la que estaba acostumbrada a hacer gala en cuanto se presentaba la ocasión y que Germán tanto admiraba en mí.

Leandro me acababa de advertir que era mujer de pocas palabras. «Auténtica castellana vieja —apostilló—. Ciertamente retraída, carcomida por la soledad», dijo antes de que ella llegase.

Me llamó la atención su bolso: un Vuitton Vintage, de los años sesenta. Se trataba de una joya muy codiciada por coleccionistas. Yo tenía uno igual; el que perteneció a mi madre, que solía llevarlo en ocasiones muy especiales. No podía quitarle la vista a esa pieza maravillosa que ahora ahí, en un pueblo perdido de la meseta castellana, lo lucía alguien a quien acababa de conocer. Tenía las típicas señales normales de uso, pero la piel estaba impecablemente cuidada.

—Doña Aurora, le presento a Coro Egurrola. —El notario se quedó ahí, sin precisar más detalles de parentesco.

Yo no era capaz de articular ningún saludo o frase por corta que esta fuera. Conocerla no me resultaba agradable, y, por lo tanto, no podía decirle que era un placer. Estrecharle la mano me parecía cortés, sí, pero en mi caso muy artificial. Plantarle dos besos en sus mejillas, menos natural todavía. Así que opté por el saludo japonés: me sentía totalmente bloqueada y fuera de lugar hasta el punto de hacer el ridículo más absurdo con semejante salutación.

—¿Por qué se inclina? —Mi tía enarcó las cejas, mirando al notario, como preguntando por mi saludo, tan extraño para ella que no lo entendía.

Lo mejor que podía hacer para intentar enmendar la situación era extenderle la mano rápidamente. Aurora, esbozando una leve sonrisa, se dirigió a mí sin rodeos:

—Ya le habrá explicado don Leandro que me gustaría vender la casa de los padres. Yo ya soy mayor y no voy a venir aquí más. Así que si a usted le parece bien. —Hizo una pausa, relativamente convencida de que aceptaría.

—Me gustaría verla antes, si usted no tiene inconveniente. —Tenía curiosidad por conocer aquella morada que probablemente fuera una casucha en medio de la nada, como todo allí.

—Faltaría más, claro que no. Pero lleva cerrada muchos años.

Está sucia —me contestó con cierto pudor—. No pensé que quisiera verla, así que no la he limpiado. —Aurora intentaba excusarse por el estado en que iba a encontrar la casa familiar.

—¿Está muy lejos de aquí? —le pregunté—. Quizá pudiéramos ir andando.

—En Castilfrío de la Cebollera, el pueblo de al lado. Se puede ir caminando, sí. Prácticamente están juntos los dos pueblos —me respondió con un poco más de calidez, volviendo a sonreírme, ahora algo más empática.

Se trataba, como me acababa de anunciar Leandro, de una pedanía colindante entre tierras de labranza, pero a una considerable distancia del núcleo urbano, en el que se arremolinaban unas cuantas docenas de casas. Tenía alcalde, un cura compartido con Arroyos del Molino y, sobre todo, ¡miles de moscas! Millones que atacaban como un escuadrón militar para bombardear el objetivo que en este caso éramos Aurora y yo.

A la hora de hacer mi equipaje no tuve en cuenta el elemento rural: así que mi indumentaria no parecía la más adecuada para adentrarse en un pueblo, donde buena parte de las calzadas eran de piedra o terrones de caliza arcillosa. Esperaba que mi visita concluyera en la notaría de Leandro, pero me vi camino a una casa en la que la madre de aquella mujer intentó emprender una nueva vida.

Una casa de pueblo

Aurora caminaba como una gacela entre pedruscos que a mí me parecían enormes, pero no lo debían ser tanto. A su paso, mucho más rápido del que hubiera imaginado tuviese a su avanzada edad, saludaba parcamente a los pocos vecinos que nos íbamos encontrando en el camino.

—Es esta. —Se paró en seco ante la casona más grande de todas las que vi hasta llegar a ese punto—. ¿Qué le parece? Está vieja, ¿verdad?

—Parece muy espaciosa. Además, tiene un gran jardín —fue todo lo que se me ocurrió contestarle.

—Es un corral —apostilló para corregirme y precisar, porque, en realidad, ornamentación floral casi no se veía.

Durante el viaje fui imaginándome una casucha de mala muerte, o bien una majada desmochada ya, pero encontrarme con semejante casona me acababa de dejar atónita.

—La construyó un indiano que se fue a las Américas y ya no volvió. Mi padre hizo bastantes mejoras al comprarla, cuando mi madre y él se hicieron novios.

Aurora veía la casa con ojos distintos a los míos. Ante mi sorpresa, me pareció una edificación regia. Una casona de pueblo deteriorada, sí, pero de raigambre. En el tejado se avistaba un nido de cigüeñas, que parecía llevar años, a juzgar por la envergadura de todas las ramas con las que lo fueron tejiendo aves de paso.

La huerta tenía proporciones inesperadas para mí. Estaba ocupada en buena parte por decenas de frutales, secos algunos y otros de los que pendían tanto manzanas, peras, como variedades de cítricos raquíticos. Por los montoncitos de tierra fresca que vislumbré entre la maleza, allí debían habitar topos o animales que escarbaban la tierra al caer la noche.

—La quiere comprar un escritor —dijo.

—¿Quién? —No podía dar crédito a lo que la buena mujer acababa de decir.

—No lo sé. Uno de esos que escriben fábulas para los chavales.

Aurora no sabía muy bien quién era, pero tampoco le importaba demasiado. Quería deshacerse de la casa cuanto antes porque nunca le interesó volver al pueblo. Su vida, me confesó, estaba en la gran ciudad.

—Aquí ya no queda nadie de la gente que yo conocí. Se vive mal. Además, no hay hospital, y eso a mi edad es muy importante. Ni tampoco tiendas en las que pasar la tarde.

Algo de razón sí tenía. Porque en aquella aldea grande en proporciones, pero con poco más de un centenar de habitantes en invierno, Aurora, a sus ochenta años ya pasados, poco o nada tenía que hacer si no le gustaba la naturaleza, como acababa de confesarme.

Con absoluta naturalidad, echó mano del bolso para sacar una llave de dimensiones inmensas. Semejante trozo de hierro fundido parecía haber sido cincelado a mano hacía siglos por artesanos concienzudos y meticulosos, a juzgar por la perfección con la que los dientes estaban pulidos. Acababa de sacarla del Vuitton Vintage años sesenta, como quien echa mano de un pañuelo o de las gafas de sol.

—¿Es esa la llave? —le pregunté, sorprendida por lo grande y pesada que parecía ser.

—Sí, la misma con la que abría esta puerta Gregorio, mi padre.

Aurora no necesitó acercarse especialmente al ojo de la cerradura para acertar a la primera y abrir con decisión. Metió la llave como quien pone la huella digital en un lector electrónico.

En su día, toda la carpintería exterior se pintó a conciencia de un verde intenso como los prados durante la primavera. Ahora estaba cuarteada y resquebrajada, especialmente el barniz de la puerta de castaño que acabábamos de abrir. «Tres hojas para una puerta», pensé. Como las que antaño daban paso a los establos. A la izquierda, una hoja vertical estrecha con el sempiterno agujero que hacía de gatera rozando el suelo, y otra bastante más ancha cortada por el ecuador, y en cuya parte superior se encontraba la cerradura.

—¿Hay luz? —fue todo lo que acerté a preguntarle tras dar el primer paso y entrar.

—Sí, espere a que la encienda. —Alcanzó de un salto la caja de registro que estaba situada justo en la parte izquierda de la entrada.

Cuando se encendieron las bombillas de filamento, hubo una espantada masiva de mariposas y de algún pajarillo asustado.

—Ya le dije que estaba sucia, y además llena de insectos.

—¿Desde cuándo no vive nadie aquí? —Por lo menos, pensé que veinte o treinta años como poco.

—Cuando murió mi padre, cerré la casa.

No me atreví a preguntarle la fecha.

—¿Usted cuándo se fue a la ciudad? —quise saber.

—Uy, ya ni me acuerdo. —Sonrió. Su mirada cada vez se tornaba más cálida. Me pareció que empezaba a confiar en mí—. Tenía veinticinco años. Al morir mi padre, ya no tenía mucho que hacer aquí.

Las baldosas de barro cocido que cubrían todo el suelo de la planta baja todavía conservaban algo de brillo. Entre los armarios,

destacaba la alacena de la cocina en la que continuaban los platos perfectamente alineados, eso sí, cubiertos por una tupida capa de telarañas. Eran de loza, unos pocos pintados a mano, pero cascados la mayoría. Lo que más atrajo mi atención fueron unas antiguas cajas metálicas de Cola-Cao que tenían algo de roña. Iguales a las que recordaba de mi niñez.

Cuando se iban quedando vacías, mi madre solía llenarlas de galletas y trozos de bizcocho que ella misma elaboraba durante el invierno. Un olor a pastelería hogareña que volví a percibir en mi cerebro al ver aquellas viejas latas de Cola-Cao. Por unos instantes, cerré los ojos para viajar en el tiempo.

Los cojines de los sofás que aún reposaban en el que un día fue un lustroso salón estaban roídos por las ratas. Colgada de una discreta pared, la colección de cabezas y cuernos de ganado me pareció infinita. Allí solo pudo vivir un escuadrón de cazadores, a juzgar por las armas que seguían inexplicablemente diseminadas al alcance de cualquiera. Con toda seguridad, la televisión que se adivinaba entre revistas, periódicos y una manta de algodón que medio tapaba la pantalla, habría llegado a aquella casa antes de que se comercializaran las emisiones a color.

Luego, en una vitrina polvorienta, dormitaba una extensa colección de aves disecadas. Me parecieron antiquísimas, pero no parecía que algunas de ellas hubiesen perdido la intensidad del color. Alguien en aquella casa fue taxidermista.

—¿Puedo abrir una ventana? —Entre tanto polvo sentí cierta necesidad de respirar aire fresco.

—Sí, claro. La ayudaré porque estará atrancada. —De inmediato se acercó hasta mí para agarrar la manilla con decisión. Antes de que yo pusiera las manos en el pomo, Aurora ya me había adelantado—. Entrará calor —comentó mientras la abría—, ¡y bichos! —exclamó ante mi sorpresa.

Como si allí dentro no hubiera ninguno, pensé yo. Porque los había vivos, muertos y ¡hasta disecados!

Por aquella ventana de enormes dimensiones, ahora por fin entraba aire sano. Tanto el corral como la huerta parecían extenderse como un solo campo sin final. Vi la nada. Sentí el silencio y respiré altura. Porque a casi mil cien metros de altitud, en medio del páramo castellano, los pulmones se me hincharon de pureza.

Frente a lo que erróneamente intuí desde el desconocimiento, Aurora Quesada no pertenecía a una familia de escasos recursos, sino todo lo contrario. Al veterinario don Gregorio, sus padres le dejaron unos considerables ahorros y un buen piso en Madrid, algo de lo que

me estaba poniendo al corriente aquella mujer.

—¿Por qué se fue? —Estaba empeñada en saber por qué razón había abandonado aquel lugar.

—Ya sabe, siempre se desea lo que no se tiene. Quería vivir en la ciudad, y disfrutar de lo que mi padre me dejó.

—¿Lo consiguió?

—En cierta medida, sí, de lo contrario hubiera vuelto aquí. No he venido hasta ahora para venderla, si usted tiene a bien.

Aquel viejo y destartalado caserón de indiano no me interesaba lo más mínimo, pero sí la historia que Aurora estaba empezando a contarme. Necesitaba saber por qué mi abuela biológica fue a parar allí, y cómo era posible que yo estuviera emparentada con esa mujer con la que no tenía nada en común. Quizá tan solo el azul intenso de nuestras pupilas vivarachas.

Dudé unos segundos, pero me decidí a preguntárselo de forma directa, sin rodeos.

—¿Y mi abuela Maialen?

—¿Cómo ha dicho?

—Mi abuela Maialen.

—Señorita, su abuela, es decir mi madre, se llamaba Magdalena.

—Sí, es verdad, no había caído en la cuenta, Magdalena. En vascuence se dice Maialen. Perdone, Aurora.

—No se preocupe. Para mi padre, fue Magdalena, y para mí, también. —Hizo una pausa desprendiendo cierta tristeza—. Nuestra relación fue bastante complicada. Pero ahora no hablemos de ello.

Percibí que sus ojos se humedecían. Por el tono de su voz y el silencio que se hizo, intuí que Aurora no deseaba seguir adelante con la conversación que yo acababa de iniciar.

Cuando entramos en el dormitorio principal, que se encontraba en la primera planta del inmueble, Aurora se santiguó. Cerró los ojos, y vi cómo de pronto intentaba ponerse de rodillas agarrándose al piecero de la cama de matrimonio desnuda, sin sábanas ni colcha que protegieran aquel colchón de lana ovina en el que todavía se adivinaba la piel esquilada a través de la tela.

Había tenido ocasión de verlas en museos, pero esta era la primera vez que estaba frente a una aljofaina que hubiese estado en uso. Estaba invadida de telarañas, como el resto del mobiliario de aquella casa. Se erguía discretamente sobre un entramado de madera, que contaba también con un espejo con marco igualmente de madera, carcomida por la polilla, en el que de forma borrosa se reflejaba nuestra figura.

Allí estábamos las dos, juntas por primera vez, y yo impactada,

buceando en mi pasado. En la parte baja de la aljofaina, descubrí un orinal al que la cerámica ocultaba su estructura de latón que todavía brillaría un poco cuando el haz de luz llegase hasta él.

—¿Cuándo murió su padre? —Tenía algo de curiosidad por saber detalles de una familia en la que acababa de entrar. Como cuando se accede a un museo por vez primera.

Después de todo, Gregorio era el único nexo de unión con mi abuela, ya que nada más me interesaba en aquel pueblo remoto.

Aurora parecía no oírme.

La veía ensimismada, ausente, cabizbaja, rezando para sí.

En aquella escena se dibujaba como una mujer de otro tiempo a la que solo un Vuitton Vintage de los años sesenta delataba su paso por la ciudad, lejos de aquella pedanía olvidada en medio de la vieja Castilla.

Seguía sin responder a mi pregunta. Me intrigaba su silencio repentino, cuando parecía que comenzábamos a empatizar.

—Mi padre falleció aquí, mientras mi madre y yo le secábamos el sudor. —Se interrumpió, mirando al suelo, y susurró un avemaría junto al piecero de aquella vieja cama de matrimonio desnuda—. ¿Qué sabe usted de Magdalena, mi madre? —me preguntó de forma inesperada.

No pude responderle, porque yo acababa de descubrir que mi abuela no fue la que siempre creí.

Abril de 1933

A pesar de la escasa luz que irradiaban las bombillas de filamento, todavía se podían apreciar los frescos que representaban las cuatro virtudes en la fachada del ayuntamiento de la comarca del Bidasoa. El restaurador hubo de utilizar una considerable cantidad de pan de oro a la hora de policromar los dibujos sin catalogar, que aparecieron por sorpresa durante la última restauración.

Ante ellos, testigos mudos de los primeros besos robados de las jóvenes parejas, Maialen y Juanito bailaban acompasados mientras la banda municipal entonaba las melodías propias de un pueblo en fiestas.

Como no sorprendía que la luz se fuese en mitad de la verbena, un par de aguaciles observaban el cableado del tendido eléctrico mientras portaban en sus manos sendas linternas de queroseno por si fallaba el alumbrado. En la central hidroeléctrica Irún-Endara que se encontraba a escasos metros del puente de Endarlaza, cuando el río Bidasoa iba escaso de agua se interrumpía la producción de energía. Algo que ocurría con infinita frecuencia durante el verano, que era cuando llovía bastante menos que en los inviernos húmedos, tanto del valle del Bidasoa como en todo el Baztán.

Parece que entre ellos surgió ya la atracción siendo niños, a pesar de la rivalidad que protagonizaban con frecuencia ambas familias por el control del contrabando. Un negocio floreciente que proporcionaba beneficios extraordinariamente cuantiosos en una comarca fronteriza, donde la prioridad estaba centrada en tener convenientemente sobornados al mayor número tanto de carabineros como de guardias civiles, y no en vaivenes políticos.

Mientras los Oyeregui eran de los pocos nacionalistas recalcitrantes que se destacaban en la zona, a los padres de Maialen el fundamentalismo de sus consuegros les traía sin cuidado. A ellos les bastaba con seguir siendo carlistas de «toda la vida». Españoles «de raza vasca», le gustaba subrayar a su madre cuando hacía especial hincapié en su amor a las tradiciones.

A Maialen las cuestiones políticas tampoco le interesaron hasta que Juan Domingo comenzó a hablarle de lo que significaba para él tener una identidad propia por la que luchar.

—Déjate de tonterías y centrémonos en montar la fábrica. Tenemos mucho por hacer, así que no pierdas el tiempo con esas cosas.

—No son tonterías, Maialen, sacaremos la empresa adelante, pero también tenemos que aspirar a que Euzkadi sea una nación.

—Pero ¿qué tontería estás diciendo? Eso de Euzkadi es una invención nueva. Siempre ha sido Euskal Herria. No sé qué empeño tienen esos vizcaínos en cambiar los nombres.

Hasta la irrupción del nuevo partido, el País Vasco fue tierra de liberales, fueristas y también de un socialismo controlado.

Mientras en Alemania los matones de las camisas pardas destrozaban comercios judíos al amparo del nazismo, en Abando los seguidores de su fundador trabajaban contrarreloj para organizar la segunda edición del Día de la Patria Vasca, con el beneplácito del Gobierno de la Segunda República recién instaurada.

Desde el partido se quería que la celebración que ahora iba a tener lugar en San Sebastián fuera también todo un acontecimiento de primera magnitud. Con el fundador muerto prematuramente por la enfermedad de Addison, quienes tomaron su testigo estaban dispuestos a seguir con la expansión de su ideología.

Sentado en las primeras filas, aguardaba impaciente a que comenzara el mitin. Como él, en el frontón Maitea de Atotxa, miles de personas permanecían dispuestas a escuchar a sus dos líderes más carismáticos, que responderían con éxito a las expectativas de una masa entregada a la causa.

Juan Domingo, Juanito como le llamaba su familia, no dudó en implicarse en el emergente movimiento nacionalista que ya se gestaba también en Gipuzkoa, pero sin descuidar su sueño: la construcción de Porcelanas Gorosti.

Desde aquel Domingo de Resurrección en que Maialen lo vio portar por primera vez la bandera vasca al salir de la iglesia, comprendió resignada que iba a ser imposible despojarlo de ese fervor político.

Del brazo, camino de la fonda en la que acostumbraban a tomar el aperitivo en días de fiesta, ella recordó cómo sellaron su compromiso años atrás sin cumplir aún los dieciocho, cuando se juraron amor eterno ante el Cristo de Lezo.

—Pronto vendremos a casarnos aquí —le dijo un Juanito enamorado a una Maialen nerviosa tras el beso que le acababa de dar su novio mientras la estrechaba en sus brazos.

Tal y como se prometieron, la boda se celebró allí varios años después.

Fue entonces, tras aquella promesa juvenil, cuando, de regreso al pueblo, le confesó por primera vez la intención de montar una fábrica de vajillas, «más bonitas que esas francesas de Limoges».

—Eso es imposible —le contestó ella, convencida de que su prometido no iba a ser capaz de poner en marcha la industria.

Hasta contraer matrimonio, ella fue creciendo entre porcelanas francesas de Sèvres, magníficas cristalerías de Bohemia, además de una vajilla Rosenthal, que iba camino de palacio cuando se instauró la República.

Como buen contrabandista, Teodoro, su padre, tenía la costumbre de quedarse con aquellas piezas que por diversas razones no llegaban a su destinatario, como en el caso de aquella porcelana alemana destinada a la familia real española que nunca llegó a Madrid.

Así que cuando Juanito le anunció que la construcción de la fábrica iba adelante, ella no dudó en apoyarle incondicionalmente porque siempre sintió especial debilidad por las porcelanas, y tenía cierto conocimiento en la materia.

Su esmerada educación, primero en el colegio de las monjas francesas del pueblo, y más tarde en un internado de San Juan de Luz, la convirtieron en toda una señorita distinguida que aspiraba a casarse por amor, pero también con alguien de su misma condición.

—Trabajaremos codo con codo. Y te ayudaré a buscar clientes. —A Maialen le ilusionaba contribuir al desarrollo de la fábrica en una época en la que era impensable que las mujeres de su clase saliesen a trabajar fuera de casa, aunque el feminismo estaba logrando cierta presencia en la política española.

Después de no poca lucha, las mujeres iban a poder votar en el futuro, algo que a ella le hacía mucha ilusión. Sentirse con los mismos derechos que los hombres teniendo la capacidad de acudir a las urnas para contribuir a decidir el futuro del país era cumplir el sueño de miles de mujeres que llevaban años luchando por ello.

La red de influencia paterna era extensa. Dedicarse al contrabando a gran escala le producía no solo grandes beneficios, sino también contactos valiosos a los que recurrir en momentos de crisis.

Maialen estaba dispuesta a echar mano de todo lo que tuviese a su alcance para que Porcelanas Gorosti prosperase, hasta cumplir su aspiración de «vender en el extranjero», como hacían las firmas más prestigiosas del mundo.

—Contrataremos a un artista para que nuestras vajillas sean únicas. Todas pintadas a mano con el fruto del acebo que tanto te gusta como símbolo.

—Mi hermana Carmen puede hacer este trabajo. Sabes lo bien que pinta.

A su esposo le sorprendió la propuesta, pero la aceptó de inmediato.

—Hablaremos con ella entonces.

—Es el mejor regalo con el que hubiera podido soñar, Juanito.

Sobrevivirá en el tiempo a todos nosotros. —Maialen se emocionó especialmente cuando le habló del símbolo.

Sabía la debilidad que sentía su mujer por ese arbusto de madera extraordinariamente dura, que jamás flotaba sobre las aguas del río Bidasoa. Con sus frutos de un intenso rojo, el acebo fue desde su infancia el escondite preferido cuando salía a jugar por el monte con sus hermanos.

Nunca supo por qué le atraían tanto esas hojas simples de forma ovalada con un borde espinoso e intenso verde brillante, que le gustaban tanto desde pequeña. Quizá su predilección por el acebo venía de ver a Juliana, su madre, tonificarse la piel con las hojas cortadas en pedacitos que previamente iba macerando durante días.

—Contiene el elixir de la juventud —le repetía cada vez que, con la curiosidad ingenua de una niña, Maialen observaba a su madre colocándose las hojas de acebo troceadas sobre el rostro.

No estaba muy segura de que aquella fuese la razón, pero la piel de su madre no parecía envejecer con el paso del tiempo.

Tras la boda, los dos cumplieron su sueño de vivir en el enclave más lujoso de San Sebastián. Ambas familias tenían dinero para ello.

Gure Ametsa

En su recién estrenada casa junto a la playa se respiraba mar. Durante el invierno, cuando las tempestades soplasen con fuerza las hojas de los robles que habitaban el jardín, estos aguantarían bien el embate del viento y los aguaceros. A pesar de haber nacido río arriba, a Maialen siempre le gustó la bravura de la mar, especialmente en días otoñales cuando el cielo gris no dejaba entrever la luz de los tenues rayos de sol, intentando iluminar las olas rizadas.

—Plantaremos un par de acebos en la parte trasera, para que estén más resguardados del viento.

—Está bien. Puedes cultivar todo lo que desees. Incluidos tomates, puerros y vainas. Ah, y no te olvides de las cebollas y las guindillas.

—No me tomes el pelo. Pero, si me retas, lo haré.

Juanito sabía que, si ella se proponía lograr algo, pelearía con tesón hasta conseguirlo. Era una mujer de carácter.

Rieron al unísono mientras entrelazaban sus brazos cada uno por la cintura del otro, y subían la media docena de escaleras que les separaba de la entrada principal de Gure Ametsa (nuestro sueño). La casa de sus sueños.

De las dos siluetas unidas que se dibujan en el pequeño porche que franqueaba la puerta de la vivienda, el cuerpo de Maialen lucía más esbelto. Era una mujer alta, de belleza inusual, en la que llamaba la atención su larga melena rizada pelirroja. Más que vasca, bien podía haber sido irlandesa o nacida en las Tierras Altas de Escocia quizá. De piel lechosa, salpicada por demasiadas pecas, parecía ciertamente una hermosa joven distinguida venida de otras latitudes que no pasaba desapercibida para nadie.

Cuando me miro en el espejo, mis pupilas irradian la misma intensidad celeste que las suyas. Porque sus ojos y los míos parecen caminar por un mismo sendero en el que ella escondía un pasado que ahora voy descubriendo. La historia oculta que nunca conocí de una parte de mi familia.

A lo largo de la avenida de Satrústegui, como de las calles adyacentes del barrio donostiarra del Antiguo, se erguían majestuosas unas pocas casas más como la de ellos. Bien separadas unas de las otras, el tipo de arquitectura era bastante parecido entre sí. Edificaciones de tres plantas con un bajo cubierta aprovechable donde se guardaban *kutxas* (arcones) heredadas, minuciosamente talladas por artesanos de la ciudad, así como objetos viejos de familia que tenían demasiado valor sentimental, lo que hacía imposible deshacerse de

esas piezas, aunque estuviesen algo carcomidas por la polilla.

En ese desván permanecía una vieja cuna de madera en la que probablemente se criaron algunos de los antiguos moradores.

—Es «nuestro sueño» hecho realidad, Maialen. Ahora solo nos falta ver la carita de lo que viene en camino. —Mientras Juanito acariciaba el vientre, sintió las pataditas en la parte superior de la barriga.

—Creo que le has despertado.

Con esa complicidad que solo se produce entre dos enamorados durante la dulce espera, ambos subieron hasta el desván para inspeccionar el estado en el que se encontraba la vieja cuna de madera.

Cuando llegaron a la última planta de la vivienda, la luz seguía entrando por una de las claraboyas. También por los dos ventanucos de madera que continuaban abiertos y daban a la fachada principal. Maialen conocía bien la buhardilla porque le gustaba subir a descubrir «tesoros», como decía. Días atrás había encontrado un sextante y algunos mapas de navegación antiguos. Sabía dónde estaba cada cosa, por eso le llamó la atención un pequeño paquete que vio no muy lejos de la cuna. Estaba atado cuidadosamente con una cuerda fina. Sin ser demasiado voluminoso, parecía que se hubiese depositado allí hacía poco.

—Es una cuna muy bonita. Está hecha de buena madera —comentó mientras revisaba el estado en que se encontraba para comprobar que por allí no habitase la polilla.

—Mandaremos barnizarla antes de que nazca el bebé. —A Juanito también le gustó aquella cuna que parecía no haber envejecido con la casa.

Desde lo más alto de la vivienda la perspectiva del jardín era distinta. Como todavía seguía habiendo luz, Maialen se acercó hasta uno de los ventanucos para contemplar la extensión de la parcela, que era bastante más espaciosa por la parte trasera.

—Hay sitio para plantar un par de acebos. —Estaba empeñada en ubicarlos en el jardín.

—¿No sería mejor junto a la entrada principal? Así los podrás ver cada vez que entres y salgas de casa.

—Lo pensaré, pero creo que lucirían más en la parte de atrás porque es una zona más protegida del mar. Ya te lo he dicho.

Todavía faltaban algunas semanas para que naciese Juncal, o Daniel, los dos nombres que estaban barajando dependiendo del sexo. La espera se les estaba haciendo larga, así que Maialen, para no ponerse nerviosa, decidió continuar yendo a la empresa hasta el

último momento, algo excepcional en las mujeres de su clase.

En la fábrica tenían mucho más trabajo del que podían gestionar. Porcelanas Gorosti iba viento en popa. Los pedidos de las grandes familias, tanto guipuzcoanas como de la margen derecha bilbaína, se agolpaban en una larga lista de espera.

—Vamos a necesitar más obreros para trabajar en el horno. Quizá eche mano de algunos afiliados del partido.

—Ni se te ocurra. No mezcles la empresa con la política. Eso nunca dará buen resultado.

Visiblemente malhumorada, aquella noche prefirió no seguir discutiendo, entre otras cosas, porque se sentía demasiado pesada. Ya había salido de cuentas y en cualquier momento nacería el bebé que con tanto amor esperaban ambos.

Mientras él decidía quedarse en el despacho de la planta baja donde estuvo trabajando hasta bien entrada la noche, Maialen se dirigió al dormitorio con intención de acostarse.

«Demasiado pronto para dormir —pensó—, pero al menos descansaré». Tanto las pantorrillas como los tobillos ya hacía semanas que se le fueron hinchando, hasta el punto de tener que dejar de ponerse zapatos de boca estrecha.

Jacinta ya había ejercido de partera en su pueblo antes de emigrar al País Vasco, así que ella se sintió segura porque si no le diese tiempo de llegar al médico, la muchacha de servicio podría ayudarle en los primeros momentos.

Previsora hasta el extremo como era, se acordó de que en el desván junto a la cuna vio una ventosa atada a unos fórceps, esos artilugios parecidos a dos cucharas grandes de ensalada con los que las parteras movían la cabeza del bebé para ayudarle a salir.

No quería que cuando se desencadenase el parto hubiese agobios innecesarios, así que con vistas a que todo estuviera milimétricamente preparado, decidió subir al desván para cogerlos. Ahora ya no había luz que entrase por los ventanucos ni por la claraboya. Echó mano de la linterna de queroseno que acostumbraban a tener en la mesilla del dormitorio por si en algún día de tormenta fallaba el tendido eléctrico.

Ahora, sin ningún tipo de iluminación, la última planta abuhardillada de la casa le pareció más pequeña, aunque se trataba de un espacio diáfano que tenía las mismas dimensiones que el resto de las plantas, solo que únicamente se podía caminar erguido en la parte central.

Fue directamente a la zona donde se encontraba la cuna. A poco menos de un metro, los fórceps y la ventosa algo polvorientos continuaban viendo pasar el tiempo. Junto a ellos permanecía

impoluto el paquete que vio días atrás, impecablemente atado con una cuerda fina. Sus dimensiones no eran grandes. Le pareció que pesaría poco. Al acercarse y cogerlo en la mano comprobó que, efectivamente, se trataba de algo bastante liviano.

Alguien lo había depositado allí con el objeto de esconderlo. Solo vivían cuatro personas en la casa, así que las sospechas de que aquel paquete algo tendría que ver con la militancia de su marido eran más que fundadas. Con sumo cuidado deshizo el nudo de la cuerda hasta abrirlo. Escondía varias *ikurriñas* (banderas) y otras tantas fotos del fundador del partido. También un sello de caucho y varias tarjetas de afiliación sin usar.

Quería correr hasta el despacho de Juanito para increparle por esconder en casa todo aquel material que de momento era legal, pero tal y como se estaban poniendo las cosas podría convertirse en un problema.

A Juanito le gustaba escuchar la radio en la quietud de la noche, como aquella madrugada en la que la tenía encendida. Ya comenzaban a notarse los primeros indicios del final de la primavera por el calor que se respiraba algunos días.

—Quiero vivir en paz contigo y nuestro hijo cuando nazca.

No entendía lo que su mujer le decía, cuando entró en el dormitorio donde Maialen le estaba esperando despierta.

—No sé a qué te refieres. ¿A qué viene esto?

—Sé lo que guardas en el desván. No hablemos más.

Enseguida comprendió lo que ella quería decirle.

Aquella misma madrugada, Maialen se despertó empapada mientras las contracciones no cesaban, y con el nerviosismo de la inseguridad y la desazón de que no había tiempo ya que perder.

—Vete a por el médico y dile a Jacinta que suba. ¡Vamos, corre!

No hizo falta que llamase a la puerta del cuarto de la muchacha de servicio para que esta corriese escalera arriba, hasta llegar al dormitorio donde Maialen cada vez respiraba con mayor agitación.

—Corra, señor, que ya viene el niño.

Tanto su madre que parió casi una docena de hijos, como Carmen, su hermana melliza, le fueron hablando del sufrimiento cuando llegaba el momento del parto. Pero nada podía parecerse a aquellas contracciones acompasadas insoportables, primero cada media hora, luego veinte minutos, diez, cinco…

—Empuje, señora; empuje, señora Maialen…

Se sentía agotada de tanto empujar, sudorosa hasta el extremo, con la frente empapada y las manos doloridas de aferrarse a la bajera de la sábana para intentar aguantar el grito desgarrado.

Estaba exhausta de tanto dolor y agotamiento, hasta que por fin empezó a salir la cabeza del bebé.

—¡Es una niña, señora! —La voz de Jacinta se oyó en toda la casa.

—¡Gracias, señor, gracias! —Sin confesarlo abiertamente, Maialen quiso desde el momento en que supo su embarazo que fuera una hembra. Rezó mucho para ello, y ahora sentía que «el de arriba» había escuchado sus ruegos.

El llanto del bebé hizo correr todavía más al médico que acompañaba a Juanito que subían apresurados por la escalera.

—Juncal ha nacido —fue lo único que acertó Maialen a decirle a su marido antes de caer dormida del agotamiento extremo.

Hacía una noche espléndida. Todavía se olía el humo de las hogueras con las que en la falda del monte Igueldo los caseros celebraban la noche de San Juan.

Pinceladas de un deseo

Trasladarse desde la comarca del Bidasoa a vivir a San Sebastián fue una excelente idea con la que ambos estaban felices. Sus familias tenían dinero suficiente como para ofrecerles un futuro más que holgado en una ciudad como aquella en la que veraneaba la nobleza, lo que le daba a la capital guipuzcoana un aire señorial y elitista con el que los padres de ambos soñaban para sus hijos. Mezclarse con los ricos de verdad. O al menos eso era lo que la saga de contrabandistas anheló tras el enlace.

Tener fortuna no les daba la clase de la que sus vecinos hacían gala. Pero habiendo sido educada en un internado para señoritas de San Juan de Luz, se sintió muy cómoda desde el primer día que comenzaron a vivir en Gure Ametsa rodeados, en buena parte, de la aristocracia. Porque en aquel colegio vascofrancés, situado a quince kilómetros de la frontera española, Maialen recibió una educación exquisita que le permitiría ahora codearse con lo más granado de la sociedad, sin complejo alguno. Hablaba un francés perfecto, sin acento, derivado de los seis años que pasó en la localidad labortana junto a Carmen, su hermana melliza.

En casa de los Epalza, las hijas pasaron por el mismo internado mientras que a los chicos se les encaminó hacia el negocio del contrabando, bien lucrativo y que además les proporcionaría ese tan codiciado dinero del que carecían algunas señoritas de apellido ilustre. La familia sabía que ellos no tendrían problema alguno para casarse con quien quisieran, especialmente Mattin, el más apuesto de todos.

—El dinero abre todas las puertas.

No estaba segura de que la frase de Teodoro, el padre, fuera exacta, pero sí al menos que se aproximaba muchísimo a la realidad.

—Una señorita bien educada accede a todo caballero. Y un caballero con dinero accede a toda bella señorita que carezca de él —afirmaba la madre.

Con aquello de «todo caballero», su progenitora quería decirles que iban a educarlas bien para que luego desplegaran todas sus dotes seductoras con las que atrapar a un buen partido. Juan Domingo Oyeregui sin duda lo era y, aunque las familias fuesen rivales, ambas no cupieron en sí de gozo cuando supieron que los jóvenes, además, se habían enamorado de verdad. Más Juanito, porque Maialen siempre fue un poco pragmática en todos los sentidos.

Al contrario que su hermana, durante su estancia en el internado, destacó por unas excelentes notas en matemáticas, ciencias, literatura y deporte. Desde que aprendió a leer, Maialen devoraba cualquier

escrito que cayera en sus manos: manuales de mecánica que sus hermanos dejaban en la mesa del desayuno o gacetillas dominicales que se adquirían durante el fin de semana. Una afición que la acompañó durante toda su vida.

Carmen, por el contrario, se abstraía pintando estampas sobre lienzos o haciendo vainica en las clases de costura, donde aprendió a bordar como las monjas. Bien tensada la tela de un finísimo algodón egipcio en su bastidor impoluto, podían admirarse los bodoques con los que uno a uno, pacientemente, iba salpicando el embozo de una sabanita de bebé en la que previamente había bordado las iniciales.

—Cuando tengas una niña le harás un vestido con nido de abeja.

—Y también tejeré sus patucos y los de los hijos que tú tengas, Maialen, porque las dos vamos a casarnos.

Si bien ambas potenciaban su feminidad, lo hacían de formas totalmente distintas. El pronunciado carácter de Maialen contrastaba con la mirada angelical de su hermana, que tenía esa personalidad anodina que tanto gustaba a los chicos de su edad, especialmente a aquellos que aspiraban a una mujer sumisa, incapaz de levantar la voz o llevarles la contraria.

Con aspiraciones diametralmente opuestas, a las dos mujeres les unía sin embargo su pasión por la pintura. En una de las visitas que hicieron con el profesor de arte al Museo Bonnat de Bayona, ambas se quedaron impresionadas por la colección de dibujos que se exhibía allí. Mientras el maestro iba contándoles los detalles más característicos de la obra en la que le interesaba hacer especial hincapié, las dos hermanas se alejaron del grupo para contemplar la imagen de un lirio que acababa de seducirlas.

Hasta entonces, ninguna había oído hablar en la clase de pintura de Alberto Durero, el nombre que rezaba grabado en una chapa metálica bajo el dibujo. Carmen, que soñaba con seguir pintando en su casa una vez que concluyese su estancia en el internado, fue quien se adelantó unos pasos hasta alcanzar al profesor.

—¿Quién fue Alberto Durero, *monsieur* Rampillon?

En una clase donde ninguna de las alumnas hacía preguntas, el interés de las hermanas Epalza por aquella joya del artista más famoso del Renacimiento alemán le impresionó al maestro. Un hombre algo excéntrico a la vez que sensible, capaz de emocionarse mientras explicaba el significado de un cuadro.

Quedaron embelesadas con el trazado de aquel lirio azul plateado en el que ellas imaginaron las olas de una mar que quería rizarse batiéndose sobre la arena. Entre claroscuros de azules intensos, cada pétalo de aquella flor encerraría algún secreto, pensaron las dos

adolescentes.

—La pintaría para su novia.

—O para su amante.

—¡Cómo se te ocurre decir algo así, Maialen! ¡Eso es pecado!

A veces —no delante de extraños—, le gustaba provocar con salidas de tono como aquella, con la que acababa de intimidar a su hermana melliza.

Estudio de un lirio. Un título algo enigmático, pensó Maialen. Tan solo unas pocas pinceladas en tonos rojizos coloreaban los estambres, mientras que el estigma y los sépalos lucían un verde nada intenso.

—Una flor así podría decorar vajillas como las que tenemos en casa. —La idea que lanzó Carmen le gustó a su hermana.

—Sería algo exclusivo. Tú podrías pintar cada pieza a mano. Cuando seamos mayores podremos hacerlo.

—Qué bonito es soñar, pero estando casadas no podremos hacer otra cosa que cuidar de nuestros hijos.

—¿Por qué dices eso? Para eso están las añas, mujer. Tú y yo no tendremos que hacer esas cosas —le contestó, convencida de que iba a ser así cuando ambas fueran madres. Maialen quería continuar contemplando aquel lirio que tanto le acababa de impactar.

Para ella, ese azul cobalto que parecía tornarse en un gris plateado para sus ojos, le recordó sin quererlo al lomo de las *antxoas* todavía vivas, que veía descargar en el puerto de Ciboure al que, en ocasiones, se acercaban el sábado por la mañana de excursión.

—Siempre haces símiles con cualquier comida —le dijo Carmen a su hermana.

—No puedo evitarlo, ya sabes que me encanta ayudar a nuestra madre cuando anda entre pucheros.

Desde pequeña mostró interés y habilidades en los fogones viendo a su madre cortar pimientos, rebanar cebollas o pelar tomates para hacer una deliciosa *piperade*, tan popular por la comarca vascofrancesa, que fue haciéndola suya desde que llegó a las cocinas del Bidasoa atravesando las huertas colindantes al otro lado de la frontera. En Ainhoa, Sare o Espelette la *piperade basquaise*, acompañada de una tortilla francesa, era a menudo el plato que servía de cena, como ahora ocurría en su casa.

Como la semilla de los pimientos, tanto verdes como rojos, que se plantaba en tierras labortanas no era la misma que se utilizaba en Navarra, el resultado también tenía diferencia, no especialmente en el sabor, pero sí en la textura. Porque los pimientos verdes vascofranceses eran infinitamente más carnosos, lisos de piel, sin apenas rugosidades y bastante más espigados que los navarros.

En su recién estrenada casa de San Sebastián, la cocina tenía unas dimensiones proporcionalmente mucho mayores que el salón de la villa. Ya les advirtió a sus padres, que, a la hora de adquirir una vivienda, esta debería contar con una cocina grande en la que hubiese mucha luz natural, y una despensa contigua tanto para guardar las distintas confituras que elaboraba durante el verano, como embotados de bonito, tomate que ella misma guisaba, o las guindillas en vinagre por las que su joven esposo sentía una debilidad especial.

Así que cuando oyeron comentar que la familia Dubois vendía la propiedad situada en la calle Infante Don Juan del barrio donostiarra del Antiguo, no dudaron en hacerle una oferta imposible de rechazar. Además, se encontraba no muy lejos del solar donde ya había comenzado la construcción de Porcelanas Gorosti. Tanto Juan Domingo como ella podrían ir andando hasta la fábrica, lo que haría todavía más atractiva la vivienda.

Huyendo de la Primera Guerra Mundial, los Dubois recalaron en San Sebastián poco antes de 1915, donde contaban con varias familias aristocráticas amigas, que les dieron cobijo hasta que pudieron comprar la casa que ahora vendían tras regresar al valle del Loira de donde eran originarios. De ahí que, a pesar de que la villa tuviese un claro estilo vasco en su aspecto exterior, entre el mobiliario podían encontrarse arañas de cristal, sillas de dimensiones importantes, al igual que algunas piezas estilo imperio que daban cuenta de la impronta personal de sus moradores.

Por supuesto, en la cocina no faltaban utensilios de todo tipo, como una cazuela cilíndrica para cocer los espárragos que mandaban traer de Las Landas o varios termómetros de agua para medir la temperatura exacta a la que la cocinera debería mantener el foie, antes de macerarlo en distintos licores como el armañac o un coñac que a los Dubois les hacían llegar desde una bodega bordelesa, a pesar de que el país estuviera en plena contienda.

—Los ricos, aunque haya guerra, siempre tienen su dinero a salvo.

—Además, para eso estás tú, ¿o no?

Maialen no pudo reprimirse decirle algo así a su progenitor la primera vez que fue con él a ver la casa, mientras curioseaba sigilosamente en los armarios de madera que configuraban una de las paredes de la cocina.

Entre el contrabando con el que su padre traficaba también estaba el oro, algo con lo que engrosó aún más su patrimonio mientras duró la Gran Guerra.

Gure Ametsa fue también la única villa entre todas las que hasta

entonces se habían construido allí que contaba con una bodega. Algo inusual, teniendo en cuenta la escasa distancia que la separaba de la playa y por lo tanto del mar abierto.

En los planos de la vivienda no figuraba este extremo, por lo que los Epalza supusieron que fue excavada en la arena por la familia Dubois, al poco de llegar.

—Para conservar las buenas añadas de Burdeos. —También de esto sabía bastante Teodoro.

Cuando se instaló allí la pareja después de la boda y de viajar por París, Madrid y Barcelona, comenzaron a disfrutar de una vida social en una ciudad en la que el dinero, como cabía esperar, abría todas las puertas.

La esmerada educación de Maialen ayudó definitivamente a ello, ya que se desenvolvía con absoluta soltura entre los hijos de la burguesía o jóvenes marquesas con las que acostumbraba a tomar el té durante las largas tardes de invierno. A veces las sorprendía con un delicioso brazo de gitano que ella personalmente hacía sin la ayuda de Jacinta, que recaló en casa como sirvienta, recomendada por Rufino, el chófer castellano de la fábrica.

—Es limpia como ninguna, y muy honrada, señor.

Eso ya fue suficiente para que entrara a servir en la casa junto a Primitiva, la otra muchacha vasca que llegó a la vivienda poco antes del enlace para hacerse cargo de la limpieza y la pequeña huerta que Maialen se empeñó en acondicionar.

De Jacinta le llamó la atención su afición a la lectura, algo absolutamente extraordinario en una mujer de su condición, que habitualmente solían ser mayoritariamente analfabetas. En su tiempo libre, Maialen la veía leyendo *La Revista Blanca*, una publicación que editaban un tal Juan Montseny y Teresa Mañé de los que ella hasta entonces nunca había oído hablar.

Aquella misma publicación contenía relatos literarios, que, según le contaba Jacinta, eran lo más atractivo, al menos para ella.

—Se venden hasta cincuenta mil novelas de estas, señora.

—¿Tantas? ¡Eso es imposible! Déjeme ver.

Le pareció una exageración lo que aquella buena mujer le estaba contando. Ya era raro que una muchacha de servicio estuviese alfabetizada en aquella época, y que además fuese aficionada a la lectura todavía más.

Arrastrada por la curiosidad, le pidió prestada la publicación que ella tenía entre sus manos. La Novela Ideal rezaba en la portada, con un título demasiado sugerente como para desecharlo: *Corazón de mujer*, impreso en la parte superior. En un dibujo coloreado aparecía

un hombre sentado de aspecto compungido junto al que se situaba a una altura superior la que parecía ser su esposa. En la portada, bien visible, figuraba el precio: «15 céntimos». La autora era una tal Ángela Graupera de la que ella tampoco nunca había oído hablar.

—¿Es alguna novela de amor?

—Sí, señora, pero no es como para usted.

—¿Por qué lo dice? Déjeme echarle un vistazo.

La mujer, dubitativa, puso el ejemplar en manos de su señora, que de inmediato abrió por las hojas centrales.

—Verá, señora Maialen. *La Revista Blanca* es para obreros, no es una publicación de su clase. Discúlpeme.

—¡Y eso qué más da mujer! Hay que leer de todo.

No estaba dispuesta a dejarse vencer por una cuestión de clases. Le picaba la curiosidad hasta el punto de pedirle prestadas un par de aquellas novelas que iba a leer en cuanto se las dejara.

Aunque culturalmente la relación con Primitiva pudiera ser más próxima —de hecho, cuando se dirigía a ella siempre lo hacía en vascuence—, Jacinta le pareció una mujer con ciertas inquietudes intelectuales para el estrato social del que procedía. Poco a poco, fue intimando con la muchacha castellana de la que descubrió que los pobres, aunque no tuvieran casi para comer, también leían y podían llegar a ser incluso cultos, en aquella sociedad marcada por un clasismo imperante.

Con Primitiva, por el contrario, casi analfabeta, aprendía a cultivar los rosales que acababan de plantar en el jardín y también a seleccionar las hortalizas que poblarían la parte del terreno más soleada.

—No solo las flores embellecen la tierra. También quiero comer puerros y pochar las cebollas que crezcan aquí.

A pesar de que a Juan Domingo no le hacía gracia que su mujer fuera la comidilla de la zona por aquella iniciativa que él consideraba descabellada, permitió sin oposición alguna que el servicio comenzara a preparar la tierra para que Maialen cultivase la huerta.

En un entorno urbano y de gente adinerada como aquel, llamaron la atención las plantas de tomate bien abonadas por Primitiva, o unos manzanos pulcramente podados que Rufino cuidaba con mimo, cuando no tenía que desplazarse con el señor. Era entonces cuando ayudaba a la mujer en una huerta que se convirtió en todo un exotismo para los aristócratas que habitaban en aquel puñado de casonas ilustres.

Todos querían estar cerca de la reina María Cristina que mandó construir un palacio frente a la bahía. Como ella misma, la edificación

que se erguía majestuosa sobre el Pico del Loro que separaba las dos playas, la de Ondarreta y la Concha, desprendía un claro sabor germano. Siendo una Habsburgo-Lorena y habiendo nacido en el Imperio austrohúngaro, la madre de Alfonso XIII sintió adoración por la ciudad en la que disfrutaba de todo el periodo estival hasta que falleció. Y con ella la corte que se asentó a escasos metros del palacio Miramar, en una explanada que se abría a la playa de Ondarreta donde vivía la pareja con su bebé.

Sin embargo, a Maialen no le gustaba especialmente la aristocracia que estaba instalada en las villas contiguas a la suya, aunque aprendió a convivir con ella ya que era demasiado importante mantener las apariencias o fingir con absoluta naturalidad desde la mañana a la noche. Quien no sabía mentir no era digno de habitar por allí.

Mientras que Carmen, su hermana melliza, no pedía nada especial al amor más allá de todo lo que podía aspirar una joven inexperta en cuestiones de alcoba, Maialen sí sentía un deseo que su marido no acababa de colmar.

Como cualquier mujer decente que se preciara, tenía que llevar enaguas bajo el vestido, acostarse con un camisón de seda que no dejase imaginar escenas pecaminosas, y menos aún despertar la lujuria en el esposo con el que dormía cada noche.

—Para eso ya están las mujeres de mala vida —fue lo que contestó sin miramientos Juliana a su hija Maialen, cuando esta intentó preguntarle por ciertas artes amatorias de las que oyó hablar en el internado francés durante el último curso a una compañera algo casquivana que les aventajaba en sabiduría sexual—. Tú tienes que dejarle hacer y que termine rápido. Nada de pedirle placer. ¡Eso ni se te ocurra!

Cuando adivinaba el pene erecto de su marido poco antes de que se aproximara a ella, a Maialen se le erizaba la piel porque deseaba acariciárselo, incluso lamérselo, como decía Colette en las noches de primavera, cuando salían a dar un paseo por el patio del internado antes de dormir.

Deseaba experimentar con su marido lo que oía de tarde en tarde a ciertas amigas de alta cuna que se atrevían a contar sus aventuras clandestinas en *petit comité*.

—¡Ay, querida! Hay que tener un marido para los gastos y un amante para los gustos.

La primera vez que Maialen le oyó aquella frase a Elena, la esposa de un viejo marqués millonario que le doblaba en edad, no pudo dormir de la impresión. Ella se sentía feliz junto a su Juanito que

la colmaba de regalos, intentaba mimarla como a ella le gustaba y percibía que estaba siempre pendiente de sus caprichos. Solo que a la hora de amarse había algo que no acababa de llenarle.

Las relaciones sexuales con su esposo no es que fueran poco satisfactorias. Simplemente, esa pasión tan desatada como compulsiva por parte de él le resultaba un tanto mecánica. Monótona, sin sorpresas en las que ella también pudiese participar y jugar un poco a ser casquivana. Sin embargo, su disfrute nunca estaba presente en la cabeza de su marido. En su cerebro retumbaba la frase recurrente con la que su madre le respondió: «Dejarle hacer y que termine rápido», o peor aún: «Él es quien tiene que quedar satisfecho».

Maialen se resistía a pensar que toda su sexualidad iba a estar limitada a convertirse en un mero objeto de satisfacción para su esposo. Probablemente de forma involuntaria, porque a él tampoco le educaron para dar placer, sino para obtenerlo. Como todas aquellas ocasiones en la que su padre fue llevando uno por uno a todos los hijos a un prostíbulo de Behobia que estaba junto al río, para que «se hicieran hombres».

Entre las novelas rosas que Jacinta iba dejándole casi cada semana a su señora, también se podía apreciar un mensaje libertario, entremezclado con un tipo de amor libre en algunas ocasiones, lejos de las novelas edulcoradas al más puro estilo tradicional que años más tarde escribirían Carmen de Icaza o Corín Tellado.

Con ellas, Maialen descubrió que el amor podía tener varias aristas desconocidas hasta entonces para ella, como el disfrute al que se hacía referencia en aquellas historias de pasión, salpicadas de un feminismo reivindicativo que a ella parecía estarle vetado.

A Elena Durant, la jovencísima marquesa consorte con la que Maialen mantenía una estrecha relación debido a las inquietudes intelectuales que compartían, siempre la veía risueña, tarareando alguna melodía romántica, con las manos enfundadas en unos guantes de rejilla negros y su espectacular melena rubia pulcramente ondulada y cubierta parcialmente con un sombrero de fieltro oscuro adquirido en Ponsol —la sombrerería por excelencia de la ciudad—. A Elena no le gustaban los moños ni los recogidos en su cabeza, sino que sus cabellos pudieran lucir sin complejos el intenso tono natural algo pajizo, lo que hacía que hombres y mujeres —envidiosas estas últimas— la miraran de reojo a su paso.

—No se perdona que además de guapas seamos inteligentes.

Sin ningún tipo de complejo, Elena hacía esta afirmación cuando ambas estaban solas, compartiendo confidencias en la zona noble de la casa en torno a una merienda que Primitiva preparaba con mimo.

Bizcochitos de soletilla recién horneados con chocolate a la taza que hacía a partir del cacao que Teodoro, su padre, le traía de Cazenave, la pastelería por excelencia de Bayona, donde parecía detenerse el tiempo, en el número 19 de Port Neuf.

Casi de la misma edad que ella, aquel cuerpo estilizado de Elena, bien proporcionado, lucía las mejores creaciones de Cristóbal Balenciaga como si se tratara de la mejor modelo del atelier. Desde las dos primeras plantas de un regio edificio en la avenida de la Libertad, que hacía esquina con la calle de Santa Catalina, el modisto de Getaria confeccionaba auténticas joyas en sedas y lanas que no solo embellecían a la mujer, sino que las envolvía en un halo de misterio que parecía convertirlas en diosas inalcanzables.

Quizá esa felicidad risueña que irradiaba su íntima amiga la marquesa, que al casarse cambió su apellido de soltera, Durant, por Argaña, el de su marido, no se debía solo a la fortuna de su esposo, sino a lo que escondía bajo las sábanas cuando Elena descubría toda la pasión que le daba un amor clandestino como el que estaba viviendo junto a Feliciano.

Junto a la playa

Tras el nacimiento de Juncal, en casa de los Oyeregui solo había espacio para la felicidad. Con la pequeña durmiendo plácidamente en aquella cuna de madera que Jacinta balanceaba para que la niña no se despertara, los días transcurrían en una quietud rota solamente por los llantos de una bebé tranquila que ya caminaba por la casa y solamente reclamaba atención cuando quería comer.

—Es una niña muy lista, señora, y lo hermosa que está.

Entre las dos muchachas, Maialen decidió que Jacinta hiciese las funciones de aña, aunque no estuviese especialmente formada para ello. Hizo que le confeccionasen un uniforme que no diese pie a malentendidos, para que reflejase bien su cometido en la casa. Entre las familias pudientes de la capital donostiarra eran populares. Se las conocía como *iñudes* (niñeras).

A menudo, estas mujeres de complexión fuerte y andares rotundos solían lucir un vestuario que llamaba la atención: ataviadas con un espectacular tocado blanco bien almidonado, el traje acostumbraba a ser largo, hasta casi el tobillo, lo que apenas dejaba entrever unas gruesas medias de algodón o lana, dependiendo de la estación. Exhibían con orgullo un delantal impoluto, blanco también, sobre la tela oscura de una camisa de cuello cerrado y falda fruncida.

En el caso de Maialen, fue ella quien, hasta cumplidos casi los dos años, amamantó a su hijita. Pero no era lo habitual entre la clase pudiente. Con frecuencia, las familias adineradas echaban mano de las conocidas popularmente como «nodrizas», mujeres humildes que acababan de dar a luz, para que les dieran pecho también a sus hijos recién nacidos. Hembras robustas que codiciaban más una buena alimentación que la irrisoria cantidad de dinero extra que fueran a pagarles por amamantar a sus retoños, pues lo que más apreciaban era un buen plato rebosante de comida caliente.

—Usted tiene muy buena leche, señora, no hay más que ver a la niña.

Maialen en ningún momento se planteó que nadie que no fuera ella alimentase a su pequeña.

—Será por toda la cerveza que tomo, aunque no me guste.

La sabiduría popular aleccionaba a las gestantes para que tras el parto ingiriesen cantidades importantes de cerveza, porque ello producía una mayor cantidad de leche en los pechos. Algo totalmente incierto, que no hacía sino aumentar el volumen de las recién paridas y ayudarlas a conciliar el sueño más fácilmente.

Juan Domingo contribuía a que no faltasen en la cocina unas

cuantas cajas que traía directamente desde la fábrica de Juan y Teodoro Kutz, que se encontraba también en el barrio del Antiguo. Cervezas El León era todo un símbolo de prosperidad en una ciudad donde florecían empresas pujantes a las que se sumaba Porcelanas Gorosti.

—Nos han encargado tres vajillas desde Francia y dos más los duques de Aiete para su hija mayor, que va a contraer matrimonio. —Se sentía pletórico con el volumen que estaba tomando la empresa cuando apenas llevaba dos años activa—. Voy a hacer también unos platillos conmemorativos para vender el Día del Aberri Eguna (Patria Vasca). Así conseguiremos más fondos para el partido.

Al oír esto último, el semblante de Maialen se tensó.

—¿Por qué tenemos que regalar dinero a esos vizcaínos?

—Yo soy navarro y toda mi familia también.

Parecía claro que no estaba dispuesto a dar el brazo a torcer, por mucho que su esposa incidiera en ello.

—Implicarse de esa manera no puede traernos nada bueno, Juanito.

—Pero ¿por qué te empeñas en que no les ayude? Cuesta muy poco hacer esos platillos con los restos que sobren de las vajillas. No habrá que encender de nuevo el horno. Solo mantener el calor.

—Escucho la radio y leo los periódicos. Las cosas se están poniendo feas. —Su mujer estaba ciertamente preocupada por la situación tan convulsa que se vivía en todo el país.

Tras el nombramiento del segundo presidente de la República, Manuel Azaña, los rumores sobre el malestar en un sector del ejército hacia el Gobierno parecían incontrolables, a pesar de que uno de los generales cabecillas, un tal Francisco Franco que hasta entonces estaba destinado en el protectorado de Marruecos, acababa de ser represaliado a las islas Canarias.

—Lo sé, pero la República es un gobierno fuerte. No hay nada que temer.

—¿Nada? ¿Estás seguro? Ese tal Franco y su guarda mora andan azuzando por los cuarteles. Los africanistas están en pie de guerra, por lo que me ha contado Elena.

El esposo de la que se había convertido en su íntima amiga desde que se instaló en San Sebastián tenía extraordinarios contactos en el ejército, porque el marqués, además de millonario, sirvió a la Corona como almirante de navío. Informadores que continuaban manteniéndole al día de lo que estaba sucediendo en los acuartelamientos de Ceuta y Melilla, donde Franco disponía de una red incondicional de leales dispuestos a dar un golpe de Estado en

cualquier momento.

—Conozco los rumores, y si ocurre algo, seremos los primeros en ponernos del lado de la República. Ya lo hemos hablado. —Esta vez Juanito fue contundente en la respuesta.

A partir de ese momento, intuyó que su marido estaba mucho más implicado en la causa nacionalista de lo que ella hubiese podido imaginar en un principio. Ese idealismo, por el que Juanito estaba dispuesto a luchar, a ella le disgustaba sobremanera.

Juncal acababa de cumplir los dos años en la noche de San Juan, y a Maialen solo le preocupaba el bienestar de su hija, aunque la convulsa situación política que parecía agravarse por momentos le inquietaba bastante.

—Desde que se instauró la Segunda República en febrero, buena parte del ejército no hace sino conspirar. —Lo que Elena le comentaba durante las tardes de chocolate y bizcochos de soletilla en la pastelería Maíz de la calle Urbieta era una realidad palpable, que ahora intentaba hacer ver a su marido—. Veo que es inútil que te pida que te alejes de la política, que solo atrae la desgracia a las familias de bien. Te lo he dicho muchas veces.

A pesar de que el peso de la pequeña era ya importante, meciendo a Juncal en sus brazos, Maialen decidió no seguir aquella discusión absurda, en la que Juanito no iba a dar su brazo a torcer. El idealismo corría por sus venas de una forma tan profunda que su mujer comprendió que nada bueno les traería.

Cuando, a la mañana siguiente, Elena llamó a su puerta con cierta impaciencia, al ver que ni Jacinta ni Primitiva acudían a abrir, Maialen, que se encontraba desayunando en el comedor de diario, muy próximo a la entrada, se levantó a recibirla, mientras el chófer de su amiga permanecía de pie junto al vehículo. Vivían lo suficientemente lejos una de la otra, como para que necesitaran algún tipo de transporte para acudir hasta el domicilio de ambas situado en los dos extremos de la ciudad.

—No te esperaba tan temprano. Pasa, mujer. ¿Qué ocurre?

Sin apenas arreglarse, despojada del sombrero del que jamás salía de casa, a Elena parecía que le habían caído unos cuantos lustros encima de un día para otro.

Rompió a llorar de forma desconsolada mientras se abrazaba a su amiga.

—Han asesinado a Manuel. ¡Lo han matado! —Las lágrimas de Elena empaparon ligeramente la mejilla de Maialen, que la abrazó en un intento inútil de consolar a su amiga—. Lo han matado por monárquico. ¡Solo por eso! —se le oía entre sollozos.

Aquel verano del 1936, quedó grabado en la memoria de mi abuela, como el inicio de una pesadilla que la llevaría a un peregrinaje impensable que jamás consiguió superar.

Cuando logró que se calmara algo su amiga, Elena le fue explicando que su marido había sido asesinado aquella noche mientras dormía en el palacete madrileño que el matrimonio tenía en Don Ramón de la Cruz, a escasos metros de la calle Serrano.

—Esto es la guerra, Maialen —acertó a decirle ya un poco más calmada. Nadie sabía que el almirante Manuel Argaña se encontraba en Madrid, salvo el servicio—. Han tenido que ser ellos, el chófer o el ama de llaves, Maialen. Son los únicos que viven en la casa.

Como pudo, intentó consolarla inútilmente, porque, a pesar de la diferencia de edad, a pesar de que el marqués nunca logró hacerla feliz en la alcoba, ni darle un hijo, Elena siempre le estuvo muy agradecida tanto por su bondad como por una generosidad excepcional de la que hizo gala con ella.

A partir de aquel día, la casa de los Oyeregui-Epalza se sumió en una desazón permanente, solo interrumpida por los pasitos de Juncal cada vez que se atrevía a corretear por la casa. Fueron días en los que Maialen empezó a intuir que el cerco acechaba ya al País Vasco. Las noticias que llegaban no eran esperanzadoras, hasta que una mañana se enteró con horror de que la sublevación se acaba de consumar.

A Elena le llegó el soplo de que el cabeza de la conjura en el protectorado español de Marruecos ya había anunciado al general Mola que los africanistas estaban dispuestos y en pie de guerra.

—¿Qué vamos hacer?

—Calmarnos, Maialen. No podemos hacer otra cosa —le contestó Juanito, sin mostrar el menor atisbo de preocupación.

La fábrica seguía trabajando y las vajillas salían a sus destinos en la fecha prevista.

—Porcelanas Gorosti nunca caerá en manos de las tropas nacionales. —Juan Domingo se sentía seguro de lo que decía.

—¿Cómo vamos a protegernos sin ejército? Cuando lleguen nos arrasarán en dos días. —Aterrada por la nueva realidad, Maialen se sentía paralizada, incapaz de conciliar el sueño o de gestionar la vida diaria con la niña.

Tanto Primitiva como Jacinta intentaban aparentar una calma con la que serenar a su señora. Pero las dos tenían tanto miedo o más que la propietaria de la casa. El único que parecía no estar preocupado por la situación era Juan Domingo, que acudía cada día a la fábrica que se encontraba frente a la cervecera de los hermanos Kutz.

La luz propia con la que las pinceladas de aquel Sorolla

iluminaban todo el salón parecía difuminarse irremediablemente. Nada había cambiado. Seguía siendo el mismo cuadro que presidía la estancia principal del hogar, pero Maialen ahora lo percibía más oscuro, sin la intensidad ni la luz con la que siempre lo contempló. Quizá fuese por el malestar que le producían las inquietantes maniobras de los golpistas que emergían con fuerza, razón por la que la forma de contemplar la pintura ahora había cambiado en ella. El cuadro seguía siendo el mismo, pero sus ojos ya no contemplaban la misma realidad.

Su mundo interior le estaba llevando a percibir el alma del magnífico óleo de un modo mucho más abrupto, desasosegante, como si el lienzo del pintor realista estuviese sumiéndose en una absoluta oscuridad hasta apagarse. Como si también hubiese percibido el horror de una guerra que avanzaba rápido hacia San Sebastián.

Probablemente el pintor contemplase la escena en alguna playa del Cantábrico, o del Mediterráneo. Eso qué más le daba. Cuando vio el cuadro no dudó de que lo quería para ella: fue un flechazo a primera vista. Sintió que esa joven madre junto a la niña en la orilla de una playa bien pudiera ser ella misma en un futuro no lejano.

Ese deseo se había cumplido, porque la escena que recogía el Sorolla era la suya misma con Juncal correteando sobre la arena de la playa de Ondarreta, junto a Elena, que casi cada día se desplazaba desde el paseo de Salamanca ubicado en el centro de la ciudad, hasta el barrio del Antiguo, para estar con la pequeña y su íntima amiga.

La sensibilidad que las dos hermanas manifestaron hacia la pintura desde la infancia se consolidó durante los años de internado en San Juan de Luz. Tanto una como la otra pidieron obras de autores vascos como regalo de boda, con la excepción del óleo de Joaquín Sorolla del que Maialen se enamoró nada más verlo y que su padre terminó comprándolo.

Destello de bayonetas

Se sentía insegura. Totalmente vulnerable tras la sucesión de acontecimientos sangrientos que empañaban la vida diaria.

—Es solo cuestión de tiempo. Nos van a matar a todos. —Le inquietaba la voz de Elena, mientras la escuchaba.

Maialen callaba ante las afirmaciones de su amiga recién enviudada que temía la llegada de los milicianos.

—Son unos asesinos, tenemos que huir de aquí cuanto antes.

—¿A dónde? Si no podemos movernos.

—Tú puedes irte a Navarra con tus padres, ¿pero yo? —El nerviosismo se acababa de apoderar de su íntima amiga—. Los míos están muertos y mi único hermano está en el ejército. ¡No tengo a nadie! Si al menos tuviera un hijo por el que luchar, como tú tienes a Juncal.

Los llantos de su amiga desasosegaron a Maialen, que no acertaba a consolarla, porque a ella también la embargaba el miedo aterrador de la guerra.

Algunos días permitía que su amiga se llevase a la pequeña a su casa, en un intento de que esta mitigase la soledad. Juncal representaba a esa hija que Elena jamás podría tener ya, tras dos abortos que le desencadenaron una incapacidad para ser madre. A veces, le inquietaba el modo enfermizo en que trataba a la niña, como si fuera una pertenencia suya, pero lo achacaba al desequilibro que le había producido el asesinato de su esposo.

—¿Puedo venir mañana para ir a la playa con la niña?

—Claro, mujer, cuando quieras, ya lo sabes.

Maialen vio tan triste a su amiga, que en un intento de que recuperara algo de serenidad, le dijo:

—¿Quieres llevarte hoy a Juncal a tu casa? Ya ha cenado, solo tendrás que darle una papilla por la mañana.

A Elena se le iluminó el rostro. Nada mejor que entretenerse con la niña para mitigar la pena. Dormirían juntas. Por la mañana la bañaría entre pompas de jabón que ella personalmente prepararía.

En vez de contestarle a viva voz, se fundió en un largo abrazo con su amiga.

—Vendrás tú también a la playa, ¿verdad? —le dijo mientras empapaba las lágrimas con un pañuelo que sacó del bolsillo de su vestido.

—Tenemos mucho trabajo en la fábrica, pero lo intentaré.

—Estaremos en la carpa, así que allí te esperaremos las dos. —Elena aparentaba estar bastante más calmada, mientras recobraba

cierta sonrisa en el rostro, mirando a la pequeña.

—Ven con la tía Elena. —Ante las muecas de la mujer que le invitaba a acercarse con las manos, Juncal corrió hacia ella sin dudarlo, porque estaba acostumbrada a verla en casa con frecuencia y jugar juntas.

Sentía que la desesperación de su amiga por la situación política también estaba empezando a hacer mella en ella debido a la decisión de Juanito de involucrarse cada vez con el partido.

Después de que la viuda del marqués se llevara a la niña, Maialen aprovechó para cenar porque sabía que Juanito llegaría tarde. A mediodía no había tenido tiempo de almorzar y ahora tenía ganas de disfrutar de una cena contundente.

Aquella noche, cuando su marido llegó a casa, lo percibió más tenso de lo habitual.

—¿Qué te ocurre? ¿Ha pasado algo en la fábrica?

No tenía ganas de hablar. Tampoco de besar a su mujer como hacía habitualmente, sin despojarse antes de la chaqueta y dejar en el despacho el maletín que siempre lo acompañaba.

Ante la insistencia de Maialen por saber qué era lo que realmente le ocurría, este optó por confesarle la verdad.

—Parece que ha habido un chivatazo. Pero no es nada serio.

—¿Que no es serio en estas circunstancias? Ha estallado la guerra con ese tal Franco al frente de las tropas sublevadas. ¿O es que no te has enterado? —Maialen intentaba contenerse para no levantar la voz —. Así que os han descubierto con las manos en la masa.

—No. Los moldes y la documentación están a buen recaudo.

—¿Dónde? En la empresa, ¿verdad? En algún recoveco con el que darán los nacionales en cuanto lleguen allí.

—No hay que preocuparse. Mi padre podrá ayudarnos en caso de apuro.

—¿Cómo? Si es más nacionalista que tú. Los que nos pueden ayudar son los requetés que están en la mía, porque de esos en tu familia no hay ninguno.

Asustada por lo que pudiera sucederles, le rogó que pensara al menos en su hija y se deshiciera de todo aquello que pudiera comprometerle tanto a él como a Porcelanas Gorosti.

Era ya muy tarde para seguir intentando convencer a Juanito para que se deshiciera de lo que ocultaba en un doble fondo del horno. Las únicas luces que todavía estaban encendidas eran las suyas y no quería llamar la atención, así que le pidió que se acostaran.

En pleno verano, en una vivienda junto al mar como aquella, por las ventanas entraba ese olor inconfundible de la brisa del Cantábrico

que impregnaba toda la casa de una fragancia natural y única, y más al haber sido una jornada no especialmente calurosa, y a la caída de la tarde el cielo se había teñido de nubarrones que amenazaban lluvia. Tan solo una ligera vaharada de olor a pólvora le hizo sospechar que cerca de allí se estaría produciendo algún enfrentamiento que no quería imaginar.

Todavía no habían dado las dos de la mañana en el reloj de la iglesia no muy lejana a la vivienda, cuando se oyó el ruido de varios vehículos que se aproximaban por alguna calle adyacente.

No parecían coches, sino camiones.

En la casa podía respirarse quietud.

A pesar de la hora, su marido permanecía todavía en el despacho de la planta baja revisando las fechas de entrega de los últimos pedidos para que llegasen puntualmente.

Sin poder conciliar el sueño tras la discusión que acababan de mantener, Maialen se dio cuenta de que aquellos vehículos que había oído circular poco antes, ahora parecían haberse detenido cerca de la casa.

Desde la primera planta de la villa, si se acercaba hasta la ventana del dormitorio, podría observar lo que estaba ocurriendo. Dudó entre levantarse o continuar acostada. Tanto las dos hojas del balcón como las de la ventana del dormitorio estaban abiertas, así que no le resultaría difícil poder seguir escuchando lo que ocurriese en el exterior.

El desasosiego no le permitía permanecer en la cama, así que casi de puntillas, sin calzarse las zapatillas, se acercó a oscuras hasta a la ventana. Efectivamente, eran tres camiones militares. Uno de ellos con la parte trasera al descubierto. No acertaba a contar cuántos hombres estaban bajándose de los vehículos, pero sí que uno de ellos parecía llevar la voz cantante por el tono en el que daba las órdenes.

Gracias a la luminosidad de una noche de verano estrellada como aquella, desde la distancia de un primer piso, acertaba a ver algunas caras, pero sobre todo el modo de caminar, rotundo. Hombres muy jóvenes, corpulentos algunos, guardaban silencio mientras el único ruido que podía percibirse era el de sus pisadas sobre el empedrado de la acera. También le pareció oír el tintineo de los fusiles al hombro que golpeaban contra cinturones y hebillas metálicas que configuraban los uniformes militares.

Aterrada, conteniendo la respiración mientras contemplaba desencajada la escena, el militar que dirigía al grupo se detuvo ante la puerta de su casa.

—Abran, es la autoridad.

Desde la posición en la que Juan Domingo estaba sentado en su despacho, pudo ver las gorras por encima de la verja de hierro que se erguía sobre el murete de hormigón que rodeaba toda la propiedad.

Aguardó unos segundos, hasta que ya una voz mucho más contundente, la del militar de graduación, volvió a pedir que les franquearan el acceso.

—Abran inmediatamente o tiraremos la puerta.

Aquellas palabras no dejaban lugar a dudas. Maialen, desde la ventana de su habitación, supuso que, ante las voces de aquel hombre malencarado, en las demás villas también se habrían sobresaltado hasta despertarse. Como ella, probablemente alguno de sus vecinos estaría observando la situación entre las cortinas, tan asustado como lo estaba ella.

En toda la vivienda continuaba reinando un silencio que ni el viento podría ser capaz de cortar. Le pareció evidente que su esposo no estaba dispuesto a abrir la puerta. Tampoco podría escaparse, porque ya estaban rodeando toda la casa.

Unos pocos segundos que a Maialen le parecieron toda una eternidad, bastaron para que el soldado que acompañaba al militar de más rango, atendiendo a la orden de su superior, descerrajase la cerradura de la verja de un solo tiro. Hasta la puerta de madera de la casa, el suelo estaba recubierto por unas losetas que dibujaban el camino hacia la vivienda. No todas las suelas de las botas de los militares eran de goma, ya que algunos de ellos al pisar producían un sonido algo metálico.

—Abran la puerta o disparo de nuevo.

Acababan de descerrajar la primera puerta de acceso. Ahora les quedaba echar abajo la de la villa.

Aquel hombre de figura menuda, enfundado en un uniforme impecablemente planchado, se ajustó la chaqueta antes de disparar sobre la cerradura del inmueble. No estaba dispuesto a andarse con tonterías, y tampoco le hacía falta mostrarle al reo ninguna orden judicial para su detención.

—Soy la autoridad, abra.

Ni siquiera le dio tiempo a Juan Domingo, que no iba a oponer resistencia alguna, a llegar hasta el rellano de la entrada principal.

El tiro con el que descerrajó la segunda puerta se oyó con más rotundidad que el primero. Todo el pelotón que acompañaba al militar ya estaba preparado para empezar a registrar la casa.

—Juan Domingo Oyeregui, queda usted detenido.

—¿De qué se me acusa? Esto es un atropello. No pueden entrar así en una casa de bien.

Para entonces ya estaban colocándole las esposas. Maialen no oyó más la voz de su marido al que le acababan de cerrar la boca con un trozo de tela bien anudado en la nuca. Balbuceaba sin éxito sobre un algodón que ahogaba cualquier palabra que articulase mientras lo arrastraban hasta la puerta de salida, sus ojos buscaron la imagen de su mujer en la ventana, porque, aunque no la hubiese oído, sabía que Maialen, horrorizada, estaría contemplando la escena en la oscuridad de aquella cálida madrugada de verano.

Por un instante, sus ojos asustados se cruzaron. Fue solo un segundo en el que las lágrimas ahogadas de su esposa —petrificada de terror ante la escena— se apagaban de alguna manera ante el desgarro de la mirada de un hombre al que probablemente no volvería a ver ya vivo.

El destello de las bayonetas que portaban los soldados continuaba lanzando ráfagas de luz sobre el jardín de la casa, en una noche de luna llena como aquella.

—Vosotros quedaos aquí vigilando la entrada.

Media docena de chavales que no habrían cumplido aún la veintena se dispersaron por el terreno sin demasiada convicción.

La luz que se irradiaba desde el firmamento en una noche extraordinariamente estrellada como aquella fue suficiente para que uno de los soldados alcanzase a ver la tomatera repleta de frutos. Tenían hambre.

—¡Eh, venid! —gritó el que acababa de descubrir todo lo que relucía en la huerta.

Parecía que no estaban dispuestos a entrar en la vivienda tras realizar la detención, y el militar abandonó la casa empujando al detenido a golpe de culata.

Ahogando el llanto, Maialen, de puntillas, se atrevió a descender todos los peldaños de la escalera interior de servicio, hasta alcanzar la trampilla oculta bajo una de las mesas de la cocina que conducía a la bodega de vinos cavada por los Dubois.

Jacinta la seguía unos pasos detrás.

Primitiva no se encontraba en casa. Sus hermanos la habían requerido para cuidar a su madre moribunda, en los últimos momentos.

—Solo tenemos que esperar a que se marchen. Aquí no nos descubrirán. Nadie se imagina que existe esta bodega. —Maialen estaba segura de lo que decía.

Desde una de las ventanas de la villa contigua, Pedrito, el hijo de los Lasaga, ciertamente intrigado, contemplaba la escena. A punto de cumplir ocho años, el pequeño era un gran observador

extraordinariamente inteligente, tímido, algo retraído, además, al que le gustaba mirar la calle cuando ya nadie caminaba por ella.

No podía ser verdad lo que sucedía en casa de sus vecinos. Él también acababa de ver cómo aquel militar violento arrastraba a Juan Domingo hasta arrojarlo en la parte trasera del camión.

Quería correr hasta el dormitorio de sus padres para contarles lo que estaba sucediendo en casa de los Oyeregui, pero no se atrevió a despertarlos. Sobre todo, porque temía la reprimenda de sus progenitores por estar levantado a esas horas de la noche.

Mientras seguía la escena desde su habitación, el miedo le impedía moverse. No se atrevió a dar un solo paso. Ni siquiera a encender una pequeña luz por temor a que supieran que sus ojos estaban presenciando lo que allí sucedía. Observaba cómo aquellos chavales que no alcanzarían la veintena devoraban los tomates mientras permanecían sentados en un corro sobre la hierba. Solo uno de ellos parecía violento. De vez en cuando vociferaba exaltaciones patrias, mientras los demás asentían sin demasiadas ganas.

Completamente asustado, Pedrito cerró la ventana y ya no pudo contener el llanto. No quería que nadie le oyese ni lo viera tampoco, porque la sola idea de que sus padres supieran que estaba siendo testigo de algo que no comprendía muy bien le aterraba hasta romper a llorar. ¿Por qué se llevaban de aquella manera a su vecino que tan simpático era con él cada vez que se lo encontraba en la acera de la calle?

Echado sobre la cama, pero sin cubrirse con la sábana, estuvo llorando sin consuelo un buen rato hasta que se calmó lo suficiente para incorporarse y tratar de ver si aquel puñado de soldados continuaba o no custodiando la casa de los Oyeregui.

En medio de la madrugada ya no se respiraba agitación. Los soldados iban de una habitación a otra en busca de alguien más a quien detener, pero tan solo encontraron cuartos vacíos.

Mientras uno de ellos iba revisando cada una de las habitaciones por si había alguna persona más en la casa, otro compañero iba fisgoneando con desgana por cada armario que encontraba a su paso, metiéndose en los bolsillos aquellas cosas que le interesaban.

Más que hablar, aquellos jovencísimos militares vociferaban lo suficiente como para que incluso desde el otro lado de la trampilla donde se escondían Maialen y Jacinta se pudiese oír lo que decían.

En la bodega, Jacinta trataba de tranquilizar como podía a su señora, presa del llanto. Cuando oía que elevaba el gemido, la sirvienta se apresuraba a taparle la boca con su mano, en un intento desesperado de que no las descubrieran.

Incapaz de conciliar el sueño por el horror de lo que acaba de observar desde su ventana, sin correr la cortina, Pedrito asomó la cabeza hasta alcanzar el cristal para tratar de ver si los hombres que rodeaban la casa de los Oyeregui se habían marchado o no.

Sueños rotos

A pesar de que era verano, en la bodega seguía respirándose esa humedad mezclada con el olor a salitre de una mar donde ya no volvería a bañarse en mucho tiempo. Jacinta y ella tenían que salir de allí y tratar de llegar hasta Navarra.

—Mi hermano Mattin nos ayudará.

Hacía tiempo, pero no tanto como ellas suponían, que ya no se oían las pisadas de las botas de goma por el suelo de madera de la casa. Quería salir rápido y llegar hasta su dormitorio para coger algo de ropa, dinero y huir. Presa de la angustia, Maialen, rota de dolor, trataba de recomponerse sin lograrlo.

—Estese quieta, señora, que aún queda alguien por ahí arriba —le susurró Jacinta casi al oído.

Al abrir ligeramente la trampilla comprobaron que todavía era de noche. Les entró mucho miedo porque volvieron a escuchar alguna que otra pisada acompasada.

—Tenemos que salir de aquí, Jacinta. Hay que escapar.

Maialen comenzaba a estar presa del pánico. La sirvienta intentaba calmarla sin éxito, temerosa de que pudiese oírle alguno de los soldados que todavía seguían merodeando por la casa.

—Es demasiado peligroso, nos llevarán a nosotras presas también.

Entre lágrimas, su señora no entraba en razón hasta que a Jacinta no le quedó más remedio que forcejear con ella mientras la agarraba por los antebrazos.

—Escúcheme bien, si nos descubren, pueden matarnos, así que será mejor que tratemos de escapar cuando podamos, pero no ahora.

Maialen tenía grabada la imagen de su esposo arrastrado a la parte trasera de aquel camión, en el que con toda probabilidad lo habrían llevado camino de la muerte. Cabizbaja, cerró los ojos, mientras sentía que su vida ya no valía nada. La de Jacinta tampoco. Sus piernas flaqueaban hasta notar que la debilidad estaba desequilibrando su cuerpo.

Pensó en la pequeña Juncal que dormiría plácidamente en casa de su amiga Elena.

—La niña al menos está a salvo, Jacinta. —Estaba absolutamente agotada. Pero de pronto tuvo una idea para escapar de aquel horror con la que desconcertó totalmente a la muchacha de servicio—. Tenemos que escapar por la puerta que hay junto a uno de los acebos. Rápido, Jacinta.

La buena mujer no entendía nada. Solo desde la histeria y el

miedo podría encontrarse alguna razón para la huida que ahora quería emprender Maialen con una celeridad inusitada.

—¿De qué puerta me habla, señora?

—La que está justo al otro lado de la huerta.

Jacinta no conocía ese acceso. Se trataba de una estrechísima hoja de hierro oxidada que ni siquiera tenía llave, tan solo un cerrojo que se abría por la parte interior de la propiedad.

Viendo que convencerla de lo contrario era imposible, Jacinta decidió acompañar a la mujer en su huida, porque ahora solo se trataba de sobrevivir a aquella pesadilla que probablemente se cobraría la vida del esposo.

Las dos estuvieron de acuerdo en pensar que quienes se habían llevado a Juan Domingo continuarían, de algún modo, custodiando la casa, al menos durante unas horas más.

Parecía que había menos soldados de los que llegaron cuando detuvieron a su marido, pero las voces que se oían confirmaban la presencia todavía de algunos en el inmueble.

Algo le decía que quizá iba a volver a ver a Juanito con vida; quería aferrarse a esa idea como fuere. Se sentía totalmente destruida, con un corazón roto que sangraba a borbotones. La guerra, esa lucha absurda entre ideas que solo conducía al dolor, a la desesperación, a la muerte, al desgarro y a vagar estando muerta en vida, solo le ofrecía la cruel oportunidad de la huida.

Entre las telarañas que invadían la bodega miró a sus pies. Ni siquiera llevaba zapatillas. La fortaleza de la que siempre hizo gala, ahora tenía que acompañarla, aunque se estuviera muriendo en vida. Todo había pasado tan rápido y de una forma tan violenta que era incapaz de asimilar la magnitud de tanto horror. El desgarro campaba a sus anchas en aquellas dos mujeres que necesitaban escapar rápido. Ahora sí que ambas tenían que huir, porque, de lo contrario, también les esperaría la cárcel, o peor: la muerte.

En el colgador de la cocina Jacinta acostumbraba siempre a tener un par de chaquetas de lana tejidas por ella, fuese invierno o verano, las botas de agua y calzado de calle para las ocasiones especiales. También había un paraguas junto al dintel de la puerta.

—Póngase usted los zapatos, señora.

Jacinta, por el contrario, abandonó la casa con las alpargatas de esparto que calzaba habitualmente, así como una bata oscura que solía enfundarse para realizar las tareas del hogar. Ambas cogieron las chaquetas, y en una de las bolsas de tela, la sirvienta introdujo las botas de agua.

—Pueden hacernos falta, señora.

Se seguían oyendo pisadas intermitentes en el piso de arriba. En el horizonte se adivinaba una cierta claridad, pero todavía estaba lo suficientemente oscuro como para que sus siluetas no se distinguieran con nitidez, mientras caminaban agazapadas hasta alcanzar la puerta que había junto al acebo.

Atrás quedaba una prometedora vida sin preocupaciones, al frente de una empresa pujante que ya estaba cosechando los primeros éxitos. Con el sigilo del ladrón, tras cerrar el acceso a una existencia feliz, Maialen, mientras las lágrimas corrían irremediablemente por sus mejillas, miró por última vez hacia la ventana de su habitación desde la que, impotente, vio cómo se llevaron a rastras a su marido.

Gure Ametsa acababa de transformarse en el centro del dolor y la rabia. Sintió por primera vez odio. Un sentimiento que hasta ahora jamás había anidado en su corazón. Conteniendo casi la respiración, una vez que lograron abandonar la casa, las dos mujeres emprendieron la huida en el más absoluto sigilo. Poco más de un kilómetro las separaba de la fábrica. Pensaron que en un cuarto de hora ya estarían en la puerta principal por la que accederían los primeros trabajadores del turno de la mañana. Se podrían camuflar entre las mujeres que embalaban el producto, o mejor todavía: aprovechar el transporte de alguna mercancía para intentar llegar a la comarca del Bidasoa.

Mientras caminaban procurando aparentar naturalidad por una de las bocacalles paralelas, vieron varios camiones que conducían rápido por el vial principal. Ya distinguían la majestuosidad del enorme edificio recién construido que albergaba Porcelanas Gorosti, cuando los vehículos que acababan de ver circular pararon en seco delante de la fábrica. Con extraordinaria rapidez, pulcramente alineados, los soldados se dirigieron al interior de la fábrica en columnas bien formadas.

Maialen entró en pánico.

Jacinta también. Las decenas de obreros que acababan de entrar a trabajar en el turno de mañana salían al exterior a punta de bayoneta. No cabía más terror en sus cuerpos. En vez de echar a correr, tuvieron la suficiente frialdad como para contemplar la escena durante bastante tiempo hasta que en un momento decidieron comenzar a desandar el camino avanzado, cuando el estruendo ensordecedor de la dinamita hizo saltar por los aires todo el edificio.

La onda expansiva se oyó en kilómetros. El polvo blanqueó de inmediato la fachada de buena parte de las casas más próximas. Una nube de escombros caía sobre lo único que quedaba: el solar.

Todos los sueños rotos.

Se quedaron paralizadas. Todas sus extremidades estaban en tensión, inmóviles. Sus piernas parecían haberse clavado en el piso de cemento, ahora salpicado de cascotes. La explosión había tejido una nube de escombros que estaban configurando un reguero de residuos que alcanzaban incluso algunos de los jardines de las villas próximas.

Maialen sintió que la noche, esa oscuridad en la que su alma acababa de entrar, iba a acompañarla el resto de sus días, en el silencio de una existencia marcada por la tragedia a una edad en la que se empieza a vivir.

Abrió sus ojos con espanto, incapaz de asimilar tanto horror, mientras de su rostro demacrado desaparecía cualquier atisbo de esperanza.

En la guerra, se dijo Maialen, no hay justicia, tan solo odio, terror y una sed de venganza que te hace capaz de matar a tu propia familia.

Instintivamente, las dos mujeres se abrazaron llorando desde el desconsuelo más absoluto. Pero no podían quedarse merodeando por allí porque seguían corriendo el mismo peligro que ocultas bajo la trampilla de la bodega.

—Tenemos que irnos de aquí, señora.

Una parte de Maialen murió aquel día. En la que sobrevivió, nació, en ese momento, una mujer distinta a la que hubiese querido ser.

La huida

Por muy distintas razones, ambas sabían lo que era caminar monte arriba. En la Castilla polvorienta, Jacinta conocía tierras de labranza situadas en precipicios, de la misma forma que Maialen aprendió entre helechos a alcanzar la cima de Larrún.

—Vayamos a la montaña. Mi hermano Mattin tiene ahí un buen contacto que nos ayudará.

Maialen le indicó con un gesto la dirección que tenían que tomar para llegar hasta el caserío en el que las acogerían en la cima del monte Igueldo.

Cuando Dominica vio ante su puerta a las dos mujeres sucias, de semblantes aturdidos, dudó entre franquearles la entrada o no. Entre el monte Igueldo y Mendizorrotz había muchos caseríos. Todos tenían vacas, cerdos, gallinas y sobre todo huertas en las que cultivaban excelentes verduras de temporada que vendían en los mercados del Antiguo, San Martín y la Bretxa.

Todavía no había terminado de ordeñar la última vaca, cuando las vio acercarse por el ventanuco de la cuadra desde la posición en que permanecía sentada junto a la ubre del animal. Dejó el cubo de latón que sostenía entre las piernas al que iba la leche del ordeño, mientras observaba a las dos mujeres.

Cuando estuvieron más cerca, la casera reconoció a Maialen.

—Tú eres la hermana de Mattin. Anda, pasad adentro.

Ya en el interior del caserío, se sintieron algo más tranquilas, a pesar de que todavía estaban conmocionadas. Parecía que, al menos de momento, habían logrado escapar del terror.

—Sí, soy Maialen —consiguió decir por fin.

Sabía que su hermano contaba con la ayuda de aquella mujer para casos excepcionales, porque nadie sospechaba de Dominica, Domi como era más conocida. Una vasca que alardeaba de su origen carlista como tapadera a sus verdaderos ideales que, en realidad, de ideología tenían poco y sí su avaricia desmedida.

—Así que se han llevado a tu marido. —No quiso darle falsas esperanzas porque muy probablemente a esa hora Juanito estaría camino de la «cantera». Ella, que no quería hacer distinciones entre sublevados y afines al Gobierno de la República, veía muy malas trazas a la guerra que acababa de empezar—. Será mejor que os busquéis un buen refugio porque esto va a durar mucho.

Las dos mujeres se miraron entre sí, sin que el terror mudara de sus rostros.

—No tenemos a dónde ir —respondió Jacinta, conteniendo un

sollozo.

—Yo quería refugiarme en casa de mis padres.

—Es imposible llegar hasta el Bidasoa sin salvoconducto.

—¿Y Mattin? Seguro que podrá ayudarnos. Díselo.

—Qué casualidad, tiene que venir por aquí mañana. Podrás verle y hablar con él. Yo solo puedo ocultaros esta noche. Es muy peligroso para mí que estéis más tiempo aquí.

Como era verano, la hierba recién cortada a guadaña se apilaba en el terreno que circundaba el caserío. Ya habían comenzado a hacer las metas en las que se iría secando durante el otoño. Las estacas de madera sí que estaban ya clavadas en los prados colindantes. Los hijos de Dominica solo necesitaban algo de tiempo después de segar, para ir apilando tanto la hierba como el helecho alrededor de los palos, hasta alcanzar una altura aproximada de dos metros.

—Una meta es un buen sitio para esconderos. El hijo ya os hará un respiradero.

Maialen sabía que su padre, en caso de apuro, solía utilizar esas montañas de hierba apiladas alrededor de una sólida estaca o un tronco fino, porque eran un buen refugio para esconder cajas de champán, puros habanos y hasta algún lienzo enrollado de proporciones no muy grandes.

En su casa, los cuadros que colgaban de la pared también acostumbraban a ser un buen enclave para documentos y valijas diplomáticas antes de colocarlos en el doble fondo del carro de bueyes.

—Mientras tanto, podéis quedaros en la *ganbara* (desván). Os subiré algo de comida. Ah, y no metáis ruido. Si queréis orinar, bajáis a la cuadra.

Como en el resto de los caseríos, allí no había baño, ducha ni nada parecido. Todos los integrantes de la familia hacían tanto las aguas menores como mayores en una esquina del establo, algo que a Jacinta no le llamó la atención, porque ella desde pequeña estaba acostumbrada a hacer sus necesidades en la zahúrda donde criaban los cochinos.

A Maialen no le quedaba un atisbo de la impecable melena que acostumbraba a lucir. Sin una gota de carmín en los labios, en las cuencas de sus ojos se hundían ahora sus pupilas azules que carecían de esa intensa luz que cada mañana hasta ese día había iluminado su rostro. Más que una joven radiante, parecía una mujer envejecida a la que arrastraba el dolor mientras carcomía su alma.

Junto a ella, la silueta enjuta de Jacinta parecía erguirse igual que una estatua. Como buena castellana vieja, sus músculos faciales,

sin embargo, apenas dejaban traspasar el mismo dolor que sentía su señora. «Quizá —pensó— estaríamos mejor en mi pueblo que arriesgando la vida aquí». De momento, no se atrevió a decírselo a Maialen, que solo podía pensar en cómo llegar hasta la casa de sus padres.

En un pequeño cesto de mimbre, Dominica colocó unas cuantas manzanas, nueces, algo de queso y una botella de sidra. Para eso tenía un lagar propio en el caserío, para que nunca faltase la bebida que en verano mantenían fresca en las tres barricas de madera que ocupaban una parte de la borda contigua a la casa.

—Esto os ayudará a quitar el hambre y la sed.

Ninguna de las dos sentía el estómago. Tampoco tenían ganas de orinar. Su imagen era la de una pareja de almas caminando hacia la muerte.

Hasta que no se recostó entre la hierba apilada que comenzaba a perder humedad en el desván, Maialen no se percató de la cantidad de heridas tanto en los brazos como en las pantorrillas que se acababa de hacer caminando entre zarzales hasta llegar al caserío de Dominica.

Todavía las hojas de helecho no estaban lo suficientemente secas como para que les dañara la piel. Vestidas, habiéndose despojado tan solo del calzado, Jacinta fue consciente del estado en el que se encontraba su señora, bastante más lastimada que ella.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! —comenzó a gritar Maialen de pronto, a la vez que llamaba a su esposo con una voz desgarradora. En el caserío todos se dieron cuenta de la tragedia de aquella mujer rota por el dolor.

Temerosos de que alguien pudiese delatarles, Dominica no dudó en coger una de las sábanas que estaba secándose al aire libre y comenzó a rasgarla en varias bandas con las que subió al desván y se dispuso a inmovilizar a Maialen.

—Ayúdame, tenemos que atarla —le ordenó a Jacinta.

La casera no se andaba con chiquitas. De alguna manera tenía que silenciar la histeria desgarrada en la que acababa de caer Maialen, por la desesperación que la embargaba al ver cómo se llevaron a Juanito, sin que ella pudiese hacer nada desde la oscuridad del dormitorio. Dominica era lo suficientemente corpulenta como para agarrarla de los brazos y atarla ella sola, pero no deseaba hacer daño a aquella hermosa mujer que imploraba la muerte para no seguir sufriendo.

—Mi hija, ¡quiero ir a buscar a mi hija!

Jacinta, consciente de la imposibilidad de llegar hasta la casa de Elena ubicada en el centro de la ciudad, intentaba calmarla sin éxito.

—Señora, Juncal está segura con la señora Argaña. Allí nadie irá a por ellas.

—Quiero a mi hija, ¡Soltadme! Vamos a por la niña, Jacinta, ¡vamos!

Mientras Maialen intentaba zafarse de aquellos brazos fibrosos de tanto trabajar en la huerta con los que la casera de Igueldo trataba de inmovilizarla, continuaba llamando a su hija hasta quedarse ronca.

—Juncal, Juncal, Juncaaal. Quiero ir a por ella. ¡Soltadme!

Jacinta sostenía el cuerpo bien agarrado por las extremidades superiores, para que Dominica pudiese colocarle uno de los trozos de sábana que le cubriera la boca. Con las prisas, le agarró varios mechones de su preciosa cabellera pelirroja que se enredaron con los dos extremos del trozo de tela, que por fin pudo anudar un poco más arriba de la nuca.

Se hizo el silencio. Maialen enmudeció sin resistencia alguna, agotada del esfuerzo y de tanto gritar.

La calma se adueñó de nuevo del caserío que se levantaba en una de las escasas llanuras que podían encontrarse en la subida a Mendizorrotz, la montaña contigua a Igueldo de camino hacia Orio.

Ahora tan solo se oían los mugidos de las vacas y alguna que otra oveja balando en la campa de al lado.

Cuando los primeros rayos de sol traspasaron la madera cuarteada de los ventanucos, Mattin llegó al caserío. Esta vez se encargaba de una valija diplomática que contenía algo tan importante que aquella misma mañana tenía que estar al otro lado de la frontera. Se la había dejado a Dominica de madrugada el correo que solo acudía cuando había que realizar una intervención rápida, sin pérdida de tiempo.

—En el puerto de Hendaya a las doce de la mañana. Ni un minuto más tarde.

La contundencia con la que le dio la orden fue suficiente para que Mattin entendiera que esta vez tenía que andar rápido, pero que lo que iban a pagarle también iba a ser mucho más cuantioso que en otras ocasiones. Así que merecía la pena arriesgarse.

—Será en la *txipironera* de siempre.

La embarcación que se utilizaba para pescar calamar a escasas millas de la bahía de Txingudi era una pequeña barca a remo, azul, que carecía de cabina. Solía cambiar el pescador, pero no el enclave donde atracaba.

Mattin conocía bien el puerto, casi tanto como el sendero por el que esta vez tendría que caminar rápido hasta llegar a Sare. Entre espeso forraje, hayas, y un pequeño bosque de robles, cruzar la

frontera bordeando los pies de Larrún no iba a llevarle más tiempo que otras veces.

Contaba con los carabineros a su servicio, que hasta entonces se conformaban con unos cuantos pollos, huevos, algo de embutido que adquiría en la feria de Bayona y varias botellas de champán por Navidad.

—Vete arriba y mira quién está —le dijo Dominica.

Su hermana todavía continuaba dormida, mientras que Jacinta, en cuanto oyó sus pasos, se puso en pie.

—Don Mattin, tiene que ayudarnos. —Y le contó la intención que tenía Maialen de refugiarse en casa de los padres tras la detención de Juanito—. Han dinamitado la fábrica de porcelanas, señor. —Jacinta no pudo contener el llanto.

Por muy bajo que estuviesen hablando, el sueño de Maialen era tan ligero que de pronto saltó de la cama.

—Tienes que llevarnos contigo —le pidió a su hermano.

—Eso es imposible. Está todo Irún sitiado. No hay modo de pasar sin salvoconducto.

El rostro de la desesperación se hizo patente más que nunca en una mujer destruida, hundida hasta el extremo, que intentaba sin éxito implorar a su hermano para que las llevara con él.

Viendo que la huida hacia Navarra resultaba imposible a todas luces, con voz ciertamente temblorosa, Jacinta se dirigió a él para preguntarle:

—¿Y llegar a Castilla, señor?

Para entonces Maialen ya estaba lo suficientemente despejada y serena e intervino en la conversación con más rotundidad todavía.

—Tienes que sacarnos de esta ciudad, pero antes tengo que ir a casa de Elena porque Juncal está con ella.

—No está siendo nada fácil moverse, Maialen, tienes que entenderlo. Con ella tu hija está a salvo. Es la viuda de Argaña, y nadie la molestará.

—Señora, con su amiga, la niña estará a salvo, no lo dude.

Entre Mattin y Jacinta intentaron convencer a Maialen de que, efectivamente, con Elena, Juncal estaría segura porque tratándose de una viuda de un caído por España, iba a estar bien protegida.

Cuando el cadáver de su marido aún no había sido enterrado con los suficientes honores debido a la convulsión que vivía Madrid, para Elena, tener aquella niña en su habitación supuso todo un revulsivo. A pesar de la guerra, y la tristeza que la embargaba tras el asesinato del

almirante, ahora sentía que tenía alguien por quien luchar. Esa pequeña que dormía plácidamente junto a ella.

De Feliciano, su joven amante, tampoco sabía nada. Ese del que le habló a Maialen ante el estupor de esta confesándole con toda naturalidad: «Hay que tener un marido para los gastos y un amante para los gustos, querida». Se trataba, como no podía ser menos, del hijo de una familia pudiente, como todas con las que ella acostumbraba a relacionarse. Solo que también estaba casado con alguien a quien no amaba. «Una boda entre iguales, como todas. Lo normal entre los de nuestra clase, Maialen. Los únicos que se casan por amor son los pobres, y así les va, muriéndose de hambre, en vez de vivir el amor». Esa era la visión que Elena tenía sobre las parejas.

El discurso de Elena solía ser algo reiterativo, quizá por la infelicidad en la que vivía, a pesar de que se esforzaba en proyectar una vida risueña al salir cada día de casa.

Con el inicio de la guerra, probablemente Feliciano se había trasladado a la vivienda de su familia en Biarritz, a donde acudían para disfrutar del verano codeándose con nobles rusos, británicos y algunos alemanes que se refugiaron en la localidad vascofrancesa tras estallar la Primera Guerra Mundial, donde algunos de ellos decidieron asentarse.

Con los casinos cerrados en España, Francia era un buen lugar para jugar a la ruleta, disfrutar de los placeres terrenales con discreción o degustar exquisiteces gastronómicas de las que se carecía a este lado de la frontera.

Con Juncal en sus brazos, Elena parecía colmar sus deseos de una maternidad frustrada, mientras contemplaba la playa de la Zurriola desde uno de los miradores de la vivienda.

Ya más calmada, Maialen insistió en querer llegar a casa de sus padres cuanto antes.

—¿Dónde están todos los amigos de aitá? ¿Todos esos carabineros y guardias civiles a los que unta para que le dejen hacer sus negocios en paz?

En vista de que su hermana no iba a cejar en el empeño, Mattin no tuvo más remedio que hacerse a la idea de la nueva situación.

—Está bien, pero déjame pensar un poco cómo organizar todo esto.

Su hermano mayor estaba dispuesto a sacarla de allí, pero necesitaba algo de tiempo para organizar la huida. Ahora tenía que salir cuanto antes para llegar al puerto de Hendaya y depositar la

valija diplomática en la *txipironera* señalada.

Esa mañana iba a ganar más dinero que en todo un año.

Si realizaba unos cuantos encargos como aquel, tendría la vida resuelta, solo que, a su edad, aquello no era más que el principio de una sucesión de éxitos, pensó, mientras intentaba buscar la forma de ayudar a su hermana.

—Tranquilízate, voy a sacarte de aquí, pero no va a poder ser hoy. Ahora tengo que cruzar la frontera por el monte.

Dominica, que oía la conversación a cierta distancia, se adelantó unos pasos para que Mattin fuera consciente aún más de la premura.

—Habla entonces con ella para que nos deje estar aquí hasta que tú vuelvas —le pidió Maialen.

—De eso no te preocupes. Yo me encargo —respondió él.

No tuvo que decirle nada porque Dominica ya había escuchado el intercambio de frases entre los dos hermanos.

Antes de emprender el descenso por las escaleras, se dio media vuelta para preguntarle a Jacinta:

—¿Dónde está tu pueblo? ¿Cómo se llama?

—Allá por la sierra de Urbión. Se llama Castilfrío de la Cebollera, señor.

Menos mal que Mattin siempre anduvo bien en geografía y sabía dónde quedaba por lo menos aquella montaña.

—¿Vive mucha gente allí?

—Es la nada, señor.

—¿Cómo la nada?

—Me refiero, señor, a que por allí no habrá pasado ni la guerra.

Mattin se fue hasta el Hispano Suiza de su propiedad que permanecía aparcado a escasos metros del caserío, pensando en que quizá mereciese la pena el esfuerzo para intentar que su hermana se refugiara en aquella aldea perdida en medio de la nada, como le dijo la sirvienta.

Atravesar Navarra no le suponía ningún problema. Seguro que tendría el camino despejado gracias a los requetés, entre los que también se encontraban algunos parientes que vivían por la Ribera. No solo se alegrarían de que contara con ellos, sino que iban a estar encantados de echar una mano a la familia.

Probablemente ellos conocerían bien el camino a Madrid, así que, con desviarse un poco hacia la derecha, su hermana y la muchacha llegarían al pueblo de esta última.

A Maialen la idea de alejarse tanto no le gustaba. Tampoco parecía dispuesta a emprender el viaje sin acercarse hasta casa, para coger algo de ropa y dinero que siempre tenían en el domicilio,

porque cada semana el sobre con el jornal que se entregaba a cada obrero lo gestionaba ella desde la vivienda.

—Tienes que volver a casa, Jacinta.

—Estarán los militares dentro, señora.

—Ya se habrán ido.

Mattin intervino rotundo.

—Ni se os ocurra acercaros allí. La casa puede que esté todavía ocupada por los soldados.

Tanto Dominica como Jacinta también intentaron hacerle comprender que acercarse a Gure Ametsa pondría en riesgo sus vidas. Ya era suficiente con que a Juan Domingo se lo hubiesen llevado detenido y la fábrica fuese un amasijo de escombros.

—Correremos mucho peligro si nos acercamos a la casa, señora.

—Entonces alguien tiene que ir por nosotras.

Ante la reiterada tozudez de Maialen, Dominica intervino:

—Iré yo.

Aquellas dos palabras —«iré yo»— calmaron a Maialen y le hicieron recuperar la serenidad, porque conocía lo suficiente a aquella mujer astuta de manos callosas, pero mente rápida, por lo que intuyó que no regresaría al caserío sin traer lo que ella le pedía.

—El dinero está en el primer cajón de la mesa del despacho. Hay un sobre grande con los billetes y en una caja de metal todas las monedas. —Luego le explicó dónde guardaba la ropa de abrigo y el calzado—: Coge todo duplicado, para las dos. —Y bajó un poco el tono de voz para indicarle dónde guardaba una pequeña joya que deseaba la acompañara en aquel viaje—: En mi mesilla de noche encontrarás una pequeña cruz de Jerusalén. Tráemela, por favor.

Como Dominica era muy religiosa, sabía perfectamente cómo era aquella cruz que Maialen quería llevar en su huida.

Ninguno de los tres hizo comentario alguno, hasta que Jacinta, insistiendo sobre las cosas que deberían llevarse, exclamó:

—Yo tan solo necesito la ropa de abrigo que está en el armario de mi habitación. En Castilla los inviernos son muy duros —apostilló.

—Haré lo que pueda, pero no sé si podré entrar —replicó Dominica, tras prestar atención a lo que le pedían.

Mientras, en Gure Ametsa las ventanas continuaban abiertas, tal y como se quedaron la noche en que sucedió todo. Tras morir su madre, Primitiva regresó a la casa aunque ya no vivía nadie allí. Supo por los vecinos que la desgracia parecía haberse instalado en la villa. Tan solo el ir y venir de Primitiva entrando y saliendo de la vivienda con los

aperos de labranza reflejaban que la vida continuaba en aquel inmueble por donde parecía haber pasado el fantasma de la muerte, sin posarse muy bien sobre las cabezas de sus moradores.

Probablemente Juan Domingo habría sido ya «pasado por las armas», o quizá todavía estaría esperando a que le llegase el turno de cavar la fosa, aquella en la que terminaría con sus propios huesos amontonados entre los de otros «rojos» como él.

De la fábrica no quedaba más que la exclusiva vajilla de boda de Juanito y Maialen. La primera y la única que se decoró con el lirio de Durero por el que las dos hermanas se quedaron fascinadas durante aquella excursión al Museo Bonnat. Pintada rigurosamente a mano por Carmen, que quiso con ello que su hermana melliza tuviese un regalo único que sobreviviera en el tiempo.

En cada plato, fuente o salsera brillaba el lirio de intenso tono azulado que con tanto mimo fue decorando durante semanas. Carmen culminó su obra con la decoración de una gran sopera a la que decidió añadir unas cuantas pinceladas en pan de oro para dar más presencia a las iniciales de su hermana entrelazadas por la hoja del acebo.

Tras el cristal de aquella alacena de proporciones gigantescas, continuaba intacta cada pieza de una vajilla exclusiva. Nadie tendría otra igual porque no se volvió a fabricar. Al parecer, los soldados no habían reparado en ella, así que continuaba tal y como estaba la madrugada en la que Maialen huyó de su casa.

En el cuerpo central del armario, a buena altura, la sopera, rodeada del resto de las piezas, seguía brillando en todo su esplendor, aunque ahora ya no había nadie que se fijara en ella. Continuaba serena en el silencio de la casa ahora abandonada a su suerte.

El hombre del farol

A veces, a los chavales de aquel barrio cerca de Endarlaza les gustaba ir hasta la cantera. Estaba realmente lejos, al otro extremo del pueblo, pero para ellos resultaba toda una aventura; caminar bordeando el río Bidasoa, sin entrar en el pueblo, llegar hasta allí para jugar con las piedras de mil tamaños. Allí se conocían todos. Entre las familias a menudo se desencadenaban disputas por cuestiones bizantinas, como en cualquier villorrio. «*Herri txiki, infernu handi*» (Pueblo pequeño, gran infierno).

Tenía poco más de dos mil quinientos habitantes que estaban diseminados por casi una docena de barrios poblados de caseríos grandes en los que labranza y ganadería cohabitaban sin problema con el contrabando. Los hijos de las familias más pudientes se mezclaban también a la hora de jugar con quienes carecían de recursos.

La cantera producía fascinación. Quizá por el contraste de la altura que adquirían las vetas de piedra caliza o, simplemente, porque era un enclave totalmente distinto al paisaje bucólico que ofrecía el resto del pueblo, rodeado de una rica vegetación verde.

Lo que aquel grupo de niños nunca pudo imaginar fue que su lugar de juegos, a partir de aquel fatídico verano de 1936, se transformase en el escenario más sangriento que jamás pudieron suponer.

Hasta Endarlaza, el ferrocarril que unía la localidad navarra con Irún transcurría por un trazado que, con el estallido de la guerra, se vio despojado de los raíles. Únicamente los travesaños de madera continuaban intactos. Así, los camiones que transportaban a decenas de hombres cada madrugada hasta la cantera podían circular mejor, aprovechándose de la improvisada calzada en la que se había convertido la línea de tren.

Desde algunos caseríos alcanzaban a ver los destellos de las luces de los camiones, pero nadie se atrevía a abrir las ventanas, y menos aún a encender ninguna lámpara de techo, ni siquiera la del pasillo para que iluminase algo la estancia. Estando con todo apagado se podía ver mejor el viaje al horror. Los vehículos circulaban despacio en ambas direcciones. Bien hacia Pamplona o de regreso a Irún o San Sebastián, dependiendo del enclave donde tuviesen que cargar de nuevo a decenas de víctimas camino de la muerte. Partían a una hora u otra de la cantera donde, fiel, les aguardaba el hombre del farol, que no era otro que el mandamás del pueblo, republicano cuando se formó el ayuntamiento, y falangista ahora que un general sublevado había dado la orden de exterminar a rojos, anarquistas, comunistas,

socialistas y maleantes. A todo el que no pensara como ellos.

Tanto Teodoro como Juliana, que se autodefinían como «españoles de raza vasca», asistían horrorizados a lo que estaban haciendo personas de principios como ellos, que ahora, sin embargo, se estaban transformando en seres capaces de asesinar en nombre de Dios.

—¿Cómo es posible que don Mariano lleve una pistola al cinto? —La madre de Maialen necesitaba preguntárselo a su esposo, para que este le confirmara que no era cierto el rumor que circulaba por el pueblo.

—Ya no se pone la sotana más que para dar misa. Dicen que, al caer la tarde, va vestido de requeté por la calle. —Teodoro compartía el pensamiento de su esposa, pero prefería no hablar de ello con nadie, ni siquiera en casa.

—Teníamos un alcalde republicano y ahora no solo delata, sino que participa en las ejecuciones de sus antiguos compañeros. ¡Esto es terrible, Teodoro, terrible!

Juliana no solo no podía comprender el terror en el que estaba sumido el pueblo, sino que entre las cuatro paredes de su hogar condenaba sin paliativos la cadena de barbaridades que se estaban sucediendo a manos de quienes dirigían el partido, al que tanto se veneró hasta entonces en aquella casa. Por eso, ahora prefería refugiarse en la capilla con la que contaba la vivienda, y a la que don Mariano se acercaba para rezar con la familia.

No obstante, desde que Juliana supo que llevaba una pistola al cinto, no podía evitar mirarle de otro modo. Se preguntaba si cuando les daba la comunión a su marido y a ella, también escondería el arma bajo la casulla. Eso era algo que la desazonaba sobremanera. Bajo ningún concepto se podía quitar la vida a nadie en nombre del Señor. Lo decían los mandamientos, y también la Biblia.

El simple hecho de imaginar que el sacerdote que había bautizado a todos los hijos de la familia pudiese ir armado era una posibilidad que la sobrecogía. De matar no lo creía capaz, pero ¿y si se le presentaba una situación comprometida? ¿Don Mariano empuñaría el arma y tendría la suficiente sangre fría como para disparar llevando sotana?

—Nunca se puede matar en nombre de Dios, Teodoro, jamás.

—Tampoco en nombre del comunismo, Juliana. Es mejor que tú y yo sigamos callados, porque todos nuestros hijos correrán peligro si hablamos demasiado.

—¿Sabes algo de Maialen? No nos escribe y tampoco llama a la centralita del pueblo.

—Cómo va a llamar si estará controlada por los nuestros —le contestó Teodoro a su mujer—. Los Oyeregui ya sabes de qué pie han cojeado siempre.

—Pues por eso mismo, sería más fácil para ella. Siendo hija nuestra.

El matrimonio se sentía inquieto ante la falta de noticias de su hija, porque sus consuegros tampoco conseguían hablar con Juanito.

Juliana se acercó a su marido. Bajó el tono de su voz y entre susurros le dijo:

—Me han dicho que en la cantera están matando a los rojos.

Teodoro enarcó las cejas mientras se llevaba el dedo índice a los labios, para hacerle ver que tenía que callarse.

—No sigamos hablado de eso, Juliana. Cuanto menos sepamos, mejor. Nosotros a lo nuestro, que ya tenemos bastante.

A pesar de la guerra, el tráfico del contrabando estaba atravesando un momento tan dorado como arriesgado. Quienes tenían dinero no estaban dispuestos a renunciar a sus costumbres, así que, como en España faltaba de todo, el negocio ahora estaba siendo más lucrativo que nunca, pero el riesgo también.

—Hay un hombre que, al parecer, va casi cada noche con un farol hasta la cantera.

Cualquier intento de Teodoro por desviar aquella delicada conversación hacia otros derroteros resultaba estéril. Juliana insistía, una y otra vez, en seguir abordando una cuestión que su esposo quería evitar a toda costa.

—No sigamos hablando de ello, por favor. —Esta vez el tono de Teodoro se tornó más contundente.

Visiblemente malhumorado, abandonó la sala en la que se encontraban ambos hasta entonces, para dirigirse a la cocina. Tenía sed. Necesitaba beber algo fresco. Junto a la fresquera orientada al norte, donde la familia guardaba el queso de oveja y otros alimentos, se encontraban varios cubos de zinc para mantener fresca la bebida. Entre barras de hielo, despuntaba la botella de gaseosa preferida de Teodoro, de la que echó mano hasta aliviar su reseca boca. A veces solía mezclarla con vino, especialmente cuando había caza para comer, en tiempo de paloma.

Junto a los cubos había una pequeña nevera de madera bien cargada de hielo, en la que las muchachas depositaban la mantequilla, además de la leche o la carne. Al lado, en una tinaja de barro, cubiertos por una importante cantidad de cal, se ocultaban varias docenas de huevos de los que Juliana echaba mano para hacer flanes, bizcochos o unas buenas tortillas de patata a las que acompañaban un

porrón de vino.

Tal fue la impresión que le produjo conocer lo que estaba sucediendo en la cantera, casi cada madrugada, que Juliana no era capaz de conciliar el sueño por la noche. Mientras Teodoro roncaba ligeramente a su lado, ella sentía la necesidad de seguir desahogándose con su marido, pero ante la negativa que este le manifestó aquella noche después de la cena, su desasosiego iba en aumento.

Oír susurrar semejantes atrocidades a las muchachas que servían en su casa resultó toda una conmoción para ella.

—Todas las noches. —Teodoro suscribió lo que ella le había dicho y que no acababa de creer.

Porque, en realidad, necesitaba que le dijese que todo aquello era un bulo, una mentira despiadada para desacreditar y ensuciar el buen nombre de la Iglesia y de ellos mismos, los garantes de las tradiciones y la familia.

Bien podría ser que el relato del que se había enterado por aquellos susurros que murmuraban las muchachas mientras jabonaban las sábanas en el lavadero de casa se quedara corto, porque la sangría nocturna que se producía a las afueras del pueblo estaba siendo mucho mayor de lo que pudieran contar con palabras.

A medida que se iban aproximando a la cantera, los conductores apagaban todas las luces de los camiones, al tiempo que los oficiales saltaban del vehículo fusil en mano. Siempre aguardaba un grupo de paisanos del pueblo recibiendo a los reos, ávidos de ver correr la sangre de los malvados con el hombre del farol al frente.

—A este me lo meriendo yo.

Excepcionalmente los falangistas dejaban a algún que otro voluntario dar el tiro de gracia al «desgraciado comunista», como ellos decían.

Entre los voluntarios, rara era la noche en la que no los acompañaba el hombre del farol. Un tipo gordo y grasiento de aire chulesco que se prestaba generosamente a ayudar en las ejecuciones.

Portando un farol siempre en la mano derecha, además de desalmado, era un gran traidor que, ante el avance de las tropas nacionales, había cambiado de bando sin complejo ni rubor alguno.

Quienes presenciaron su cambio de chaqueta contaban que, al saber de la llegada de un militar golpista a la fonda, se arrodilló ante él y los oficiales que lo acompañaban, para confesarle su equivocación de ideas. «Le suplicó perdón, que yo lo vi», dijo un viejo del lugar en

la tasca del pueblo ante un reducido grupo de personas de su confianza que le escuchaban.

Aquel anciano de pómulos sonrosados y boina bien calada que se expresaba mejor en euskera que castellano conservaba la lucidez y cordura necesarias como para no fiarse de nadie en toda la comarca.

Pero, de todo aquello que supo por el bonachón agricultor ya retirado, lo que más impresionó a Juliana fue saber que no utilizaba el farol para marcar bien el camino hacia la cantera, sino para que los asesinos vieran nítidamente el rostro de cada cadáver y asegurarse de que estaban bien muertos. Aun así, uno a uno, el militar de más rango —que siempre era el mismo— los iba rematando con una pequeña pistola con cachas de nácar.

Los mataban dos veces.

Durante el día parecía reinar la normalidad en una localidad ya tomada por los sublevados. Por el contrario, cuando caía la noche, al amparo de la oscuridad, el trasiego de los camiones a la cantera transformaba la salida del pueblo hacia Pamplona en un ir y venir de gentes, tanto vivas como muertas. En algunas ocasiones, antes de matarlos, los conducían hasta el cementerio que se encontraba al otro extremo del núcleo urbano, esta vez en dirección a Irún por la carretera comarcal. Una vez allí, ante la parcela de tierra perimetrada, los reos tenían que cavar su propia fosa a toda velocidad con la única luz de un cielo iluminado por la luna, si había suerte.

De camino a la cantera, atados de pies y manos con cuerdas, antes de llegar a su destino final, en la desesperación de quien se sabe muerto, algunos se golpeaban con la cabeza contra la caja del camión intentando morir antes de que los asesinaran.

Cada noche, varias docenas de hombres procedentes de la cárcel donostiarra de Ondarreta o de las improvisadas prisiones de Irún morían dos veces. Primero, tras los disparos de los voluntarios dispuestos a descargar toda la munición sin pausa alguna. Luego, a los prisioneros siempre les esperaba una segunda muerte de la mano del experto en volarles los sesos, mientras el reguero de sangre se extendía por la gravilla suelta de la explanada.

Cuando el oficial terminaba su cometido, el hombre del farol y sus acompañantes se encargaban de borrar todo residuo de sangre o resto que pudiese delatar o dejase alguna pista sobre las ejecuciones.

Que todas las víctimas presentaran los ojos vendados no era una casualidad, sino que la gallardía de quien empuñaba el arma también era limitada. Temían que el valor se desvaneciera al encontrar frente a sí la mirada suplicante del reo.

Tanto en la cantera como en los alrededores, varias docenas de

caseríos fueron testigos anónimos de la carnicería que cada madrugada, entre la una y las dos de la mañana, se producía entre los muros de piedra caliza y arcillosa. Buena parte de las familias que vivían por allí huían cada noche a decenas de metros de sus casas, para no oír las ráfagas de las ametralladoras ni los lamentos de aquellos a quienes les costaba más morir.

Ajenos a la tragedia, cuando despuntaba el día, los chavales a los que les gustaba hacer travesuras entre las piedras solían encontrar hebillas, cinturones, o algún encendedor ligeramente enterrado con los que jugaban desde la inocencia, como si fueran tesoros mágicos que nacían entre aquellos pedruscos.

Desde el estallido de la guerra, allí no hubo tregua. A veces eran dos o tres docenas de personas, e incluso alguna noche se pudieron contar más de medio centenar de cadáveres con el cráneo taladrado. Cuerpos vestidos de oscuro, camisas ensangrentadas y pantalones mojados de orín o excrementos.

Daba igual que hubiesen cometido o no un delito. Con que el pensamiento fuera diferente al suyo, era suficiente para que una bala acabase con su vida, y si, además, recaía sobre el sujeto una denuncia que reforzase la ejecución, aunque esta fuera falsa, quien empuñaba el arma descansaba con la conciencia tranquila de haber aniquilado casi al mismo Satán.

A lo mejor Juan Domingo se encontraba entre aquel montón de cadáveres todavía calientes. O quizá aguardando turno en la cárcel de Ondarreta para que le hicieran un juicio sumarísimo, a pesar de no haber incurrido en delito alguno.

Al marido de Elena también lo mataron así los milicianos. Por el simple hecho de ser demasiado rico, monárquico y almirante de navío durante la dictadura de Primo de Rivera. En este caso, quien empuñó el arma para quitarle la vida no supo de su bondad, tampoco de la generosidad con la que ayudaba a los más desfavorecidos. Por eso, su mujer no pudo comprender jamás la sinrazón de una guerra entre iguales, que acabó sembrando el odio y el rencor en toda una generación, porque la sangre corría en ambos bandos, aunque en uno más que en el otro.

Muerte de inocentes

En aquella contienda nadie estaba dispuesto a morir y, sin embargo, la ideología, no importaba de qué signo político fuese, arrastraba hasta la pena capital a cualquiera. Hubo a quien la suerte le acompañó, pero también a quien le quitaron del medio sin saber por qué. A veces, por ir a misa; otras, por difamar a la Iglesia. La cuestión era matar a sangre fría con la mente caliente a golpe de bayoneta, fusil o simplemente prendiendo fuego al hogar donde la única luz que iluminaba era la lumbre de un pobre puchero en el que solo hervía el pan duro con un trozo de tocino rancio.

—¿Por qué tiene que morir tanta gente inocente, Teodoro?

Su marido no tenía respuesta para las preguntas que Juliana le hacía desde que empezara la guerra. En aquella casa, hasta entonces nunca se habló de política ni se tomó partido públicamente. Eran «vascos, como siempre lo hemos sido, y navarros, muy navarros». A ellos solo les interesaba ganar cuanto más dinero mejor, con el que sus hijos pudiesen ascender socialmente hasta la posición que por fin había logrado Maialen, codeándose con la élite de San Sebastián.

Ahora, sin embargo, se estaba dando cuenta de que no solo la guerra condicionaba sus vidas, sino que gentes con sus mismas férreas convicciones tradicionalistas también cometían crímenes atroces antes sus ojos, sin que ellos pudieran impedir nada.

—Mejor que sigamos sin tomar partido. Nada de significarnos, Juliana. ¿Me has oído?

Con el rosario en la mano a punto de que dieran las doce, Juliana contuvo el llanto antes de rogar al Señor para que pusiera fin al dolor de tanta gente inocente.

Rezando en la capilla de casa se sentía mejor que en la iglesia del pueblo ante la mirada curiosa del vecindario, porque, además, no era el momento de acudir a la parroquia.

Todavía faltaban veinte minutos para que dieran las seis. Don Mariano llegaría en cualquier momento, porque le gustaba, antes de empezar la oración, tomarse el ponche que Juliana le preparaba personalmente. Esta vez, en cambio, sacó con cierta desgana la taza. Algo le decía en su interior que lo que escuchó a las dos muchachas del servicio era completamente cierto. Y, para rematar, Teodoro se lo había confirmado esa misma mañana cuando le preguntó. Así que cuando la muchacha le avisó de que don Mariano ya había llegado, no pudo recibirle con la misma calidez y respeto que otras veces.

Se fijó en que no llevaba los zapatos relucientes que acostumbraba a calzar, sino unas botas de goma que alcanzó a ver

ligeramente cuando se sentó en la butaca orejera gemela a la que ella misma iba a ocupar, tan pronto se acomodó el páter.

Evitó cualquier atisbo en la conversación que les condujera a hablar de la guerra. Don Mariano acudía a esa hora cada tarde para acompañarla en el rezo del rosario.

Como era lunes, les correspondía contemplar los misterios gozosos. El padrenuestro de cada día, diez avemarías y un gloria. Ambos oraban casi con los ojos cerrados y, por supuesto, de memoria. Solo que esta vez Juliana decidió estar atenta, ojo avizor para ver si descubría algo significativo en torno a la cintura del párroco.

Antes de que el sacerdote se marchara, acostumbraban a realizar un último rezo ante el pequeño retablo policromado que presidía la capilla familiar, el cura siempre de pie y ella arrodillada en el reclinatorio. Juliana le pidió ese día que pidieran por quienes estaban luchando en la batalla.

—Oremos, Señor, por nuestras almas caídas.

—Recemos, padre, por todas las almas.

A Don Mariano aquella precisión más que sorprenderle le disgustó. No esperaba ni remotamente que Juliana quisiera corregir de aquella manera lo que él acababa de decir y, además, no estaba dispuesto a propiciar un segundo rezo.

—Eso quise decir, doña Juliana, por nuestras almas —insistió contrariado, pero sin la intención de que la mujer se percatara de su disgusto.

—Para el Señor todas las almas son hijas de Dios —le contestó la mujer.

Intentó contenerse por segunda vez, arreglándose la sotana y metiendo una de las manos después en el bolsillo derecho. Quería asegurarse de que la pistola continuaba bien ajustada al cinto, porque delante de Juliana no iba a desabrocharse la prenda para dejar al descubierto el arma.

Sus palabras le habían incomodado hasta el extremo de ponerse nervioso, más bien tenso, pero intentaba no manifestar su ofuscación.

Cómo era posible que aquella beata que meaba agua bendita se atreviese a pedirle a él que rezaran ambos por los rojos comunistas. Esos desalmados quemaiglesias a los que hacían bien matando. Imbuido de la furia contenida, manoseó más de la cuenta la empuñadura de la Astra 900, una copia de la semiautomática alemana Mauser C96 con la que el sacerdote se sentía seguro y triunfante.

Inexplicablemente, el arma no debía de estar bien ajustada en la cartuchera, porque se cayó de pronto sobre la alfombra persa que ocultaba, en parte, la madera del suelo pulcramente encerado. Por

suerte para el clérigo, amortiguó el ruido, que apenas se oyó, pero no evitó que Juliana viese la pistola junto a la bota del pie derecho del sacerdote.

Fueron segundos. Todo transcurrió con una extraordinaria rapidez. Ella cogió de nuevo el rosario entre sus manos, acariciando la minúscula figura nacarada de Cristo, mientras repetía un gloria que no venía al caso. Don Mariano se agachó veloz, raudo. Su agilidad le permitió hacerse con el arma de inmediato. Lo que le costó algo más fue volver a enfundarla en la cartuchera. Los dos hicieron como si no hubiera pasado nada. Juliana, contundente por tercera vez, le pidió que rezaran por todos los muertos.

Debajo de la sotana, aparte de las botas de goma, Juliana estaba segura de que el pantalón que vestía correspondía al uniforme de requeté, porque no adivinó la impecable raya bien planchada que acostumbraba a lucir en la indumentaria que siempre acompañaba a la sotana.

—*Oremus*.

—Pidamos al Señor por todos los fallecidos en nuestro pueblo. —No lo había hecho hasta entonces, pero esta vez Juliana insistió en la petición lo suficientemente alto como para que, además del cura, la oyera quien estuviese cerca del oratorio.

Aquel caluroso lunes de verano en el que apretaba la humedad también, una mujer de misa y comunión diaria vio tambalearse por primera vez su férrea religiosidad.

Don Mariano abandonó la casa con cierta celeridad. No solo por la inesperada petición que lo enfureció sobremanera, sino porque el hombre del farol le estaba esperando para contarle cómo iba el avance de las tropas nacionales.

Cuando Juliana se quedó sola en el salón de casa, volvió a sentarse en la butaca orejera junto a la que descansaba un bonito costurero de madera con ruedas. Ahora no tenía ganas de coser. Tampoco de seguir tejiendo los nuevos patucos para Juncal, su primera nieta.

«¿Para qué sirve esta guerra? —pensó—. ¿Por qué en nombre de Dios o del diablo se mata a padres de familia, hijos de viudas o jóvenes inocentes?».

Necesitaba seguir creyendo en Dios porque ello le daba paz, reconfortaba su alma al final del día, y le ayudaba a seguir inculcando unos valores a sus descendientes, como el sentido de familia en el que ella se crio. Quizá lo más duro para Juliana fue convivir a partir de ese momento con un representante del Señor en la tierra en el que ya jamás volvería a creer.

Nunca iba a olvidar la imagen de aquella Astra 900 sobre la alfombra de una casa de bien como la suya, y lo que le resultaba extraordinariamente doloroso: que fuera su director espiritual quien la portase en nombre del Señor. «¿Es que acaso se puede ir armado en nombre de Dios? —se preguntó—. ¿Será capaz don Mariano de asesinar a alguien por el mero hecho de pensar diferente?».

Cuando oyó a sus sirvientas susurrar sobre los fusilamientos de la cantera, quiso creer que todo era una falsedad, a pesar de que en su interior algo le decía que esas muertes diarias se estaban produciendo no muy lejos de su casa.

Desde aquella noche, Juliana no volvió a conciliar el sueño como antes. Se acostaba con el rosario entre las sábanas. Dependiendo de cómo soplase el viento, algunas veces oía, lejanas, las ráfagas de las metralletas en el silencio de la madrugada.

—¿Qué ha sido eso, Teodoro? —preguntaba a su marido, sobresaltada.

—Serán las barrenas de la cantera —mentía él.

El contrabandista seguía durmiendo, mientras ella comenzaba a rezar para pedir al Señor por todos los muertos, especialmente por quienes acababan de fallecer y aún estarían sus cuerpos calientes.

Nada volvió a ser igual en aquella casa desde entonces. Don Mariano seguía acudiendo invariablemente cada día a las seis, para rezar el rosario, pero si bien el ponche continuaba aguardándole sobre la pequeña mesita auxiliar de caoba, los ojos de Juliana ya no le miraban con el fervor de antes, sino con cierta reprobación.

Le angustiaba no tener aún noticias de Maialen; tenía el presentimiento de que algo terrible le estaba ocurriendo a su hija.

—Tienes que ir a San Sebastián para averiguar qué les está pasando —le comentó a su marido mientras desayunaban en el comedor y oían la radio, a la que no prestaban atención ninguno de los dos.

—Mattin ha ido esta mañana. Quizá se haya acercado a verla. Lo sabremos cuando regrese.

En realidad, Teodoro estaba tan preocupado como su mujer, por eso la noche anterior le pidió a su hijo que intentara acercarse a la casa de su hija para saber si tenía algún problema o cuál era la razón por la que no se ponía en contacto con sus padres. Pero prefirió ocultarle esto último a su esposa. Querían saber cómo estaba la pequeña Juncal, que era la primera nieta de los Epalza.

Cuando ya bien entrada la tarde Mattin llegó a casa de sus

padres, no supo muy bien cómo empezar a narrarles la tragedia de su hermana sin que su madre se desvaneciera.

Se sentía demasiado cansado. Había sido una jornada intensa, con alguna que otra complicación derivada del esguince de tobillo que se hizo al precipitarse por el riachuelo que bajaba hasta Sare. Gracias a Sabina, la tía soltera que vivía en Ainhoa, que se encargó de vendarle todo el pie, pudo llegar a las doce en punto a la *txipironera* que le estaba aguardando en el puerto de Hendaya.

Antes de saludar a su madre, como hacía cada día al llegar a casa, Mattin buscó a Teodoro para adelantarle la desgracia.

—Será mejor que, de momento, no le contemos a tu madre nada de esto. Es demasiado terrible. Dile tan solo que Maialen está bien. Pensaremos cómo decírselo.

—Aitá, necesito contactar con tus primos de Tafalla.

Cuando le explicó la razón, Teodoro inmediatamente se puso manos a la obra.

Entre los dos conseguirían que su hija y la criada pudieran llegar a ese pueblo del que jamás habían oído hablar, tan pronto como los primos de Tafalla se encargaran de su traslado.

—Me deben bastantes favores, así que ahora les toca a ellos.

En el círculo carlista de Tafalla no se movía una silla sin que los primos dieran permiso. Allí todo pasaba por sus manos: desde el vino que regaba las comidas, hasta el champán francés con el que se brindó el día del alzamiento nacional que, por cierto, fue regalo de Teodoro.

El telegrama del primo Teodoro fue una orden para ellos, que le contestaron con otro el mismo día.

—Yo me encargaré de llevarlas hasta Ulzama. Es un lugar seguro. Pero no puedo ir más allá —dijo el padre. Quería ver a su hija, y por lo menos durante el trayecto hablaría algo con ella.

—Los primos ya han contestado que subirán hasta allí, así que, padre, no se preocupe —contestó Mattin.

—Necesitaré que me dejes el camión. Circular por esas pistas con un coche como el mío sería demasiado peligroso. —Teodoro también tenía un Hispano Suiza como el de su hijo, pero un modelo más lujoso todavía.

—Además, te dejarías medio coche por los caminos —le contestó el hijo.

A pesar de que Mattin intentó persuadirle de que sería él quien las transportara hasta el refugio de Ulzama, su padre insistió:

—Quiero abrazar a mi hija, porque no la vamos a ver en mucho tiempo.

Fue una despedida anunciada sin saberlo.

De regreso a casa, tras realizar el traslado de Maialen, Teodoro sufrió una emboscada. Creyeron que se trataba de un fugitivo comunista que ocultaba armas en el doble fondo del camión. Dio la fatal casualidad de que el vehículo era igual al que andaban buscando los requetés por los alrededores de Sunbilla. Cuando apenas le faltaban quince kilómetros para llegar al pueblo, con el corazón roto de ver a su hija en aquel estado, a Teodoro no le dio tiempo de identificarse ante quienes conocía.

El nerviosismo de los nacionales, la inexperiencia de aquellos jóvenes adiestrados para matar al «rojo» con el odio en vena, provocó que, en cuanto vieron el camión, descargaran toda la munición sobre el parabrisas.

Quien acompañaba a los tres chavales que dispararon hasta acabar con todas las balas se arrodilló ante el único cadáver que yacía sobre el asiento del camión, ensangrentado hasta los pies.

Don Mariano no pudo menos que romper a llorar al ver que sus hombres, esos a los que adiestraba junto al hombre del farol en la sacristía de la iglesia, acababan de matar al mayor benefactor de su parroquia.

SEGUNDA PARTE

A lomos de un caballo

Sacar la cabeza entre tanta alfalfa fue como alcanzar un pedazo de cielo. Ambas mujeres sintieron por un momento la felicidad de respirar aire puro sin miedo a ser vistas. Hasta entonces, ocultas en el carro del que tiraban dos vacas viejas, casi no sentían los golpes de las llantas de madera al chocar con la carretera.

Ahora ya no estaban viajando por senderos empedrados o caminos de tierra polvorienta que se levantaba a su paso. Hacía mucho calor, demasiado para la piel lechosa de Maialen, que no estaba acostumbraba a un sol abrasador como el de Castilla en pleno verano. A Jacinta parecía latirle el corazón a mayor velocidad. A pesar de las terribles circunstancias que las empujaron a huir, regresar a casa la reconfortaba porque sabía que allí no iban a encontrar el más mínimo atisbo de la guerra.

—Aquí termina el viaje. Enseguida llegarán andando. Sigan todo derecho el camino. Es el primer pueblo —les dijo el conductor del carro.

Jacinta sabía perfectamente dónde estaban y cómo llegar hasta su casa. De algún modo sintió cierta felicidad de volver a encontrarse con los padres.

Tan pronto como las despidió, aquel desconocido dio la vuelta al carro para emprender el viaje de regreso hacia la misma ubicación, próxima al Moncayo, donde las recogió.

En una situación normal, desplazarse desde Ulzama hasta Castilfrío de la Cebollera les hubiera llevado un par de jornadas, pero en aquellas circunstancias Jacinta y Maialen necesitaron casi una semana para llegar hasta allí. Siempre ocultas bajo forraje, hortalizas o leguminosas, orinando en las acequias, secándose sus partes con hojarasca, mientras sus vestidos se iban volviendo más mugrientos.

El agricultor, con el que no cruzaron palabra en toda la travesía, no supo que Jacinta estaba regresando a su lugar de origen. Fue el último desconocido de un peregrinaje durante el cual cambiaron cinco veces de cochero. Hasta ese momento, también tuvieron que ir ocultas, pero al menos sentadas, aunque el forraje recién cortado que cubría sus cuerpos les incomodara bastante. En sus pies no quedaba piel sin arañar, especialmente en las extremidades de Maialen, que tenía una dermis increíblemente fina que, además, acumulaba las heridas producidas por los zarzales de Igueldo.

Ligeras de equipaje, apurando la marcha, ambas enfilaron la carretera con el anhelo de que ya estaban a salvo. Se sintieron seguras tras despedir al desconocido, que giró a los animales con parsimonia,

antes de comenzar a desandar el camino andado.

—Enseguida pasaremos al lado de un río, señora.

—Podremos lavarnos y beber algo de agua entonces.

Llevaban toda la noche sin comer ni beber. Los días anteriores fueron alimentándose de boniatos crudos, cebollas secas y tomates que robaron de un huerto poco antes de abandonar la ribera navarra.

—Sí que es la nada. —Jacinta asintió con la cabeza. De su ropa casi ya no quedaba ni el color—. A partir de ahora no me llames señora. Seremos dos amigas.

—Me va a costar…

—Soy Magdalena. Es mi nombre en castellano, así que, por nuestra seguridad, no vuelvas a llamarme Maialen.

Fue el primer paso importante para que, cuando llegasen al pueblo, nadie sospechara su origen. Sería una muchacha de servicio más, una buena amiga de Jacinta, y juntas habían logrado escapar del País Vasco.

En cuanto descubrieron el riachuelo que discurría a lo largo del sendero, echaron a correr hasta alcanzar el agua. Magdalena empezó a quitarse la ropa. Necesitaba sumergirse por completo. Se sentía sucia. En cambio, Jacinta no se atrevió a nada que fuera más allá de arremangarse el vestido, e ir lavándose por partes, como acostumbraron a hacer siempre en el pueblo.

Magdalena, con su cuerpo desnudo y el agua casi hasta la cintura, se sintió liberada. Estaba gélida. Incluso en verano las aguas de la Cebollera estaban muy frías. También, aunque estaban en época estival, habían visto que la cima de la sierra de Urbión aún continuaba cubierta por la nieve del invierno.

—Esto es Castilla.

El río no era profundo, pero a Magdalena le entraron ganas de nadar un poco. Por primera vez sentía la quietud dando unas cuantas brazadas, cuando escuchó un relincho.

—¿Has oído eso, Jacinta?

—Protéjase, parece que viene alguien a caballo —le contestó la mujer, que se encontraba a cierta distancia.

En un abrir y cerrar de ojos, ante ellas apareció un joven que tiraba de la brida de su montura intentando detener su galope.

—Hace buen día para bañarse.

Jacinta fue rápida y se ocultó tras un matorral antes de que la viera el recién llegado, pero a Magdalena le resultaba imposible salir del agua sin mostrar su cuerpo desnudo.

—No mire. —Magdalena se sumergió rápidamente de nuevo para que aquel hombre no pudiese ver sus pechos.

—No se preocupe, que me tapo los ojos hasta que salga usted del agua.

—Mejor dese la vuelta, si no le importa.

Se trataba de un hombre joven, aunque parecía algo mayor que ella. Se estaba bajando del caballo, con la suficiente delicadeza para no mirar hacia el punto en el que se encontraba ella sumergida.

—Claro. —De inmediato se volteó para que ella se asegurara de que no iba a ver su cuerpo desnudo.

Tenía cabellos oscuros y una sonrisa algo seductora con la que la estaba mirando de reojo para que ella no lo viera.

—¿Qué hace usted por aquí? —Magdalena no tenía ni idea de dónde estaba, pero intentó aparentar conocer la zona.

—Yo acabo de atender a un becerro. ¿Y usted? Veo que disfruta con el baño.

Fue una mirada fugaz entre ambos. De apenas unos cuantos segundos. Las dos mujeres estaban exhaustas tras varios días de recorrer los caminos en vehículos de mala muerte. Aun así, la melena pelirroja de Magdalena y sus intensos ojos azules cautivaron a aquel desconocido que ahora la miraba discretamente, pero no sin cierta curiosidad tras apearse del caballo.

—¿A dónde va luego? Si quiere puedo llevarla.

Ahora sí que Magdalena no supo qué contestar. Cómo se atrevía aquel desconocido a invitarla a ir con él. «Qué descaro», pensó.

Mientras, Jacinta seguía oculta tras unos matorrales observando la escena. A Maialen se le tenía que ocurrir alguna respuesta contundente, creíble al menos, para no levantar sospecha ante aquel joven delgado pero musculoso, que parecía no quererse mover de allí.

—A Castilfrío de la Cebollera.

—¡No me diga! Si yo vivo allí.

Ni Jacinta ni Magdalena esperaban esa respuesta.

—La llevo entonces. No hace falta que sepa montar a caballo.

Desde la posición en la que Jacinta continuaba escondida, escuchaba atenta la conversación. Por la forma de hablar, enseguida se percató de que no se trataba de un vecino de toda la vida, porque si fuera así, ella lo conocería. Tampoco por su aspecto. Lucía botas lustrosas, camisa de buen tejido —«parece de seda», pensó— y unos pantalones de los que no se veían por aquel valle, al menos cuando ella se fue del pueblo pocos años atrás.

No podía dejar sola a su señora junto a aquel desconocido, pero tenía que buscar el modo de aparecer en escena y que se sintiera obligado a invitarla también a ella.

—Siga así, no mire. Tengo que salir del agua y vestirme. —Por su

actitud, dedujo que Magdalena estaba dispuesta a dejarse acompañar por aquel hombre joven de mirada limpia, que la aguardaba junto al caballo—. Pero no estoy sola —continuó.

Él se extrañó porque no veía a nadie más junto al río.

—¿Quién la acompaña? —preguntó, buscando con la mirada a alguien que pudiera estar cerca.

Jacinta respiró tranquila tras escuchar las palabras de su compañera de viaje. Tenía que acostumbrarse a la nueva situación entre ambas, porque aparentar estar al mismo nivel de la mujer para la que había estado sirviendo hasta entonces no iba a resultarle fácil.

—Jacinta, ¿dónde estás?

—Aquí, Magdalena.

Magdalena se giró para localizar a su amiga, que salió de detrás del matorral.

—Magdalena es un nombre bíblico —repuso el hombre.

—Sí, así es. ¿Y usted quién es?

—Gregorio. Soy el veterinario de toda esta comarca. Llevo aquí unos cuantos meses.

Con razón Jacinta no lo conocía. «Joven, guapo y con aspecto de señorito», se dijo.

—Vengan las dos, las llevaré conmigo. Todavía hay trecho hasta el pueblo.

¡Qué iba a contarle a ella que creció junto a aquel río en el que durante el verano cogía cangrejos! Mientras aguardaba a que Magdalena terminara de vestirse, le entraron ganas de echarse al río a buscar alguno. Su madre no era una gran cocinera, pero los cangrejos que ella y sus hermanos cogían con la mano, agarrando al animal por la cabeza, detrás de las pinzas, los guisaba con mimo. Estaban realmente sabrosos. Solía ser el plato extra en domingos de verano, cuando los había en el río.

A Jacinta siempre le había gustado mirar cómo los preparaba su madre, porque ya desde pequeña supo que siendo una familia numerosa la suya, tanto ella como sus hermanas abandonarían el pueblo en busca de una vida mejor, por lo que saber cocinar era una cualidad muy demandada a la hora de que la contratasen como sirvienta. «Lo importante es que rehogues bien la cebolla, los ajos, la pimienta con el laurel y luego eches algo de vino blanco antes de poner los cangrejos a la cazuela», le recomendaba su madre.

—Atrévase, Magdalena, que yo la sujeto. No tenga miedo —la animó el veterinario a subirse al caballo.

Por más que Gregorio le dijera que no temiese nada, subirse al equino le producía cierto respeto. Además, estaba demasiado cansada.

Lo que en ese momento necesitaba, ahora que había podido bañarse para sentirse limpia, era dormir. Tumbarse en una cama y conciliar el sueño durante horas.

—Usted también —le dijo a Jacinta—. Venga. Intentaré llevarlas.

Los esfuerzos del veterinario por cargar con las mujeres resultaron cómicos en algunos momentos. Su destreza a la hora embridar de nuevo al purasangre le ayudó bastante, porque al principio el cuadrúpedo amagó con desbocarse.

La distancia entre el río y el pueblo se hizo mucho más corta a caballo. En un cuarto de hora ya estaban entrando en la aldea.

Durante el trayecto Gregorio habló más con Jacinta que con Magdalena, que, al poco de montar, se quedó dormida, sentada entre la espalda del veterinario y el pecho de la mujer.

—Así que usted conoce el pueblo.

—Soy de aquí —le contestó Jacinta sin mucho interés en seguir dándole explicaciones.

—¿Y Magdalena? —En realidad, solo le interesaba saber algo más sobre aquella mujer que intensos ojos azules y melena pelirroja que dormía como una bendita sobre su espalda.

—Es mi amiga. Trabajábamos juntas en una familia.

—Sería una buena casa, entonces.

A Jacinta le inquietó el comentario. Empezó a sentir que el temor comenzaba a adueñarse de ella, a correr por sus venas. No supo qué contestarle, hasta que prefirió darle una respuesta más vaga.

—No nos podíamos quejar. Eran muy buenos con nosotras.

—¿Y usted de qué familia es?

—Soy la hija de Félix, el cabrero.

—Así que Martina es su madre.

—Sí. —No quiso ser más explícita. Esperaba que el veterinario no siguiera indagando más.

—Las dejaré en su casa, si le parece bien.

—Muchas gracias, señor.

—No me llame señor. Llámeme Gregorio.

Como cabía esperar, durante el recorrido no se cruzaron con nadie. Ni en el camino ni en la era, que dejaron a la derecha y en la que nadie estaba trillando las mieses.

—A esta hora hace demasiado calor para salir al campo —apostilló Gregorio—. Usted ya lo sabrá. —Hizo una pausa antes de formularle la siguiente pregunta—: ¿Cuándo se marchó?

Entendía su interés, pero a ella estaba importunándole tanta curiosidad, sobre todo porque temía cometer algún error a la hora de responderle.

Otros cántaros

Cuando vio la iglesia a la entrada del pueblo, respiró tranquila. Las fachadas de las casas seguían estando encaladas y la madera apilada en los corrales, a la espera de los gélidos inviernos.

Hasta la casa de sus padres ahora sí que ya podían ir andando ellas dos. Solo que Magdalena continuaba durmiendo profundamente, a pesar de la incomodidad de su postura.

En cuanto Martina escuchó el relincho del caballo al embridarle su amo para que se detuviera, corrió a mirar por la ventana enrejada de la cocina.

—No hace falta que entre, déjenos aquí.

Jacinta no quería que accediera a la vivienda.

Su madre no tenía ni idea de su llegada, y menos que a su hija la acompañara alguien. Así que, cuando contempló la escena, la buena mujer no dio crédito a lo que estaba viendo.

Intentando no reflejar el nerviosismo que la invadía, Jacinta tenía que explicarle a su madre, antes de que aquel desconocido entrase en su vivienda, por qué estaba allí.

—Está bien, no insistiré. Mi casa está junto a la plaza. Si necesitan algo, no tienen más que acercarse. Pero déjenme ayudarlas ahora.

Lo primero que vio Magdalena al abrir los ojos fue la penetrante mirada del veterinario que la observaba con cierta curiosidad.

—Creo que el trote a lomos del caballo no ha interrumpido sus sueños.

Somnolienta, todavía no acertaba a ubicarse. La cegó el sol cenital. Como pudieron, entre Jacinta y Gregorio la cogieron de los brazos, para transportarla hasta el poyo de piedra que había junto a la puerta de acceso a la casa y sentarla.

Los rizos de su melena pelirroja se fueron secando durante el camino. Con los ojos cerrados, a Gregorio ahora le pareció más bella todavía.

Para entonces, la madre de Jacinta ya había salido de la vivienda a abrazar a su hija. Mientras, el veterinario se resistía a abandonar el lugar con el pretexto de ayudar a Magdalena, a la que la debilidad parecía no dejarle caminar de forma equilibrada.

—Quizá convendría que la viera el médico.

—Gracias, pero no hace falta. Ahora la acostaremos entre mi madre y yo. Para mañana mi amiga estará recuperada —replicó Jacinta, sin darle posibilidad a réplica.

—Como ustedes quieran, pero si necesitan algo, ya les he dicho

dónde encontrarme. Además, don Pascual, el médico, vive justo al lado.

Gregorio captó a la primera el mensaje de la hija de Martina, que no parecía hacer buenas migas con él. Tras despedirse de las mujeres, volvió a subirse al caballo para enfilar el escaso trecho que le quedaba por recorrer hasta su casa.

Después de cerrar al animal en el establo, el veterinario se dirigió a la vivienda por la puerta interior que unía la cuadra con la planta baja del inmueble. Todavía no se acababa de acostumbrar a la soledad de aquel pueblo, que contrastaba con el bullicio de la gran ciudad.

En cierto modo, sentía nostalgia por Madrid. A pesar de su amor por los animales y la naturaleza, que fue lo que le impulsó a elegir la carrera de veterinaria, aquel pueblo le resultaba demasiado alejado de la civilización. Trabajo no le faltaba, el sueldo del Estado también cumplía ampliamente sus expectativas económicas, solo que echaba en falta a alguien a su lado. A esa persona con quien compartir el desayuno, salir a dar un paseo por el campo, o contemplar juntos, al final del día, cómo ardían los troncos de roble en la chimenea.

Tras la ruptura con Amelia, su novia desde la adolescencia, también le había abandonado buena parte de la alegría que compartieron durante tantas veladas juntos en cafés, salones de té o simplemente paseando por el parque del Retiro, cualquier mediodía de domingo al salir de misa.

La joven no había querido acompañarle al campo porque siempre prefirió el bullicio urbano. Probablemente, ya habría encontrado un nuevo acompañante con quien acudir a las fiestas del Palace o a tomar la merienda en Embassy, no muy lejos de su casa, hasta el estallido de la guerra. Ambos crecieron en calles próximas: Gregorio en la calle Ayala, entre Núñez de Balboa y Castelló, en pleno barrio de Salamanca, Amelia en Serrano, junto a la iglesia de los padres jesuitas donde tenían previsto unir sus vidas en un futuro que, al final, nunca llegó. Para ambas familias fue el sueño frustrado del que jamás se volvió a hablar.

Al que peor le sentó que el noviazgo se deshiciera fue al padre de Gregorio, porque las familias no solo se conocían de toda la vida, sino que además les unía el fervor por la causa nacional.

Don Hilario Quesada, como buen militar, alardeaba de ese ardor guerrero ante todos sus hijos, en quienes veía perpetuar su amor por las armas. Los dos hermanos de Gregorio nunca dudaron formarse en la Academia Militar de Zaragoza, no así él, a quien le horrorizaba cualquier tipo de entrenamiento castrense.

Quizá por ello se sintió un poco el raro de la familia. El niño que,

en vez de disfrutar con las hazañas bélicas que les contaba su padre los domingos por la tarde, prefería encerrarse en su cuarto a mirar las láminas de animales escondidas en una carpeta lustrosa, que descansaba en un rincón olvidado de la biblioteca familiar donde abundaban los libros de historia. Había pertenecido a su abuelo materno, un médico aficionado a la taxidermia que poseía una pequeña colección de aves, que su madre tuvo a bien regalarle cuando partió hacia Castilfrío de la Cebollera.

—Él hubiera querido que la heredara alguien a quien le gustaran los animales. Y ese eres tú, hijo mío —le dijo.

Aquel tesoro, inesperado para él, lo acompañó durante el viaje. Junto con las aves disecadas, también iban varios libros de zoología y literatura que era lo que más amaba Gregorio: leer durante largas horas hasta que cayera el sol. De ahí que uno de los baúles fuese repleto de obras entre las que destacaban comedias y sainetes de Jacinto Benavente, uno de sus autores favoritos al que tuvo ocasión de conocer siendo casi un adolescente todavía, durante el estreno de *Nadie sabe lo que quiere* en el Teatro Cómico.

A su padre, eso de pasar el tiempo leyendo historias costumbristas o retratos de la vida cotidiana no era algo que le atrajera, y solía aceptar no de muy buena gana acudir a los estrenos, porque su esposa sentía debilidad por las artes escénicas. Una afición que únicamente había heredado Gregorio.

Para don Hilario, su mundo eran los aviones de combate, las contiendas y prepararse para vencer al enemigo. De ahí que más allá de una relación paterno filial, Gregorio, muy a su pesar, tuviese pocas cosas en común con él.

Quizá por eso la ruptura de su compromiso con Amelia supusiese un duro golpe para el progenitor, que vio con ello cómo se rompía el nexo de unión con una familia de estirpe militar como la suya, a la que le unía su pasión por el mundo bélico, ya que el que iba a ser su consuegro también pertenecía al ejército.

Las familias pudientes a menudo se casaban entre ellas, lo que aseguraba no solo la continuación de una saga, sino también la certeza de que se mantendría el mismo ideario generación tras generación. Por ello, el que Gregorio se convirtiera en cierto modo en la oveja negra de la familia, desafiando a lo que le estaba predestinado desde la cuna, fue un gran golpe para su padre, pero más aún para su madre Dolores, que tenía que soportar en silencio los reproches de su marido, que la culpaba de haber descuidado su educación por ser el más pequeño.

—En vez de un hombre, has hecho de él un mindundi.

Cada vez que Dolores le oía referirse así a su hijo, tenía que contener la ira, pero también las lágrimas.

Gregorio no era una persona simple ni un don nadie. Al contrario, tenía carácter suficiente para crecerse ante la adversidad o luchar como el que más en la batalla. Solo que no le interesaban el ejército, las armas, ni las hazañas bélicas, sino que disfrutaba acudiendo al teatro o leyendo. Eso era algo que a don Hilario, el general de infantería, le resultaba imposible de entender.

La sensibilidad era algo de lo que jamás un hombre de verdad debería hacer gala. O, al menos, ese pensamiento y no otro era el que anidaba en su mente. Por eso, nunca comprendió que su hijo pequeño disfrutase infinitamente más acudiendo a cualquier teatro en el que se estrenase una obra, que viendo desfilar a un batallón militar por el paseo de la Castellana.

En lo que podía llamarse salón de aquella vivienda rural del Gobierno destinada al veterinario, Gregorio depositó pulcramente cada una de las piezas de la colección de su abuelo taxidermista. Dudó entre retirar las cabezas disecadas que decoraban una de las paredes principales de la estancia, o dejar que siguieran allí en memoria de su anterior morador, sin duda un gran amante de la caza mayor. Después de todo, no le molestaban especialmente, así que las dejó allí como homenaje a su antecesor. A él también le gustaría que quien le sucediera conservara la colección de aves que ahora presidían el salón de su nuevo hogar.

Allí fue a parar recién licenciado, y con toda la energía que le dio empezar una nueva vida haciendo lo que le apasionaba: vivir en el campo, entre animales, lejos de la insoportable disciplina paterna, pero a la vez con la nostalgia de no tener a su madre cerca.

Le intrigó la aparición de aquellas dos mujeres jóvenes, una más que la otra. Las manos de Magdalena no parecía que hubiesen fregado muchos platos. Se fijó lo suficiente en ellas como para comprobar que eran unas manos cuidadas, sin callosidades ni uñas cuarteadas; al contrario, parecía que hasta entonces las hubiese protegido con mimo, hidratándolas con aceite de oliva como veía hacer a su madre que, aunque no se mojase las manos, procuraba que no pasara el tiempo por ellas.

En cambio, a Jacinta sí que la supuso de rodillas encerando suelos de madera, fregando escaleras o limpiando pacientemente la plata, como hacía el servicio en casa de sus padres. A simple vista, sus manos eran diametralmente distintas a las de Magdalena, mucho más anchas, pero no por la forma ni la estructura de los huesos, sino porque habían trabajado demasiado.

Aunque no se lo confesaran, aquellas dos mujeres bien distintas una de la otra, habrían recalado allí huyendo de la guerra. No podía haber otra razón. Qué más le daba a él que fueran republicanas o fascistas, si buena parte del pueblo no sabía ni lo que era una cosa ni la otra.

Para llegar hasta aquel villorrio perdido, habrían tenido que contar con alguna ayuda importante. Salir de las ciudades estaba siendo prácticamente imposible. El país estaba tomado por uno u otro bando. No le pareció que viniesen de Madrid. Probablemente de una zona más lejana. Quizá del norte, porque las tropas nacionales estaban tomando pueblos y ciudades con relativa facilidad en aquella parte del país. Sabía que desde el País Vasco estaban huyendo de forma masiva mujeres y niños en grandes buques que atracaban en los puertos de Bilbao y San Sebastián para trasladarlos a Francia e Inglaterra.

Ya casi a medianoche, acostumbraba a oír las noticias en la radio francesa, porque esa información «roja» solo se podía conocer por las emisiones extranjeras. Gracias a ello, sabía lo que estaba ocurriendo en el país. Una España dividida por colores de la que a él solo importaban las personas. Esas gentes que sufrían el desgarro de perder a hijos, maridos o padres antes de nacer en uno u otro bando. Como aquellas dos mujeres que en su huida habrían dejado también una familia, quizá unos hijos o a lo mejor a alguien a quien querían y tal vez les había sido arrebatado por el frente o la milicia.

Mientras trataba de concentrarse en la lectura viendo cómo se ponía el sol, intentaba inútilmente ahuyentar las decenas de moscas que revoloteaban a su alrededor. Gregorio todavía no se había acostumbrado a ellas, a pesar del tiempo que llevaba por allí. Dudó entre quedarse en el corral sentado en el poyo al lado de la puerta o acceder al interior de la casa y continuar allí leyendo hasta la hora de cenar.

Como cada atardecer, ahora también oía aproximarse a la vacada por la calzada principal del pueblo. Cada res sabía entrar en su establo sin que el vaquero se lo indicara con una vara de castaño, que le servía para azuzarlas cuando era necesario.

Al final se decantó por sentarse a leer en el poyo exterior de su casa. La obra de Jacinto Benavente lo tenía atrapado, especialmente *Cartas de mujeres*, con la que intentaba descubrir algo más de la sicología femenina, que precisamente ahora le vendría muy bien para intentar establecer cierto contacto con aquellas dos nuevas vecinas del pueblo, algo misteriosas. Sobre todo, Magdalena, de la que no sabía absolutamente nada. Tan solo que al ver su blanco y lechoso cuerpo emergiendo del río, le pareció una diosa.

En medio de la nada

Cuando se despertó, no acertaba a ubicarse. Las blancas paredes encaladas de la estancia donde estuvo durmiendo toda la noche le parecieron algo desconchadas. Del techo tan solo pendía un cable trenzado de tela que acababa en un portalámparas único. Ahora estaba apagada, pero aquella bombilla de filamento debía de ser la única iluminación para toda la habitación, ya que sobre la mesilla no veía lámpara alguna. Tampoco apreció que hubiese cortinas, algún pequeño escritorio o una butaca en la que descansar, para echar una cabezada durante la siesta, o bien reposar un rato la cena antes de irse a la cama.

Tenía ganas de orinar. Al sentarse en la cama, antes de incorporarse definitivamente, se fijó que había un orinal bajo la aljofaina a la que le daba la luz directamente desde la ventana entreabierta.

Un par de mariposas revoloteaban por el techo de la habitación; parecían tener las alas interiores de distinta tonalidad a las exteriores que lucían una gama multicolor intensa, similar a las cebras.

En la comarca del Bidasoa, nunca vio mariposas tan grandes como aquellas. Tampoco recordaba, ni siquiera durante su niñez, que hubiese orinales en ninguna habitación. Aunque no era lo más común, en su casa siempre hubo dos baños: uno para sus padres y el segundo, más sencillo, que utilizaban todos los hijos.

Al poco de poner los pies en el suelo, oyó pasos fuera del cuarto. Era Jacinta, que se acercaba para preguntarle cómo había pasado la noche.

—He dormido como un tronco. —Magdalena lucía el rostro sin la huella del agotamiento acumulado—. ¿Qué tal has descansado en tu casa?

—No tan bien como usted, pero sí que he conseguido conciliar el sueño unas cuantas horas seguidas. ¿Quiere comer algo?

—¿Quieres comer algo? —la corrigió Magdalena, poniendo especial énfasis en que la tuteara—. Jacinta, acostúmbrate ya. Somos dos amigas. Maialen no existe.

—Es que me cuesta. Todavía no me he hecho a la idea.

—Cuanto antes lo hagas, mejor para las dos.

Mientras hablaban, Jacinta se acercó a abrir las contraventanas para que entrase la luz. Ya se había pasado no solo la hora de desayunar, sino la de comer también. A las cuatro de la tarde, la buena mujer no supo muy bien si ofrecerle unas sopas o un tazón de leche con pan. A esa hora era difícil adivinar qué le apetecería comer

a su amiga.

—Quizá esas sopas, que estarán muy buenas.

—No te imagines nada parecido a lo que se come en tu casa. Aquí se hacen con agua hirviendo y un poco de pimentón. Nada más —le advirtió Jacinta.

Magdalena pensó que estaba exagerando, que las sopas que acababa de ofrecerle estarían bien condimentadas, como poco tendrían aceite, algunos ajos rehogados…

Antes de comer nada, necesitaba desocuparse cuanto antes.

—He visto el orinal, pero casi prefiero ir al baño. ¿Dónde está, Jacinta?

La mujer no se atrevió a contestarle de inmediato. Bajó un poco la mirada antes de hacerlo.

—Verás, aquí no hay retrete. Hay que hacerlo en el orinal o ir a la cuadra, donde están los animales.

Como en el caserío de Igueldo, pensó.

No esperaba aquella respuesta. Pensó que lo del orinal sería para una urgencia o algún apretón nocturno. Lo que le hizo suponer también que, si no había un inodoro con agua corriente, tampoco podría lavarse en una bañera. ¿Cómo iba a asearse entonces cada mañana? No quería herir a Jacinta preguntándoselo de forma abierta.

Como el día anterior ya se había bañado en el río, prefirió no hablar de ello en ese momento y dejarlo para más adelante.

—Está bien, Jacinta, no te preocupes, utilizaré el orinal.

Tampoco veía allí, sobre la aljofaina, ningún papel o trozo de tela, algún trapo viejo al menos con el que pudiese secarse sus partes tras orinar.

—¿Tienes algo con lo que pueda secarme?

—No, pero enseguida le traigo algo. Espere un momento.

—Enseguida TE traigo algo —volvió a enfatizar—. ESPERA un momento. —Magdalena sonrió con cariño a la que hasta entonces había sido su sirvienta en un gesto de complicidad, que esta comprendió devolviéndole la sonrisa.

Al abandonar Jacinta la habitación, ya de pie, echó un vistazo a toda la estancia, en la que, por cierto, no había mucho que descubrir. Además de la cama y la aljofaina, tan solo vio una silla robusta de madera en la que no recordaba que la noche anterior depositó el vestido, la chaqueta y la escasa ropa que había traído.

Su único par de zapatos también estaba allí, porque a partir de ese momento iba a calzar las alpargatas que le dio Jacinta al llegar, para no desentonar ante el resto de las vecinas.

Las tablas de madera del suelo carecían de barniz, estaban algo

desniveladas, pero muy lustrosas. Se veía que alguien se encargaba periódicamente de pasarles el alambre y algo de cera. No mucha, porque la madera carecía de brillo.

Al abrir completamente la ventana, comprobó que tenía una malla de hierro. Magdalena todavía no era consciente de la cantidad de insectos que pululaban por allí durante el verano. Millones de moscas, tábanos, mariposas como las que vio al despertarse o abejas, porque Castilfrío de la Cebollera estaba, entre otras cosas, lleno de enjambres por todas las esquinas.

Estaba en medio de la nada, ciertamente.

Jacinta no había exagerado cuando antes de partir le dijo que por su pueblo ni siquiera pasaría la guerra.

El sonar de los cencerros avisaba que el ganado estaba cerca. No sabía si serían vacas, ovejas o cabras, porque oyó a Jacinta decirle a Gregorio que su padre era cabrero. Aquel tintineo parecía aproximarse. Intentó asomarse a la ventana, pero la malla de hierro no le permitía sacar la cabeza para mirar por dónde vendrían los animales.

—Te traigo esto, Magdalena, espero que te sirva.

Jacinta se esforzó en subirle uno de los escasos trapos que su madre utilizaba en la cocina. Estaba limpio, olía bien. Fue entonces cuando se decidió a orinar en la habitación, mientras instintivamente Jacinta se puso a hacerle la cama.

—Deja eso, la haré yo.

Una cosa era que hasta entonces Jacinta hubiese sido su criada, pero ahora las cosas habían cambiado radicalmente. Magdalena no estaba dispuesta a que siguiera desempeñando esas funciones.

Todavía conmocionada por la nueva situación, ninguna de las dos acertaba a asumir la realidad. Mientras que a la primera le estaba resultando más fácil adaptarse a la que siempre había sido su casa, Magdalena se sentía desubicada. Para ella todo allí era extraño, incomprensible. Desde el modo de asearse al que no le iba a quedar más remedio que acostumbrarse, hasta el árido paisaje despojado de la vasta vegetación entre la que creció en la comarca del Bidasoa.

Los padres de su hasta ahora sirvienta la observaban de reojo, pero con el descaro también del aldeano curioso. Por aquellos lares nunca habían visto una mujer de rostro pecoso y piel tan lechosa como la suya, porque desde pequeños a los bebés se les tostaba la dermis bajo el sol abrasador de la meseta castellana.

Ya en la planta baja, junto a la cocina, vio una puertucha más pequeña que las demás, sin manilla. Se abría y cerraba atando y desatando una cuerda ajustada a dos anillas: una en el dintel de la

puerta, la otra incrustada en la propia hoja de madera sin pintar.

Sería el paso a la despensa, pensó. Entre tinajas de barro y unas cantarillas de hojalata, del techo colgaban varios ganchos de carnicero. Un par de chorizos parecían estar demasiado curados, no así el jamón, que ya empezaba a lucir el inconfundible hueso que hacía adivinar el final de la carne magra.

Su pituitaria estaba empezando a percibir nuevos olores, como el del laurel y especias que desprendía una de las tinajas en la que se guardaba parte de la matanza, como los lomos de un par de cerdos, unas cuantas costillas adobadas, varios conejos en aceite y pollos escabechados.

Era evidente que allí no había ningún tipo de fresquera. El hielo, según le estaba explicando Jacinta, llegaba en bloques.

—Lo trae el lechero cuando se lo pedimos, pero en invierno no hace falta, porque todo se congela, hasta la respiración.

Magdalena ya no tenía ninguna duda de que se había trasladado a otro mundo, en el que ni siquiera la fisonomía de las personas se parecía a la que ella estaba habituada a ver.

Rostros arrugados, quemados por el sol. Manos extraordinariamente callosas de uñas ennegrecidas que frotaban sobre la piedra del lavadero ropas ajadas a veces, descoloridas otras. Martina, la madre de Jacinta, se afanaba en blanquear las sábanas amarilleadas, especialmente aquellas que cubrían las almohadas de lana, introduciéndolas en un caldero de zinc con agua hirviendo que mantenía caliente a la lumbre.

De baja estatura, piernas arqueadas, Martina era una mujer extraordinariamente menuda, que lucía unas cuantas heridas en todas las extremidades. Algunas postillosas, pero la sangre todavía fresca en otras atraía a insectos que merodeaban por ellas sin que la mujer se molestara en espantarlos. Tenía el pelo grisáceo recogido en un moño bajo raquítico, que sujetaba con unas cuantas horquillas algo roñosas. De nariz aguileña, rostro arrugado como el que más, observaba a Magdalena como si fuera una rapaz oteando su nuevo entorno.

—Buenos días, ¿qué tal ha dormido, señora?

También la madre se refería a ella desde la distancia.

—No me hable así, Martina. Llámeme por mi nombre. —Magdalena intentó ser lo más cálida posible con la madre de Jacinta que la miraba como si ella estuviera en una altura inaccesible para la buena mujer.

—Como quiera, doña Magdalena.

De nuevo le sonrió mientras se acercaba hasta ella.

—Soy Magdalena, nada más, como su hija es Jacinta.

Esta vez parece que Martina comprendió definitivamente.

—Está bien, Magdalena. —Instintivamente, Magdalena se agachó para abrazar a aquella mujer menuda, que acertó a decirle—: Somos pobres, pero aquí no le faltará algo que llevarse a la boca.

Martina agradeció el gesto con una leve sonrisa que le costó esbozar. Ella no estaba acostumbrada a que nadie le agradeciera nada y, menos que la abrazara una mujer en señal de gratitud. Magdalena percibió que su gesto había conmovido a la castellana vieja.

Le llamaron la atención lo pequeñas que eran todas las ventanas. Apenas entraban unos rayos de luz a pesar de la intensidad con la que lucía el sol. En la casa no había muchas habitaciones. La cocina y la despensa estaban abajo. También una estancia en la que había una mesa grande en el centro y un pequeño armario, donde pudo ver algunos pocos platos de loza. A diario utilizaban los de hojalata, una aleación de acero recubierta de estaño de la que también estaban hechos los recipientes en los que bebían el agua que extraían de los cántaros de barro.

A diferencia del suelo de la habitación que era de madera, en la planta baja se caminaba sobre un empedrado bien lustrado, pero que no evitaba que se colaran cantidades importantes de polvo que traían en las alpargatas de esparto. Solo Félix, el padre, que caminaba por la sierra, tenía unas botas de goma, regalo del hijo del médico anterior, cuando este murió ya de viejo.

—A usted le harán un buen servicio —le dijo al día siguiente del entierro cuando se las dio antes de abandonar el pueblo.

También le entregó un buen gabán de lana, junto a unos guantes de piel que le quedaban algo estrechos, pero que le servían para proteger sus manos en las gélidas jornadas de invierno.

Mientras pelaba las manzanas picoteadas por los pájaros que acababa de traer del huerto, pensó en la escasez de aquella casa en la que iba a vivir mientras durase la guerra. Hasta la intensidad de la luz parecía querer marcharse de allí, porque ya de por sí era tenue.

Al igual que Jacinta, el resto de sus hermanos fueron abandonando el pueblo. Solo quedaban allí los padres: el cabrero y Martina. No demasiado ancianos todavía, pero sí con la suficiente energía como para ordeñar las dos vacas que salían a pastar junto a la vacada cada mañana, una de ellas a punto de parir, y matar un par de cerdos para vender los chorizos y jamones de uno de ellos. De pollos, gallinas o conejos que corrían por el corral se alimentaba la familia de Jacinta en días señalados. El resto de la semana, las sopas o el tocino rancio con un mendrugo de pan eran los únicos alimentos que se llevaban a la boca, además del plato de legumbres que nunca faltaba.

Con aquella dieta de supervivencia, a la que añadían los frutos secos cuando llegaba la época de las avellanas y las castañas en el otoño, tendría que aprender a alimentarse Magdalena, que todavía no lograba asimilar la nueva realidad en la que se encontraba.

Misa de domingo

Lo que ahora necesitaba era intentar contactar con sus padres, con Mattin, o bien con su hermana Carmen, que acababa de dar a luz a su segundo hijo.

Muy probablemente Juan Domingo estaría ya muerto y enterrado en alguna de las innumerables fosas diseminadas por las cunetas, tapias de cementerio o canteras abandonadas. Menos mal que Juncal estaba en buenas manos, aunque no pudiera contactar con su amiga desde aquel pueblo.

Ya no tenía lágrimas con las que llorar, ni dolor que sentir. Porque su alma quedó herida de muerte, al ver cómo se llevaron a Juanito de aquella manera tan ruin. Sentía, además, la cruz del remordimiento por el egoísmo de salvarse ella, pero ¿qué otra cosa podía hacer en aquella situación tan extrema? Estrechó entre sus manos la cruz de Jerusalén que junto con algo de ropa Dominica logró sacar de Gure Ametsa.

Una penitencia que iba a acompañarla el resto de sus días. Rota por dentro y lastimada por fuera, su cuerpo se fue convirtiendo con el paso de las semanas en un amasijo de huesos irreconocible para quien admiró su belleza en una ciudad a la que no sabía si volvería alguna vez. «Tendré que empezar una nueva vida aquí y cuanto antes me acostumbre mejor».

Debería aprender a familiarizarse con el ganado, ordeñar vacas o a pelar las mazorcas de maíz, pero le resultaba imposible alcanzar la destreza con la que Jacinta lo hacía a su lado.

—Déjame esto a mí. Mejor que limpies las judías, y luego las pones en la lumbre.

—Les echaré también unas patatas, si te parece bien.

—Sí, claro, y estarán buenísimas, Magdalena. ¡Nos hacen falta tanto tus manos aquí!

Durante la mañana, ambas, azada en mano, estuvieron esforzándose cavando la tierra para extraer unos cuantos kilos de tubérculos que llevarse a la boca. Allí hambre no se pasaba, pero sí escaseaba la comida; nada había en abundancia, salvo las toneladas de boñigas que cubrían calzadas y caminos por donde transitaban tanto animales como humanos.

A Magdalena aquella vida alejada de la guerra, pero mísera y triste como ninguna, le parecía un camino sin retorno hacia la nada.

—Puedes hacer también un guiso de verdura —apuntó Jacinta, en un intento de animar a su amiga a la que veía languidecer cada día más.

Sus manos no recordaban en nada a los dedos estilizados que acariciaban la carita de Juncal. Sus hermosos cabellos rizados fueron perdiendo brillo, mientras se ajaban irremediablemente bajo aquel sol abrasador en verano y gélido en invierno. Tan solo conservaban la misma intensidad sus azuladas pupilas, que mantenían el color del mar en unos ojos con los que Gregorio soñaba casi cada noche.

—¿Por qué no aprende a montar conmigo? Así cuando lo necesite podré dejarle el caballo.

El veterinario estaba buscando la forma de poder relacionarse algo más con aquella misteriosa mujer que de sirvienta tenía poco, por más que sus manos ahora se vieran agrietadas por la dureza del trabajo en el campo.

—Soy demasiado torpe para subirme. Más aún para aprender a controlarlo.

—No se preocupe por eso, yo le enseñaré a montar. Tengo paciencia.

Gregorio no dejaba de sonreírle siempre que la encontraba a su paso. Cuando Magdalena lo consideraba oportuno, este la ayudaba a cargar con los fardos de hierba, el carro de la verdura o la carretilla que llenaba de patatas cuando se acercaba al Prado Círia, uno de los pocos terrenos fértiles para cultivar hortalizas, en el que nunca faltaba el agua gracias al riachuelo que pasaba por sus lindes.

La mente de Magdalena continuaba sufriendo en silencio por la ausencia de noticias. Nadie, salvo su hermano Mattin conocía su paradero.

—¿Ha llegado alguna carta para mí?

Solo preguntaba al empleado de correos de vez en cuando para no levantar sospecha, con la esperanza de que su hermano la escribiera. En un pueblo donde los vecinos carecían de línea telefónica, tampoco se atrevía a pedirle al médico que le dejase llamar a Navarra, porque entonces quedaría al descubierto su origen.

En Castilfrío de la Cebollera había un único teléfono en todo el pueblo, y este estaba en la consulta del galeno.

Algunas tardes, cuando ambos terminaban su jornada, Gregorio solía acercarse hasta el dispensario de don Pascual para jugar a las cartas. Junto al cura, eran los únicos doctos del pueblo. Con el sacerdote ninguno de los dos hacía buenas migas. El padre Gervasio atemorizaba a los campesinos, aunque estos, sin embargo, cuando llegaba la Pascua o Nochebuena, le obsequiaban con algo de comer, no sin sacrificio para la paupérrima economía de los vecinos.

Con una cojera más que pronunciada, sus mofletes, entreverados como los pimientos de cosecha irregular, reflejaban una debilidad por el vino de garrafa que todos conocían, pero que nadie se atrevía a mentar.

No era alto, tampoco bajo, pero gordo como el que más. A don Gervasio le gustaba empinar el codo, comer hasta reventar para quedarse dormido después en la misma silla, a punto de caerse. A pesar de su avanzada edad, si se terciaba, también intentaba manosear alguna pierna por encima de la falda, solo que tanto las mujeres casadas como las campesinas en edad de merecer, sabiendo de sus debilidades obscenas, huían en cuanto el páter trataba de acercarse tras el rosario del domingo.

Tampoco tenía mucho pelo; más bien lucía una calvicie algo menos prominente que el resto de los vecinos, pero al despojarse del birrete se le veía también la piel mortecina, que ocultaba incluso cuando dormía con un gorro de lana vieja apelmazada sobre la cabeza.

A Gregorio no lo miraba con buen ojo. Tampoco al médico. Al primero lo tenía casi tan enfilado como a don Pascual. De todos modos, el veterinario subió en su estima el día que llegó a sus oídos que era hijo de un general sublevado que, con gran ardor patrio, estaba luchando en el bando golpista desde la junta militar de Burgos.

Aun así, no acababa de convencerle eso de que se relacionara con todo el mundo, sin hacer distinciones entre ricos y pobres. Porque, aunque fuera un pueblo de mala muerte, allí también había quien tenía más y quien tenía menos. Pero no, el veterinario a los que se decían señoritos les cobraba más que a los pastores, que apenas tenían para comer migas con tocino. «Un poco rojo me parece a mí que es este», se decía el sacerdote.

Si bien con Gregorio intentaba que la relación fuese correcta, al menos por respeto a su ilustre padre, el cura no quería ni oír hablar del médico.

—El día que me ponga enfermo, Dios no lo quiera, llévenme a la capital —comentaba a quien quisiera escucharle, por si acaso a alguien se le ocurría llamar a don Pascual cuando estuviese agonizando.

En cuanto supo que este era hijo de republicano, dijo que por ahí no pasaba.

—A esos herejes, ni el saludo.

Así que resultaba ciertamente cómico observar cómo, cuando ambos se cruzaban por la calle, el viejo cura ladeaba con rotundidad la cabeza para evitar verse de frente con el médico bonachón que

saludaba a todo el mundo. Lo más surrealista ocurría en la misa de los domingos.

Don Pascual acudía puntualmente junto a Gregorio, algo que exasperaba sobremanera al clérigo, que aguardaba en la puerta de la iglesia para ver quiénes iban y contabilizar a los ausentes. Estrechaba la diestra del veterinario sin mucho entusiasmo, a la vez que ladeaba los mofletes para evitar saludar al galeno.

Jacinta y sus padres también acudían a la iglesia. Ahora los acompañaba Magdalena discretamente vestida con la ropa que Martina le dio al llegar. Toda de oscuro, con una mantilla algo roída por las ratas, y calzando las alpargatas de esparto que le resultaban extraordinariamente incómodas por el picor que le provocaban en las plantas de los pies.

Las primeras filas de los bancos de la derecha estaban reservadas para los menores de edad, las siguientes eran para las jovencitas casaderas. A la izquierda, se situaban las que ya tenían marido, las viudas, al lado, las que decidieron o no tuvieron más remedio que quedarse solteras y enteras. Atrás del todo, bajo el coro en el que nunca había cantado nadie, se ubicaban los hombres con la boina o sombrero de paja en mano, luciendo unas cabezas a las que jamás tocaba el sol. Entre todos ellos, las figuras de don Pascual y Gregorio destacaban especialmente, ya no solo por la calidad de su indumentaria, sino también por una estatura bastante más elevada que la del resto.

—Un sacerdote nunca niega la comunión. —Eso fue lo que don Gervasio le dijo a don Pascual al introducir la hostia consagrada en su boca cerrando los ojos, al tiempo que musitaba—: No quiero ver los ojos de un comunista.

Si algo no hizo nunca el médico del pueblo fue profesar la ideología comunista de la que tan alejado estaba, además. Tanto él como toda su familia se habían educado en la fe cristina, ayudando al desfavorecido, siguiendo a pies juntillas los mandamientos de Dios. Solo que para don Gervasio la interpretación de la fe católica se asemejaba más al ideario político que a lo que predicó Jesús de Nazaret.

Magdalena no supo muy bien dónde tenía que sentarse la primera vez que pisó la iglesia. Se dejó guiar por Jacinta y su madre. Desde su ubicación, Gregorio podía ver la silueta de la joven pelirroja con claridad en el banco en donde desde entonces se sentaron las tres mujeres; ella destacaba ampliamente sobre el resto de las campesinas que aparecían algo encorvadas, aunque no fuesen demasiado mayores.

Desde que la vio semidesnuda en el río, supo que no se trataba de

una muchacha de servicio cualquiera, porque además tenía un lenguaje cuidado, no cometía ningún tipo de error semántico y, a pesar de los harapos con los que vestía, su manera de andar reflejaba, aun sin proponérselo, una elegancia innata.

A diferencia de otras veces, aquel domingo, Magdalena acudió a comulgar la última. Después de ella, arrancaba la fila de hombres que caminaban acompasados a tomar la hostia consagrada de la mano del sacerdote. El paso lo iniciaba Gregorio que justo iba detrás de Magdalena sin que ella se percatase.

—*Corpus Christi*. —Al cura le importaba poco que quien recibía la hostia le oyera o no, porque lo decía tan bajo, casi entre dientes, que ninguno de los comulgantes acertaba a oír con claridad nada, tan solo el susurro de un viejo al que le olía el aliento de forma escandalosa.

Fueron unas centésimas de segundo, pero bastaron para que los ojos de Gregorio y Magdalena se cruzaran de forma especial. Tanto que ella se detuvo durante un instante, sosteniéndole la mirada, antes de volver al sitio donde debía sentarse de nuevo.

Una vez arrodillada ya en el reclinatorio, con las manos cruzadas que ocultaban buena parte del rostro, alzó ligeramente los ojos para seguir contemplando la figura del veterinario, que tampoco pudo evitar mirarla de reojo a su paso.

Por primera vez en mucho tiempo sintió que aquel joven no le resultaba indiferente. Quizá estuviera pecando de pensamiento. Pero ¿de qué le servía zaherirse también por ello, cuando ya en su dolor no cabía más tragedia que la que ya arrastraba?

A sus veinticuatro años, la vida la estaba golpeando tanto que ya no se sentía capaz de distinguir el dolor de la tortura sicológica que le acechaba cada noche, cuando pensaba en el destino de su marido y de Juncal, su hija.

Por contradictorio que pudiera parecer, también sentía que continuaba siendo una mujer joven a la que se le humedecía el sexo.

Al salir de misa, Gregorio se acercó a las tres mujeres con la intención de acompañarlas hasta su casa. Le venía de paso, porque la suya estaba unos metros más arriba, al lado del ayuntamiento, contigua a la vivienda que ocupaba el médico republicano con el que tan buenas migas hacía.

Ambos volvieron a mirarse con cierto pudor. Sus ojos de nuevo se buscaron furtivamente, como un ladrón en la noche anhela dar con el botín deseado. Mientras Jacinta y su madre se ocupaban de concretar cuándo iban a comprar la simiente para plantar las hortalizas en la huerta y el trigo en las parcelas de mayor superficie, Magdalena y Gregorio ya caminaban juntos casi sin darse cuenta.

—¿Le apetece que demos un paseo hasta el río?

A Magdalena le pareció muy atrevida su propuesta. Quizá se desatasen habladurías o cuchicheos infundados, entre aquellas solteronas malintencionadas que disfrutaban deshonrando a quien se terciara, mientras enjabonaban la ropa sobre la piedra del lavadero.

—Le diré a Jacinta que nos acompañe.

—Está bien, como usted quiera. Podemos ir los tres.

En cuanto oyó la voz del veterinario que la invitaba al paseo, Jacinta supo que su función era la de una «cesta», esa persona que acompañaba a unos novios sin serlo, para evitar que tuviesen la tentación de mantener actos pecaminosos.

El día de su llegada, cuando iban a lomos de su caballo, Jacinta ya se percató de que aquel hombre miraba de forma especial a la que hasta entonces había sido su señora.

Aquel domingo por la mañana, al salir de misa, al veterinario le pareció la ocasión perfecta para acercarse a la mujer con la que soñaba, a veces despierto y otras sumido en un duermevela. Desde su ruptura con Amelia ninguna otra mujer había suscitado tanto interés en él como aquella desconocida de educación y formas exquisitas que se hacía pasar por una muchacha de servicio.

—Dígame, ¿dónde estaban ustedes sirviendo?

Si le mentía, a lo mejor la madre de Jacinta podría comentar en algún momento que habían estado en el norte. Así que prefirió decirle la verdad.

—En San Sebastián.

—¿No me diga? Es una ciudad muy bella. La conozco.

—¿Ah sí? —Eso sí que no se lo esperaba Magdalena ni por asomo—. ¿Cuándo la visitó?

Puestos a preguntar, ella también estaba dispuesta a averiguar algo más sobre él.

—Estuve en una boda, con mi padre. —Menos mal que solo fue una visita fugaz, pensó ella. Él prosiguió—: Mi padre es militar. Un gran amigo suyo se casó con una señorita de San Sebastián, así que fuimos toda la familia al enlace.

Ahora Magdalena ya sabía que su padre pertenecía al ejército.

—¿De dónde es usted? ¿De allí mismo? Porque habla distinto que aquí… —siguió preguntando él.

—Sí —se apresuró ella a contestarle, con cierto nerviosismo mal disimulado que captó Gregorio, aunque no se diese por enterado.

Después de todo, tampoco tenía demasiado interés en seguir preguntándole. No deseaba incomodarla. En realidad, perseguía todo lo contrario: que la mujer que empezaba a hacerle sentir algo más que

una simple amistad lo mirara con la misma coquetería con que él intentaba hacerlo.

Deliberadamente, Jacinta empezó a distanciarse de la pareja. Caminando bastantes pasos más atrás, dejó que ambos siguieran su paseo hacia el río.

A Magdalena le volvía a molestar sobremanera el esparto de las alpargatas que calzaba, pero intentó seguir andando como si no sintiera los pies.

Cuando llegaron al río, casi a la misma altura donde la descubrió bañándose, Gregorio detuvo el paso.

—Fue aquí donde usted estaba nadando el día en que nos conocimos, ¿verdad?

Magdalena, muy a su pesar, sentía que le temblaban algo las piernas, mientras el corazón le palpitaba a bastante más velocidad de la habitual.

—Creo que sí. Pero no estoy muy segura.

—Yo sí que lo estoy, porque conozco muy bien esta zona. Le contaré un secreto. —A ella le inquietó que la primera vez que se veían a solas quisiera hacerle partícipe de una intimidad—. Verá, yo sé cómo de profundo es el río en cada tramo.

—¿Ah, sí?

—Porque también me baño en días de calor, como hoy. Y como el día en que ustedes dos estaban aquí.

Sin acercarse mucho todavía, Magdalena sintió la proximidad de aquel cuerpo que, como el suyo, parecía sentir cierta atracción por el otro. Le gustó su olor. Ambos se miraron sin decir nada. Solo dejaron que sus cuerpos hablaran.

No podía estar pasándole eso a ella, que era una mujer casada, o quizá viuda ya. Apenas había cruzado unas cuantas frases con aquel individuo galante por el que, muy a su pesar, sentía una atracción difícil de controlar.

Para entonces, Jacinta, consciente de lo que allí pudiese ocurrir, prefirió alejarse, esperar a que la pareja regresara al pueblo por el mismo camino en el que la encontrarían de nuevo a ella, a quien nunca le había ocurrido nada parecido, porque sus amores quizá fueron mucho más prohibidos e imposibles de cumplir.

Casi sin darse cuenta entrelazaron sus manos y se miraron intensamente a los ojos. Ninguno de los dos pudo evitar aquel beso apasionado, mientras el croar de una rana parecía festejarlo.

La suavidad de las manos del veterinario que ya estaba acariciando con ternura el rostro de Magdalena contrastaba con las callosidades de unos dedos finos que un día tocaron el piano en el

internado de San Juan de Luz.

Pero a Gregorio nadie tenía que decirle que aquella mujer de mirada azul y piel lechosa pertenecía a la élite de la ciudad de la que huía. Porque, por más que intentase ocultarlo, sus depuradas formas ponían de manifiesto que ambos pertenecían a la misma clase social.

Juntos por primera vez, sintieron que, aunque intentaran ocultar los sentimientos, sus cuerpos acababan de hablar por ellos mismos.

Buscando a Mattin

En el corral todavía quedaban las cantarillas por limpiar de las que se encargaba Magdalena cada tarde, en cuanto el camión de la leche las depositaba en la plaza del pueblo, que solía ser hacia las cinco o las seis. Entonces cogía la carretilla de madera de tres ruedas, empujándola con soltura hasta llegar al punto donde se agolpaban todas las marmitas del pueblo. A veces coincidía con otras mujeres, pero normalmente intentaba que no hubiese nadie en la plaza cuando ella iba a recogerlas. Cada una llevaba un número marcado en la tapa, así no existía posibilidad de equivocarse.

En invierno, cuando escaseaba la luz, la devolución de aquellos recipientes comenzaba después de la hora de comer, dos pueblos antes. Castilfrío de la Cebollera formaba parte de un valle de siete aldeas atestadas de vacas y ovejas, que pastaban a las faldas de una sierra envuelta en un espeso manto de brezo, entre el que crecían flores de intenso aroma que atraía a las abejas. Por eso, la miel de la Cebollera era muy apreciada en los mercados, no solo por el olor, sino por un sabor especial. «Único», decían los más entendidos, porque las colmenas se encontraban a casi mil cien metros de altura.

De tierra poco fértil, los campesinos siempre vieron a la montaña como un buen asentamiento para las decenas de colmenas que ahora producían kilos de miel, que a la maltrecha economía de la zona proporcionaban un buen dinero con el que comprar algunas arrobas de aceite para todo el pueblo. Como el monte era comunal, con los beneficios de la venta de la miel, desde el ayuntamiento se adquiría aceite para todas las familias. A cada casa le correspondía de forma aleatoria un celemín, al que luego se añadía otro más por cada adulto que habitase en ella. Un reparto que se hacía mensualmente. Quien consumía menos aprovechaba para mercadear con aquellos que demandaban más aceite, que solían ser las familias que elaboraban tortas y magdalenas para vender en la feria.

Sabían de la guerra por las noticias del periódico que traía el cartero una vez por semana. También porque hacía unos meses les estaba resultando infinitamente más difícil adquirir aceite al tratante turolense que se lo proporcionaba y que hacía una ruta por el valle cada dos o tres meses, un joven de brazos robustos, al que en tiempos de guerra parecía habérselo tragado la tierra.

Desde su llegada a Castilfrío de la Cebollera, Magdalena intentó adaptarse a la realidad que la había acogido en aquella casucha humilde, pero en la que como podían intentaban que se sintiera una más.

Al calor de la lumbre, cada noche los cuatro escuchaban las noticias que emitía la radio. A pesar de no llevar reloj, a Félix no se le olvidaba encenderla.

—Anda, Martina, pon el parte.

La mayoría de las veces no se oía bien. Se producían demasiadas interferencias en la emisión que se entrecortaba y la señal solía ser muy débil, porque llegaba desde un repetidor demasiado lejano como para que la recepción fuese nítida.

—Tendremos que conformarnos con leer el periódico cuando llegue.

A menudo esa era la fuente de información más segura, que no fiable. De la guerra, allí solo se sabía lo que decía el diario alineado con los golpistas sublevados. Así que de lo que pasaba en el bando republicano poca información llegaba hasta la aldea.

Por suerte, en el pueblo siempre hubo una maestra que les enseñó a leer, escribir y las cuatro reglas, que no eran otras que sumar, restar, multiplicar y dividir. Cuando pedía leña para calentar la estufa del colegio, todas las familias enviaban a sus hijos con varios troncos bien secos y astillados, para que «quemasen mejor y ardiesen bien». Por aquellos lares crecía algo de pino, mucho roble chaparro, encinas y también castaños. De vez en cuando, los pastores solían talar algún haya para calentarse en días de frío y nieve. Porque por allí nevar, nevaba hasta taponar las puertas de las viviendas.

Jacinta recordaba a su padre, pala en mano, haciendo un pequeño túnel para poder salir al exterior de la casa, y acercarse hasta la escuela. Pero la mayoría de las veces, en invierno, cuando la nieve alcanzaba tales proporciones, nadie se movía. A los animales se les alimentaba con la hierba seca acumulada durante el verano en el pajar del establo. El agua que se utilizaba para cocinar no era otra que la nieve derretida en el puchero que se mantenía caliente en el fuego bajo.

Desde pequeña aprendió a sobrevivir con poco, con casi nada. Por eso, cuando recaló en casa de los Oyeregui-Epalza, le pareció un lujo que le pagasen dinero por vivir en aquella villa en la que solo tenía que cuidar de un bebé y ayudar a la señora en la cocina. «Esta sí que es una vida regalada», se decía.

Las circunstancias, sin embargo, le habían devuelto a su realidad, al entorno en el que la pobreza y a veces hasta la miseria era la cotidianeidad. Tampoco le pedía mucho más a la vida que sobrevivir en aquella situación tan inesperada para todos. Tener algo que llevarse a la boca, lumbre con la que calentarse y que el sol saliera cada mañana.

Poco podía ella hacer para que algo cambiase. Esperar a que aquella maldita guerra que no entendía como no terminaba y que su señora y ella pudiesen volver de nuevo al paraíso de San Sebastián, en el que, probablemente, pensó que ya nada volvería a ser lo que fue.

Quizá le inquietaba Gregorio, porque lo veía como a un joven que comienza a enamorarse. También Magdalena, a la que percibía con cierta alegría contenida cada vez que el veterinario se acercaba a la casa con cualquier pretexto.

A sus padres prefirió no contarles la tragedia. Nadie tenía que saber la verdad. Ante el vecindario eran dos muchachas de servicio escapando de la guerra. Nada más y nada menos.

Había días en los que a Magdalena todo aquello le parecía una pesadilla de la que pronto iba a despertar, solo que la figura sempiterna de Jacinta a su lado le hacía ver que su realidad estaba en aquel enclave, que no sabía muy bien en qué parte del mapa estaba. Tampoco a qué distancia de la costa vasca.

Necesitaba recuperar el contacto con su familia. Tenía que buscar la forma de comunicarse con Mattin. Seguro que en cuanto supiese de ella la ayudaría a volver a casa. Si no al pueblo, por lo menos podría llevarla al otro lado de la frontera. En Ainhoa vivía la tía Sabina, de la que echaba mano siempre que tenía un problema en la *muga* (frontera), así que estaba segura de que en cuanto conociese su situación la acogería en su casa mientras durase la guerra. Después de todo, estaba en el País Vasco francés, a escasos kilómetros del monte Larrún que dividía Francia con España.

—¿Cuándo pasa el cartero?

—No todos los días. Pero el viernes siempre viene, porque trae el periódico. —Jacinta enseguida supuso por qué su amiga quería saberlo—. Es peligroso que le des una carta —le dijo sin rodeos.

No se le había ocurrido pensar que, si le daba la misiva al cartero ella misma, automáticamente sabría todo el pueblo a quién y a dónde estaba escribiendo. En una aldea llena de chismosos, como ocurría en todos los sitios pequeños donde el único entretenimiento era ver pasar la vida, lo que menos quería Jacinta era «levantar la liebre».

—Será mejor que se la des a Gregorio o a don Pascual. Ellos la pueden dejar en el buzón de otro pueblo. No creo que tengas otra alternativa.

—Ya se me ocurrirá algo, Jacinta. Déjame pensar.

—Tú verás, pero no creo que tengas otra posibilidad.

Era una mujer de pueblo lista, con una inteligencia innata oculta bajo una apariencia de campesina vulgar. Enjuta, de mirada tan penetrante como severa, a Jacinta su baja estatura no le impedía saltar

tapias con agilidad o correr como una gacela cuando era necesario. De piel oscura curtida por el sol, al igual que el resto de las mujeres del pueblo, también llevaba el pelo recogido en un moño bajo como su madre que, cuando iba a trillar a la era, se protegía con una redecilla de algodón para no ensuciarse la cabeza.

A pesar de haber tenido varios pretendientes, a Jacinta nunca le interesaron los hombres ni se dejó acompañar por ninguno. Quizá las mujeres le resultaron siempre más interesantes, porque podían compartir confidencias o amores prohibidos.

Sí que a veces tenía un punto de coqueta muy a su manera, lejos de la elegancia innata de su amiga que, aunque vistiese casi con harapos, sabía lucirlos con estilo. Lo único que las igualaba era la indumentaria oscura, que únicamente cambiaban por algo de color claro el día de la fiesta del pueblo, esa fecha marcada en el calendario zaragozano, que incluía la predicción meteorológica, que, por otra parte, rara vez acertaba.

—¿Tienes algo donde pueda escribir una carta?

—Tendré que mirar a ver si hay papel en el armario del comedor.

Martina solía escribirle cuando estaba sirviendo en San Sebastián. Quizá todavía hubiese algunas cuartillas y sobres con el sello puesto.

En el tintero sí que quedaban aún restos con los que escribir a pluma.

Primero redactaría la carta a su hermano antes de hablar con Gregorio, a quien dudó entregársela. Quizá fuese mejor que se la diera a don Pascual que, como era republicano, le guardaría el secreto y, además, no iba a preguntarle demasiado. Porque el veterinario podría tener la tentación de formularle preguntas que le incomodase responder, para no mentirle.

Necesitaba saber qué había sucedido con su hija, dónde estarían refugiadas Elena y la pequeña, también qué estaba ocurriendo tanto en San Sebastián como en Irún, tomadas ambas ya por los golpistas. Todo bajo el dominio de los sublevados mientras los republicanos luchaban para no perder terreno.

Una vez que tuvo escrita la carta, la guardó debajo de la almohada.

«Se la daré a don Pascual». Estaba decidida.

Al fin y al cabo, le parecía una persona de fiar; lo veía tan bonachón y le hacían tanta gracia las gafas redondeadas que lucía, que no podía ser mala persona. Además, tenía las manos agrietadas de fregar en el lavadero a la intemperie, por lo que a nadie le sorprendería verla acudir al dispensario del médico para que le recetara alguna pócima con la que mejorar la piel de sus dedos

especialmente.

—¿Quieres acompañarme? —le preguntó a Jacinta, deseando en realidad que no lo hiciera.

—Mejor vete sola. Hablarás más tranquila.

Agradeció la respuesta. Cogió la carta y se la metió debajo del vestido, en el pecho. Iba a ser la primera vez que hablase a solas con el médico. Se sentía un poco nerviosa por ello. Primero le enseñaría sus manos para que viese lo deterioradas que las tenía y antes de marchar, pensó que sería buen momento para hablarle de la razón verdadera que le había llevado hasta el dispensario.

Cuando llegó a la consulta, don Pascual estaba sentado ojeando algunos papeles escritos a mano.

—Buenas tardes, Magdalena. ¿Qué le trae por aquí?

Inmediatamente le enseñó sus manos agrietadas con algún que otro sabañón también por el frío. Nunca los había tenido antes de recalar en aquel pueblo. El médico tomó una de ellas entre las suyas mientras se quitaba las gafas para examinarlas mejor de cerca.

—Usted tiene la piel demasiado fina para trabajar aquí. Será mejor que no se moje las manos en unos días; mientras, haga el tratamiento que le voy a indicar.

De entre aquellos papeles escritos a mano en hojas de cuaderno cuadriculado, cogió una.

—Mire, voy a mandar al farmacéutico que le prepare este ungüento. Ya verá, mano de santo.

—Gracias, don Pascual. ¿Cuándo podré pasar a recogerlo?

—No estará aquí hasta el próximo lunes, que lo subirá el cartero. Mientras tanto, procure no mojarse las manos como le he dicho, porque si lo hace se agrietarán más y luego resultará más complicado curarlas.

Cuando el médico hizo ademán de acompañarla hasta la puerta, Magdalena se detuvo con cierto temor, dubitativa.

—Verá, yo quería hablar con usted.

Al galeno le sorprendió lo que acababa de decirle, pero sin mostrar el más mínimo atisbo de asombro, cerró la puerta que ya había abierto y, en vez de sentarse detrás de la mesa, permaneció de pie junto a ella para que, al estar más cerca, Magdalena no se sintiera tan incómoda.

—Usted dirá.

—Aquí la guerra no ha llegado todavía.

—Ni llegará. Esto está demasiado lejos. Además no hay nada que robar ni que ganar. —Le sorprendió la claridad con la que le estaba hablando—. A los sublevados solo les interesa aniquilarnos, y como

aquí el único republicano declarado soy yo, no van a mover un batallón para matarme.

Ahora sí que Magdalena se quedó impresionada sin saber qué responderle. Probablemente don Pascual había sido tan sincero porque sabía que ella estaba huyendo de la guerra desde alguna zona republicana tomada por los sublevados.

—Necesito que usted me guarde un secreto.

En ese momento, el médico supo que lo que aquella mujer iba a contarle estaría relacionado con su huida.

—Lo que usted diga se quedará entre estas cuatro paredes, no tema, mujer.

Visiblemente nerviosa, Magdalena sacó de su pecho la epístola.

—Necesito mandar esta carta, pero no quiero que nadie lo sepa. —Se sintió en el deber moral de contarle, al menos, para quién era.

Don Pascual la cogió en sus manos y miró la población que figuraba en el destinatario.

—Usted es vasca, por lo que veo.

—Sí, don Pascual, pero no lo comente por ahí. Tengo mucho miedo.

Desde que lo vio la primera vez en la iglesia junto a Gregorio, le pareció una persona afable por la forma en la que hablaba con los campesinos, muy diferente a la distancia que marcaba el párroco.

—No tema nada. Ahora bien, es mejor que la metamos en un sobre oficial del dispensario. Así nadie se parará a mirar el remitente.

Se acercó hasta la mesa para coger la pluma y escribir de nuevo el nombre de la persona a quien iba dirigida.

—Será conveniente que le añada una nota a su hermano y le diga que cuando le conteste me escriba a mí. No se preocupe, que yo no abriré la carta cuando llegue.

Le impresionó la generosidad de aquel hombre al que no conocía, quien, sin embargo, le tendió su mano para ayudarla desinteresadamente.

Por el momento, Magdalena prefirió no contarle que a su marido se lo llevaron de madrugada. Tampoco que la fábrica saltó por los aires, después de barrenarla mientras decenas de hombres esgrimían bayonetas. Menos aún que, accidentalmente, dejó atrás a una hija de tan solo dos años, al cuidado de una amiga de la que ahora desconocía su paradero.

Salió del dispensario con la certeza de que aquel hombre de mediana edad, corpulento, de sonrisa bonachona iba a ayudarla a contactar con su familia. Porque en aquella guerra los bandos no se componían de ideología, sino de buenas y malas personas. Y don

Pascual, además de estar en la misma orilla que ella, acababa de manifestarle una gran sensibilidad humana.

—Hasta pronto, Magdalena.

De regreso a casa, mientras caminaba a buen paso por el suelo empedrado que terminaba en el corral de la vivienda que habitaba, pensó en su madre y en el dolor que sentiría cuando Mattin le contase la tragedia. Pero también en la complicidad que estaba estableciendo con el veterinario, lo que la hacía sentirse culpable, cuando ni siquiera sabía si su marido continuaba vivo en alguna cárcel, o su cuerpo se estaba descomponiendo bajo el lodo de una cuneta cualquiera.

Aquella guerra sin sentido acababa de arrancarle la vida sin matarla y, sin embargo, su corazón parecía volver a latir lentamente por alguien a quien apenas conocía.

Cuando entró en la casa, Jacinta estaba limpiando los pucheros con el agua del cubo que todavía no estaba vacío, aunque, cuando ya no quedara, tendría que ir hasta la fuente para llenar de nuevo los cántaros de agua y cargarlos en la carretilla.

A Martina se la oía ordeñar en la cuadra, que no era sino un cuartucho pequeño al que se accedía desde el portal de la casa. El ruido de la leche cayendo sobre el cubo de zinc cada vez que la mujer extraía con sus manos el líquido de las ubres, se oía perfectamente porque la puerta estaba abierta. También llegaba hasta ella el balido de las ovejas, mientras el cabrero les ponía la hierba en el pesebre.

—¿Qué tal te ha ido?

—Bien, creo que se puede confiar en él.

—Aquí todo el mundo sabe que es republicano desde que Azaña llegó al poder, pero se le quiere mucho. Es un gran médico.

Entonces le explicó que le había salvado la vida a su padre cuando se le gangrenó la pierna y que a otra vecina consiguió pararle una hemorragia.

—Creo que el veterinario también es rojo.

—Su padre es un militar sublevado —le contestó Magdalena—. Pero puede ser contrario a las ideas de su padre. ¿Por qué no, Jacinta?

—Sí, claro. Pero, por si acaso, no le cuentes a él nada, todavía.

¿Dónde está mi hija?

Para quien no supiese el camino, lo más fácil era seguir el cauce del riachuelo que iba a parar a las inmediaciones de Sare, bordeando la base del monte Larrún. A Mattin no le hacía falta, porque con su padre aprendió desde pequeño a cruzar la frontera entre bosques espesos de helechos, robledales y hayedos con absoluta tranquilidad. Los carabineros sabían por dónde debían evitar patrullar para no encontrarse a quien les complementaba un sueldo escaso, con el que les resultaba imposible llegar a fin de mes con cierta dignidad.

Después de todo, vivir en un entorno como aquel, en el que se movía más dinero del que pudiesen imaginar, resultaba mucho más agradable que hacer guardia por cualquier otro lugar de España.

Tras la muerte de su padre, Mattin no tuvo más remedio que hacerse cargo del negocio solo, que, por otra parte, conocía bien. Juliana se pasaba el día rezando desconsolada en la capilla de casa, mientras su hijo mayor llevaba las riendas del contrabando.

Perder al marido, desconocer el paradero del yerno, sin saber dónde se encontraba a ciencia cierta su hija Maialen y tampoco qué suerte había corrido la nieta, obligó a Juliana a no salir de casa para evitar que nadie le preguntase. De riguroso negro, decidió que don Mariano tampoco iba a pisar más aquella vivienda en la que parecía haberse posado la desgracia.

Su profunda fe nada tenía que ver con la dudosa religiosidad de quien estaba dispuesto a bendecir los asesinatos en nombre de Cristo. Intentaba buscar la resignación en el rezo. A veces lo conseguía, pero era tal el desconsuelo por la cascada de desgracias que azotaban a la familia, que Juliana envejecía cada día que pasaba.

—¿Has sabido algo de la niña?

A Mattin le sobrecogía responderle, decirle que seguía sin saber dónde se había ido a refugiar Elena con la pequeña, hasta que aquella mañana, al acercarse al caserío de Igueldo, Dominica por fin pudo precisarle algo más.

—Me han asegurado que está a punto de huir a Francia.

—¿A Francia? —No pudo evitar manifestarle su sorpresa ante una decisión tan inesperada por parte de la amiga de su hermana.

—Sí, parece ser que tiene previsto hacerlo en alguno de los pesqueros que atracan de madrugada en la bahía de La Concha.

Mattin no acostumbraba a mostrar afectos, sino a mantener la frialdad suficiente como para que, desde su hermetismo, nadie pudiese vislumbrar un atisbo de sentimiento. Visiblemente nervioso, esta vez quería saber a qué puerto se había dirigido la embarcación, o al menos

el nombre del barco, porque de ese modo podría dar con la ruta de navegación.

Le dio la sensación de que Dominica se guardaba algo más de información, porque estaba acostumbrada a no darla toda de una vez. O que las indicaciones que acababa de darle eran ciertas solo en parte. Ella era así: jugaba a ser algo misteriosa para seguir manteniendo el interés, porque de esa forma creía que podía ser más importante para el contrabandista navarro a quien, por otra parte, parecía no resultarle indiferente la casera de Igueldo.

Con ese par de datos, si Mattin lograba localizar a su sobrina, al menos le daría una gran alegría a su hermana.

No iba a ser fácil. Pero lo intentaría.

—Creo que con lo que me has dicho la encontraré.

De regreso a casa, pensó en la reacción de su madre. «Por lo menos —se dijo—, será algo que la reconforte un poco».

Mientras aparcaba en el garaje de casa el Hispano Suiza con el que solía desplazarse a San Sebastián, oyó que alguien descendía por las escaleras hasta la cochera. No tuvo duda de que, como otras tantas veces, sería su madre, puesto que en cuanto oía el ruido del motor corría escalera abajo para preguntarle de nuevo por el paradero de la pequeña.

Esta vez Mattin, visiblemente emocionado, se apresuró a estrechar el cuerpo de Juliana en cuanto la tuvo frente a él.

—No la han matado, amá. La niña está a salvo.

Desde que era un niño, la madre no había visto emocionarse a su hijo de aquella manera. Sin decir nada más, intentó fundirse en un abrazo con Mattin, pero este evitó el gesto.

—Sí, pero no sé dónde. Su amiga, Elena, quiere huir con la pequeña, parece ser que a Francia.

Aunque lo que acababa de decirle ensombreció su rostro, Juliana ahora ya tenía una razón importante para seguir adelante con la ilusión de que su nieta no había sido asesinada.

—Y de Juan Domingo, ¿hay alguna novedad?

—Absolutamente nada. Parece ser que se lo llevaron a la cárcel de Ondarreta, pero he comprobado que no está allí. Dominica me dijo que había oído que estaba en algún penal, lejos de aquí.

No quiso hacerla partícipe de sus sospechas, que apuntaban más a que lo hubiesen matado la misma noche que lo detuvieron. El silencio en torno a su paradero no permitía conocer el más mínimo dato. Su rastro se perdía en aquella madrugada cuando se lo llevaron a golpe de bayoneta, en un camión del ejército sublevado.

Buena parte de los detenidos en pocas horas eran «pasados por

las armas», el terrible eufemismo que figuraba en las partidas de defunción para referirse a la causa de la muerte. A los encarcelados les aguardaba o bien un juicio sumarísimo sin posibilidad de defensa en el que podían terminar condenados a muerte en el penal de El Dueso, o bien un tortuoso viacrucis hasta el campo de concentración más próximo, que para los vascos estaba en Miranda de Ebro. También eran enviados a realizar trabajos forzados u obras en los que muchos perdían la vida en cualquier cuneta.

Tanto Mattin como Dominica intentaron averiguar algo sobre su paradero, pero hasta entonces nadie había podido darles razón de dónde se encontraba Juan Domingo y si seguía con vida o no.

—Haz lo que tengas que hacer, pero trae a mi nieta.

Con ese «Haz lo que tengas que hacer», Juliana se refería a que sobornarse a todo aquel que pudiese darle información sobre el paradero de la niña, a la que quería recuperar al precio que fuese.

Mattin estaba intentando dar con el nuevo hogar de Juncal a toda costa, pero no le estaba resultando fácil hablar con el servicio que seguía viviendo en el domicilio, a pesar de que la marquesa viuda hubiese huido con la pequeña.

La niña estaba mitigando el dolor de la viudedad de Elena porque, con la guerra, Feliciano, su amante, había desaparecido también de su vida. Para ella, que intentó por todos los medios ser madre con el marqués, tener ahora a Juncal a su lado estaba siendo un regalo inesperado caído del cielo.

Se desvivía por mimarla. En cuanto oía el más mínimo llanto, la cogía entre sus brazos. En las diminutas pupilas de la pequeña, Elena veía la intensa mirada azul de Maialen que ahora, sin embargo, le producía un gran desasosiego. Temía que pudiera aparecer cualquier día en busca de su hija, y que se la arrebatara. Sabía que tenía todo el derecho, pero ahora que estaba viviendo la maternidad con intensidad, nadie iba a quitarle a esa pequeña que iba creciendo y desarrollándose cada día. Sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de no perder a la niña.

Juncal ahora era suya. Probablemente lo sería para siempre. Solo tenía que hacer creer que era ella quien la había parido. Con la guerra, en San Sebastián ya nadie organizaba fiestas. Tampoco había teatros a los que acudir para exhibir las últimas creaciones de Balenciaga, o disfrutar de la exquisita bollería en el salón de té de la pastelería Otaegui situada en la calle Garibay, junto a la iglesia de los padres jesuitas. En una ciudad sitiada como aquella, en la que solo se

respiraba miedo y temor, Elena vivía ajena a la guerra porque contaba con el dinero suficiente para comprar todo lo necesario, y si era preciso también para sobornar a quien hiciera falta para abandonar la ciudad y refugiarse en un lugar seguro para las dos, como era Ciboure.

De la familia de Maialen sabía poco. Unas cuantas pinceladas sobre Carmen, su hermana melliza, casada, que vivía por la comarca del Bidasoa, y poco más. Pero tampoco le interesaba.

Con el marqués muerto y siendo heredera de una gran fortuna, el horror de la guerra le trajo en cambio el regalo de ser madre, aunque fuera de aquel modo tan irregular.

Prefería que la niña durmiese con ella y no en otra habitación, porque así sentía que podía cuidarla mejor, estando juntas en todo momento. Estaba siendo una experiencia nueva que la llenaba de gozo. A pesar de lo complicado que resultaba conseguir cualquier cosa, Elena contaba con una estraperlista que le había proporcionado toda una canastilla completa para una pequeña de su edad.

La niña dormía plácidamente la siesta, bajo la atenta mirada de la mujer que la observaba con ternura, cuando oyó que alguien golpeaba a la puerta con insistencia.

—¿Quién llama? —le preguntó al ama de llaves, que era quien acostumbraba a abrir la puerta.

—Iré a ver, señora.

Mattin se estaba impacientando ante la tardanza, mientras seguía tocando el timbre de la puerta principal.

—¿Qué desea? —Ramona le miró de forma mecánica, con esa pose hermética con la que el servicio marca distancias si es un desconocido quien se presenta.

—Buenos días, ¿puedo pasar? —Le pareció un atrevimiento absoluto por parte de aquel joven apuesto, bien vestido—. Verá, estoy buscando a doña Elena Argaña.

A pesar de que estaba acostumbrada a mostrar siempre el mismo hieratismo, en el semblante de Ramona apareció una pequeña sombra. La tensión se apoderó de ella, a la vez que intentaba encontrar la respuesta convincente para que aquel hombre se fuera lo antes posible.

—Lo siento, señor, la señora no está. —Esa respuesta fue suficiente para que las sospechas de Mattin se confirmaran. Quizás Dominica no le había mentido, pero estaba seguro de que no había sido franca del todo.

—¿Sabe usted cuándo regresará? Necesito hablar con ella. Juncal es mi sobrina.

La seguridad con la que Mattin hablaba inquietó aún más a la

mujer, que mantenía como podía la compostura, simulando que no sabía de qué le estaba hablando ese hombre al que jamás había visto por allí.

En otro extremo del pasillo, con la puerta del recibidor entreabierta, Elena aguzó el oído tratando de escuchar lo que le estaba contestando su ama de llaves a aquel desconocido.

Por primera vez, desde que acogiera a Juncal, sentía la presión de la conciencia. Hasta entonces no había vacilado sobre su proceder. Pero ahora que alguien estaba reclamando a la niña quería saber de quién se trataba.

—Lamento, señor, no poderle ayudarle. Estamos en guerra, y no hablamos con nadie.

Mattin no estaba dispuesto a irse sin pedirle ayuda.

—¿Le importa que le deje mi dirección? Dígale a la señora que se ponga en contacto conmigo, por favor.

A Ramona le temblaban las piernas. El pánico parecía haberse apoderado de ella.

—Es mi sobrina —repitió, pero tampoco quiso especificarle si era hermano de Maialen o de Juan Domingo.

— De todos modos, le adelanto que la señora no regresará en mucho tiempo.

El ama de llaves estaba conmovida, pero también aterrada por la situación.

No era la primera casa a la que se acercaba Mattin para intentar dar con la pequeña, por lo que llevaba escrita en varias cuartillas la dirección del domicilio familiar en la comarca del Bidasoa, junto con el número de teléfono de la centralita del pueblo.

—Está bien, dígame dónde puedo encontrarle si averiguo algo —claudicó Ramona.

Mattin le entregó uno de los trozos de papel en el que figuraban sus datos.

—Se lo agradezco mucho, porque está siendo muy doloroso para nosotros todo esto.

Al ama de llaves le entró la curiosidad por saber qué habría sido de la familia Oyeregui, pero no le pareció oportuno hacerle más preguntas. Quizá su señora podría ofuscarse si la oía.

Cogió la cuartilla algo amarilleada en la que figuraba el domicilio de aquel desconocido para guardársela en el bolsillo derecho del vestido

—No sé preocupe, señor. Si me entero de algo, se lo haré saber. Vaya con Dios.

Mattin se encaminó hacia el ascensor con la esperanza de que

aquella mujer mayor, algo rechoncha, de pelo cano, ondulado, recogido en la nuca, pudiese darle alguna noticia en un futuro no muy lejano.

Nada más cerrar la puerta, Elena se apresuró hasta la entrada.

—¿Qué buscaba ese hombre? —Sabía perfectamente lo que acababa de hablar con su ama de llaves, pero quería que Ramona le contase con todo lujo de detalles la conversación.

—Está buscando a la niña, señora.

—¿Quién es?

—Su tío, señora.

Elena no había logrado entender este detalle desde donde se encontraba tratando de oír el diálogo que se produjo en la puerta principal de su casa. Con un familiar pisándole los talones, la situación cambiaba por completo.

A Elena le entró pánico. Cuando se enteró de la huida de Maialen se desazonó por la impotencia que sentía ante la inexperiencia de ser madre, pero ahora ya no estaba dispuesta a que nadie le arrebatara a la niña, ni siquiera su propia madre biológica.

—Después de todo, ella la abandonó cuando huyó de la casa, ¿no es así Ramona?

Al ama de llaves no le quedó más remedio que asentir, muy a su pesar.

—Sí, señora.

—Ese hombre, ¿cree usted que volverá?

«Es probable que no tarde mucho en hacerlo», pensó Ramona. Antes de responderle a su señora, se ajustó el vestido por la cintura en un gesto casi reflejo, fruto del nerviosismo que aún la embargaba.

—No tengo ninguna duda de que vendrá otra vez, señora.

En el reloj Regency del salón acababan de dar las once en punto. No era el único que daba la hora. Casi a la vez sonaban unos cuantos, porque al marqués le gustaba coleccionarlos. Tanto en la vivienda de San Sebastián como en el palacete de la calle Don Ramón de la Cruz, en Madrid, formaban parte de una decoración exquisita en la que predominaban piezas valiosísimas. A Elena todas aquellas antigüedades le importaban poco. Su ignorancia no le permitía admirar el repujado de las figuras ornamentales de varios escudos o del cuero de los libros incunables que reposaban en la biblioteca de la casa donde asesinaron a su esposo.

En un palacete que respiraba la historia del colonialismo español, ella no era capaz de distinguir un Goya de un Velázquez. Tampoco una pasamanería moderna de una antigua o las fantásticas vajillas de Limoges de la porcelana inglesa de Royal Worcester. Ahora que todo

aquel «museo», como ella lo llamaba, había ido a parar a sus manos, no sabía muy bien qué hacer con ello. Pero como tenía dinero suficiente para seguir manteniéndolo tal y como estaba, no le preocupaba especialmente.

—Allí esconderé su pasado. Juncal ya decidirá por mí.

Ramona asintió sin convicción, sabiendo que su señora estaba totalmente equivocaba en lo que decía.

Si lo que quería era que la pequeña fuese su heredera, tenía que iniciar un proceso de adopción rápido, porque en cuanto la familia diera con la niña no tendría más remedio que devolvérsela.

—Es mi hija, Ramona. Yo evité que la mataran o la abandonaran en un orfanato.

No era cierto, pero ella estaba convencida de ello, porque era la historia que había ido tejiendo en su mente desde que la niña vivía con ella. El ama de llaves a veces percibía que su señora había perdido el sentido de la realidad.

—Así es, señora, pero su familia la busca.

La conversación fue interrumpida por el golpe de una puerta en la cocina desde donde salía cierto olor a obrador de pastelería. La cocinera estaba haciendo el bizcocho para la merienda, probablemente también algo de pan gracias a la harina, levadura y el azúcar que la estraperlista le facilitaba, previo pago de importantes sumas de dinero.

Los huevos se los traía la misma casera que le vendía las verduras y la leche, que acudía al domicilio tres veces por semana.

—No sabemos qué fue de Maialen, y tampoco de su marido. Así que no hay por qué preocuparnos —zanjó Elena.

Ramona consideró que era inútil seguir intentando hacerle ver que debía regularizar la situación de la niña, si quería quedarse con ella de forma definitiva, porque, de lo contrario, siempre iba a planear sobre ella la sombra de la familia.

Solo era cuestión de tiempo que aquel desconocido volviese a buscar información. Lo mejor sería que abandonara la ciudad con la niña y huyera a Francia.

—Márchese de aquí, señora, si no quiere que le quiten a la niña.

Cartas cruzadas

Junto con los resultados de las analíticas que acababan de llegarle del laboratorio de la capital, había un par de sobres más sobre la mesita del recibidor. El cartero se los dio en mano cuando coincidió con él de vuelta a casa, después de atender a dos vecinos: uno de ellos estaba con fiebre y al otro se le había tronzado el pie, según le advirtió su mujer cuando fue a llamarle.

Al principio de llegar, a don Pascual le costaba entender lo que querían decirle los pacientes porque tenían un lenguaje bastante arcaico, de difícil comprensión para un médico acostumbrado a trabajar en una ciudad grande. Aquella campesina le estaba transmitiendo que su marido se había roto el pie, cuando en realidad lo que quería comunicarle era que se acababa de torcer el tobillo en la cuadra, mientras limpiaba el estiércol.

Cogió uno de los sobres que reposaban en la mesita del recibidor: el que tenía un remitente que no conocía. Enseguida supuso que sería para Magdalena, y no lo abrió. Fuese quien fuese, le había contestado casi a vuelta de correo. Seguro que iba a darle una gran alegría. Él también sintió cierta felicidad al ser consciente de que la estaba ayudando.

Todavía no era la hora de comer. Intentaría probar suerte acercándose hasta la casa para ver si la mujer se encontraba en ella. En el caso de que no hubiera nadie, le dejaría una nota en la que la citaría en la consulta por la tarde.

Del dispensario hasta allí había poca distancia. No más de cinco minutos caminando. En cuanto traspasó la puerta del corral, Magdalena le salió al paso.

—¿Qué se le ofrece, doctor?

—Tengo algo para usted. —Le respondió don Pascual en voz baja. Prefirió no pronunciar la palabra «carta», por si alguien podía oírlos. Todas las precauciones le parecían pocas al galeno.

A Magdalena se le iluminó la cara. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar de la alegría que sentía en ese momento.

—Gracias, don Pascual. No sé cómo voy a poderle pagar su bondad.

—Usted no me debe nada. Ya sabe que puede contar conmigo.

El médico le sonrió desde el corazón con esa complicidad que daba la clandestinidad política.

—Estamos en el mismo bando, así que tenemos que ayudarnos en lo que podamos.

En cuanto don Pascual abandonó la casa, corrió a su habitación

para leer la misiva en soledad, donde nadie pudiese verla.

Sin abrir el sobre supo que aquella letra era de su hermano. Fue como sentir la brisa del mar en su rostro. Antes de rasgar uno de los laterales para sacar la carta, se acercó hasta la cama para sentarse en una de las esquinas.

Por fin había logrado recuperar el contacto con su familia. El que estuviera tan lejos de sus padres no iba a impedir que mientras durase la guerra, mantuviese esa vía de comunicación gracias a don Pascual, que se acababa de convertir en su cómplice.

—Venga cuando quiera. Don Gregorio se acerca muchas tardes, después de las cinco. Usted también será bienvenida en mi casa —le había dicho antes de despedirse.

—Gracias doctor, será un placer, iré mañana.

—No me llame doctor, mujer —le contestó, sonriendo—. Prepararé entonces una buena merienda para los tres.

Al médico le alegró contar con una persona más para charlar de cuestiones bizantinas y pasar un rato agradable, porque allí los días parecían no tener fin. En medio de la nada, todo el mundo se levantaba al alba y nadie quedaba en pie al caer la noche oscura. Lo que más les impresionó tanto al médico como a Gregorio cuando llegaron a Castilfrío de la Cebollera fue el firmamento durante las noches de verano. Contemplando miles de estrellas que dibujaban las constelaciones, los dos hombres disfrutaban jugando a adivinar el nombre de algunas de ellas.

En Madrid, resultaba impensable ver un cielo como aquel. Y en las noches que no había luna era imposible caminar por la calle sin un candil.

—A veces echo en falta el bullicio del Satán.

—No me digas que frecuentabas ese antro de Atocha.

A Gregorio le sorprendió el comentario de su colega. El cabaret al que se refería era un local nocturno de «arte frívolo» como rezaba en las referencias de los diarios, cuando fue inaugurado dos años antes de que estallara la Guerra Civil. A unos minutos de la Puerta del Sol, cerca de la estación de Atocha, allí podían escucharse ritmos afrocubanos o asistir a números de variedades, impuros para los ultracatólicos que lo definían como el templo del arte degenerado.

A Pascual le divertía la noche. Siendo muy joven, se aficionó a la juerga durante su época universitaria en la que formó parte de la tuna, y de ahí a frecuentar los garitos en los que reinaba la fiesta, todo fue cuestión de meses. Por suerte, no le gustaba el alcohol especialmente, así que, como él decía, «a mí lo que me divierte es bailar al ritmo del son cubano», un género que adoraba junto al jazz.

En el saloncito de la casa contaba con un gramófono donde escuchaba algunas de las grabaciones que reproducían sus melodías preferidas, entre las que se encontraba también algún bolero. Una afición que compartía con Gregorio que, desde que había descubierto el reproductor de música en la casa del médico, no dejaba de acudir los domingos por la tarde a disfrutar de sus canciones preferidas.

—Cuando termine la guerra tenemos que ir juntos al Satán.

Pascual estaba seguro de que a su buen amigo iba a gustarle el cabaret de la calle Atocha, no por las mujeres que allí trabajaban, que lucían cuerpos esculturales cuando iban ligeras de ropa, sino por el ambiente tan divertido que se respiraba. Entre chanzas, los clientes a veces se subían al escenario animados por las artistas o aceptaban que estas se sentaran en sus rodillas mientras cantaban.

El galeno supuso que a Magdalena también le gustaría la música, porque, al igual que a Gregorio, a él también le parecía una mujer refinada, a pesar de su indumentaria sencilla que la convertía en una campesina más, pero distinguida, que no pasaba desapercibida para nadie.

Aunque trataba de ser lo más discreta posible, aquella mujer les tenía intrigados tanto al médico como al veterinario, solo que este último llevaba semanas viéndose con ella a escondidas, con la única complicidad de Jacinta.

Durante la mañana, a la hora de la siesta o al caer la tarde, cualquier momento era el mejor para que ambos pudieran amarse, algo que repetían siempre que podían desde que se besaron por primera vez junto al río. A Magdalena, su secreto le producía un gran problema de conciencia, a pesar de que el deseo desenfrenado que se desataba en sus entrañas cuando estaba con Gregorio despertaba en ella un fuego imposible de controlar.

Sentada en el borde de la cama, con el sobre ya abierto, Magdalena sacó la cuartilla escrita a pluma por su hermano. Leyó a toda prisa en busca de las respuestas a todas las preguntas que le hacía en su carta. Mattin, sin embargo, no respondía a ninguna. Ni una sola mención al paradero de su hija; tan solo le decía que había estado en casa de Elena, pero no había podido verla. De su marido, ni rastro. La nueva tragedia que le comunicaba su hermano la dejó completamente desolada. «Al aitá lo mataron cuando regresaba a casa después de que Jacinta y tú siguierais el viaje con los primos de Tafalla».

Magdalena no daba crédito a lo que estaba leyendo. ¿Por qué su padre? ¿Cómo era posible que lo mataran los requetés? Si su familia toda la vida había sido carlista. Gentes de bien con profundas raíces religiosas. Tenía que haber sido un error, como le decía Mattin en la

misiva. Pero ahora ya no importaban las circunstancias. Su padre estaba muerto. Rota de dolor, a pesar de la lejanía, Magdalena no sabía cómo enfrentar todo aquello, porque tenía que seguir mintiendo a los demás. No podía permitirse el lujo de flaquear ante nadie, y menos que Gregorio sospechara toda la realidad que ella ocultaba.

«Tengo que enterrar mi pasado». Si había llegado hasta allí huyendo de la guerra, sacaría fuerzas para afrontar el nuevo cruel destino con el que la azotaba aquella contienda atroz, en la que no paraba de morir gente inocente. Hasta entonces, eso de republicanos, falangistas o sublevados del ejército le traía sin cuidado. Ahora, sin embargo, había llegado el momento de tomar partido lejos del carlismo en el que se crio.

Quizá con tanto sufrimiento ahogado en el silencio de su alma, estaba transformándose en una persona mucho más fría, pero no por ello carente de sentimientos. Amaba a Gregorio, porque junto a él veía la posibilidad de emprender una nueva vida alejada de la tragedia que parecía no acabar para ella.

Contuvo su llanto para que nadie la oyera y decidió que no iba a decirle nada a Jacinta. Al fin y al cabo, de nada le iban a servir las palabras de consuelo de su amiga, puesto que para su dolor no había alivio posible.

Tenía bastante con los reproches que le hacía por su relación con el veterinario. ¿Quién se creía que era para permitirse el lujo de opinar sobre su vida?

Con el paso del tiempo, Magdalena empezó a asumir que a su marido lo habrían fusilado aquella misma noche. En San Sebastián ya solo le quedaba dolor, una vida rota junto con la desesperación que le producía no conocer el paradero de su hija, además de la muerte de su padre a manos de sus propios compañeros de filas.

—¿Hasta cuándo vamos a ocultar nuestro amor? —le preguntó Gregorio una tarde.

Magdalena no supo qué contestarle.

—Somos libres y nos queremos —prosiguió el joven, mirándola a los ojos.

Ella pensó que quizá había llegado el momento de contarle la verdad, a pesar del riesgo que corría con ello. ¿Qué iba a pensar de ella? Le reprocharía su silencio, la falta de confianza. Él había ido haciéndole partícipe de sus más íntimos secretos. ¿Por cuánto tiempo iba a ser capaz de ocultarle su realidad desconocida para todos? La razón de su huida y la tragedia que ahogaba su pecho.

Si seguía negándose a normalizar la relación, corría el riesgo de enfadar al hombre que estaba logrando devolverle la ilusión, a pesar de la tragedia. Entre ovejas, vacas a las que ordeñar cada noche y el gozo por el amor de Gregorio, Magdalena empezaba a ver la vida de otro modo, con el color de la felicidad que solo podía darle el amor correspondido.

—Está bien, pero vayamos poco a poco.

—Tú marcas el paso, pero estoy deseando contárselo a mis padres.

Le inquietó sobremanera lo que acababa de decirle su novio. Ella no tenía ninguna intención de comprometerse más allá de que en el pueblo supieran de su amor, sin esconderse a los ojos de los demás.

Parecían amarse como dos chiquillos. Lo que vivía con Gregorio era muy distinto al amor de adolescencia que terminó en boda. El veterinario hacía que se sintiera toda una mujer en plenitud. Junto a él, no le daba vergüenza que le mirara los pechos o ver cómo deslizaba sus dedos sobre su pálida y turgente piel, que se erizaba en cuanto lo sentía cerca.

Aunque no quisiera admitirlo, estaba descubriendo que amarse era mucho más que la entrega de forma pura a un hombre por la noche al apagar la luz, con el único propósito de la procreación.

Con Gregorio todo era puro sexo, pero envuelto en una delicadeza con la que vibraba hasta el éxtasis. Juntos estaban experimentando esa pasión salvaje a la que se referían las protagonistas de las distintas narraciones de La Novela Ideal, aquella separata de la edición *La Revista Blanca* que leía Jacinta cuando vivían en San Sebastián. Encontrar ciertos pasajes cargados de erotismo en una publicación obrera como aquella, que vendía más de cincuenta mil ejemplares, fue toda una sorpresa para Magdalena, que despertó su curiosidad por otra manera de vivir el sexo.

Sin embargo, por miedo a lo que pudiera pensar su esposo, nunca se atrevió a poner en práctica con él los juegos eróticos que protagonizaban veladamente algunos de los personajes que aparecían en la publicación.

Ahora, lejos de las sábanas de algodón egipcio y los camisones de seda bordados delicadamente, con la piel de su cuerpo como único atractivo desnudo sobre el colchón de paja, hojarasca y unos cuantos mechones de lana ovina, sintió por primera vez la auténtica pasión de una joven enamorada, sin que le importara lo más mínimo la moral en la que fue educada.

Junto al veterinario, la vida se teñía de otros cálidos colores para Magdalena, que intentaba atrapar la felicidad con la alegría de quien

siente el corazón enamorado. Cada vez que Gregorio la despojaba del vestido negro en el que iba enfundada, se sentía liberada, amada, tanto como deseada por una pasión desconocida para ella hasta entonces.

Le confieso, don Pascual

Pascual los veía tan felices, que una mañana, al entregarle una nueva carta que su hermano le había enviado, le preguntó directamente:

—Quizá debiera hablarle a Gregorio de esto.

No esperaba que el médico se lo planteara así, de pronto y de forma tan directa. La pilló tan de sorpresa la recomendación que le hacía para que hablara de ello con su novio, que prefirió desviar la conversación.

—¿Cuándo ha llegado la carta?

—Esta mañana, pero eso ahora no importa. Debe hablar con él. Cualquier día le pedirá matrimonio.

Durante una de las tardes en las que ambos caballeros escuchaban música en el gramófono de la salita, Gregorio ya le había adelantado al médico lo enamorado que estaba y sus intenciones próximas.

—Voy a pedirle que vayamos a Madrid para que le conozca mi madre, ya que mi padre está en Burgos.

—¿No te parece algo prematuro? Estamos en guerra y va a costarte llegar. La ciudad está sitiada. No vas a poder entrar.

—Quiero casarme con Magdalena y formar una familia. La amo como nunca he querido a una mujer.

Pascual calló. No porque le parecieran mal los planes de su amigo, sino porque sospechaba que Magdalena ocultaba algo que ninguno de los dos conocía. Él, al menos, sabía que mantenía contacto epistolar con un hermano que le contestaba con celeridad.

—Tendrás que hablar con tu padre para que os facilite la entrada a la capital. Necesitarás dos salvoconductos —le recomendó.

El veterinario bebía los vientos por ella, como si fuera él mismo el protagonista de una de las obras costumbristas de Jacinto Benavente, sin importarle los impedimentos que la guerra le ponía en el camino para acceder a la ciudad.

—Es una temeridad moverte de aquí para ir a Madrid. Piénsalo bien. No pongas en riesgo tu vida —siguió advirtiéndole el médico.

—Haré lo que sea preciso. Le escribiré a mi padre, pero voy a ir con Magdalena. Quiero que nos casemos cuanto antes.

—¿Se lo has pedido ya?

—Todavía no. Lo haré el día de su cumpleaños, que es la próxima semana.

Por los poros de su piel emanaba esa felicidad que solo los enamorados destilan cuando hablan de su amor. Pascual lo miraba callado, sin asentir ni contrariarle. Algo le decía que a aquella relación

todavía le faltaba mucho para madurar, a pesar de que su amigo la percibiera de otro modo.

Las cartas cruzadas entre los hermanos eran relativamente frecuentes. En cuanto Magdalena escribía a Mattin, este le contestaba, algunas veces con rapidez; en cambio, otras, tardaba bastantes semanas en responderle.

Tras la segunda visita que realizó a casa de Elena, la marquesa viuda, esta huyó con la niña a Ciboure.

—No quiero correr ningún riesgo, Ramona, así que nos vamos.

El ama de llaves las despidió con toda la angustia de quien no se atreve a contradecir a su señora.

—Allí nadie podrá quitarme a la niña y lograré que lleve mis apellidos. Será una Argaña, con todos los derechos.

—¿A dónde se va, señora? —insistía una y otra vez la buena mujer, angustiada e intentando contener el llanto—. La niña es demasiado pequeña. No va a poder alimentarla como es debido.

—Es mejor que no te lo diga, así nadie lo sabrá.

A Ramona lo que más le impresionó fue la transformación de su señora. Atrás quedaba el carácter dócil y despreocupado de quien solo tenía en la cabeza ideas frívolas con las que pasar el tiempo, empolvándose la nariz y ajustándose las decenas de sombreros que le hacían a medida en Ponsol, un establecimiento que en plena contienda fue incautado a sus propietarios, que veían impotentes cómo la Falange utilizaba toda su maquinaria para confeccionar gorras militares que suministraban al ejército sublevado.

A la hora de partir, Elena se preocupó más del equipaje de la niña que de llenar los baúles con botines, vestidos de fiesta, pamelas, boinas o su tan querido sombrero modelo emperatriz, conocido también como «sombrero Eugenia», en memoria de la emperatriz Eugenia de Montijo que lo puso de moda a mediados del siglo XIX.

De reducidas dimensiones, normalmente se colocaba ladeado o inclinado hacia un ojo, tal y como lo llevaba Elena con una elegancia innata, al igual que toda la indumentaria que lucía y tan bien sentaba a su estilizada figura. La viuda del marqués tenía ese modelo confeccionado en fieltro, terciopelo, en colores tierra, gama de grises y uno muy especial con un penacho de plumas en uno de sus lados. Para Elena, salir a la calle sin exhibir alguna de las creaciones exclusivas que confeccionaban para ella en la sombrerería de la calle Narrica, que hacía esquina con la plaza de Sarriegui, era como caminar desnuda por la acera.

Sin embargo, en su huida, prefirió trasladarse ligera de equipaje. Tan solo se llevó su favorito: el que tenía unas plumas naturales de pavo real que cubría su rubia cabellera en ocasiones especiales.

Cuando se despidió del ama de llaves, esta le dijo una frase que no olvidaría durante todo el viaje:

—Juncal ya tiene una madre, señora.

Elena percibió aquellas palabras como un desafío que no estaba dispuesta a consentir.

—Ahora es mi hija, no lo olvide nunca.

Pese a ello, Ramona pudo notar que tras la mirada retadora de su señora se escondía un miedo exacerbado a que alguien pudiera arrebatársela.

En la soledad de la vivienda del paseo de Salamanca, donde solo viviría ella a partir de ahora como responsable de su cuidado, Ramona sintió cierto remordimiento. Si le hubiera confesado al hombre que se presentó allí que Juncal vivía en aquella casa, ahora la pequeña muy probablemente estaría con su madre o, al menos, con la familia de esta, que era donde tenía que crecer.

Ya sola, se dirigió a la zona destinada al servicio. Ella continuaría ocupando la habitación más grande, que contaba con un buen ventanal, aunque daba a la parte trasera de la vivienda desde donde podía ver las estancias de servicio de la casa contigua.

En una de las mesillas donde guardaba los pañuelos, unas pastillas para la tos y el reloj que solo usaba los días de fiesta, estaba también la cuartilla amarilleada en la que figuraba la dirección de aquel desconocido.

Al cogerla entre sus manos, a Ramona la invadió cierta congoja. ¡Lo que aquella familia estaría luchando para dar con el paradero de la niña! Ella tenía en sus manos que volviera a su hogar, sí, pero, por otra parte, sentía tal lealtad hacia su señora, o mejor dicho hacia el marqués, que era a quien servía desde su entrada en la casa hacía treinta años, que no se atrevía a traicionarlo, aunque estuviese muerto.

Después de todo, él siempre quiso ser padre y si la naturaleza no le concedió ese deseo, ¿quién era ella para privar a su apellido de tener una heredera?

Guardó de nuevo el papel en que figuraba un nombre, una calle, la localidad y un teléfono municipal. Ella no era de muy lejos. Conocía bien la comarca del Bidasoa, donde estaba el pueblo en el que nació su madre a la que nunca llegó a conocer.

En la última carta que Mattin le había enviado a Magdalena le contó que cada vez que iba a San Sebastián se acercaba para ver si alguien ocupaba su casa. Tras meses de permanecer vacía, Gure Ametsa ahora se había convertido en una especie de residencia para militares de la más alta graduación, a juzgar por las estrellas que lucían en sus uniformes. Dominica también le había contado que a veces organizaban fiestas en las que oía tocar a una banda.

—Sé que la casa por dentro está bien cuidada, porque tienen servicio —afirmó.

La casera de Igueldo se había enterado igualmente de que los lienzos seguían colgados en el mismo sitio, las vajillas y la cristalería seguían impecables en la vitrina del salón. Lo único que permanecía algo abandonado era el jardín, porque ahora Primitiva no le dedicada tanto tiempo como antes.

Mientras leía la carta, a Magdalena se le humedecieron los ojos. Ahora ya no esperaba a llegar a casa y encerrarse en su habitación para saber lo que su hermano le contaba. Antes de abandonar el dispensario, ya había cogido la costumbre de abrirla.

—Espero que sean buenas noticias. —Apenas había acabado de pronunciar la frase, don Pascual ya se dio cuenta del cambio que se acaba de producir en el rostro de la mujer, mientras estaba leyendo la misiva—. Perdone la indiscreción, ¿ha ocurrido algo?

Temiéndose una respuesta afirmativa, el médico avanzó unos pasos para estar más cerca de ella.

Hasta entonces, Magdalena no había querido hacerle partícipe de nada que fuera más allá de comentarios banales, pero esta vez necesitaba decirle a alguien lo que estaba sucediendo en la que había sido su casa en el pasado.

—Verá, don Pascual… —Su voz salió temblorosa.

El galeno no le dejó terminar la frase cuando le invitó a entrar de nuevo en la vivienda.

—Entremos —dijo mientras pasaba su brazo por el hombro de la mujer.

Ya dentro, Magdalena no pudo contener las lágrimas.

—Se trata de mi casa. La han ocupado los militares golpistas.

Entonces empezó a contarle lo que allí estaba sucediendo sin hablarle de cómo se llevaron a su marido. Tan solo le hizo partícipe de lo que ahora ocurría en su antiguo hogar de recién casada.

Don Pascual deliberadamente evitó preguntarle por su familia, porque sabía que le ocultaba la verdad, o al menos que no quería mentirle, razón por la que eludió hablarle de ello.

Con el llanto malamente contenido, Magdalena siguió sin

mencionar a sus seres queridos, pero esta vez sí que le contó las penurias de su huida. Que fueron su padre y su hermano quienes la ayudaron a ella y a Jacinta a escaparse del terror, y que a su padre lo asesinaron cuando regresaba a casa, después de dejarlas camino de Castilla. También, por primera vez, le confesó que nunca sirvió para nadie. Que Jacinta trabajaba para ella.

—Le ruego que no hable de esto con Gregorio.

Al médico no le pilló por sorpresa su confesión, pero sí la tragedia.

—Esté usted tranquila, no saldrá de aquí lo que me ha contado.

El médico tuvo la certeza de que aquella mujer guardaba más secretos sobre su vida anterior de los que podía imaginar.

—Quiero a Gregorio y no deseo que el pasado enturbie mi felicidad.

Un pasado en el que probablemente también hubo un amor, una familia y el desencadenante de una tragedia que la obligó a refugiarse en aquella aldea perdida de la meseta castellana, pensó el médico.

—Permítame que le diga, entonces, que quizá sí que debería hablar de ello con él.

—Tengo mucho miedo a su rechazo, don Pascual.

Ciertamente, a Magdalena le aterraba la sola idea de pensar que Gregorio pudiese abandonarla.

—No tema. Es un hombre íntegro, de principios. Que la quiere de forma sincera.

¿Y si fuera él quien le confesara su realidad al veterinario? Los hombres se conocían bien. Ella sabía que les unía una sólida amistad, a pesar de la diferencia de edad entre ambos que, en ocasiones, los hacía parecer como padre e hijo.

Sentía la enorme necesidad de hacerle partícipe de su secreto que, por otra parte, le estaba oprimiendo el pecho. Don Pascual irradiaba cierto halo de quietud, esa paz interior de la que carecía ahora y que a ella tanto le hacía falta.

Después de desahogarse con él, Magdalena se sentía algo más tranquila. Ahora comenzaba a respirar con más calma. Por sus mejillas ya no corrían las lágrimas de un sufrimiento contenido. Con el dolor de saber que su casa estaba ocupada por los mismos asesinos que le arrebataron a su esposo, tener la certeza de que podía contar con la discreción de don Pascual le devolvió cierto sosiego que tanto anhelaba desde que había llegado allí.

—Es realmente terrible todo lo que me ha contado.

Estaba absolutamente impresionado por lo que aquella mujer acababa de revelarle. Conocía bien a Gregorio, pero sin duda

desconocía cuál iba a ser su reacción. Comprendía que Magdalena silenciase su realidad, solo que había llegado el momento de hacer partícipe a su novio de su pasado.

—Comprenderá, don Pascual, en qué situación tan difícil me encuentro.

El médico prefirió guardar silencio, porque en ese momento no era capaz de encontrar las palabras adecuadas para tranquilizarla, o darle al menos algo de esperanza.

—Ahora ya sabe usted la verdad —añadió ella.

Admiró la valentía de aquella mujer tan joven, que sin embargo llevaba tanto dolor tatuado en el corazón.

—Hable con Gregorio.

Quizá don Pascual tuviese razón. Había llegado el momento de contarle al hombre que amaba de todo lo que le arrebataron aquellas malditas bayonetas de madrugada.

A corazón abierto

Entre ovejas recién esquiladas, vacas preñadas y el toro que acompañaba a las reses cada mañana hasta el que se conocía como Prado Collado, donde pastaban hasta bien entrada la tarde, Gregorio disfrutaba de su profesión asistiendo a los animales. La extensión comunal hasta la que el vaquero guiaba al ganado estaba a las afueras del pueblo, entre la carretera y el río que atravesaba todo el valle hasta alcanzar al Duero. Era un afluente no muy caudaloso, pero lo suficiente como para que a su paso hubiera dos molinos. Uno en el término municipal de Castilfrío de la Cebollera, y otro en el pueblo anterior a unos cuatro kilómetros, hacia el nacimiento del río, de camino a la sierra de Urbión.

Aquella mañana se había levantado un poco más tarde de lo habitual. Gregorio estuvo hasta bien entrada la madrugada escuchando la radio y escribiendo algunas cartas a la familia. De su padre apenas recibía noticias. Don Hilario solo contestaba si su hijo le escribía, como en esta ocasión. La comunicación epistolar entre ambos era escasa, pero se mantenía, a pesar de las diferencias. Cuando recibía noticias de su hijo, este siempre respondía, aunque fuera parcamente.

A pesar de que la cuartilla era de reducidas dimensiones, a don Hilario le sobró papel. Una vez cerrado, se desabrochó varios botones de la chaqueta caqui del uniforme para guardarla en el bolsillo interior izquierdo, donde también escondía documentación importante. Siempre acostumbraba a llevar bien ajustado el ceñidor de cuero. También la funda de la pistola donde guardaba una Browning modelo 1900, del calibre 7,65. Se trataba de un arma automática muy fiable, con un diseño muy plano e indicador de bala en la recámara. A don Hilario le gustaban las armas, por eso le enervaba que a su hijo Gregorio no le interesaran ni lo más mínimo. Para Dolores, padre e hijo eran como el agua y el aceite, o peor aún, como la noche y el día. No tenían nada en común, salvo un extraordinario parecido físico.

—Gregorio ha salido a ti —le decía a su mujer de vez en cuando, enfurruñado, y apostillaba—: Igualito a tu padre, al que le gustaban los pájaros y cuidar animales. Al menos, él era médico, pero mira que ser veterinario…

Si al menos hubiera estudiado medicina como su suegro, el daño colateral hubiera sido menor para sus aspiraciones como padre, que siempre anheló que su hijo pequeño ingresara también en el ejército.

Cuando Gregorio terminó los estudios en la universidad, don Hilario hizo una última intentona, sin éxito, para colocarlo en la

unidad equina de Huesca, siendo consciente de que el pequeño de la familia, una vez más, no iba a aceptar ingresar en el destacamento militar Gravelinas, en Sabiñánigo.

Frente a la ternura de Dolores, su padre era un hombre adusto, hosco, de firme vocación militar dispuesto a dar la vida si fuese necesario por defender unos ideales absolutamente contrarios a los de su hijo. A Gregorio le horrorizaron las armas desde la infancia, al igual que la excesiva disciplina en la que crecieron, muy a pesar de su madre que, en ausencia de su esposo, dejaba a sus hijos disfrutar de cosas tan simples como corretear por el pasillo o saltar por las escaleras.

Con el estallido de la guerra, don Hilario Quesada no dudó en posicionarse al lado de los golpistas. El padre del veterinario se encontraba en Burgos, junto a Franco, pletórico por servir a la patria con sus conocimientos de estrategia, pero sobre todo porque estaba en el núcleo de poder. Como general de infantería, en la Junta de Defensa Nacional tenía mucho que aportar, así que no dudó en sumarse al ejército sublevado. Una circunstancia que aún empeoró más si cabía las relaciones con su hijo menor, al que le horrorizaba la guerra y ver morir personas inocentes en ambos bandos.

Lejos de Madrid, en plena meseta castellana, Gregorio soñaba con el momento de pedirle matrimonio a Magdalena. Quería además sorprenderle con un regalo que colmaría la felicidad de ambos.

Iba a comprar la casona del indiano. Esa que tanto admiraban las gentes del pueblo. Ya había hablado con los herederos, porque además contaba con el dinero suficiente para adquirirla sin estrecheces. Siempre que pasaban por delante de la casa, ambos la contemplaban imaginando cómo transcurriría la vida en una vivienda como aquella, rodeada de tanta vegetación, árboles frutales y una huerta, ahora semiabandonada, en la que plantarían todo tipo de hortalizas. Porque Gregorio sabía de la gran afición de su novia por el cultivo de verduras.

Después de levantarse pasadas las nueve de la mañana, una hora inusual para el veterinario, Gregorio se arregló como si fuera a asistir a algún acontecimiento, que lógicamente en medio de la nada no sucedía, aunque por allí no se percibiera ni la huella de la guerra.

Era viernes, el día en que acostumbraba a encontrarse con Magdalena de camino al río. Les gustaba ir paseando hacia el punto donde se conocieron.

Esta vez Gregorio apuró bien el afeitado. También fue peinándose cuidadosamente unos cabellos ensortijados que lo hacían más atractivo. Se puso la camisa blanca que la criada había dejado

impoluta y sin ninguna arruga. Aquella plancha de hierro que la buena mujer abría para colocar en su interior las brasas de la lumbre siempre le pareció mágica, porque descubrió que los rescoldos de fuego bajo también resultaban muy útiles para dejar la ropa impecable de aquella manera tan artesanal.

Había escogido ese día para pedirle que unieran sus vidas. Antes de salir de casa se dirigió al corral, donde unos cuantos rosales ya tenían suficientes capullos en flor como para componer un ramo. No quería que nadie se percatara de ello, así que cuando lo confeccionó, lo introdujo en el zurrón que solía llevar al hombro cuando acompañaba al vaquero hasta el Prado Collado.

Después de la confesión que le hizo a don Pascual, Magdalena estaba experimentando sensaciones encontradas. Por una parte, sentía una liberación profunda por haberle hecho partícipe de su realidad, pero a la vez temía la reacción de su novio. Aun así, aquella tarde iba a revelarle lo que tanto tiempo llevaba ocultando desde que había llegado al pueblo con Jacinta.

Al igual que Gregorio, ella también se arregló para el encuentro. Ante la falta de indumentaria más sofisticada, a Magdalena le bastaba lavar con jabón de lavanda el vestido con el que iba a la iglesia cada domingo. Ella misma aprendió a mezclar la sosa cáustica con la grasa del tocino y hacer jabón, al que le añadía ramas de lavanda que recolectaba en la zona conocida como La Mata, un campo en la ladera del monte, camino de la sierra, donde brotaban plantas aromáticas de intenso olor que se mezclaba con la fragancia de la manzanilla.

Olía a mujer limpia. De pulcritud impecable, a Gregorio le resultaba extraordinariamente atractiva tan pronto como la tenía frente a él, pero más aún cuando apenas unos centímetros separaban sus cuerpos. Era entonces cuando a ambos se les erizaba la piel hasta dar rienda suelta a su deseo.

Cuando se encontraron, a diferencia de otras ocasiones, Gregorio percibió cierto nerviosismo en ella.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente, Gregorio. Necesito que hablemos. —Prefirió no dar rodeos ni esperar a que la conversación comenzase a ir por otros derroteros.

Al veterinario le inquietó el tono de su voz y también porque había desaparecido de su rostro la sempiterna sonrisa con la que lo miraba. Se dio cuenta de que Magdalena sentía cierto desasosiego, aunque sus mejillas seguían sonrosadas.

Mientras se dirigían hacia el río Gregorio percibió que no iban a ser buenas noticias las que iba a comunicarle.

Ella lo que más temía era su reacción. ¿Terminaría ahí su amor por ella? ¿La despreciaría? A fin de cuentas, era una mentirosa, una auténtica cobarde al no haber sido capaz de confesarle la verdad y haberle dejado ir tan lejos en una relación que ahora seguramente no tendría futuro.

—Verás, yo soy una mujer casada, o probablemente viuda, no lo sé en este momento.

A Gregorio se le hizo un nudo en la garganta imposible de aligerar. De pronto su semblante cambió por completo. Estaba aturdido y tenso. Su rostro se desencajó hasta el extremo.

—¿Qué me estás diciendo, Magdalena?

—Lo que oyes, Gregorio. No tuve valor de confesártelo porque me enamoré en el mismo momento en que te vi por primera vez, aquí, en el río.

Su novio no salía del asombro. Parecía estar conmocionado por lo que acababa de oír.

—No puede ser cierto. ¡No puede ser! —La tensión que se palpaba en el ambiente casi no le permitía respirar con normalidad.

—Desgraciadamente, esa es la verdad.

A partir de ese momento, Maialen le contó de forma ordenada la cadena de acontecimientos que habían tenido lugar desde aquella madrugada en Gure Ametsa, hasta llegar a Castilfrío de la Cebollera.

—¿Por qué me ocultaste la verdad? ¿Por qué lo hiciste? —Absolutamente fuera de sí, el veterinario la miraba sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Tenía mucho miedo. Estaba aterrada por lo que vi desde el balcón de mi casa aquella madrugada, y luego cómo nuestro sueño desaparecía para siempre ante mis ojos.

Le habló con detalle de la destrucción de la fábrica, también de su tan penosa huida en busca del refugio que encontró junto a Jacinta, en el pueblo de esta.

Gregorio permaneció callado durante largo rato. Tanto que Maialen no se atrevió a romper el tenso silencio que reinaba entre ambos.

—¿Por qué has esperado tanto a decírmelo aquí? ¿No podías haberme contado esto antes? Todo hubiera sido menos complicado.

Estaba decidida a confesarle lo que más temía.

—Porque no pensé que nuestro amor llegaría tan lejos.

Una oleada de furia inundó el corazón de Gregorio.

—Déjate de cinismos, Magdalena. ¿Tan lejos, dices? ¿Hay algo

más que tengo que saber?

A pesar de que la luz del atardecer aún iluminaba los campos, a Gregorio le pareció que su vida entraba en un oscuro túnel, completamente tenebroso.

Ante el impacto que supuso para él aquella revelación, Gregorio no se sentía con fuerzas para reaccionar de una forma racional. Necesitaba asimilar todas aquellas noticias, tranquilizarse y reflexionar. Ya no podría hablarles a sus padres de una boda que jamás se celebraría.

—Será mejor que me marche.

Magdalena seguía de espaldas a Gregorio sin atreverse a girar su cuerpo para ver la figura del hombre al que amaba.

—Quisiera decirte algo más.

—¿Es que acaso hay más? ¿No es suficiente todo lo que me has contado?

Ya no quería seguir escuchándola. Su educación no le permitía gritarle ni abofetearla como hubiera hecho cualquier hombre en su lugar. A él, su madre le inculcó siempre el respeto al prójimo, solo que, ante una circunstancia como aquella, le resultaba extraordinariamente difícil mantener la compostura.

Quería gritar lo injusta que estaba siendo la vida con él, que se lo había dado todo a la mujer que amaba. Incluso en un acto de generosidad sin límites, había puesto a nombre de los dos la casa que acababa de comprar en el pueblo.

—No quiero oír nada más. Me marcho.

Magdalena se giró hacia Gregorio en un intento desesperado para que no la abandonara en medio del campo.

—Espera un momento. Quédate.

Su novio no estaba dispuesto a permanecer más tiempo allí. Quería marcharse y correr hasta su casa para encerrarse. Todo aquello le resultaba tan terrible que ahora era incapaz de ver nada con claridad.

No le sirvió de nada implorarle. Gregorio acababa de emprender con paso acelerado el regreso al pueblo, tras tirar con saña el ramo de rosas frescas que había cortado para ella.

Magdalena rompió a llorar desconsoladamente, rogándole que regresara.

—Escúchame, por favor. Vuelve, Gregorio.

A él también le daban ganas de gritarle, pero en un sentido muy distinto. Y reprocharle su mentira. Y desterrar de su vida a aquella mujer que lo había enamorado sin remedio. Su interior era un cúmulo de emociones que no sabía cómo manejar y por encima de todas ellas

estaba aquel sentimiento de decepción profunda e incomprensión al comprobar que la mujer que amaba le había mentido de una forma tan ruin.

«Un hombre nunca llora», se dijo mientras notaba que, por primera vez desde que era niño, las lágrimas luchaban por salir.

—No quiero oír nada más. Ha sido suficiente.

Sin atender a los ruegos de Magdalena, Gregorio regresó a toda prisa hacia su casa con el cerebro atestado de sueños ya rotos. Ya nunca construirían juntos un hogar en la casa que acababa de adquirir. Ya no habría niños revoloteando por el jardín. A pesar de su entereza, comenzó a llorar con desconsuelo.

En su habitación de Madrid todavía quedaban bastantes cosas de su infancia, porque su madre nunca se deshizo de los juguetes de sus hijos. Un caballito de madera escondido en el armario, el escritorio donde estaba todavía el tintero en el que impregnaba la pluma de plata para perfeccionar la caligrafía redondilla, o un puñado de cuadernos bien ordenados en una caja de cartón. Ningún hijo suyo disfrutaría de aquellos objetos infantiles, porque el futuro junto a Magdalena acaba de truncarse.

Junto al río, Magdalena permanecía inmóvil. Miraba al infinito sin ver nada. Vaciar el alma la había dejado seca, rota, sin ganas de seguir viviendo. ¿Para qué? Después de todo nadie iba a echarla en falta si desaparecía.

En una guerra, donde la vida vale bien poco, la suya podía perderse en la sombra de una noche cualquiera. Siempre había sido una mujer fuerte, con recursos, con capacidad para resolver cualquier eventualidad por complicada o dura que fuese. Pero lo que estaba sucediendo ahora la superaba.

Amaba a Gregorio hasta la extenuación. Junto a él había disfrutado de ese deseo que Juanito nunca supo colmar con éxito. Ahora acababa de perderlo todo, una vez más. Hundida, quizá la muerte fuera lo único a lo que podía aspirar para terminar con tanto sufrimiento. Ya no tenía energía ni fuerza alguna como para enfrentarse a una situación tan dramática.

En la soledad de su casa, Gregorio sintió la necesidad de plasmar en una carta todo el dolor que invadía su corazón. Se sentía herido, estafado moralmente por la persona que más quería. Se dirigió al despacho de la planta baja, donde las aves disecadas de su abuelo lo miraban fijamente, perplejas.

Nunca hasta entonces le habían visto llorar.

«Aunque me hayas mentido, seguiré queriéndote. Estoy triste, ya no me queda consuelo al que aferrarme… —comenzó, con el corazón

desgarrado—. Soñé con ser padre junto a ti. Que nuestros hijos crecieran rodeados de vida en medio del campo, al calor de nuestro amor. Ahora ya nada de eso ocurrirá jamás…».

Magdalena no hacía más que llorar, mientras leía la carta que Gregorio le había hecho llegar a través de Jacinta. En ella le pedía un último encuentro antes de marcharse para siempre a su tierra.

«Hablaré con Olegario para dar con el paradero de tu esposo. Arriesgo casi la vida con ello, pero lo haré por ti…», decía su carta. ¿Quién era ese tal Olegario? Un par de párrafos más adelante le explicaba que se trataba de su padrino. Un militar compañero de su padre y amigo de la familia que estaba seguro de que iba a ayudarle si él se lo pedía.

A medida que iba leyendo la extensa carta, a pesar de las circunstancias, a Magdalena le emocionó la generosidad del que hasta entonces había sido su novio.

No cabía más amor en aquellas líneas donde el corazón destrozado de Gregorio estaba dispuesto a dar un paso arriesgadísimo, con el objeto de ayudarla.

Sentada en la pequeña silla de madera que había junto a la ventana de su habitación desnuda, con la hoja de papel en la mano pensó en todo el dolor que engendraba una guerra sin sentido como aquella. Donde la bondad de pronto se tornaba en perfidia, y la maldad en un buenismo patrio imposible de entender, cuando miles de personas morían por cualquier esquina. A ella, que no sabía de rojos, azules, católicos o ateos, todo aquello le parecía una sinrazón que arruinaba vidas cada minuto, mientras se destrozaba a seres humanos libres de toda culpa.

En sus entrañas no cabía más dolor o, al menos eso pensaba hasta entonces. Pero sí, todavía tenía espacio para acoger el desgarro de perder a un amor junto al que había creído encontrar un poco de felicidad entre tanta desgracia.

En la carta, Gregorio le pedía información más precisa sobre su esposo. «Necesito saber de dónde es natural, y la dirección de vuestra casa en San Sebastián. Así como la fecha de su nacimiento…».

Cuando escribió aquella carta, Gregorio no solo iba a involucrar a su padrino Olegario para despejar las dudas de Magdalena, sino también porque albergaba una pequeña esperanza de que su esposo ya no estuviese con vida. Pensar eso le produjo cierto desprecio hacia sí mismo, porque ¿cómo era posible que un hombre con sus férreas convicciones religiosas, alguien de gran fe como él, acariciara la posibilidad de que aquel desconocido hubiera fallecido?

Valiéndose de Jacinta, Magdalena utilizó la misma vía para

responder a sus preguntas. Le escribió en una pequeña hoja de papel que introdujo en un sobre los datos de Juanito que le pedía. Pese a la insistencia de Jacinta en saber qué había sucedido, Magdalena se negó a darle explicaciones.

—No es asunto tuyo —zanjó.

A pesar de la tragedia personal que vivía, a pesar de la lealtad extrema que Jacinta le había demostrado en todos esos años, Magdalena no quería compartir con ella su dolor. Prefería vivirlo en soledad. Después de todo, se decía, «soy la única culpable de lo que me ocurre».

Cuando Gregorio leyó aquella pequeña cuartilla donde figuraba toda la información que le había pedido, se dispuso a escribirle a su padrino para que pudiese dar con el paradero de un hombre del que acababa de conocer su existencia.

Olegario también vivía en Madrid. Su domicilio estaba muy cerca de la vivienda de los Quesada, casi frente al colegio del Pilar. En la calle Castelló, a escasos metros de Ayala, donde él nació. Se trataba de una vivienda mucho más modesta que la de sus padres. Un piso amplio, sí, donde se respiraba cierta paz a pesar de la guerra. El hombre se sorprendió al recibir la misiva de Gregorio.

Tras leer lo que decía su ahijado, Olegario se dirigió al salón donde tomó asiento en una de las dos butacas orejeras tapizadas con buen terciopelo, pero algo desgastadas, situadas junto a un mirador por el que entraba una luz tenue de atardecer velazqueño.

Le resultaba intrigante la petición de Gregorio. Además, se trataba de una cuestión extraordinariamente delicada. Aun así, estaba dispuesto a echarle una mano sin preguntarle la razón.

Como muchos otros militares, Olegario también tenía media familia en el ejército. Un par de hermanos y sus tres sobrinos mayores servían a la patria, aunque dos de estos últimos habían tomado partido por el bando republicano. Así que, como otras tantas familias, la suya estaba dividida por la ideología.

«… Un cuñado de Magdalena no sabemos dónde está. Lo detuvieron los nacionales en San Sebastián y la familia ya no ha sabido más de él…», explicaba la carta.

Su padrino se quedó pensativo. Le sorprendió que Gregorio no recurriera a su padre que tenía infinitamente mucho más poder e influencia que él mismo o sus dos hermanos. Aun así, no le dijo nada en su respuesta. Quizá le incomodara hablarle a Hilario de la parte republicana de la prometida de su hijo. Él conocía muy bien a su íntimo amigo y sabía que algo así iba a enfurecerle sobremanera.

A medida que fue leyendo lo que su ahijado le decía en aquella

carta, Olegario recordó que su buen amigo Joaquín andaba por tierras vascas durante la contienda.

Obviamente, Olegario no iba a recurrir a su gran amigo Hilario, pero, por si acaso, Gregorio se lo recalcaba: «… Mi padre nunca debe saber que le he hablado de esto…».

Cuando terminó de leer la carta, a Olegario le dio la impresión de que su ahijado se había dejado algún detalle importante por confiarle. De todos modos, en la respuesta le dejó clara su voluntad incondicional de ayudarle: «… Veré qué puedo hacer, pero no te prometo nada. Es un asunto confidencial, y como tal tendré que tratarlo… Cuenta conmigo. Averiguaré dónde está ese hombre…».

Cuando habla el miedo

Había tanta escasez que nadie se explicaba cómo salían decenas de barras de pan recién horneado e incluso, de tarde en tarde, algún puñado de pasteles del obrador de Santi. Una panadería importante en toda la comarca, donde los domingos también se hacían las rosquillas de anís.

Cada mañana, al terminar la faena, el buen hombre, orondo, de manos y dedos carnosos con signos de haber trabajado demasiado, cargaba en la camioneta decenas de hogazas, barras y algo de bollería. El reparto lo hacía por los pueblos próximos, tocando la bocina al llegar a cada plaza. Después se acercaba a los caseríos diseminados por laderas y enclaves alejados, que no eran pocos por la comarca del Bidasoa.

Subía pendientes para bajar después hasta la vega del río, conduciendo una camioneta Opel Blitz en la que la cabina iba sobre el motor. Se trataba de una joya de la automoción con pocas unidades circulando por Europa, ya que nunca se llegó a fabricar en serie. Gracias a su cuñado Mattin, logró hacerse con ella para envidia y admiración de sus enemigos, que algunos sí tenía.

En muchas ocasiones, se veía obligado a sortear no pocas piedras de considerables proporciones por senderos de tierra que, en días de lluvia, se transformaban en auténticos barrizales por los que era imposible transitar.

A lo largo del reparto matutino a hora muy temprana, el esposo de Carmen se sentía libre, circulando de un extremo a otro del valle sin encontrarse con nadie, salvo el ganado que pastaba a su paso. Su furgoneta era el único vehículo de cuatro ruedas junto con el Hispano Suiza del cuñado Mattin, el coche del médico y los dos taxistas que contaban con licencia en el pueblo. Lo habitual en las casas de labranza era tener un coche tirado por caballos como único medio de transporte.

Ese solía ser el momento del día en que Santi aprovechaba para acercarse hasta su contacto en Yanci, Micaela. Entre la paja, pero sobre todo en la parte alta de las metas de helecho, la mujer escondía los sacos de harina y azúcar que recibía desde el otro lado de la frontera. A veces los abría para meter el género en bolsas de tela más pequeñas que ella misma confeccionaba, más fáciles de ocultar que sacos de diez o quince kilos.

—Solo he podido prepararte media docena. Los carabineros andan listos estos días.

—No te preocupes, lo resolveré enseguida para que te dejen en

paz.

Si tenía un apuro, Santi acostumbraba a recurrir a su cuñado, porque sabía que Mattin gestionaría con celeridad cualquier tipo de incidencia.

—Eso está hecho. Dame un par de días para que lo arregle.

Y así ocurría. Por eso, la familia estaba acostumbrada a dirigirse a él, porque era el único contrabandista de la comarca con capacidad suficiente para de alguna manera imponer su ley.

En ocasiones, una sola mirada persuasiva bastaba para que el carabinero de turno entendiera su mensaje, porque sabía que, si se portaba bien, la recompensa iba a ser generosa.

—Aquí todos llegan pobres y se marchan ricos. —Juliana sabía lo que decía cuando hacía ese comentario ante sus amigas, que solían referirse a la indumentaria de las esposas de los agentes—. Cuando llegaron casi iban descalzas, y ahora llevan las mismas alpargatas que nosotras.

Ciertamente, hasta la mantilla que lucían las mujeres de los carabineros durante la misa dominical estaba salpicada de remiendos al llegar, mientras que la que cubría sus cabezas pocos meses después llevaba encaje de blonda realizado en hilo de seda, importado por la ladera del monte Larrún.

Carmen, la hermana melliza de Maialen, contaba con una de las mejores colecciones de tocados de este tipo. Las tenía de tul, encaje, pero la que sobresalía sobre todas las demás era la mantilla de Chantilly. Una auténtica joya bordada a mano por las monjas de un convento de la localidad francesa de la que tomaba el nombre. Ahora, tenía a buen recaudo todas esas piezas que disfrutaba luciendo durante el oficio religioso, porque no eran tiempos de exhibir poderío.

Hasta que se declaró la guerra, Carmen no supo qué era embadurnarse las manos con harina para amasar todos los ingredientes de los dulces, ni tampoco batir hasta la extenuación para montar las claras de huevo a punto de nieve con el que obtener un buen merengue.

A ella siempre le había gustado pintar sobre lienzos, pero su marido necesitaba que le echara una mano. Ante la escasez de alimentos, no tuvo más remedio que recurrir a Mattin para que le instruyera en el negocio del contrabando, con el objeto de aportar un dinero extra al hogar.

—Nunca imaginé que aprenderías tan rápido.

Mattin estaba sorprendido al ver que Carmen, a pesar de haberse educado en un internado para señoritas, se hubiera adaptado tan pronto y sin tonterías a la nueva situación que vivía al lado de Santi,

su esposo, un próspero panadero antes de la guerra, que ahora atravesaba casi las mismas estrecheces que el resto de sus vecinos.

De la noche a la mañana, su hermana parecía haberse despojado del porte deliberadamente distinguido, para transformarse en una mujer discreta que vestía con ropa corriente. En vez de trasladarse en el taxi de su hermano cuando iba a San Sebastián, lo hacía en «La Bidasotarra», el autobús de línea local, con el objeto de pasar más desapercibida. Siempre se unía a otras dos conocidas que, como ella, también se dedicaban al mismo negocio. Solo que mientras ella escondía bajo las enaguas género textil o documentación sensible en el bolso de piel que siempre portaba con elegancia a pesar de que intentaba disimular lo contrario, aquellas otras dos mujeres ocultaban pequeñas piezas de carne que intercambiaban por otro tipo de alimentos en la capital donostiarra.

Bien por el tipo de pasto, o por el tiempo que pasaban las reses al aire libre, la calidad de la leche, pero especialmente la carne, tanto en la comarca del Bidasoa como en el Baztán era de un nivel excepcional. Quien quería un buen solomillo o una chuleta sabía a qué puesto tenía que acudir en el mercado donostiarra de San Martín; muy de mañana o al final del día, siempre y cuando fuese alguien conocido para el propietario del puesto o que reconociera al cliente clandestino haciendo uso de alguna frase corta en clave.

Aunque el campo alimentario no era el que ella trabajaba, Dominica, desde su caserío de Igueldo, sabía bien cómo se repartían las contrabandistas el negocio no muy floreciente, pero con el que al menos estas mujeres podían ganar más que un dinero extra, llevarse a casa una variedad de alimentos algo mayor, además de un puñado de monedas, cuando escaseaba todo.

Vivir en un caserío durante la guerra se convirtió en todo un privilegio, porque, a pesar de que las estrecheces eran las mismas, sí que había algo más que llevarse a la boca. Castañas y nueces solían ser alimentos socorridos que no faltaban nunca en las zonas rurales del País Vasco. Aparte de estos frutos secos, también eran frecuentes los boniatos o el maíz con el que, una vez transformado en harina, se hacían *talos*, esa especie de oblea algo ruda rellena de verduras o carne cuando había, que se acostumbraba a tomar como cena.

—Deberíamos vender también harina de maíz al por mayor.

Santi era un hombre tremendamente trabajador, pero sin muchas ideas para expandir el negocio, mientras que a Carmen siempre se le ocurrían iniciativas con las que mejorar los ingresos. En eso sí que su actitud guardaba cierta similitud con la de su melliza Maialen, a la que tanto echaba en falta.

—Todos cultivan maíz, no nos lo comprarían.

—Te equivocas. Tienen la materia, pero carecen de molino. —Santi miró pensativo a su mujer; ella prosiguió—: También podemos ofrecerles molerlo y quedarnos con una parte. Así nos haremos con una buena cantidad de su materia prima.

Esta segunda propuesta convenció al hombre que, en sus siguientes viajes de reparto por los caseríos más alejados, empezó a ofrecer esta posibilidad a cuantos le compraban una hogaza de pan.

—Los *talos* serán más sabrosos —les decía, convencido de que iba a hacerse con ese nuevo cliente que le llevaría cantidades importantes de maíz para moler. Algo en lo que no se equivocó.

En tiempo de matanza, esos *talos* podían rellenarse con *txistorra*, una especie de chorizo fino hecho a partir de carne magra de cerdo, pimentón dulce y ajo, que se comía siempre sin curar. Con cierta frecuencia, los carniceros solían comprarles a aquellos ganaderos que lo elaboraban en cantidades importantes.

Al ser un género muy codiciado, en cuanto las ristras de *txistorra* llegaban a los ganchos de la carnicería, las compañeras de Carmen se hacían con unas cuantas unidades para mercadear a su llegada a San Sebastián.

En sentido hacia Gipuzkoa, el autobús de línea se desplazaba un par de veces por semana. Solía parar en los aledaños del Boulevard donostiarra, desde donde los pasajeros iban perdiéndose por el centro de la ciudad. Caminaban en varias direcciones, ataviados con ropas algo más lustrosas que las que lucían a diario en el pueblo. Aquellas señoras que aspiraban a destacar sobre las demás se atrevían incluso a colocarse algún que otro sombrero discreto, sobre cabellos recogidos con un sinfín de horquillas y ganchos.

Carmen había sido una de ellas antes de que estallara la guerra, solo que ahora su aspecto nada tenía que ver con la joven refinada que sobresalía entre las demás señoritas casaderas. Cuando acudía a San Sebastián con mercancía para Dominica, prefería ir caminando hasta el barrio del Antiguo donde se producía el encuentro entre ambas. Si no se trataba de alguna urgencia, el trueque tenía lugar en la capilla de Nuestra Señora de Lourdes situada en la subida a Igueldo.

Al ser un espacio religioso abierto, presidido por un altar cobijado en una pequeña gruta, la misa que oficiaba un padre dominico reunía decenas de devotos, entre los que se mezclaban las dos mujeres. Portaban bolsos idénticos, negros, de asas finas que intercambiaban durante el rezo en el que ambas simulaban abstraerse, pero sin perderse de vista la una a la otra, arrodilladas juntas en las filas medias de los bancos de madera pintados de verde. Como se

trataba de una capilla al aire libre, abandonar el recinto solía ser mucho más fácil que en una iglesia convencional.

Esta vez también disponía de bastante tiempo hasta regresar a casa. Así que después de intercambiar los bolsos durante la eucaristía, aprovechando el ir y venir de los fieles hasta el altar, Carmen se dirigió a la zona de Ondarreta, que le venía de paso, de camino al Boulevard para tomar de nuevo el autobús.

Cuando Dominica se deshacía del bolso, que normalmente contenía documentación de ciertas valijas diplomáticas, sentía un gran alivio. Trabajar para las embajadas extranjeras le reportaba pingües beneficios, solo que el riesgo también era de tal magnitud que, si alguien descubría lo que contenían aquellos inocentes bolsos de las fieles, podría terminar sus días en el paredón de fusilamiento.

Para llegar hasta allí, Carmen tenía que caminar poco más de un cuarto de hora, descendiendo la ladera de la montaña hasta alcanzar el barrio del Antiguo. Quería ver en qué estado se encontraba el antiguo hogar de su melliza Maialen.

Esta vez, las ventanas de varias estancias permanecían abiertas, mientras que el jardín continuaba abandonado. Probablemente, nadie había segado la hierba desde que el joven matrimonio abandonó la casa.

Instintivamente, se acercó hasta la valla que delimitaba toda la propiedad para intentar descubrir algo más. Después de todo, ella simplemente estaba paseando por allí y nadie podría sospechar de quién se trataba.

Si no se detenía mucho tiempo junto a la casa, nadie se percataría de su presencia. A medida que avanzaba, escuchó compases militares. Era una radio a todo volumen.

—¿Qué desea? ¿Busca a alguien? —la sobresaltó una voz femenina que se dirigió a ella.

Le dio la sensación de que su corazón dejaba de latir mientras contenía la respiración. El miedo que acababa de paralizarla le impedía tomar una decisión con lucidez. No le dio tiempo a pensar en nada más, porque la mujer que salía al exterior de la casa ya estaba a punto de alcanzar la puerta, antes de que le diera tiempo de correr y levantar por ello cualquier tipo de sospecha.

—¿Qué hace usted aquí? ¡Márchese! —Primitiva sí que la había reconocido desde la distancia. Siempre había tenido una vista de águila—. Doña Carmen, váyase. El juez puede venir en cualquier momento, y no quiero que me vean hablando con usted.

—No voy a irme hasta que me digas quién le ha robado la casa a mi hermana.

—Es muy peligroso. Váyase, le digo. Si quiere podemos vernos en otro momento, fuera de aquí.

Carmen no estaba dispuesta a irse sin que la que fuera sirvienta de su hermana le dijera, por lo menos, quién había ocupado la vivienda. También quería saber por qué ella continuaba allí y no se había marchado cuando Maialen tuvo que huir. Tenía demasiadas preguntas para las que necesitaba respuestas.

Consciente de que quizá Primitiva tuviera razón y estuviese corriendo ese peligro al que se refería, le pidió algo antes de marcharse.

—¿Cuándo puedo volver?

—Aquí nunca, doña Carmen. Vaya mañana a las diez a la pastelería Maíz. Estaré allí.

El salón de té al que se refería la muchacha de servicio siempre fue el favorito de su hermana. Alguna vez que acudió a visitarla, habían ido juntas a tomar chocolate al que acompañaban con un bollo suizo realmente delicioso.

—Es imposible encontrar uno mejor, Carmen —le dijo entonces.

Maialen disfrutaba no solo degustando la bollería que ofrecía aquel salón de té ubicado en el número 7 de la calle Urbieta, esquina con San Marcial, sino también con todo tipo de confitería. Era una mujer golosa, a la que no le quedaba más remedio que cuidarse para poder lucir la figura estilizada que todos admiraban en ella a su paso.

Entre espejos ligeramente ahumados, vitrinas de cristal y mesas de caoba redondas y cuadradas sobre las que destacaba la porcelana blanca de la vajilla, las hermanas Epalza acostumbraban a reunirse con otras amigas para charlar de nimiedades intrascendentes en conversaciones bizantinas. Fueron tiempos felices antes de que estallara la guerra.

Cuando Primitiva la citó allí, su mente viajó meses atrás, haciéndole recordar la última vez que había visto a su hermana en aquella casa que ahora estaba ocupada por extraños.

—De acuerdo.

—Márchese ya, que viene el juez. —La mujer conocía el ruido del motor del coche que transportaba al militar, porque era el único que circulaba por allí a esa hora, cada día; así que no le hacía falta verlo para saber que era él.

Dudó entre darse la vuelta para retroceder sobre sus pasos, o caminar con decisión hacia adelante y encontrase con el vehículo del magistrado militar al que le faltaban pocos metros para alcanzar la vivienda.

Optó por seguir su camino.

El Carnicero de San Sebastián

Ahora el problema de Carmen era cómo llegar de nuevo a San Sebastián al día siguiente, para acudir a esa cita. En esa ocasión tendría que pedirle a su hermano que la llevara, porque de lo contrario iba a ser imposible, ya que el autobús de línea no acudía a la capital donostiarra todos los días.

En cualquier caso, ella, del modo en que fuera, estaría puntual en la pastelería de la calle Urbieta. Necesitaba saber quién era ese juez y qué estaba ocurriendo en Gure Ametsa.

—Tienes que llevarme mañana temprano a San Sebastián.

—¿Por qué? ¿Ha habido algún problema con la mercancía? —A Mattin le sorprendió que su hermana se personara en casa a esa hora. No tenía costumbre de visitar a la madre tan tarde; habitualmente, iba a la hora de la merienda.

—Primitiva, ya sabes, la muchacha que servía en casa de Maialen, sigue allí, y me he citado con ella.

—¿Qué has podido saber?

—Nada. Bueno, solo que, al parecer, vive un juez militar allí.

Mattin también quería saber algo más de lo que Dominica le había ido contando las últimas semanas, que no era mucho.

—Está bien, saldremos a las ocho, porque tengo que pasar antes por Irún a dejar un paquete.

Ninguno de los dos hermanos podía imaginar que Gure Ametsa se había transformado en una especie de cuartel general de los sublevados, donde el juez daba instrucciones tanto sobre las personas que había que detener, como cuándo y dónde tenían que llevarse a cabo las ejecuciones.

Por el despacho de Juan Domingo, transformado ahora en un centro de operaciones militar, pasaban botas, fusiles cargados y tanto gorras como cascos bien ajustados sobre cabezas de cortes perfectos a navaja bien afilada.

Don Joaquín, el juez, acostumbraba a levantarse antes del alba. Enfundado todavía en un pijama de franela, abría la ventana del dormitorio donde tenía escondida bajo la almohada una pistola de reducidas dimensiones. Nunca se movía sin llevarla encima, ya fuese en el bolsillo de la bata antes de asearse o ya con el uniforme puesto, ajustada en su cartuchera de cuero bien lustrado.

Desde la invisibilidad que daba ser una sirvienta sin rostro, ante los ojos de quienes ahora ocupaban la villa, Primitiva lo observaba a cierta distancia, desde el respeto, o temor más bien, que sentía hacia su patrón.

—Te quedarás como sirvienta, que es lo que eres —fue lo primero que oyó de boca de aquel magistrado que mandaba fusilar sin miramiento alguno. En cuanto tomó posesión de la casa, dio la orden de instalar un teléfono para poder recibir instrucciones de sus superiores. Raro era el día en el que no llegaban telegramas al palacete de la calle Infante Don Juan. Siempre comunicaciones oficiales y, de tarde en tarde, una carta de algún amigo o compañero de promoción como la que recibió aquella mañana.

A pesar de que Primitiva jamás le había visto esbozar una sonrisa, esta vez don Joaquín pareció alegrarse de recibir noticias. «¡Mi querido Olegario!», le oyó exclamar. Mientras leía el trozo de papel que acababa de traerle un soldado, el semblante del juez pareció ensombrecerse. Probablemente no fueran buenas noticias, pensó la sirvienta.

Ambos coincidieron en la Academia General Militar; aunque tomaron caminos diferentes, el ejército los unió de por vida. Tras leerlo, dejó el telegrama abierto sobre la mesa. Parecía pensativo. Se incorporó para acercarse hasta la ventana del despacho que permanecía abierta.

Con Olegario debía ser sincero. No podía mentirle como a otros compañeros de promoción que nunca le echaron una mano. Él siempre estuvo ahí, ayudándole cuando nadie se acercaba a él por su origen humilde. Siendo hijo de madre soltera, tuvo que soportar todo tipo de vejaciones desde la más tierna infancia cuando le gritaban al paso: «Tú no tienes padre, tú no tienes padre», o peor aún: «Tu madre es una mujer de mala vida», chanzas extraordinariamente malintencionadas, que marcaron definitivamente su carácter. Las burlas de los hijos de los señoritos del inmueble donde su madre y él vivían en la portería fueron cincelando su personalidad risueña de la infancia, hasta convertirse en el hombre al que aquellos mismos que se reían de él y lo insultaban despiadadamente ahora temían.

Con su mente de niño, no entendía por qué le decían aquello de su madre, cuando a él le parecía que su existencia era como la de los otros pequeños que acudían a las escuelas nacionales.

Siendo un poco más mayor, sin cumplir aún los seis, una tarde, al volver del colegio, cuando su madre permanecía sentada en la garita del portal, un cuartucho de mala muerte en el que se calentaba los pies con un pequeño brasero siempre que no tuviera que sacar la basura o limpiar cada peldaño, le preguntó:

—Madre, ¿por qué dicen eso de usted?

La mujer, cabizbaja, no supo qué contestarle.

Fue la primera vez que vio cómo se humedecían los ojos de

aquella joven de manos agrietadas de tanto fregar las escaleras y empezaba a llorar de forma incontenible.

Abrazado a su madre, cuando esta se tranquilizó, miró al pequeño con amor, pero decidida a confesarle, por fin, la realidad.

—Tú tienes padre como todos los demás niños. Solo que él no te quiere. Pero me tienes a mí, que siempre estaré a tu lado.

Habían transcurrido más de cuarenta años desde aquella fría tarde de invierno en la que juntos, abrazados fuertemente, madre e hijo permanecieron largo rato, sin decir nada, hasta que el silencio de la garita fue interrumpido por el paso de un hombre de complexión fuerte, bigote fernandino, ataviado con sombrero y abrigo de confección depurada, que se adentraba en el portal.

Nunca olvidaría aquella imagen.

Mientras Joaquinito seguía en el regazo de su madre abrazado como cuando era un bebé, la mujer apenas se atrevió a levantar la cabeza mientras el abogado del Estado que vivía en el segundo piso, miró de reojo la escena de camino al ascensor sin pronunciar palabra ni saludo alguno.

A partir de aquel momento, el pequeño decidió convertirse en el mayor defensor de su madre y no iba a permitir que nadie le hiciera más burlas.

—¿Quién es mi padre, madre?

Confesarle a un niño demasiado pequeño la tragedia de una mujer proscrita a los ojos de los demás no le pareció conveniente. Sin embargo, pensó que, si su hijo era capaz de soportar las burlas de todos los niños que vivían en aquel inmueble, ¿por qué no iba a revelarle la identidad de su padre?

—Acaba de pasar.

Don Joaquín continuaba con el semblante serio, perdiendo la mirada en la ventana del despacho donde repasaba las listas de las próximas detenciones. Más tarde, ya decidiría a quién pasaban por las armas y a quién no. Todavía tenía pendiente la lista de los detenidos que continuaban en la prisión de Ondarreta, a escasos metros de la vivienda en la que decidió instalarse cuando se llevaron a Juan Domingo Oyeregui, ese «nacionalista recalcitrante», al que ya le habían dado un escarmiento destruyendo por completo la fábrica de porcelanas recién construida.

Tan solo el olor del puro habano que estaba fumándose el juez alertó a Primitiva de que este continuaba en el despacho, así que evitó entrar a limpiar.

Ese odio furibundo que destilaba hacia todo aquel que no tuviera su mismo pensamiento ahora parecía haberse disipado. No acababa de

entender la petición que le hacía su gran amigo Olegario. ¿Qué tendría que ver un hombre de convicciones tan rectas como las suyas con Oyeregui? ¿A lo mejor había ido demasiado lejos bombardeando la fábrica?

En realidad, solo le estaba pidiendo conocer el destino de aquel hombre. ¿Por qué? ¿Cómo podría saberlo? La única razón que tenía para averiguarlo era poniéndose en contacto con él, solo que en el mismo telegrama se solicitaba absoluta discreción.

Un caso como el de Oyeregui no era cualquier cosa. Sabía, porque había obtenido pruebas de ello, que estaba detrás de toda la logística de los nacionalistas en Guipúzcoa, así que actuó con rigor. Pero hasta el momento no había dado la orden de fusilarlo porque prefería que sufriera penalidades en la cárcel, que implorara perdón, que se arrodillara rogando a la Virgen, que es lo que tenía que hacer, aunque el muy sinvergüenza en ningún momento había solicitado clemencia.

Volvió a tomar asiento para revisar los últimos informes que había recibido sobre las bajas registradas en las cárceles que le competían. Oyeregui seguía estando bajo su jurisprudencia. Lo comprobó para estar seguro de que continuaba con vida.

—Primitiva, avíseme cuando esté preparado el almuerzo, tengo que salir esta tarde.

—Como usted diga, don Joaquín. Enseguida estará la comida en la mesa.

—No me espere para cenar, porque llegaré muy tarde.

—Puedo dejarle algo en la cocina, si usted lo desea, don Joaquín.

—No es necesario.

En el horno de la cocina económica podía mantenerse varias horas cualquier sopa o guiso caliente. De hecho, no se apagaba por la noche porque las brasas de la leña se consumían tan lentamente que, cuando Primitiva se levantaba muy de mañana, la chapa de hierro sobre la que colocaba los pucheros todavía permanecía caliente.

—Como quiera, señor.

La solicitud de Olegario le había trastocado el trabajo de ese día, pero ante la petición de un gran amigo como él, el magistrado cambió sus planes.

Juan Domingo seguía estando preso en el penal de Miranda de Ebro, para que no se juntara con otros reclusos vascos que permanecían en El Dueso. Llevaba casi dos años. En todo ese tiempo nadie fue a visitarlo, porque él mismo se encargó de correr la voz sobre su fusilamiento.

Cuando el juez militar abandonó la vivienda en dirección al

acuartelamiento, la sirvienta aprovechó para limpiar el despacho. Normalmente no acostumbraba a husmear entre la documentación expuesta a los ojos de cualquiera. Pero esta vez le llamó la atención el telegrama que reposaba sobre una carpeta de cartón oscuro, inusualmente voluminosa.

«Te ruego indagues paradero Juan Domingo Oyeregui. Asunto privado. Aguardo noticias».

A la mujer se le heló la sangre. Lo leyó un par de veces. Percibió de pronto un sudor frío que parecía empapar todo su cuerpo. En ese momento estaba completamente sola en la casa, pero aún sintió terror por sus venas.

En cuanto terminó de repasar tanto las estanterías como el suelo de la estancia, abandonó el lugar, temerosa de que alguien la hubiera podido ver leyendo aquel telegrama que ni siquiera llegó a tocar. ¿Quién iba a descubrirla si no había nadie en la villa?

Cuando todos suponían que el cuerpo de Juan Domingo estaría pudriéndose en alguna cuneta o fosa común entre decenas de cadáveres sin nombre, aquella petición le hizo suponer que tal vez el propietario de la vivienda siguiese con vida.

Por eso, cuando vio a Carmen a través de la valla que circundaba la casa, no supo muy bien cómo reaccionar. Estaba demasiado nerviosa con lo que acababa de descubrir. Sentía mucho miedo; también esa inseguridad de alguien que teme cualquier tipo de represalia. No tenía a dónde ir, ni de qué comer si el militar la despedía. De ahí que cuando el juez entró en Gure Ametsa con la intención de quedarse a vivir allí, como estaba sucediendo, aceptó seguir sirviendo para él.

Llegó a la pastelería de la calle Urbieta bastante antes de la hora convenida. Desde que había descubierto que Juan Domingo no había sido asesinado, sentía una gran mezcla de sentimientos, entre la alegría porque continuaba con vida, y la desazón al pensar qué podría sucederle en un futuro inmediato.

Ese encuentro fugaz desde la ventana con la hermana de Maialen lo percibió como algo providencial. Ahora, al menos, podría hablar con alguien de un descubrimiento tan importante que tenía que seguir manteniendo en secreto. Nadie podía saber que ella lo conocía.

Eligió una mesita discreta en la parte interior del establecimiento, junto a la pared maestra que separaba el local del otro inmueble situado en la calle San Marcial. Accedió al lugar por la puerta principal que hacía justo esquina entre las dos calles.

No tenía muchas ganas de tomar de nuevo algo de leche. En casa había desayunado lo suficiente como para no tener necesidad de ingerir cualquier alimento otra vez. Era consciente de su privilegio, porque desde que el juez vivía en la casa no faltaba de nada. Una camioneta del ejército les surtía de todo aquello que necesitaban, y como don Joaquín acostumbraba a ser de estómago agradecido, a pesar de la escasez para el resto de la población, en Gure Ametsa siempre había qué comer.

Ya sentada, sin quitar la vista de la puerta de acceso por la que ella había entrado minutos atrás, Primitiva iba viendo el trasiego de clientes que frecuentaban la pastelería. Por fin vio a Carmen entrar apresurada buscándola con la vista.

Instintivamente, la mujer se levantó de la silla en la que hasta entonces estaba sentada para hacerse visible, mientras le hacía un gesto con la mano derecha.

Enseguida la vio. Ella sí tenía ganas de tomarse un buen desayuno, aunque la bollería era escasa.

—Tomaré un tazón de leche —dijo tras la salutación inicial entre ambas.

Primitiva no sabía cómo iniciar la conversación. Su lenguaje era demasiado limitado. En vascuence se manejaba mejor que en castellano, pero nunca se le ocurriría hablar en su lengua materna a la señora Carmen, a pesar de que ella también lo hablaba perfectamente.

Lo que acababa de descubrir se había convertido en lo más importante que tenía para comunicarle. Solo que estaba temerosa de acertar con las palabras.

El que la melliza de Maialen tomara la iniciativa, facilitó la conversación.

—¿Quién está ahora en la casa?

A partir de ese momento, sintió absoluta libertad para hablarle con franqueza, sin rodeos, acerca de cómo se desarrollaba la vida en el hogar de su hermana.

—Don Joaquín es juez militar. Pero no es un cualquiera.

Le inquietó a Carmen aquello de que no fuera «un cualquiera».

—¿Qué quiere decir? Explíquese, por favor.

Con miedo indisimulado, comenzó a definir, con el limitado vocabulario que tenía, cómo era el nuevo morador de la vivienda. Alguien bastante villano, cruel, por lo que alcanzaba a oír desde otras estancias, aunque con ella se mostraba amable y generoso.

Conocía el apodo con el que era conocido su patrón, solo que le producía tal escalofrío pronunciarlo que no parecía capaz de verbalizarlo. Sin embargo, un comentario de Carmen le dio el valor

suficiente para decírselo.

—Le llaman el Carnicero de San Sebastián, y no precisamente por su oficio.

Era conocido en la ciudad como el hombre más sanguinario, capaz de matar sin piedad a quien se le pusiera delante, si se trataba de alguien contrario a su ideología. Asesinaba con el mismo odio que los milicianos quemaban iglesias. «¿Qué diferencia hay entre unos y otros?», solía pensar para sí aquella buena mujer en la soledad de su humilde habitación, en el desván de la casa. «Ninguna —se contestaba a sí misma—. El mal es algo que corre por las venas. Condenado el que lo lleva».

Para Primitiva, la vida se componía de buenas y malas personas que habitaban en ambos lados de la contienda.

Mientras se retorcía las manos con nerviosismo, haciendo crujir los nudillos, pensaba en cómo decirle a su interlocutora que su cuñado seguía con vida.

—Don Juan Domingo está vivo.

A Carmen se le contrajeron todos los músculos del rostro. De pronto su mirada estaba ávida de información, pero su cuerpo se tensó por la impresión. Quería saber cualquier detalle, algo que le llevara hasta su cuñado para que Mattin le escribiera a Maialen y decírselo.

—No he podido saber nada más.

Eso, y que un tal Olegario le pedía información sobre él al juez.

Frente a la realidad

En la austera vivienda de Olegario solo se oía el chasquido de los dedos sobre la máquina de escribir: una impecable Hispano Olivetti M40 negra, de hierro fundido esmaltado, que presidia la mesa de madera de nogal sobre la que acostumbraba a trabajar, especialmente al caer la noche. El filamento de las dos bombillas que alumbraban la mesa parecía dar más luz cuando llevaban rato encendidas, aunque era obvio que se trataba de una de las tantas manías que tenía el buen hombre.

Estaba escribiéndole una carta de agradecimiento a su amigo Joaquín. Había tenido el detalle de contestarle con celeridad. Casi en la misma semana que él le envió el telegrama.

Ahora sabía exactamente dónde vivía en San Sebastián, y ya no tendría que escribirle a la Capitanía General a donde envió días atrás la comunicación.

Quería darle también una alegría a su ahijado Gregorio. Al día siguiente se acercaría hasta correos para enviarle la carta que le estaba escribiendo para contarle la buena nueva. O quizá mejor: le llamaría por teléfono. En el pueblo donde estaba había médico que, como todos los galenos del Estado, contaba con el privilegio de tener una línea telefónica, algo deficiente, sí, pero al menos servía para comunicarse.

Después de todo, qué menos que ayudar al chico. Ese hijo con el que tanto soñó y que nunca le dio el Señor tras la prematura muerte de su esposa. Le daba bastante pena que hubiera decidido irse a vivir al campo, en vez optar por un puesto en el ministerio, pero ante todo siempre quiso su felicidad y si Gregorio estaba contento asistiendo al ganado en medio de la nada, él no era quién para reprochárselo.

Magdalena, incapaz de conciliar el sueño, continuaba semi incorporada en la cama con una palangana de latón cubierta de esmalte blanco entre las manos. Tenía ganas de vomitar, se sentía débil, pero sabía demasiado bien que no era nada físico, sino consecuencia del impacto sicológico que le había producido tener que enfrentarse a la realidad, para contarle a su novio la razón por la que no podrían casarse.

Amaba a Gregorio tanto o más de lo que quiso a Juan Domingo. Desde el inicio de la relación lo sintió como un amor distinto, pasional, donde podía expresarse tal y como ella percibía el sexo con él, una forma diametralmente opuesta a la que le unía a su esposo, con quien su deseo nunca contó.

Se había vuelto a enamorar, muy a su pesar, de aquel hombre tan extraordinariamente atractivo que vio acercarse a caballo hasta el río

donde ella se bañaba desnuda.

No tenía la culpa de que su corazón volviera a latir, pero estaba absolutamente arrepentida de sentir ese amor pasional que se lo debía a Juanito y no a Gregorio, aunque era más que probable que aquel estuviese muerto.

Temía que el veterinario la odiase o, peor aún, que la ignorara. Quizá prefería que la despreciara a percibir ese rechazo controlado, o que la evitase públicamente sin perder el decoro por la exquisita educación recibida.

Sobre el techo corría el trenzado del cable que iba hasta la lámpara que alumbraba la habitación. Podía encenderla y apagarla desde la pera de madera que estaba junto al cabezal. Algo muy útil que le permitía no tener que levantarse hasta el interruptor situado junto al dintel de la puerta.

Quizá estuviese siendo algo injusta con Jacinta al negarse a hablar con ella de su ruptura con el veterinario. No podía obviar que la había acogido en casa de sus padres huyendo de la guerra, y a lo mejor debía explicarle lo que le estaba sucediendo. En el silencio de la noche oyó unos suaves pasos que se apresuraban escalera arriba. Por la ligereza al caminar, estaba casi segura de que era ella. No dudó en llamarla.

—¡Jacinta!

La mujer enseguida corrió hasta el dormitorio de su amiga. No era habitual que Magdalena elevara la voz, así que acudió con premura y cierta inquietud.

—¿Qué ocurre? —preguntó nada más entrar, cerrando de inmediato la puerta tras ella.

—Toma asiento —le pidió Magdalena—. Necesito contarte algo muy importante.

Ciertamente lo era. Cuando Jacinta escuchó la confesión de su amiga, no pudo menos que sentirse impresionada, aunque no la pilló por sorpresa, era consciente de que tendría que contarle toda la verdad a Gregorio tarde o temprano.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

A pesar de su fortaleza natural, Magdalena comenzó a llorar.

—Me quedan pocas opciones, Jacinta.

La mujer sabía que no eran pocas, más bien ninguna. Abandonar aquel pueblo de mala muerte le parecía la mejor decisión ante semejante realidad.

—Lo más probable es que Juanito esté muerto, pero ¿y si no lo está, Jacinta? ¿Si permanece encarcelado?

Desde que empezara la relación de los dos, no sabía por qué, pero

Jacinta intuyó que aquello no iba a traer nada bueno a su «señora». Algo en su interior le decía que el amor entre aquella pareja no iba a llegar a buen puerto, sino que traería dolor y sufrimiento a ambos. Ahora comprobaba que, muy a su pesar, tenía razón.

—Creo que debo marcharme. No puedo seguir aquí.

—Estamos en guerra. ¿A dónde vas a ir? Recuerda lo difícil que fue llegar hasta aquí.

—Mi hermano me ayudará. Tengo que irme. ¿Es que no lo entiendes?

Más que malhumorada, visiblemente nerviosa, Magdalena quería huir a la desesperada. De nuevo la vida estaba siendo cruel con ella.

—Más que la vida, es la guerra.

Durante todos los meses que llevaban allí, Jacinta se había acostumbrado a tutearla, como dos amigas que eran. Ahora, sin embargo, de pronto parecía que la distancia entre ambas volvía a tener sentido. Al menos, para Jacinta.

~

Don Pascual, que era el único que contaba con una línea telefónica en toda la comarca, acababa de recibir una llamada que requería hablar con el veterinario.

—Avísele, si es tan amable, y dígale que llamaré de nuevo por la tarde a las cuatro.

Poco antes de las once de la mañana, el galeno golpeó la aldaba de la casa de Gregorio con cierta insistencia. El veterinario no tardó en abrir.

—Buenos días, pasa. ¿Qué te trae por aquí tan de mañana? —lo saludó.

Antes de cerrar definitivamente la hoja de madera, le adelantó que acababa de recibir una llamada para él.

—Un tal Olegario. Me ha dicho que volverá a telefonear por la tarde, a las cuatro.

—Pasa, anda. Es mi padrino. —Gregorio sabía cuál era la razón de aquella llamada, pero prefirió desviar la atención de su colega—. Espero que no suceda nada en mi familia. ¿Te ha dicho si era algo urgente?

—No parecía por su tono. Ha sido muy amable —replicó el médico, sin darle mayor importancia, a pesar de que era muy raro que alguien llamara por teléfono.

Él únicamente lo utilizaba para solicitar alguna medicina que le corría prisa o bien para pedir que le enviaran una ambulancia, algo que en todos los años que llevaba en el pueblo tan solo había sucedido

en dos ocasiones.

—Iré un poco antes, por si mi padrino se adelanta.

—¿Por qué no te vienes a almorzar? Tengo una gallina que me trajeron ayer que la podemos hacer en el horno. ¡Para mí es demasiada comida!

—Será demasiada incluso para los dos, Pascual.

—Bueno, pero así sobrará menos para la noche.

Ambos eran de buche agradecido. Disfrutaban con cualquier vianda, ya fuese una gallina, como en aquella ocasión excepcional o unas patatas guisadas con apenas algo de chorizo y un poco de pan.

Todavía no habían dado las cuatro en el reloj de pared que presidía la salita donde los dos hombres permanecían charlando de cuestiones bizantinas, cuando sonó el teléfono.

—Cógelo tú, que será Olegario.

Gregorio se apresuró a incorporarse de la butaca, donde hasta entonces había permanecido sentado, para descolgar el auricular. Se trataba de un teléfono Ericsson de 1934, fabricado en ebonita. Pesado, pero bien lustroso, de un negro azabache inconfundible.

Ajeno a la razón real que había movido a su ahijado a pedirle ayuda, pensó que este se alegraría de lo que iba a comunicarle:

—Tengo una gran noticia que darte.

Lejos de mostrar gozo por lo que, sospechaba, iba a decirle, Gregorio temió lo peor, y era algo que jamás le hubiese gustado oír.

—Juan Domingo está vivo. —Aquellas cuatro palabras que acaba de escuchar al otro lado del hilo telefónico le partieron un corazón que ya estaba lastimado desde que Magdalena le confesara su realidad.

Pero no podía transmitir a su padrino en modo alguno la tristeza que le embargaba en ese momento.

—¿Dónde está?

—Mi gran amigo Joaquín me ha dicho que está preso en el penal de Miranda de Ebro.

Sin saberlo, su padrino acababa de arruinarle vida, ya que el sueño de contraer matrimonio con la mujer que amaba nunca se haría realidad.

—¿No te alegras de ello?

—Sí, claro, Magdalena va a ponerse muy contenta en cuanto se lo diga.

Intentando simular una satisfacción que en absoluto sentía, trató de recomponerse de la impresión que le había causado confirmar que el esposo de la mujer a la que amaba seguía vivo.

—¿De qué le acusan?

—Mi amigo Joaquín no me ha dado muchos detalles, tan solo que hará lo posible para que lo excarcelen.

A él le daba igual que saliera o no de prisión. Su vida acababa de irse por el arroyo en el que descubrió el cuerpo de Magdalena, deslizándose por las aguas cristalinas que bajaban de la sierra Cebollera. La mujer de la que se enamoró, pero con la que ya jamás podría formar un hogar.

Cuando colgó el teléfono, Pascual adivinó la tristeza que acababa de posarse en el rostro de su amigo.

Lo vio abatido, apesadumbrado, como si de pronto hubiese envejecido unos cuantos años.

—¿Ocurre algo?

Giró la mirada hacia la ventana de la estancia, en un intento de no fijar sus pupilas en los ojos de su amigo. Quería contarle lo que le sucedía, pero a la vez temía desnudar sus sentimientos de una realidad que truncaba todo su futuro junto a Magdalena.

Después de todo, el médico y él compartían tantas cosas, no solo en el ámbito profesional, sino también a nivel emocional, que se decidió a contarle el golpe tan doloroso que le había supuesto conocer el pasado de su novia.

—Todos mis sueños rotos, Pascual.

—Piensa en su dolor también, Gregorio.

Poco más acertó a decirle cuando el veterinario le comunicó lo que su padrino acababa de confirmarle.

¿Por qué?

De regreso a casa, Gregorio sintió el alma gélida, así como las manos entumecidas sin que hiciera especialmente frío. Se trataba de un agarrotamiento sicológico que ahora afectaba a su estado físico. Con la misma firmeza que pisó el suelo impecablemente encerado de la casa de Pascual, ahora caminaba por el camino de tierra que le llevaría hasta su domicilio, a pocos metros del dispensario médico.

Cuando Jacinta abandonó la habitación, Magdalena se miró al espejo y vio unas ojeras violáceas sobre una piel mortecina que no se correspondían con la lozanía que acostumbraba a irradiar. Parecía haber envejecido de golpe, de un día para otro, a causa del impacto de una realidad ante la que no sabía cómo actuar.

Martina no sabía qué ocurría exactamente, pero sí que a aquella joven que llegó al pueblo de la mano de su hija le pasaba algo serio. La sonrisa que siempre esbozaba al encontrarse con ella había desaparecido de su rostro. Habló con su hija a la hora del desayuno, cuando compartían el pan negro que Félix amasaba en el horno clandestino de la zahúrda, escondido tras los fardos de alfalfa. No es que fuera realmente negro, sino que se trataba de una hogaza oscura, hecha a partir de otros cereales distintos al trigo, que se vendía lo suficientemente bien para sacar algunas monedas o se intercambiaba por otros alimentos escasos en la aldea.

—¿Qué le ocurre a la Magdalena? A mí no vas a engañarme, hija. A esa muchacha le pasa algo, y yo quiero ayudarla.

En todos esos meses que la joven llevaba viviendo con ellos, Martina le fue cogiendo cariño, aunque no supiera expresarlo ni con palabras y menos con gestos de ternura. En el pueblo nunca les enseñaron a mostrar amor, solo a trabajar como animales casi desde que aprendían a andar. Ella misma dejó de ir a la escuela con ocho años para ayudar a su madre con la prole de hijos que la seguía a ella.

—No lo sé, madre. Y si lo supiera, tampoco se lo diría. La Magdalena no es como nosotros.

Martina calló. No era mujer de discusiones. Sus ojos cansados de pupilas marchitas habían visto demasiadas penurias en la vida como para no adivinar cuando el dolor se posaba sobre alguien. Tan solo le habló de la tristeza que estaba viendo en aquella mujer, que permanecía encerrada en su habitación.

—No lo será, pero su sufrimiento es como el nuestro. Todas las mujeres lloramos igual.

A Jacinta le inquietó aquella reflexión de su madre. Quizá quisiera hablarle del desamor sin saberlo. O bien de la tristeza que era

capaz de ver en su mirada. Aun así, prefirió no seguir comentando aquel asunto. Mientras Martina abandonaba la casa para dirigirse al gallinero a dar de comer a las aves, Jacinta recogió la ropa en un cesto de mimbre que se colocó en la cabeza. Iba a acercarse al lavadero. A esa hora no habría nadie y podría lavar la ropa en soledad. Prefería evitar cualquier conversación absurda con el resto de las mujeres del pueblo, que aprovechaban aquellos momentos para chismorrear sobre lo que ocurría por allí.

De camino le salió al paso el veterinario. Lo percibió algo nervioso, taciturno también.

—Dígale a Magdalena que necesito hablar con ella.

—Así se lo diré, don Gregorio.

Cuando la mujer emprendió de nuevo el camino hacia el lavadero, él la llamó de nuevo.

—Estaré en casa de don Pascual —le dijo.

No quiso concretarle la hora, ni tampoco ella se lo preguntó. Pero Jacinta intuyó que el encuentro entre ambos no tardaría en producirse.

Deliberadamente, el médico los dejó solos en cuanto Magdalena llegó a la casa. Ninguno de los dos mostró el más leve atisbo de alegría. Le impresionó sobremanera la tristeza que vio en el rostro de ambos. Esas miradas muertas que presagiaban un futuro desolador, como temía.

Ambos se miraron a los ojos, sin hablar, cautivos del dolor que les embargaba. Magdalena quería explicarle con más detalle las razones que la habían llevado al silencio, a ocultarle la verdad, por temor a que alguien descubriera quién era ella y las circunstancias por las que había tenido que convertirse en fugitiva, dejando atrás a su marido y a su hija.

Con el semblante taciturno, en su rostro ya no quedaba huella alguna de la felicidad compartida desde el día que se conocieron junto al río.

—Tenemos que hablar —dijo Gregorio.

—Sí, claro. —Qué otra cosa podía responderle en sus circunstancias.

—Tu esposo está vivo. —Consideró que lo mejor era decírselo cuanto antes y sin rodeos.

A Magdalena esas cuatro palabras la pillaron por sorpresa, porque no imaginaba que Juan Domingo siguiera con vida.

—Necesito que me escuches, Gregorio.

—¿No crees que ya es tarde?

A pesar de que se sentía engañado y traicionado, Gregorio claudicó y se dispuso a escucharla. Tal vez así pudiera encontrar alguna justificación para la actitud de la mujer de la que se había enamorado y con la que había querido compartir su vida entera. Conocer las razones que la llevaron a ocultarle la verdad podría traerle cierto alivio a su atribulado corazón.

—Ninguno de los dos somos culpables de lo que ha ocurrido, Gregorio. —A Magdalena le pareció la mejor forma de comenzar la exposición de una realidad contra la que se había empeñado en luchar durante todos aquellos meses—. Quizá lo mejor es que empiece por el principio.

Le habló de su boda, del origen de las familias de ambos, y también de esa hija, la pequeña Juncal, que de forma inesperada estaría creciendo en casa de su amiga Elena.

¿Por qué tenía que sucederle precisamente a él todo aquello? ¿Por qué la guerra se había ensañado de aquella manera con su prometida?

—¿Por qué motivo se lo llevaron?

—Simplemente por ser nacionalista.

—Por ser nacionalista no se bombardea la fábrica de nadie. A lo mejor se requisa, pero no se destruye.

Magdalena guardó silencio durante unos segundos. No sabía cómo responder a un comentario como aquel. Sintió que les separaban dos mundos tan distintos, que los alejaban de un amor difícil de recomponer.

—Lo vi con mis propios ojos, Gregorio. Vi estallar nuestro sueño —dijo, al fin—. La guerra solo provoca víctimas y dolor a inocentes como yo.

Ante aquellas palabras, Gregorio no supo qué decir. Se limitó a mirar a Magdalena, cuyo rostro estaba ensombrecido por la tristeza ante semejante tragedia. Le pareció frágil, desvalida, encogida de dolor. Tan solo acertó a preguntarle sobre su futuro inmediato.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Quizá lo mejor es que me marche a San Sebastián. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Tampoco Gregorio sabía a ciencia cierta qué decisión tomar. Estaba aturdido, embargado por el dolor hasta el punto de que no era capaz en ese momento de discernir entre lo que le dictada el corazón y el deber de un hombre de principios.

—Tenemos que tranquilizarnos, pensar, Magdalena. Estoy demasiado impresionado por todo esto.

—Como tú quieras. Aceptaré cualquier decisión que tomes.

¡Qué podía hacer ella más que comprender el dolor de su novio que era tan grande como el suyo!

Antes de abandonar la casa de Pascual, Gregorio quiso saber algo más sobre las circunstancias en las que fue detenido Juan Domingo.

—¿Por qué se lo llevaron? —repitió.

—Ya te lo he dicho. Por ser nacionalista.

—Pero ¿estaba implicado en algo?

—Estaba afiliado al partido, y eso para vosotros es un delito.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué me implicas en ello? No te reconozco, Magdalena.

Con la verdad, entre ambos parecía haberse abierto una brecha entre los dos difícil de superar.

—No es cuestión de buscar culpables, Gregorio. Juan Domingo está vivo, y yo debo estar a su lado.

Amaba a Gregorio por encima de todas las cosas, pero su deber estaba junto a su esposo al que dio por muerto desde la misma madrugada en la que se lo llevaron.

Deseaban abrazarse, pero eran conscientes de que no debían hacerlo. Era como si una barrera impidiera el acercamiento entre sus cuerpos que, a pesar del dolor, se querían tanto como se deseaban.

—¿Qué puedo hacer, Gregorio? Mi vida es un infierno. ¡Una tragedia constante! —Ahora sí que las lágrimas comenzaron a deslizarse sin control por sus mejillas, sin que hiciera nada para detenerlas.

Ninguno de los dos deseaba contener sus sentimientos. Que más les daba ya, si veían que su relación no tenía futuro alguno. Gregorio y Magdalena se fundieron en un abrazo conmovedor hasta que él le pidió que se alejara de su lado por el bien de los dos.

Que Olegario le dijera que su amigo iba a tratar de rebajar la condena de Juan Domingo y que saldría en breve del penal donde estaba recluido para Gregorio fue un nuevo golpe. Aquella circunstancia iba a alejar de él a la mujer que amaba y truncaba su sueño de una vida feliz junto a ella. En su fuero interno deseó que todo fuera diferente.

A la hora de la verdad, él estaba tomando partido por la causa de su padre por mucho que se hubiera esforzado en aparentar un distanciamiento evidente de la causa golpista. Por primera vez, sintió que decantarse por uno de los bandos en aquella guerra injusta y cruel los alejaba irremediablemente.

Magdalena, que nunca había estado interesada en la política, desde que se llevaron a Juan Domingo y vio cómo los militares sublevados dinamitaban la fábrica de porcelanas que con tanta ilusión

estaban construyendo, se sentía «nacionalista», o tan «roja» como la que más. Que más de daba la denominación, si estaba ya condenada en el bando de los perdedores.

Emprender el viaje de regreso a San Sebastián, o al menos alcanzar la comarca del Bidasoa iba a resultarle complicado, aunque con la ayuda de su hermano sería más fácil abandonar aquel pueblo enclavado en medio de la nada.

Por suerte, aquella provincia castellana carecía de guarnición militar por su escasa importancia desde el punto de vista estratégico. Solamente contaba con una caja de reclutas en la que estaban destinados unos cuantos soldados de oficinas. La única fuerza militar significativa era la Guardia Civil. El golpe contra el Gobierno de la República, apenas había tenido repercusión allí cuando se supo del alzamiento en África. Algo que facilitaba la huida hacia Navarra. Una vez allí, Magdalena ya podría sentirse segura gracias a Mattin, que se encargaría de gestionar su regreso para llevarla junto a su madre.

De vuelta a casa

Como único equipaje, llevaba la documentación facilitada por el funcionario al salir de prisión junto con un billete de tren para llegar a su destino. Juan Domingo no tenía a dónde ir ni cómo moverse. Sin una sola moneda, despojado de cualquier ropa de abrigo, las botas cuarteadas, por las que le entraría agua en cuanto lloviera un poco, apenas dejaban una huella pronunciada sobre el barro por el que caminaba en ese momento. Más que un hombre, parecía la sombra encorvada de una presencia fantasmagórica que se adentraba por la carretera, hacia la estación ferroviaria.

—Tenga buen viaje, señor.

Le sorprendió que, vestido con aquellos harapos malolientes, el mozo de la estación le dirigiera la palabra.

—Gracias, chaval. —E intentó esbozar una sonrisa al joven que le acababa de transmitir su buen deseo para el trayecto que iba a emprender.

Estaba acabado, enfermo, con una insuficiencia respiratoria intermitente que parecía manifestar una agonía irreversible.

Las palizas a las que había sido sometido en la cárcel y la desnutrición lo habían convertido en una sombra de sí mismo. Había perdido casi todo el pelo y sus ojos estaban tan hundidos en sus cuencas que parecía un cadáver andante, al que abrían paso los escasos viandantes que se cruzaron con él cuando llegó a la estación de tren de San Sebastián.

Habían pasado dos años desde el comienzo de la guerra, pero a juzgar por el aspecto tan envejecido y deteriorado que Juan Domingo mostraba, parecía que hubiesen trascurridos varios lustros desde entonces. En la quietud del puente de María Cristina, solo se respiraba esa calma tensa que desazonaba a una ciudadanía presa del pánico, porque en cualquier momento podría sonar la sirena de la relojería, avisando a los vecinos para que se protegieran en el sótano del inmueble donde habitaban.

Se trataba de una joyería ubicada en la confluencia de la calle Garibay con Andía. Tan pronto como tenían noticia de que se iba a producir un bombardeo sobre la capital, sus propietarios hacían que la sirena del establecimiento se oyera por toda la ciudad. Un sonido agudísimo que penetraba en el tímpano tanto de niños como de mayores.

A Juan Domingo el sonido le resultó familiar, porque antes de la guerra también sonaba a las doce en punto del mediodía. Entonces no era la joyería quien la hacía sonar, sino el periódico *El Pueblo Vasco*,

propietario de la sirena, que estaba ubicado también en la misma calle. Al estallar la guerra, el periódico cerró, y fue la joyería quien continuó con la costumbre que ahora se había convertido en una señal de prevención, muy apreciada por quienes, a pesar de los bombardeos, decidieron quedarse en la capital, que ahora ya estaba tomada por los sublevados.

Antes de llegar al barrio del Antiguo donde estaba Gure Ametsa, Juan Domingo tuvo que sentarse en varias ocasiones a lo largo del paseo de la Concha. Menos mal que había unos cuantos bancos en todo el trayecto. Aun así, sintió que la fatiga estaba minándole mucho más de lo que hubiese imaginado al abandonar el campo de concentración de Miranda de Ebro.

Ya no tenía costumbre de caminar, tampoco de respirar al aire libre. Quizá la brisa del mar era demasiado pura para unos pulmones tan maltrechos como los suyos.

El paseo de la Concha se le antojaba eterno, sin fin.

Maialen seguiría viviendo en la casa con la hija de ambos. Por fin podría abrazar con la escasa energía que le quedaba a sus dos amores. Al menos, había valido la pena todo el sufrimiento y las palizas en el penal, porque ahora al fin podría volver al hogar, aunque de la fábrica no quedara nada.

—¿Quién llama? —Juan Domingo no reconoció la voz de Primitiva.

—¿No me reconoce? Soy Juan Domingo.

Como si de una aparición venida de otro planeta se tratara, la mujer corrió como alma que lleva el diablo hasta la puerta. Temerosa de que alguien pudiera estar observándola, le dijo casi al oído:

—Márchese ahora mismo, señor. Márchese. No puede entrar en su casa. —Implorándole con el dedo índice que se había colocado sobre los labios, la buena mujer le pidió que abandonara rápido el lugar, temerosa de que don Joaquín, que se encontraba en el interior de la vivienda pudiese darse cuenta de la escena.

—No tengo a dónde ir, Primitiva.

—Vaya a Igueldo, donde Dominica. Ella le dará cobijo y le contará.

Sin darle opción a continuar con la conversación, la criada entró en la casa, cerrando la puerta de la verja a su paso.

La subida hasta Mendizorrotz se le hizo interminable. Cada treinta o cincuenta metros tenía que detenerse porque se encontraba al borde del desfallecimiento. Al pasar por la gruta de la Virgen de Lourdes, entró a rezar. Inmóvil, sentado en uno de los bancos traseros, la figura de Juan Domingo parecía la de un peregrino en plena

penitencia. Antes de continuar el camino hacia el caserío de Dominica, bebió agua del caño situado en uno de los laterales de la ermita. Sintió un leve escalofrío al ingerir varios sorbos, a la vez que parecía haber recobrado cierta energía para proseguir la ruta monte arriba.

Ya le quedaba poco para alcanzar la cima. Después de la subida agotadora para un hombre agonizante como él, el sendero que lo llevaba hasta el caserío transcurría por tierra llana. Al ver un manzano repleto de frutos, se dio cuenta de que tenía hambre. La debilidad le impedía ser consciente de cuánto tiempo llevaba sin comer, probablemente desde que abandonara la prisión días atrás. Cogió unas cuantas después de comerse la primera. Estaban algo ácidas, eran manzanas reinetas, esas que tanto le gustaban a Maialen, con las que hacía tartas y compotas para acompañar ciertos guisos.

Una de sus botas estaba rota, dejando ver todos los dedos del pie. Ahora sí que le costaba avanzar, menos mal que su destino ya estaba cerca, a unos doscientos metros, pero tuvo que volver a sentarse. Necesitaba descansar porque su respiración cada vez era más dificultosa. No solo la tuberculosis había hecho mella en su organismo, también la pleura mal tratada que le producía un dolor constante. Sintió por un momento que su hora estaba llegando, pero tenía que ser fuerte, porque necesitaba abrazar a Maialen para decirle que juntos volverían a construir Porcelanas Gorosti en cuanto terminara aquella guerra tan cruel.

Cuando Juanito llegó al caserío a Dominica le costó reconocerlo. Más que un hombre, vio la muerte andando. Le asustó lo dificultoso de su respiración, además de la extrema delgadez en un hombre corpulento como lo había sido en su día.

—Anda, pasa.

—Gracias, Dominica.

De inmediato le contó que Primitiva no le había dejado entrar en la casa y que no se había resistido porque se percató de que algo grave habría ocurrido allí.

Cuando la mujer terminó de contarle todo lo acontecido desde que a él lo llevaron preso, él perdió el conocimiento desplomándose ante ella. Como pudo, arrastró el cuerpo hasta la butaca de mimbre para intentar sentarlo, mientras pedía ayuda a uno de los hijos que andaba por el establo.

Entre los dos, asustados, lo llevaron hasta una de las habitaciones que había en la planta baja del caserío para acostarlo. A pesar de la insistencia de Dominica, el hombre no respondía a ningún estímulo.

—Llama al médico para que venga —le ordenó a su hijo.

Este, de inmediato, salió del caserío para correr ladera abajo

hasta el Antiguo, donde vivía el galeno que atendía a toda la zona de Igueldo.

Cuando el médico llegó, Juan Domingo aún respiraba con dificultad. Pero poco pudo hacer por él, salvo certificar su muerte poco después.

Con el cadáver de un expresidiario en casa, a Dominica la situación se le complicaba sobremanera. No necesitaba que nadie fuera a husmear por allí. Ya tenía bastante con sobornar al médico para que no se fuera de la lengua. No es que hubiera ocurrido nada irregular; al contrario. El galeno certificó que se trataba de una muerte natural debida a una insuficiencia pulmonar. Desde ese punto de vista todo estaba correcto. Pero a Dominica aquella circunstancia le ponía muy nerviosa, porque ya tenía bastante con el trasiego que se traía para hacer llegar las valijas diplomáticas a territorio francés, además del contrabando habitual al que se dedicaba, utilizando el puesto de verduras del mercado de San Martín como tapadera.

En cuanto Mattin supo lo que había ocurrido, se hizo cargo de todo lo relacionado con el entierro. De nuevo, el dolor se posó en la familia no solo Oyeregui, sino también en casa de los Epalza, donde Maialen se había instalado tras su regreso de Castilla.

Si enfrentarse a su nueva realidad iba a ser duro, despedirse del hombre al que amaba había sido además de doloroso, cruel. ¿Por qué la vida se estaba ensañando con ella de aquella manera? ¿Acaso no había sido suficiente con tener que presenciar la detención de su esposo a golpe de bayoneta y ver cómo dinamitaban su sueño? Tener que huir casi había sido algo menor, porque, al menos, el destino le había brindado la oportunidad de volver a enamorarse, pero ¿por qué ahora la vida le arrebataba esa felicidad que estaba a punto de alcanzar en medio de la nada junto a Gregorio?

Su cuerpo aún mantenía el calor del último abrazo el día que se despidieron. El deber les había arrancado esa ternura de sus vidas. Hasta ese día no había visto lágrimas en los ojos del hombre que la había hecho de nuevo feliz. Ahora no sabía muy bien qué le esperaba, pero era consciente de que junto a su esposo no sería capaz de sentir la misma pasión que había despertado en ella Gregorio, al que jamás volvería a ver.

Juliana decidió que fuera Mattin quien le comunicara a su hermana la tragedia. Ella se sentía demasiado vieja, abatida, como para verbalizar una muerte que sumiría a su hija en un dolor irreparable.

La alegría de abrazar a Maialen, quedó empañada por la tragedia manifiesta que Juliana no pudo ocultar al tenerla frente a ella, consciente de la pena que iba a producirle la noticia que le iba a dar su hermano.

En aquella casa todos sabían que Juanito ya descansaba en el cementerio del pueblo. Quien no sabía cómo comunicarle la tragedia a su hermana era Mattin. Apretando la boina en la mano, le pidió que se dirigieran al salón de la vivienda. Ambos se conocían demasiado bien como para saber si algo le ocurría al otro. Mientras Carmen permanecía junto a la madre en el comedor de la casa, Maialen tuvo la premonición de que su hermano iba a darle una mala noticia, aunque no imaginaba que fuera aquella.

—Juanito está muerto, Maialen. —Mattin abrazó a su hermana como quien protege al hijo desvalido.

—¡No puede ser! —La voz desgarrada de la joven se oyó en todo el inmueble.

No podía creer la sucesión de desdichas que estaba viviendo. Las fuerzas le abandonaban. Tras enfrentarse a la penosa despedida de Gregorio, la muerte de Juanito fue otro duro golpe que se sentía incapaz de soportar.

A pesar de ser una mujer fuerte, ya no le quedaba energía para hacer frente a más dolor. Durante todo el viaje de regreso a su casa, pensó en que juntos irían a buscar a Juncal, porque Elena tenía que devolverle a la pequeña. Pero ahora se veía obligada a afrontar esa búsqueda sola.

Casi ya no le quedaban lágrimas para encajar la noticia de que el cuerpo de su esposo yacía en el cementerio. ¿Por qué tenía que ensañarse con ella la desdicha? ¿Es que acaso, a pesar de la tragedia de la guerra, ella no se merecía ser un poco feliz? Al menos unos retazos de ilusión que compensaran su dolor. Creía firmemente tener derecho a ello.

Trató de serenarse. Su familia le mostró toda la ternura para que pudiera sobrellevar aquella desgarradora situación.

—Quiero ir al cementerio. —Su deseo de acercarse hasta el camposanto les pilló por sorpresa a todos.

Aun así, su hermana melliza se ofreció a acompañarla. Y Mattin quiso también sumarse.

En realidad, todos querían protegerla en un trance tan doloroso.

—Iré sola. —Ahora sí que la actitud de Maialen desconcertó a toda la familia. Por su entereza, pero también por una decisión tan extraordinaria como aquella. En medio del dolor la creían incapaz de caminar sola hasta el camposanto, que se encontraba a cierta distancia

del pueblo.

—Es una locura —se apresuró a decirle Carmen, que se encontraba junto a su esposo Santi, ambos mostrando su abatimiento sincero, ataviados de riguroso luto.

—No quiero que me acompañe nadie.

Una actitud tan inesperada como aquella sorprendió a cada uno de los miembros de la casa. Conocían bien su carácter rotundo cuando se lo proponía, también sabían de la fuerte personalidad, ya mostrada desde su más tierna infancia. Pero querer acudir al cementerio sola casi cada día les pareció algo absolutamente descabellado en aquellas circunstancias, cuando la tierra depositada sobre el féretro aún no se había asentado.

Nadie de los que estaba allí se atrevió a contrariarla. No sabían qué hacer ni qué actitud adoptar, hasta que Mattin tomó la palabra para dirigirse a todos:

—Es su deseo, y debemos respetarlo, aunque no estemos de acuerdo.

—Pronto se hará de noche —intervino Carmen entre sollozos mientras su esposo le ofrecía un pañuelo de tela blanco para que se secara las lágrimas.

—Os agradezco todo vuestro apoyo, pero dejadme ir.

Ya no se atrevieron a decir nada más.

Después de abrazar a cada uno de los miembros de su familia, Maialen abandonó la vivienda con paso lento, pero acompasado. En su mano derecha portaba el rosario que Juliana le dio antes de partir.

Durante meses ella había asumido que su marido había muerto hasta que Gregorio le dijo lo contrario. Enterarse ahora de su fallecimiento fue como si Juanito hubiese muerto dos veces para ella.

Se estaba haciendo de noche. Al caer la tarde, el camino hacia el cementerio se tornaba solitario. Durante el día, había más movimiento porque era la carretera que iba a Irún. Estaba a medio camino entre el barrio más alejado y el centro del pueblo protegido por la montaña. La carretera por la que circulaban los pocos vehículos de la comarca, así como La Bidasotarra, el autobús que iba hasta San Sebastián, separaba el camposanto del río.

La cancela del cementerio estaba abierta. Ahora lo estaba siempre, porque los sublevados habían ordenado que no se cerrara. Para ellos se había convertido en un punto estratégico, ya que en la vega que rodeaba al cementerio enterraban a algunos de los que morían en la cantera. Le impresionó contemplar la muerte en estado puro. Había una gran cantidad de tierra removida que ocultaba tumbas anónimas a las que nadie iría a llorar porque las familias no

sabían dónde estaban enterrados sus muertos. Una escena como aquella casi le producía más horror que la muerte de su propio marido, al que fueron asesinando poco a poco en el penal. Porque el que muriera en casa de Dominica fue algo casual, el desenlace de una muerte anunciada.

Los montículos de tierra removida junto a las tapias del camposanto seguramente escondían decenas de cadáveres recién fusilados, pensó, mientras rezaba un padrenuestro en memoria de todos ellos.

Cuando abandonó el cementerio, se juró a sí misma no volver a derramar una sola lágrima por nada ni por nadie. Quiso presenciar en primera persona aquel horror. Ver el nombre de su esposo grabado en aquella cruz de hierro sobre una chapa recubierta de esmalte blanco en la que lo habían escrito en negras letras góticas la sobrecogió. Ella hubiera añadido: «Asesinado por sus ideales».

Después de todo, pensó, era una auténtica privilegiada a pesar de la tragedia, porque su familia tenía un lugar adonde podía ir a llorarle, mientras que las esposas, los hijos y los padres de quienes descansaban tras la tapia nunca podrían hacerlo.

Qué distinta era ella ahora a cuando estalló la guerra. Entonces no sabía del dolor. Tampoco del sufrimiento que en ese momento le carcomía las entrañas. Con una entereza sorprendente, Maialen, mientras contemplaba el nombre de su esposo en la cruz, pensó en su hija. Tenía que dar con Elena cuanto antes. Era lo único a lo que podía aferrarse para salir adelante. Lejos de Castilfrío de la Cebollera donde abandonó al hombre de su vida por un deber, solo le quedaba encontrar a Juncal.

En el silencio del cementerio, paradójicamente sintió cierta paz a pesar del horror. Juanito descansaba allí para siempre. La vida que empezó a construir junto a él había llegado a su fin. Tenía que seguir adelante, forjarse un nuevo futuro cuando terminase aquella carnicería irracional, en la que todavía iban a morir miles de inocentes por ambos bandos. Ella, que hasta el estallido de la guerra solo había conocido el amor, ahora únicamente sabía de la intensidad con la que le azotaba el dolor.

Si había querido ir sola al cementerio fue porque deseaba enfrentarse a su realidad sin nadie al lado. Ante aquella tumba y en la más absoluta soledad, Maialen se juró a sí misma que empezaría una nueva existencia lejos de aquel entorno que ahora le resultaba más hostil que nunca. De ninguna manera iba a permitir que la guerra de nuevo le asestara otra puñalada.

TERCERA PARTE

Aurora y yo

Seguía intrigándome aquel Vuitton Vintage años sesenta que Aurora lucía con cierto porte, a pesar de su avanzada edad. En algunos momentos me parecía que no era yo quien estaba viviendo aquella experiencia tan extraordinaria, frente a una mujer que, de pronto, se había convertido en pilar fundamental para desentrañar el pasado de mi familia biológica.

—Y bien, ¿qué le ha parecido la casa?

Lo lógico es que me diese igual aquella casona semiabandonada en medio del páramo castellano. Solo que la historia de sus moradores ahora parecía haberse apoderado de mí. Quería saberlo todo sobre mi abuela Maialen. Me costaba llamarla así, porque yo siempre tuve una: Elena, aunque la conociera vagamente.

—Debió de ser una gran finca —se me ocurrió decirle, con la esperanza de que nuestra conversación acerca de aquella vivienda concluyese ahí.

—Sí que lo fue. —Hizo una pausa—. Venga —me pidió cuando estábamos a punto de abandonarla, y se dirigió a una parte del corral donde crecían un puñado de frutales descuidados de raquíticos frutos.

—Mire este acebo. ¿Le gusta? Era el preferido de mamá —prosiguió.

Me contó que sus padres lo trasplantaron hasta allí, desde el acebal de Garagüeta situado a poco más de diez kilómetros de Castilfrío de la Cebollera, entre el puerto de Piqueras y la sierra de Oncala.

A mí esos nombres únicamente me sonaban de oírlos en televisión cuando caían fuertes nevadas por tierras de Castilla, donde el frío no daba tregua durante los largos inviernos de riguroso clima continental.

El acebo que con tanto interés me estaba señalando mi recién estrenada tía estaba medio seco y no tenía ni el intenso verde de sus hojas ni el rojo de sus pequeños frutos.

—Siempre supe que tenía una hermana, solo que no la conocí hasta mi adolescencia.

~

Magdalena regresó al pueblo para reunirse con Gregorio después de encontrar a Juncal. No debió de ser fácil, al menos por lo que me contó.

En plena guerra, temerosa de que Mattin pudiese volver de nuevo

a su domicilio en el paseo de Salamanca de la capital donostiarra, Elena se embarcó en un pequeño merlucero camino de San Juan de Luz. Una vez allí, Feliciano, su antiguo amante, que contaba con una espléndida vivienda en Biarritz, la ayudó. Encontró una casa modesta, muy distinta a lo que estaba acostumbrada, en la que instalarse mientras durase la Guerra Civil. Con lo que Elena no contaba —ni ella ni nadie— fue con que, prácticamente al terminar la contienda española, estallase la Segunda Guerra Mundial y Francia fuese ocupada por los nazis.

Al enterarme, empecé a comprender el aire afrancesado que siempre tuvo mi madre, a la que tanto le gustaba acudir con frecuencia a la localidad labortana sin que ninguno de nosotros sospecháramos el origen de su debilidad por los pueblos de la costa vascofrancesa.

Sin saberlo, Elena escolarizó a la pequeña en el mismo colegio donde mi abuela biológica y su hermana gemela estuvieron internas. Durante ocho años, Juncal estudió en las aulas donde Maialen y Carmen recibieron una exquisita educación de la que luego ella se beneficiaría igualmente.

Entonces, en toda la zona labortana, era el único centro académico de prestigio al que podían acudir las élites de ambos lados de la frontera, junto con los herederos de la nobleza refugiada en la comarca, instalados allí tras la Primera Guerra Mundial.

Con una nueva identidad, a Mattin le costó mucho tiempo localizar a su sobrina. Cuando ya había perdido toda esperanza de encontrarla, un buen día recibió una nota de Ramona, el ama de llaves a la que le dejó escrita la dirección de su domicilio en un trozo de papel.

Tanto él como Maialen fueron en infinidad de ocasiones al domicilio de San Sebastián en busca de la pequeña, con el objeto de que la mujer les diera algún tipo de información sin conseguirlo.

—Ya le he dicho que no sabemos nada de la señora. Se marchó huyendo de la guerra.

Maialen supo leer en sus ojos la mentira. A ella no podía negarle que sabía dónde se encontraba su amiga con la niña. La conocía lo suficiente como para saber que, simplemente, se limitaba a guardar lealtad a su señora.

—Usted sabe dónde está la señora Elena, y le aseguro que caerá sobre su conciencia todo el peso de la ley, cuando esto acabe.

Tal vez aquella amenaza surtió efecto e hiciese que Ramona enviase a Mattin de forma anónima el paradero de Juncal. Después de tanto sufrimiento, aquella noticia fue para los dos hermanos la mayor

alegría que podían haber soñado.

—Juncal vive en Ciboure. Aquí tengo la dirección —le dijo Mattin a Maialen.

No podía ser verdad lo que su hermano acababa de comunicarle. Por fin, algo de felicidad después de años de tragedia.

—A ver, enséñame. ¿Qué pone? —Sin dudarlo, Maialen le arrebató el trozo de papel en el que figuraba el domicilio donde vivía Elena con la niña.

Estaba nerviosa, a la vez que excitada, porque dar al fin con el paradero de la pequeña iluminó su rostro de una felicidad perdida. Lo que no imaginaba era que tanto su antigua amiga como Juncal hubiesen cambiado de identidad.

—Se hacen llamar *madame* Cloe Daraspe *et fille*.

¿Qué aspecto tendría su hija ahora? Estaría a punto de cumplir siete años. Durante todo ese tiempo mi abuela estuvo luchando desesperadamente para encontrar a su hija. Tras descubrir que su casa estaba ocupada por el juez militar que ordenó la detención de su marido, no le quedaron fuerzas para seguir peleando por recuperar Gure Ametsa. Solo las escrituras que se guardaron en la vivienda de sus padres podrían demostrar algún día la propiedad legítima del inmueble.

—Mattin, tenemos que ir a por la niña.

Su hermano estaba dispuesto a acompañarla, pero ambos sabían que, si Elena había cambiado de identidad, el encuentro no iba a ser nada fácil.

—Juncal es mi hija y nada nos impedirá que regrese con nosotros.

De nuevo la guerra. Esa maldita guerra que solo traía dolor y sufrimiento a todos. Pasar la frontera volvía a ser otra odisea. Los nazis no eran como los carabineros, puesto que con aquellos no funcionaba ningún tipo de soborno.

Bajo el régimen de Vichy, en la Francia ocupada, a Mattin, nada amigo de ideologías, no le quedó más remedio que entrar en contacto con la Resistencia. Poco tenían que ver con sus intenciones que no iban más allá de conseguir llegar hasta la dirección de la vivienda en Ciboure y traerse a la niña. Solo ellos podrían ayudarle en su viaje al territorio vascofrancés.

De noche, entre varios hombres que caminaban con bastante más destreza que ella, se dispusieron a emprender camino por el sendero. Maialen no se achantó. Su hermano ya le advirtió de la dureza. Iban a ser pocos kilómetros, pero tendrían que andar entre maleza, altos helechos y sortear arroyos con alpargatas de esparto e incluso

descalzos algunas veces, hundiendo los pies en el barrizal.

—No te preocupes, sé valerme por mí misma, Mattin. Creo que te lo he demostrado yendo y viniendo hasta el pueblo de Jacinta, atravesando media España.

Sin duda podía hacer gala de una fortaleza nada común en una mujer como ella. Sin tonterías, antes de salir de casa de su madre, donde se instaló al volver de Castilfrío de la Cebollera, se enfundó unos pantalones de su hermano. Le quedaban un pelín cortos, algo anchos de cintura también. No dudó en calarse una *txapela* (boina) como el resto de los hombres que los acompañarían en la travesía.

—Estoy lista, vamos.

Su hermano la miró atónito. Sabía del carácter de su hermana, pero nunca sospechó que pudiera llegar tan lejos.

—Veo que no te amilanas ante nada ni nadie —le contestó, convencido de la valentía de su hermana.

En un zurrón improvisado, introdujo un vestido relativamente bien confeccionado junto con los zapatos negros que calzaba los domingos para ir a misa. También se acordó de meter un sombrero de fieltro, un cepillo, además de algunas horquillas para recogerse el pelo cuando llegase a Ciboure, porque quería presentarse en la casa como esa dama distinguida que siempre había sido, hasta que estalló la guerra.

La travesía no fue fácil, pero en ningún momento nadie la oyó quejarse. Eran cinco personas. Aparte de los dos hermanos y el guía, dos hombres más que solo hablaban en vascuence entre ellos configuraban una expedición repleta de silencios.

Maialen no era la última, sino que caminaba sin rechistar en primera posición tras el joven que les guiaba por el trazado establecido.

Cuando vio las aguas del Urdazuri, el río que desembocaba en la bahía de San Juan de Luz, respiró hondo. Conocía bien todo aquello de su paso por el internado.

Ciboure era una pequeña aldea contigua, habitada por gentes independientes que vivían de la pesca en su mayor parte y en menor medida de la agricultura. Prácticamente no tenía núcleo urbano. Solo unas cuantas casas en torno a la desembocadura del río, junto a la iglesia parroquial. Luego, decenas de extensiones agropecuarias que salpicaban el promontorio desde el que se podía admirar la bahía en todo su esplendor. Desde la cima de Bordagain la vista era fantástica, también la soledad, porque en Ciboure, ciertamente, se respiraba esa quietud que le daba un sosiego tan anhelado por ella.

Por eso Elena, con ayuda de Feliciano, su antiguo amante,

decidió alquilar la casona que estaba situada junto al ayuntamiento, a pie de calle, pero lo suficientemente discreta para que nadie pudiese apreciar quién vivía tras el espeso arbolado, que protegía de miradas curiosas la fachada principal del inmueble. Desde allí, a escasos metros, se encontraba el vial que transcurría paralelo a la desembocadura del río, que separaba Ciboure de San Juan de Luz.

En ocasiones, mientras Juncal estaba en el colegio, a Elena le gustaba subir a la cima del promontorio, y sobre todo caminar hasta la ladera noreste desde donde podía contemplar la bravura del mar Cantábrico en atardeceres de tormenta, al igual que la calma de las aguas en días de verano, que no eran muchos.

Aunque ni la edificación ni el entorno tuvieran nada que ver con la vida donostiarra, a Elena le gustaba vivir cerca del mar, como en su casa de San Sebastián en pleno paseo de Salamanca, frente al recién construido casino Kursaal, que se encontraba al otro lado del río Urumea. No es que fuera una entusiasta de la vida marinera, simplemente disfrutaba de la contemplación del vaivén de las olas.

Para los vascos de costa, la mar tenía un significado muy especial.

La ocupación nazi apenas se notaba en un pueblo tan pequeño como aquel. Juncal acudía al colegio cada día, donde convivía con las niñas que estaban internas en el centro. Hablaba español con cierto ligero acento francés, y un euskera labortano de sonoridad distinta al de esta zona de la frontera.

Porque el vascuence allí tenía una musicalidad distinta, ciertamente cantarina. Arrastraban la «r» de una forma bastante peculiar, algo que iba siendo más pronunciado a medida que se avanzaba hacia el interior. De hecho, en enclaves como Donibane Garazi (Saint Jean de Pie de Port) la capital de la Baja Navarra, o Maule (Mauléon) su homóloga en la demarcación de Zuberoa (Soule), los vascohablantes de la zona española tenían problemas para comprender el «suletino», una especie de dialecto del euskera, propio de aquella demarcación, que se distinguía además por la «ü» y también un acento tónico mucho más marcado que en la costa.

En la silueta de Juncal se adivinaba una francesita algo regordeta, de pómulos sonrosados que disfrutaba extendiendo la mantequilla sobre las rebanadas del brioche que Elena compraba los fines de semana en la panadería del pueblo, situada a escasos metros de la iglesia parroquial.

Fue una mañana de domingo, precisamente, mientras ambas disfrutaban del desayuno cuando Maialen golpeó la aldaba de la puerta. Antes le pidió a su hermano que aguardara a unos metros de

distancia, en la explanada del frontón municipal, prácticamente frente a la casona que habitaban Elena y la niña.

—No sé quién puede ser a esta hora de la mañana —dijo Elena, mientras se levantaba de la mesa para acercarse a la entrada.

Maialen acababa de enfundarse el vestido que había traído en el zurrón durante toda la travesía por el monte. Acababa de conseguir un aspecto presentable, al haberse lavado en una fuente de dos caños próxima a la casa que iba a visitar. Sus cabellos, todavía húmedos, irradiaban cierta pulcritud. Con el sombrero puesto y los zapatos negros parecía una dama de cierto porte.

Cuando Elena la tuvo delante se quedó petrificada; su rostro palideció. Fue como si en la puerta de su casa hubiese aparecido un fantasma.

—Vengo a por Juncal —fue el saludo de Maialen.

A Elena le costó reaccionar, pero al poco rato desplegó la misma energía que la había impulsado a dejar San Sebastián a pesar de pertenecer al bando vencedor y esconderse en Francia con la niña, que a todos los efectos era su hija legal.

—Es mi hija. —La rotundidad con la que le contestó puso en alerta a Maialen mientras intentaba mantener cierta compostura.

—Elena, será mejor que hablemos. —Vio a su amiga ciertamente nerviosa—. Tranquilízate.

—Si es sobre la niña, no tengo nada que decirte —replicó Elena, con la mandíbula tensa, y agresividad en su mirada—. Márchate, por favor —gritó lo suficiente como para que alguien que estuviera en las inmediaciones la oyera sin quererlo.

A partir de ese momento, fue consciente de que la situación iba a empeorar irremediablemente. Maialen no estaba dispuesta a abandonar aquella casa de estilo vasco sin su hija, a la que tantos años llevaba buscando.

—No me iré sola, Elena, y lo sabes.

Las voces entre ambas mujeres sobresaltaron a la pequeña que abandonó la mesa donde estaba desayunando, para apresurarse hasta la puerta principal de la casa.

—Una madre no es quien la pare, sino quien la cría.

Aquellas palabras fueron como un puñal para mi abuela biológica. Elena sabía herir cuando se lo proponía. Brotaba hiel por la comisura de sus labios en ese momento. Parecía desencajada, fuera de sí, como si la locura se hubiera apoderado de ella.

Asustada, la pequeña se situó junto a Elena, mientras encorvaba la cabecita para tratar de protegerse, de alguna manera, con la falda del vestido de esta.

—¿Quién es esta señora, mami?

—Ya se va, mi amor. —Es lo único que acertó a contestarle a una niña cabizbaja, que buscaba algún tipo de protección ante la escena a la que estaba asistiendo.

—Soy tu madre, Juncal.

La niña, impactada por lo que acaba de oír, se dirigió a Elena titubeando, a punto de romper en sollozos.

—Mamá, ¿qué está diciendo esa señora?

—No le hagas caso, todo es una confusión.

Maialen no estaba dispuesta a que su hija la tomase por una desequilibrada.

—Tú sabes que no es así. Juncal es mi hija y si está contigo es porque no has querido devolvérmela. Tanto mi hermano como yo acudimos infinidad de veces a tu casa a buscarla, y tú diste la orden de que no se nos facilitara vuestro paradero.

—Juncal es mi hija, y nunca te la devolveré. ¡Nunca!

La pequeña escuchaba asustada cómo aquella mujer totalmente desconocida afirmaba ser su madre con absoluta convicción. A sus seis años, a punto de cumplir siete, tenía la capacidad suficiente como para tratar de comprender lo que estaba sucediendo. Era una niña despierta, inteligente.

A pesar de su corta edad, a Juncal no le pareció que aquella mujer estuviese desvariando porque cuando se giraba hacia ella la miraba con dulzura. Pero sentía temor. Tenía mucho miedo. Nunca había visto a Elena, a la que consideraba su madre, comportarse con esa brusquedad. Sin querer, por sus pómulos empezó a caer un reguero de lágrimas mientras se agarraba a la cintura de Elena.

—Márchate de aquí y no vuelvas jamás, o te denunciaré a la gendarmería.

—Hazlo si te atreves. Sabes que puedo demostrar que Juncal es mi hija.

Cuando oyó el desafío amenazante de la que había sido su amiga, Elena notó que empezaba a perder entereza, esa seguridad que estaba acostumbrada a esgrimir con arrogancia, y hasta con cierta chulería. Pero tuvo la suficiente fortaleza como para mantenerse amenazante.

—Nunca podrás hacerlo. Porque Juncal es una Argaña. Su pasaporte lo demuestra y lo que tú digas no te servirá de nada, porque ha sido una adopción legal, en toda regla. ¡Es una Argaña, y no me la vas a quitar! —gritó enloquecida. Había perdido totalmente la razón.

Muy a su pesar, con la mirada de la niña clavada en sus pupilas, Maialen comprendió en ese momento que acababa de perder a su hija. Los mismos intensos ojos azules de la pequeña la miraban con cierto

temor, pero a la vez aturdidos ante lo que acababa de decir. «Soy tu madre». Aquellas tres palabras se quedaron grabadas en el pensamiento de Juncal para siempre. «Soy tu madre». Ya no volvió a ser la misma niña risueña de hasta entonces, porque, aunque Elena la siguiera tratando con todo el amor, ella supo que aquella mujer desconocida para ella hasta entonces no le estaba mintiendo.

En Argia ya no volvió a brillar la «luz», que era lo que significaba el nombre de la casa en castellano. En la place Camille Jullian, aquella soleada mañana de domingo, se apagó para siempre la alegría que hasta entonces brotaba del corazón de la pequeña, porque, por más que Elena se empeñara, ya nada volvió a ser igual.

La parte baja de la fachada principal quedaba parcialmente protegida por las hortensias y rosales que florecían cada primavera, así como por los árboles que daban sombra a la casa durante el verano. El espacioso balcón de la primera planta, al que se accedía desde los tres dormitorios principales, contaba con un escudo de armas integrado en la estructura de hierro fundido.

Igual ocurría en el de la segunda planta, de dimensiones mucho más reducidas, puesto que el desván tan solo contaba con un acceso al balcón.

Como en el resto de las viviendas próximas, todas tenían las contraventanas pintadas de rojo, no intenso, sino de un tono ligeramente apagado, algo oscuro, que podría recordar a la tonalidad de las cerezas de Itxasou, que se cultivaban en la localidad próxima de las que tomaba el nombre.

Los años que mi madre habitó en aquella casa fueron un secreto que siempre ocultó hasta su muerte. Ni mis hermanos ni yo jamás le oímos hablar de aquella infancia, ni, por lo tanto, de sus vivencias en tierras labortanas. Tan solo algún comentario sobre su estancia en el internado para justificar ante nosotros su impecable francés al que, por cierto, solo acudió como alumna externa.

Aurora lo sabía porque su madre le contó la verdad pocos años antes de morir. Consideró necesario hacerme partícipe de esta realidad, para que yo supiera quién fue mi abuela y el auténtico pasado de esa parte de mi familia biológica.

—¿Cuándo conoció usted a mi madre?

—Yo tenía doce años. Fue impactante. Puedo asegurárselo.

Tras el desconsuelo de no poder llevarse a su hija, rota de dolor, mi abuela se juró a sí misma que por enésima vez saldría adelante. Tenía un tesón fuera de lo común, porque era una mujer a la que la adversidad no la amedrentaba, solo que su mundo emocional cada vez iba haciéndose más impenetrable a los sentimientos. Tanto

sufrimiento en tan poco tiempo fue minando el carácter de mi abuela. Decidió regresar a Castilfrío de la Cebollera, pero sin perderle el rastro ya nunca más a su hija, que continuó viviendo en Francia hasta los diez años.

—Mis padres se casaron, fueron muy felices, y papá la apoyó siempre en su lucha para recuperar a Juncal. Yo la quise como a una hermana, pero hay cosas que no se pueden forzar.

Desde que la conocí en la notaría de aquel pueblo perdido donde Leandro me recibió con toda calidez, vi en Aurora esa naturalidad noble tan poco frecuente de hallar.

Quizá mi madre jamás asumió aquella realidad que, siendo una niña, la marcó una mañana de domingo, cuando su verdadera madre irrumpió por sorpresa con la intención de llevársela.

Me seguía sorprendiendo aquel Vuitton Vintage de los años sesenta, igual al que yo había heredado de mi madre, porque ahora sí que estaba convencida de que tenía algún significado especial. Aun siendo una indiscreción, me atreví a preguntarle por su origen.

—Supuse que usted conservaría el de su madre, así que me he permitido traerlo como señal de nuestra unión, si me lo permite.

Ciertamente, en cuanto vi aquel bolso, supe que nos uniría un pasado desconocido para mí y al que aquella mujer iba a conducirme, como así hizo.

Pasados y futuros entre sí

En el despacho se me apilaban todo tipo de papeles, memorias portátiles, y varios discos duros que contenían documentación de lo más variopinta, relacionada con las nuevas estrategias que estábamos a punto de abordar.

Todavía no me había repuesto del impacto que me causó descubrir mi pasado biológico, cuando Germán me habló de la posibilidad de acometer una remodelación en Gure Ametsa, la villa en la que viviríamos tras nuestro enlace matrimonial.

Por más que intentara seguir queriéndole como antes, descubrir que aquella casa fue donde nació mi madre, sin quererlo, estaba cambiando mis sentimientos. Si bien no tenía la culpa de nada, yo empezaba a verlo como el heredero de un asesino, a pesar de que él desconociese el verdadero origen de la vivienda.

De momento, preferí ocultarle la verdad.

A mi padre sí que le puse al corriente. No fue fácil.

—Desconocía por completo lo que me estás contando. —Estaba absolutamente impactado de lo que acababa de revelarle. Yo quería saber si él, en algún momento, intuyó que mi madre le escondía algo.

—¿Nunca te habló de los años que vivió en Ciboure?

Negó con la cabeza cualquier conocimiento sobre ello.

—Recuerdo que cuando yo le hablaba de mi infancia en Elantxobe, correteando cuesta arriba o bajando hasta el puerto para pescar, ella evitaba hablar de su niñez. Nunca lo hacía. Pero tampoco le di mayor importancia. Eran otros tiempos.

Cuando empezamos a hablar de Elena, el semblante de mi padre se tornó más serio.

—La relación que tenía con ella era enfermiza.

—¿Por qué?

—Nos obligó a que viviéramos aquí. Algo que acepté por lo mucho que yo quería a Juncal. Tu madre fue una mujer adorable. Muy especial. Esa compañera con la que todos los hombres soñamos. —En ese momento percibí que se le humedecían los ojos—. Elena siempre estaba pendiente de cualquier movimiento que hiciera tu madre. Quería controlarlo todo. Como si Juncal siguiera siendo una niña pequeña.

Ahora comprendía mi padre esa obsesión que tenía con su hija. Ese miedo exacerbado a que alguien se la arrebatara.

—Coro, hay algo que yo también te he ocultado durante todos estos años sobre tu abuela.

Me sobresaltó sobremanera aquella afirmación. Se puso muy

serio. En su rostro aprecié cierto pesar. Mi familia parecía ser una sucesión de sorpresas en la que nada era como yo lo percibí hasta entonces.

—Elena terminó sus días en un siquiátrico.

No podía ser verdad lo que mi padre acababa de confesarme. Aquella noticia sí que me hizo estremecer.

—¿Por qué? ¿Qué le ocurrió?

Guardó silencio unos segundos antes de proseguir.

—Tú tendrías unos cuatro años más o menos, cuando una mañana se encerró contigo en su habitación sin permitir que entrara nadie.

Intenté recordar aquel episodio, pero no lograba visualizar la escena. Tan solo me venía a la memoria una ancianita con sombrero, muy enjoyada, que me estrechaba en sus brazos, hasta casi dejarme sin respirar bajo la atenta mirada de mi madre.

También evoqué un olor intenso a perfume que percibía cuando me acercaba a ella y que no me gustaba especialmente por lo penetrante que me resultaba.

Al parecer, hubo un momento en que se obsesionó con mi presencia, confundiéndome con mi madre cuando tenía mi edad más o menos.

—El siquiatra nos dijo que no podíamos vivir con ella porque tú podrías correr cierto peligro. —Comenzó a tener brotes violentos, a levantarse por la noche para acercarse hasta mi habitación con la intención de llevarme a su cuarto y encerrarnos las dos. Mi padre concluyó—: Con muchísimo dolor, tuvimos que ingresarla.

—Debió de ser muy duro para amá.

—Lo fue, pero solo hicimos lo que nos aconsejaron todos los médicos a los que consultamos. Que no fueron pocos.

Mi padre se mantuvo en silencio hasta que decidí retomar la conversación.

—¿Cuándo murió exactamente?

—Vivió unos cuantos años más. Pero perdió totalmente la cordura. —Sentado en la butaca orejera en la que acostumbraba a echar la siesta, prosiguió—: Ahora comprendo esa obsesión enfermiza que tenía con Juncal.

Yo hice un gesto de asentimiento mostrándome de acuerdo ante la afirmación que acaba de hacer.

—No me marcharé a Marbella, hasta que hayamos descubierto toda la verdad —dijo. Y de pronto me hizo una pregunta que me desconcertó—: ¿Qué hiciste con las joyas de tu madre? ¿Las retiraste del banco?

—Siguen allí. No he vuelto desde que me diste la llave.

Recordó que, además de las joyas, en la caja de seguridad había un sobre cerrado de reducidas dimensiones a mi nombre. Yo no me percaté de ello cuando fui con él. Es más, no recordaba que hubiese algo más que alhajas en tres o cuatro joyeros distintos, porque la caja tenía un tamaño considerable.

—Quizá deberías acercarte a ver qué contiene ese sobre. Probablemente sea algo importante relacionado con todo esto.

A mi padre la intuición no le fallaba. Toda su vida demostró tener un extraordinario olfato para los negocios.

Intenté centrarme en mi trabajo, pero no podía evitar pensar en todo aquello.

Los socios austriacos estaban a punto de llegar para que presentáramos juntos la cosecha del aceite de calabaza ante los medios especializados. Ya estaban las primeras unidades debidamente etiquetadas en el almacén de Colón de Larreategui. Aitá y yo decidimos que se haría la cata la próxima semana, coincidiendo con la presencia de la delegación de Estiria. Iba a ser todo un acontecimiento gastronómico en Bilbao, la plaza en la que tanta expectación habíamos creado entre un público que ya adquiría nuestros productos *on line*. Después de todo, aitá era de Elantxobe, así que por sus venas corría sangre vizcaína. Estaba feliz.

Sin embargo, yo no podía olvidarme de todo aquello. Simulaba aparentar pasión en el trabajo, pero mi cerebro estaba en la historia de Maialen y de forma directa entrelazada con el abuelo de mi prometido. Aurora, esa mujer que acababa de entrar en nuestra familia para quedarse, había puesto patas arriba todo mi mundo emocional.

Germán me percibía tensa. Me hablaba de la boda, de las obras que teníamos que acometer en Gure Ametsa, pero yo no mostraba interés en todo aquello.

—No sé qué te pasa, estás ausente.

—Tengo demasiado trabajo. Son días complicados, eso es todo. —Siempre le contestaba lo mismo cada vez que me insistía en ello.

Cuando lo tenía junto a mí, pensaba en ese abuelo adorable del que me habló, de quien heredó la casa que había expoliado a mis abuelos biológicos. Desde que lo supe me resultaba imposible separarlo de aquella circunstancia. Un episodio del que, en algún momento, decidí que le hablaría, solo que antes tenía que hacerme con la documentación que avalara todo aquello.

Seguro que Ignacio podría ayudarme también esta vez. Un notario tiene recursos suficientes para obtener la titularidad anterior a la de su abuelo magistrado en un periodo oscuro de la historia, como lo fueron todos los expolios que se llevaron a cabo durante la Guerra Civil española. Así que lo mejor sería hablar con él.

Su despacho estaba bastante cerca del mío. Me pidió que le contara mi experiencia con su colega Leandro. A pesar de que ya le adelanté por teléfono lo cercano que había sido conmigo, ahora tendría ocasión de hacerle partícipe de todo de lo que Aurora me fue confesando. Todavía tenía un último encuentro pendiente con ella, al que ninguna de las dos pusimos fecha al despedirnos.

—Podemos cenar juntos si quieres. —La propuesta de Ignacio me vino como anillo al dedo.

Antes tenía que acercarme hasta la caja fuerte del banco para descubrir el contenido de ese pequeño sobre del que me había hablado aitá. Solo me quedaba sincerarme también con Ignacio, en quien acostumbraba a depositar toda mi confianza cuando se trataba de temas delicados como este y, a quien mi madre, antes de morir, confió aquel documento manuscrito.

—Estupendo. ¿Qué te parece que vayamos a Rekondo? —me propuso.

—De acuerdo, estaré encantada de compartir contigo esos *txipirones* en su tinta y sopa de pescado tan deliciosa que hace Iñaki. Es de los pocos establecimientos en los que ya se puede degustar la cocina de siempre.

Afortunadamente, coincidíamos en nuestras preferencias gastronómicas.

—Pero la próxima vez iremos al Alto Vinagres —le dije—. Allí sí que está el cielo en la tierra.

De Arzak me gustaba todo, pero especialmente la calidez con la que siempre nos trataba Elena, la mejor sucesora que Juan Mari pudo imaginar porque con su hija al frente, el restaurante continuaba en manos de la familia. A pesar de la sofisticación y las exigencias que conlleva ser uno de los mejores restaurantes del mundo, Elena Arzak tenía esa virtud de la que pocos cocineros pueden hacer gala: hacer que nos sintiéramos cómodos y relajados entre la genialidad de unos platos creados tras meses de investigación en el laboratorio de la planta superior. Como el que habían elaborado a partir de un bogavante delicioso que tuvimos ocasión de probar antes de que lo incluyeran en la carta.

Gracias a Mariano, el sumiller, siempre descubríamos nuevos vinos. Nunca olvidaré una noche de celebración en la que, a los

postres, nos sorprendió con un exclusivo Pedro Ximenez, de Toro Albalá 1964.

Conocedor de mi afición a los vinos de Jerez gracias a mi gran amigo Antxon, un enamorado de esta singularidad vinícola, nada pudo hacerme más feliz durante la cena que acompañar los dulces con algo tan exquisito y único. En aquella ocasión, para sorpresa del resto de los comensales, trajo hasta nuestra mesa una pequeña barrica de la que extrajo con mimo varias copas. Fue un momento mágico. El éxtasis supremo como coronación a un menú que Elena elaboró personalmente para nosotros.

—Hecho, Coro. La próxima cena en Arzak. Ahora me encargo de gestionar la reserva de esta noche. Pasaré por casa para cambiarme y quitarme este traje de notario. —Percibí en su voz cierto humor al hacerme ese comentario sobre su atuendo de diario.

Me alegré de su decisión, porque, despojado de la corbata y el sempiterno traje gris marengo o azul marino, Ignacio se quitaba unos cuantos años, con lo que ajustaba su aspecto a la edad que realmente tenía e incluso aparentaba una jovialidad más acorde con su carácter.

Confidencias

Rekondo contaba con una de las mejores bodegas del mundo. Enclavado en el inicio de la subida al monte Igueldo, en este restaurante se podían degustar esos platos de toda la vida, tanto en la terraza bajo los plataneros que daban una sombra fantástica durante los días de verano, como en alguno de los comedores del interior. Fue casa de labranza antes que sidrería. La edificación ya estaba en pie cuando en su huida, mi *amona* Maialen acompañada de Jacinta, de camino a la casa de Dominica, pasaron por delante.

Del caserío original quedaba la fachada de piedra impecablemente restaurada, además de un acceso que no había variado desde que en los años sesenta abrió sus puertas como sidrería. Era un sitio sencillo. Desde el principio se degustaban chuletas a la brasa y una excelente tortilla de bacalao, platos que se hicieron famosos gracias a los innumerables devotos que acudían a la ermita de Lourdes Txiki, situada a escasos metros del caserío. La misma en la que Carmen, la hermana melliza de mi abuela Maialen, hizo de correo, en connivencia con Dominica para pasar valijas diplomáticas a Francia.

Una actividad muy habitual entre los donostiarras de antaño eran los paseos matutinos a las montañas que protegían la bahía de la Concha, para disfrutar del *hamaiketako* (almuerzo mañanero) en caseríos que ofrecían algo de comida a los caminantes. Un buen caldo de gallina, conocido en vascuence como *salda*, un trozo de chorizo cocido (*txorizo egosia*) o carne de vacuno también hervida (*haragi egosia*), para la que normalmente utilizaban el morcillo, la parte alta del animal, que va desde la pantorrilla hasta la corva de la res, porque resultaba más jugoso.

Esta costumbre solo se mantenía ahora, entre las generaciones más jóvenes, por un puñado de montañeros ocasionales que continuaban compartiendo el almuerzo al terminar el paseo matutino.

A Ignacio le gustaba conversar e incluso discutir conmigo. Podíamos pasarnos tiempo hablando de cine o de antigüedades, aficiones comunes a ambos. En algunas ocasiones solíamos acudir juntos a los mercados dominicales que se organizaban en localidades francesas, no demasiado lejanas a la frontera. De vez en cuando, encontrábamos piezas realmente interesantes, como la media docena de sillas desvencijadas que llevé a un restaurador, para que les devolvieran el esplendor que lucieron en el pasado. Habitaban majestuosas en la sala del consejo de la empresa. De hecho, llamaba la atención el barniz mate tan peculiar con el que el artesano les dio la

última mano.

—¿Cómo te fue con mi amigo Leandro? Me adelantaste algo por teléfono, pero cuéntame despacio.

—Es una historia de gran dolor.

—Me lo imagino. —Le inquietó mi afirmación, a pesar de que ya la conociera de forma parcial—. ¿Más del que te adelanté?

—Bastante más, Ignacio.

A partir de ese momento le hablé de Gure Ametsa. Mientras iba narrándole los hechos que hicieron huir a mi abuela biológica, así como la tragedia que vivió durante todos los años posteriores, Ignacio abandonó al notario, para transformarse en una persona empática, que se hacía cargo de mi nueva situación. Después de todo, éramos grandes amigos.

Ciertos detalles no le pillaron por sorpresa, porque conocía el documento que mi madre le entregó pocos meses antes de morir.

—¿Vas a contárselo a Germán?

—Por supuesto. Es una cuestión extraordinariamente delicada para la que tengo que buscar el momento.

Quería negármelo a mí misma, pero, muy a mi pesar, el amor que sentí hasta entonces por mi prometido parecía que empezaba a tambalearse. Descubrir que su abuelo fue el causante de toda la sucesión de desgracias que vivió mi familia biológica era algo que no podía olvidar cada vez que pisaba Gure Ametsa.

Me fijaba en cada una de las piezas antiguas que decoraban la vivienda. La estancia principal seguía estando presidida por el cuadro de Sorolla del que Maialen se enamoró en una exposición. También la vajilla en la que una hoja de un acebo unía sus iniciales: M&E. Maialen Epalza.

Costaba tanto creer que por las venas de Germán corriera sangre de aquel asesino de salón, que cada vez que estábamos juntos no podía evitar pensar en Maialen.

—Así es, Coro. En la guerra afloró lo peor del ser humano. Tanto en uno como en otro bando. —Ignacio hizo el comentario con absoluta convicción de lo que decía.

Esa circunstancia poco o nada tenía que ver con la ideología, sino con la miseria humana. Ser buena o mala persona no dependía de un pensamiento u otro, más bien de la nobleza que anidara en cada uno de nosotros o de unos sentimientos malvados como los que caracterizarían a su abuelo, sin duda.

—Fue un bandolero asesino, Ignacio.

Calló. Quizá, mi amigo notario no se atrevía a pronunciar las mismas palabras que yo, pero sí que asintió a lo que acababa de decir

con un ligero movimiento de cabeza.

—Pero Germán no tiene la culpa de ello. Es ajeno a toda esa historia. Ni siquiera lo sabe —quiso hacerme esa precisión.

En los ojos de Ignacio aprecié cierto pesar, pero también algo de conmiseración hacia mi prometido, más que nada por el dolor que iba a causarle cuando le confesara lo que acababa de descubrir.

—Habla con él cuanto antes, porque si no lo haces, vuestra relación se resentirá.

—Desde que lo supe, siento que algo se ha roto entre nosotros, Ignacio. —Mi sinceridad le conmovió.

No quería que fuera así, me negaba a aceptar que el hombre con el que iba a casarme estuviera directamente emparentado con quien destrozó la vida de mis abuelos, y también la de mi madre.

—Tienes que asumir esa circunstancia, de lo contrario no vas a poder vivir.

Desde la discreta mesa en la que nos habíamos sentado, podíamos observar al resto de los comensales mientras que nosotros pasábamos desapercibidos. Siempre me gustó tomar asiento en puntos donde no llamase la atención. Tanto Ignacio como yo, disfrutábamos de la cocina de aquel restaurante. A mí lo que más me gustaba era el modo en que elaboraban esos platos clásicos de la cocina vasca que comenzaban irremediablemente a desaparecer de las cartas. Especialmente los *txipirones* en su tinta, tan deliciosos como sorprendentes para quien desconociera esa forma de prepararlos con mimo durante horas. A mi amigo notario le perdían asimismo las carnes a la brasa, al igual que a Germán. Debía de ser una cuestión masculina, de testosterona.

—Habla cuanto antes con él, te quitarás un peso de encima —insistió.

—¿Cómo crees que reaccionará?

—No tengo ni idea, porque apenas lo conozco, pero es un hombre cabal. Equilibrado. Todo un científico de prestigio. Aunque pienso que será un duro golpe para él.

Antes de abandonar el restaurante, Ignacio me dio un sobre.

—¿Qué es?

—La voluntad de tu madre.

Ninguno de los dos dijimos nada más. Nos miramos sin hablar. Ambos sabíamos que ahí estaban las piezas que necesitaba para completar la historia.

Cuando abandonamos el restaurante me sentí mejor. Desahogarme con Ignacio había sido una buena idea, porque no solo era el notario de la familia, sino una persona a la que tanto mi padre

como yo podíamos confiarle cualquier tipo de asunto.

Antes de arrancar el coche, tuve la tentación de abrir el sobre, pero preferí no hacerlo. Todavía, pensé, no había llegado el momento. Necesitaba seguir un poco más de tiempo para enfrentarme a la voz escrita de mi madre.

Aquella noche decidí llamar a Germán. No le extrañó que le quisiera ver enseguida.

—Nos vemos mañana en casa. Me quedaré allí todo el fin de semana.

Pues sí. Me pareció un escenario único para hablarle de lo sucedido tras los muros de Gure Ametsa.

Aquel día no pude concentrarme en el trabajo. Le pedí a mi secretaria que no me pasara ninguna llamada.

A diferencia del resto de las ocasiones, esta vez no me arreglé especialmente para la cita. Mi cabeza solo era capaz de rumiar el pasado de aquel inmueble al que ahora me dirigía, sin saber cuál iba a ser el desenlace de nuestra relación. Antes de llamar a la puerta, me detuve ante la verja exterior para contemplar la villa con tranquilidad.

Miré al balcón del dormitorio principal situado en la primera planta. También a la ventana donde estuvo el despacho de mi abuelo Juanito. Traté de descubrir alguna señal en la cerradura, y sí. Vi que el hierro que la rodeaba había sido manipulado porque lo percibí mal fundido. El herrero no debía de tener mucha pericia, porque se apreciaba la hendidura resultante alrededor de la colocación de una nueva cerradura.

Eso fue, al menos, lo que yo pensé.

Cerré los ojos antes de tocar el timbre para intentar reproducir con la información que había recibido de Aurora cómo se desarrollaría aquella cálida madrugada de verano en la que el Carnicero de San Sebastián cambió el destino de mi familia.

Germán me vio antes de que me diera tiempo a llamar. Salió al paso. Como siempre, nos besamos en el rellano de la entrada.

—Ya falta menos para que esta sea tu casa.

En ese momento, mi reacción fue tan espontánea que hasta yo misma me sobresalté.

—Siempre fue mi casa.

Tras unos segundos de aturdimiento absoluto, Germán reaccionó como no podía ser de otra manera en él.

—Claro, mujer. Pasemos, no nos quedemos aquí.

Nada más entrar al salón y ver la vajilla decorada con tanto amor

por Carmen, mi tía abuela, me quedé junto a la alacena en la que seguía luciéndose majestuosa, con las iniciales entrelazadas por la hoja de acebo y el lirio plateado de Durero, en el centro del plato.

Sin decirme nada, yo sentía que Germán estaba percibiéndome distante, ausente, ensimismada en algo que él desconocía. Mientras iba hablándome de cuestiones relacionadas con nuestro inminente enlace, yo no podía quitarle ojo a la vajilla.

—Veo que te gustan estos platos. A partir de ahora serán para ti.

En ese momento creí que había llegado la hora de hablarle del pasado. Para qué iba a esperar más. Si hasta entonces había mantenido la mirada clavada en las iniciales de la vajilla, ahora giré la vista hacia Germán.

—Tengo que hablarte de algo muy serio. Algo que probablemente cambie nuestra relación.

Seguía apreciando todo el atractivo de un hombre que me enamoró nada más conocerle, solo que ahora primaban más los sucesos de los que acababa de enterarme gracias a tía Aurora. Sí, había decidido llamarla por nuestro parentesco. Tenía que ir acostumbrándome a mi nueva realidad familiar.

Germán se sorprendió, más que nada por mi actitud, que distaba mucho de la que hasta entonces mantuve hacia él. No me percibió próxima, tampoco con esa calidez que acostumbraba siempre a mostrarle cuando estábamos juntos.

—Tú dirás.

Parecía intrigado. Expectante. Incluso algo preocupado.

Me acerqué hasta la alacena para coger uno de los platos entre mis manos. Miré fijamente aquel lirio que destacaba tan delicadamente con luz propia sobre el resto de la decoración, y luego observé a Germán.

—¿Sabes a quién pertenecen estas iniciales?

—Claro que no. ¿A qué viene esto ahora, Coro? —contestó, algo contrariado—. ¿Por qué te interesa tanto esa dichosa vajilla?

—Esas iniciales pertenecen a mi abuela.

Se quedó estupefacto.

—Discúlpame, pero ¡qué tontería estás diciendo! Eso es imposible.

—Maialen Epalza. Fue un regalo que le hizo mi abuelo Juan Domingo Oyeregui, los verdaderos propietarios de esta casa.

Absolutamente desencajado, sin entender lo que yo le estaba diciendo, en su rostro vi no solo la perplejidad, sino también una tensión extraordinaria, inusual en él.

—¿A cuento de qué viene esa afirmación, Coro? ¿Qué estás

diciendo?

Esta vez preferí que nos sentáramos frente a frente. No juntos, en el Chéster donde acostumbrábamos a seducirnos en otras tantas ocasiones, mientras tomábamos el aperitivo antes de cenar.

A medida que iba narrándole la tragedia de mi familia, percibí en Germán un aturdimiento sincero.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo? Es gravísimo.

—No tengo ninguna duda.

Tía Aurora estaba dispuesta a ratificarlo donde fuera necesario si yo se lo pedía.

—¿Tienes escrituras de propiedad? —Aquella pregunta me hirió. Estaba dudando de mi palabra, cuando yo simplemente le acababa de poner sobre la mesa una realidad—. Entiéndeme por favor, Coro, es tan horrible lo que acabas de contarme, que necesito aferrarme a algo.

—No dudes de mi palabra, por favor.

Ignacio consiguió la escritura original de la vivienda, fechada en 1933 en una notaría de San Sebastián. La casa fue construida pocos años antes, en 1925, por sus anteriores propietarios. No había ninguna duda sobre la autenticidad del documento, y sí sobre la documentación con la que su abuelo la hizo suya. Se lo expliqué tal y como me lo hizo saber mi amigo notario.

—Como nadie la reclamó, después de unos años, tu abuelo pudo inscribirla de forma legal.

Yo tenía todos los papeles que avalaban lo que le estaba diciendo. Parecía sinceramente abatido. Germán no acertaba a pronunciar frase alguna. Simplemente perdía la mirada en el infinito.

—Fue uno de los tantos expolios que hicieron los sublevados durante la guerra.

No se sentía culpable de lo que su familia hizo pero sí absolutamente consternado del sufrimiento de una tal Maialen, aquella mujer de la que yo le estaba hablando.

—Por lo que me dices, pudo al menos rehacer su vida en Castilla. —Intuí que Germán de algún modo quería mitigar el impacto emocional que me había provocado aquel suceso.

—Su marido murió nada más salir de la cárcel —le contesté. No supo qué decirme. Yo proseguí—: La amiga a la que le confió a su hija se la arrebató. Esa hija era mi madre.

Fui explicándole con detalle los episodios más relevantes.

A pesar de la felicidad que experimentó tras el nacimiento de Aurora, mi abuela continuó sufriendo toda su vida por su otra hija, Juncal, que era mi madre, a la que Mattin le hacía un seguimiento férreo para no volver a perder su rastro.

—¿Consiguió recuperarla?

—Fue mi madre quien, cuando alcanzó la mayoría de edad, se presentó en Castilfrío de la Cebollera para conocer a su madre biológica. —Le conté que a tía Aurora se le humedecieron los ojos cuando me lo dijo—. Una escena demasiado emotiva como para que yo sea capaz de describírtela con detalle.

Percibí su emoción mientras buscaba las palabras exactas para narrar aquella estampa que debió provocar el llanto, tanto de Maialen como de Gregorio.

—En parte se trató de un espejismo —continué relatando a mi prometido.

—¿Por qué? —Germán quería conocer sobre todo qué fue de mi abuela biológica después de tanto sufrimiento.

—Nunca se acostumbró a vivir con la ausencia de Juncal. De hecho, siempre la persiguió un sentido de culpabilidad injustificado a todas luces.

—¿Cómo fue la relación entre tu madre y ella?

—Sí que existió.

Ignacio me contó que mi madre se murió con la pena de no haber tratado más a su madre biológica, a pesar de que cuando falleció Gregorio se vino a vivir a Navarra un tiempo antes de ingresar en el convento.

—Mantener en silencio semejante secreto debió de ser muy duro para tu madre también.

Asentí con la cabeza.

—Ella quiso que yo lo supiera a su muerte.

Fue entonces cuando hablamos del documento que depositó en la notaría de Ignacio para mí. Solo que el inesperado deseo de Aurora por contactar conmigo precipitó que yo conociera ese pasado que acababa de alterar el origen de mi madre.

—¿Dónde terminó sus días Maialen? —A él también le estaba impactando conocer toda esa circunstancia.

Tras la muerte de Gregorio, en la comarca del Bidasoa encontró durante un tiempo esa paz que tanto anheló a lo largo de toda su vida. Mi tía Aurora se marchó a Madrid, mientras que Maialen, después de pasar unos meses trabajando en la panadería de su cuñado Santiago como encargada de la pastelería, ingresó, por sorpresa, en la congregación de las carmelitas descalzas.

—Carmen se llevó un gran disgusto porque ella y su esposo habían planeado ofrecerle el negocio, tras su decisión de marcharse a América.

A Tiburcio, el hermano mayor de Santi, que huyó durante la

Guerra Civil a Venezuela, los negocios le iban viento en popa. Contaba con miles de cabezas de ganado en una hacienda situada a dos horas de San Fernando de Apure. Los Llanos era una extensa región ganadera ubicada en la cuenca del Orinoco, dividida entre Venezuela y Colombia, donde la agricultura también tenía gran peso económico.

Cuando llegó de mozo a la hacienda Hato El Frío, Tiburcio no sabía demasiado de cultivos, pero sí de la cría vacuna, ovina y caballar. Pero sus negocios no se limitaron al campo. Necesitaba alguien en quien confiar la nueva iniciativa que le rondaba en la cabeza y, quién mejor que su hermano y su cuñada para afianzar la panadería que acababa de abrir en la capital del estado. Ellos sabían mejor que nadie no solo hacer pan, sino también todo tipo de repostería, así que, con semejante conocimiento, pensó Tiburcio, aprenderían rápido a elaborar todo tipo de arepas, el plato nacional del país.

Gracias a la comunidad vasca de exiliados que se había asentado en aquel país, salir adelante le resultó más fácil, porque entre unos y otros se ayudaban lo que podían, tejiendo una modesta red de influencias, muy útil a la hora de ubicarse.

Cansados de la penuria que asolaba al país y las paupérrimas ganancias del obrador navarro, Carmen y Santi no dudaron en embarcarse hacia La Guaira, donde, al cabo de unos años, hicieron una importante fortuna en una Venezuela próspera de la que ya nunca regresaron a la cuenca del Bidasoa.

—¿Dónde murió Maialen? —me preguntó Germán, con cierta curiosidad.

—Al parecer, está enterrada en el convento de Santa Teresa aquí, en San Sebastián.

Creía saberlo todo sobre ella, y sin embargo todavía no había visto una foto suya. Me la imaginaba alta, de mirada inteligente pero envuelta en cierto halo de misterio. También pecosa, luciendo una melena pelirroja, que destacaría sobre su estilizada figura, y rotunda al caminar.

No lograba visualizarla enfundada en un hábito carmelita en pleno corazón de la ciudad, pero sí aislada del mundo, cumpliendo con el voto de silencio en una clausura elegida voluntariamente por ella.

Caminos de paz

Desde la primera vez que pisé aquella casa, sentí una energía especial sin saber por qué. Tampoco le di demasiada importancia, ya que nunca creí demasiado en esas cuestiones, pero ahora que conocía la historia completa de la vivienda, tuve la convicción de que algo me mantuvo unida de alguna forma al inmueble donde se tejió la historia de mi familia materna.

Que ahora fuera a convertirse en mi hogar me producía una sensación contradictoria. Por una parte, cierta alegría de habitar donde nació mi madre, solo que imaginar también el dolor que debieron de sufrir mis abuelos al verse despojados de su sueño revolvía mis entrañas.

Tan solo faltaba un mes para nuestro enlace. Iba a ser una boda absolutamente discreta, a la que solo asistirían mis hermanos, aitá y los hijos de Germán. Nos casaríamos en la cripta del Buen Pastor a la que se accedía por la parte trasera de la catedral, para que yo tuviese la oportunidad de depositar después de la ceremonia el ramo de flores sobre la tumba de mi madre. El cementerio se encontraba en el subsuelo de la iglesia. Al llegar al panteón de los marqueses de Argaña, se admiraba la riqueza tanto de sus esculturas, como de los frescos del techo revestidos en pan de oro.

La primera vez que entré allí siendo una adolescente, me impresionó hasta el extremo. Jamás hubiese imaginado que el semisótano de la catedral albergase semejantes mausoleos, dignos de reyes. Fue una soleada mañana de Todos los Santos, cuando acompañé a mi madre para depositar un centro de crisantemos. En el resto de los panteones que fui descubriendo a mi paso no vi flores frescas. Parecía que nadie los visitaba.

Cuando llegamos a la capilla de los Argaña parecía hacerse la luz. El mármol de Calacatta con el que estaban hechos cada uno de los ocho sepulcros brillaba por sí mismo. Aquel blanco profundo, entreverado de elegantes vetas grises, destacaba en las pequeñas esculturas religiosas que ornamentaban la estancia con altar propio.

Años más tarde, cuando enterramos a nuestra madre, me interesé por el origen de aquella sucesión de panteones que permanecían ocultos para el resto de la ciudadanía, y a los que no estaba permitido el acceso a menos que fueses descendiente directo de sus propietarios.

—Todas las familias que aquí están presentes fueron benefactoras de la catedral. —El párroco de la iglesia, parco en palabras pero correcto, fue explicándome el significado de aquellas tumbas—. Financiaron la construcción. Sin su ayuda, no se hubieran culminado

las obras —apostilló.

Luego me contó algunas curiosidades más.

—Nadie sabe que el documento que se colocó junto con la primera piedra fue firmado por Alfonso XIII cuando tenía tan solo dos años y medio.

Se trataba del primer documento oficial suscrito por el monarca, que acostumbraba a veranear en la capital donostiarra con su progenitora, la reina María Cristina, en el palacio Miramar, frente a la bahía de la Concha.

Mi madre estaba enterrada allí, junto a una familia que no era la suya, al lado de una mujer esquizofrénica que la arrebató de sus padres. Quizá los muertos debieran descansar junto a sus seres queridos, pero ¿reposaban sus restos donde en realidad tenían que estar?

—Coro, deja las cosas como están —me contestó mi padre sin un ápice de duda cuando le hablé de ello.

—Quizá debiéramos comprobar que el cuerpo de Maialen está efectivamente en el cementerio del convento. ¿No crees, aitá?

Me confesó abiertamente sus dudas acerca de indagar.

—¿Para qué? Deja que los muertos descansen donde están.

No sabía muy bien hasta dónde quería llegar, tan solo que aquella historia ligada a mi existencia me tenía atrapada, e incluso obsesionada en algunos momentos. Nunca me había interesado especialmente nada que no fuera hacer negocios y ampliar la empresa familiar, pero ahora me estaba arrastrando hacia un pasado que mi madre nos ocultó, sin que comprendiéramos por qué lo hizo.

—¿En qué va a cambiar tu vida todo eso, Coro?

Pensé la respuesta antes de contestarle a mi padre.

—No lo sé, pero quiero saber la verdad.

Se hizo el silencio. Percibí en su rostro ausente que no deseaba seguir hablando de ello, hasta que de pronto giró la cabeza desde la butaca donde permanecía sentado para sorprenderme con su respuesta.

—Está bien, hablaré con Pepita.

¿Qué tenía que ver aquella mujer nada refinada y vulgar que conocí en la clínica? Pepita fue la novia del tío Josetxo. Conoció a mi madre y parece que llegó a ser su confidente, hasta cierto punto, a juzgar por las cosas que me contó de ella mientras compartimos días de hospital, cuidando a nuestro tío. Pero ¿qué tendría ella que ver en todo esto?

—Vive en el puerto, muy cerca del convento. Sé que lo frecuenta, porque mi hermano hizo generosas donaciones a la congregación.

Aitá me contó que una hermana de Pepita ingresó en la orden siendo casi una niña. Su vivienda estaba situada al lado de la capilla de San Pedro Apóstol, en el número 1 del paseo del muelle. Delante de casa, todas las hermanas ayudaban a la madre a reparar los aperos de pesca, especialmente redes que cosían con destreza durante jornadas interminables, sentadas al sol en banquetas demasiado bajas, o sufriendo el frío húmedo del Cantábrico.

En una familia de pescadores, lo más normal era que ya desde la adolescencia, las chicas aprendieran rápido a enhebrar la aguja para reforzar las mallas, y cuidar al detalle las redes.

Como consecuencia del plomo o las piedras, lo habitual era que al engancharse se rompieran por distintos sitios. Las que eran más pequeñas se cosían en casa, pero las de cerco muy grande que tenían centenares de metros, las recomponían a la vista de quien anduviera por el paseo del muelle donostiarra, frente a sus casas.

Tanto Pepita como sus hermanas fueron rederas hasta que lograron aprender un oficio mejor pagado y menos duro que el de coser redes, por el que, en la mayoría de los casos, ni siquiera cobraban una remuneración digna.

Pepita logró hacerse con un nombre en la ciudad tras estudiar peluquería en París. Arantza, por el contrario, la benjamina de la familia, sintió desde muy joven la llamada de la fe, lo que le llevó a ingresar en el convento que más cerca estaba de su casa, con tan solo diecisiete años.

—Seguro que ella conoció a Maialen —señaló mi padre.

Esa era la razón por la que quería que hablásemos con Pepita, para que nos sirviera de enlace y acceder así al convento.

Lejos de ser una comunidad importante, apenas una docena de ancianas vivían en una edificación deteriorada, en la que todas las celdas tenían goteras. En el obrador todavía se desenvolvían con cierta energía. Seguían amasando las rosquillas a mano, «como nos enseñó nuestra madre».

Se referían a la madre Dora, la abadesa que expandió el negocio de la repostería: una fuente de ingresos importante para la congregación que se ocupaba también de la huerta en la que cultivaban tomates, vainas (judías) y otras verduras que formaban parte de la dieta diaria de las religiosas.

Pregunté si tenían alguna imagen de la madre Dora, pues sabía que no era otra que Maialen. Necesitaba ver su rostro, ver si mi madre se parecía a ella o si alguno de mis hermanos o yo misma habíamos heredado alguno de sus rasgos. En las dos ocasiones que me reuní con Aurora, no se me ocurrió pedirle una foto, porque seguro que unas

cuantas tendría, pensé.

Arantza también la conoció, ya de muy mayor. Fue quien nos habló con más calidez sobre ella.

—Fue una madre para todas nosotras. —No se estaba refiriendo a su papel como abadesa, sino al cariño con el que siempre trató a las novicias más jóvenes, cuando iban ingresando en el convento—. También nos hablaba de lo importante que era para ella ver las cosas con cierta perspectiva.

Arantza nos recordó sin titubeos lo que tantas veces le decía a ella la madre Dora, ante su impaciencia: «Deja escribir al tiempo». Con ello se refería a que, tarde o temprano, todo se encaminaba de nuevo por el sendero de la razón.

Con ella «el convento de la subida al castillo», como se conocía entre los donostiarras, vivió sus años dorados, de mayor esplendor. Habitaban en él más de medio centenar de religiosas, bajo la atenta mirada de la madre Dora, quien hizo famoso el obrador artesanal desde el que salían los postres caseros, para muchas de las sociedades gastronómicas ubicadas en la parte vieja de la ciudad. En Gaztelubide, situada a poco más de cincuenta metros del convento, adoraban las natillas que cada lunes puntualmente recogía uno de los integrantes del popular Coro de la Castaña, antes de iniciar la cena después del ensayo.

Luego también estaban las tiendas de comestibles donde la clientela aguardaba impaciente las rosquillas de anís, pastas de té o el brazo de gitano previo encargo, que desaparecían a las pocas horas de que llegase la mercancía al establecimiento.

A pesar del tiempo que había transcurrido desde el fallecimiento de la abadesa, Arantza que debido a su avanzada edad apenas veía, nos hablaba casi con fervor religioso de Dora, quien, al parecer, tuvo un carisma especial, además de un liderazgo innato entre las monjas a las que dirigió hasta su muerte.

—Nos contó que ingresó en la orden al quedarse sin familia. Su compromiso con el Señor continuó aquí.

A mi padre y a mí nos sorprendió aquella confesión. Guardamos absoluto silencio, sin que en nuestros rostros se atisbara expresión de sorpresa alguna. Más aún que la nombrasen abadesa, porque la Iglesia, incluso en la actualidad, no permitía, ni siquiera excepcionalmente, que lo fuese una mujer viuda, como era su caso.

—Es evidente que ocultó su verdadera identidad. —A mi padre no le extrañó ese extremo.

—¿Cómo pudo hacerlo?

—En aquella época no era como ahora, Coro. Bastaba con una

partida de nacimiento, en la que, sin duda, falsificó su estado civil.

Sin la ayuda de Arantza no hubiéramos podido averiguar algunos detalles decisivos para nosotros, como la fecha de su nacimiento.

Estábamos completamente seguros de que los restos de Maialen, la madre Dora, descansaban para siempre en el cementerio de aquel convento al que yo siendo niña, acudía, de tarde en tarde, de la mano de mi madre.

Como consecuencia de toda aquella circunstancia, mi relación con Germán parecía algo resentida. Ambos decidimos no hablar más de ello, aunque nos desasosegara la realidad que conocíamos ahora por igual.

En aquel edificio en el que se respiraba pasado en cada uno de sus rincones, ninguno de los dos pudimos olvidar desde entonces los sucesos que acontecieron allí. Pensé que quizá sería buena idea retirar la vajilla del lugar tan visible del salón donde permanecía expuesta, junto al Sorolla. Pero no lo hicimos. Al pasar junto a ella, evitábamos mirarla, hacer cualquier comentario, pero continuaba en el mismo lugar donde imaginaba que la había ubicado mi *amona*.

German sí que optó por utilizar otros platos cuando almorzábamos juntos en la terraza los días que yo podía acercarme. Aquel mediodía estuvimos cerrando algunas cuestiones relacionadas con el enlace. Ya cuando llegué a Gure Ametsa percibí cierto nerviosismo en él.

Lo achaqué a la boda. A fin de cuentas, se trataba de un acontecimiento importante para nuestras vidas.

—Antes de que empecemos a almorzar, quiero que veas esto.

German tomó entre sus manos una caja de madera recubierta parcialmente con papel marmoleado. Tenía un par de bisagras, además, y un cierre original que incluía unos lazos de lino, a juego con el degradado del papel. Acababa de sacarla de su mochila Samsonite en la que siempre transportaba su ordenador portátil.

El rostro de mi prometido ahora se había tornado algo dubitativo, inseguro.

—Es para ti —me dijo mientras observaba mi reacción. —Me sorprendió su actitud porque no era la de un novio emocionado, sino que parecía transmitir cierto pesar—. Creo que esto nos hará sentirnos mejor a ambos.

Sabía que adoraba la papelería. Aquella caja tan delicada, confeccionada a partir de materiales nobles como la madera, escondía ese regalo tan preciado por Germán que consideraba iba a contribuir a

recobrar la armonía. Me pareció preciosa y enigmática a la vez. Digna de ocultar un misterioso secreto.

Se hizo el silencio. Cuando la tuve entre mis manos, antes de deshacer los lazos de lino azul cielo que la mantenían cerrada, pensé en qué podría haber en su interior. No tenía ni la menor idea, así que preferí acariciar suavemente la fina tela de aquellas dos lazadas que abrirían la puerta al regalo que jamás hubiese podido intuir.

Ante mí tenía las escrituras de Gure Ametsa. Aquellas con las que el abuelo de Germán se hacía con la titularidad. También figuraba la donación que este hizo a su nieto mayor. No podía dar crédito a lo que estaba leyendo.

—¿Qué significa esto, Germán?

Con mi pregunta estaba siendo sincera, porque en realidad no entendía por qué tenía que darme a mí aquella documentación.

—Quiero que Gure Ametsa sea tuya. —Hizo una pausa. Luego apostilló—: Es lo justo.

Fui incapaz de contestarle, porque no acertaba a articular una sola palabra. Yo, que no era una mujer de emocionarme, sentí que se me estaba nublando la vista por las lágrimas.

—Confío, Coro, en que no sea tarde para hacer justicia. —Seguía bloqueada, como si de pronto me faltara vocabulario para responderle, e incluso aire para respirar. Mientras me observaba con cierta serenidad, en su semblante seguía vislumbrando cierto atisbo de pesar—. En cuanto me confesaste lo que ocurrió aquí, en ningún momento dudé de que tenía que entregarte esta casa, porque es vuestra.

Su opinión acerca del patriarca de la familia cambió desde entonces. Germán me confesó que, a partir de aquel día, en vez de recordar a su abuelo con ternura, las imágenes que dibujaba su mente eran las de un hombre sin piedad e impasible al dolor ajeno, luciendo el uniforme militar que todavía uno de sus tíos conservaba en el domicilio de Getxo.

—Espero que ello pueda mitigar, al menos en parte, ese episodio tan terrible que sufrió tu familia —concluyó.

Además de apropiarse de la titularidad de la casa, su abuelo también se hizo con el solar donde estuvo Porcelanas Gorosti. Al parecer, la villa no le resultó suficiente botín. Su codicia también le arrastró a adueñarse del terreno lleno de escombros, donde crecía la vegetación en medio de edificaciones horizontales, al resguardo del monte Igueldo.

—Nunca esperé que hicieras algo así. —Estaba absolutamente conmovida por la generosidad de mi prometido.

Sin decirnos nada, nuestros cuerpos se fundieron en un largo abrazo durante el que sentí su ternura. Me acarició los cabellos de forma amorosa. También las mejillas antes de volvernos a besar. Parecía que por fin iba a recobrar esa serenidad perdida, desde que Aurora me hiciera partícipe de toda aquella historia que se había convertido en una pesadilla. Toda aquella zozobra de meses ahora parecía desaparecer de mi vida.

Junto a Germán aprendí el valor de la generosidad inesperada. Despojarse de aquella casa de importante valor económico, en la que había disfrutado cada verano de una infancia feliz, debió de costarle mucho.

—Bueno, espero terminar mis días aquí, junto a ti.

Volví a coger entre mis manos la caja de fina madera recubierta de papel marmoleado que custodiaba las escrituras manipuladas por su abuelo, en connivencia con un notario de la ciudad. Eran otros tiempos, en los que el terror franquista atemorizaba hasta a los fedatarios públicos.

—Tendremos que ir juntos a ver a tu amigo Ignacio para que pueda hacerte la donación, y tú la aceptes, claro.

Yo continuaba en estado de *shock*, mientras que él me sonreía con franqueza buscando mi complicidad. ¡Cómo podía haber dudado de su nobleza! Ahora era yo quien interiormente me sentía avergonzada por ese sentimiento momentáneo de odio injustificado hacia él.

Gure Ametsa iba a ser mía junto con el terreno donde mis abuelos construyeron un sueño que truncó una guerra cruel para todos. Entre aquellos muebles en los que se mezclaba la historia original de la casa con la vida de una familia usurpadora que fue la suya, continuaba estando aquella vajilla de la que me enamoré nada más verla. M&E. Unas iniciales que ahora hacía mías porque sabía para quién se escribieron.

Aurora, de alguna manera, se despidió de su madre cuando murió Gregorio. En silencio, sin escenas ni aspavientos. Mi abuela amó a su segunda hija tanto como a la primera, solo que necesitaba regresar a sus orígenes, donde al fin encontró la paz, después de que sus dos hijas se conocieran, y a las que de alguna manera unió simbólicamente con aquellos dos bolsos Vuitton Vintage de los años sesenta. Se los regaló a ambas la última vez que se vieron las tres juntas, antes de que decidiera tomar los hábitos.

Todavía continuaba siendo una mujer relativamente joven. Con energía suficiente para comenzar de nuevo.

—Lo más sorprendente es que se hiciera monja. —A Germán aquello también le aturdió.

Otra nueva vida

Pocos días antes de la boda, decidí abrir la caja fuerte en la que aitá depositó las joyas de mi madre. Allí estaba el sobre del que él me había hablado, algo amarilleado por el paso del tiempo. Antes de buscar la cruz de Jerusalén de la que me habló Pepita, me puse a leer lo que se decía en aquellas cuartillas, escritas a pluma hacía mucho tiempo.

En los trazos de la tinta cobalto, aprecié una caligrafía redondilla impecable, recta, cuyas letras básicas encajaban en un cuadrado. Se trataba de un tipo de escritura francesa ya en desuso, que muy pocos conocíamos. No tuve que llegar al final del manuscrito para saber que fue redactado por Maialen. El sobre estaba matasellado en San Sebastián. La dirección del destinatario era mi propia casa del paseo de Salamanca.

En ese perdón que le imploraba a mi madre, pude percibir el llanto angustiado del momento en que escribió. Mi abuela tenía setenta años cuando le envió aquella confesión, franca, salpicada de matices precisos, dolorosos la mayoría de ellos, cuando se refería a la crueldad del suceso. Al ser despiadado que le truncó su vida cuando apenas contaba poco más de veinte años. Sin duda, se refería al Carnicero de San Sebastián, al abuelo de Germán.

También le hablaba de lo importante que fue para ella tener fe, la fortaleza suficiente para seguir adelante, luchando cada día en el silencio cómplice de una sociedad franquista, en la que, bajo las denuncias políticas, se enmascaraban envidias y rencillas a vecinos indefensos.

Estaba absolutamente impresionada. Se me fueron humedeciendo los ojos mientras iba avanzando en la lectura. Sentada en torno a una minúscula mesa separada de las cajas por una pequeña mampara opaca, el sótano de la entidad bancaria donde permanecía sola tras pasar dos controles de seguridad, me pareció un lugar inhóspito, frío, iluminado por gélidas lámparas de led blanco hielo.

Junto con las cuartillas, Maialen dejó tres fotos. Por fin pude ponerle rostro a mi verdadera abuela. Allí estaba una mujer realmente hermosa, de mirada avispada y cuerpo espectacular. Me la había imaginado bella, pero no hasta ese extremo. Sus rasgos parecían anglosajones y resultaban muy exóticos. Y luego estaban las pecas, que yo en parte había heredado, al igual que el azul acero de sus ojos, el mismo que tenía mi madre.

En la segunda foto aparecía junto a Juan Domingo, su esposo, el día del enlace. Debió de ser todo un acontecimiento en la comarca del

Bidasoa. La silueta de Maialen quedó esculpida por un vestido de seda natural diseñado por Cristóbal Balenciaga en su taller de la avenida de Libertad. Todavía no era el gran modisto ante el que París se rindió, situándolo en el olimpo de los dioses, pero sí lo suficientemente respetado como para que toda la alta sociedad de San Sebastián se diera cita en su casa, junto al puente que cruzaba el río Urumea, en un edificio regio que hacía esquina con la calle Santa Catalina.

Las mangas del vestido eran largas y estrechas. En su cuello cerrado, el collar de perlas daba un protagonismo especial a la figura de mi abuela. De su cabellera pelirroja salía, como una cascada, un largo velo de organza recogido que dejaba al descubierto el rostro de aquella mujer tan bella, a la que tomarían la foto después de la ceremonia.

Hasta entonces nunca había visto una instantánea de mi madre de tan niña. Tendría poco más de un año y estaba sentada sobre la arena de la playa de Ondarreta. Me emocionaron aquellas imágenes. Por fin pude poner rostro a mi pasado, a unos *aitonas* que ahora formaban parte de mi existencia. De ese pasado tan cruel como despiadado, que cambió el destino de todos nosotros.

Entre las joyas encontré también la cruz de la que me había hablado Pepita. Debía de ser la que ahora tenía entre mis manos. La misma que lució sobre el hábito mi *amona* Maialen desde su ingreso en el convento. Ya no tenía ninguna duda de que ese símbolo del cristianismo era la pieza que le pidió a Dominica que sacara de Gure Ametsa, tras su huida aquella madrugada negra de verano.

Tenerla entre mis manos me produjo cierto desasosiego, algo de tristeza, pero a la vez también una paz indescriptible, porque, al fin, el destino acababa de reordenar el pasado tras la zozobra.

Esa cruz griega, rodeada por otras cuatro de la misma forma y menor tamaño, parecía que había llegado a mis manos cumpliendo su deseo. El que todas las mujeres de la familia Epalza llevaran a su cuello la cruz de Jerusalén tan venerada por Juliana, la matriarca de la familia.

Solté el cierre de seguridad para ponérmela. Mientras la acariciaba con mis dedos, sentí emoción y ternura al percibir todo el pasado ahí, colgando sobre mi pecho. El tono aguamarina destacaba sobre el perímetro de plata que la circundaba. Las cuatro pequeñas cruces también cobraban protagonismo por sí mismas, porque precisamente era lo que hacía a aquella cruz única, y la distinguían con su brillo especial de las demás convencionales. El mismo que ahora iluminaba todo mi ser.

—Nunca se la vi puesta a tu madre. —Aitá la observaba con la

curiosidad de un entomólogo—. Es muy peculiar, sobre todo por ese color azulado tan intenso que no he visto en ninguna otra cruz.

Ambos nos sentimos de alguna manera reconfortados, en paz, especialmente yo, que por fin tenía entre mis manos el pasado.

Aunque aquella casa fuera mi hogar, el entorno donde nací, ya no me apetecía mirarme cada mañana antes de salir de casa en la cornucopia del recibidor. Argaña seguiría siendo mi segundo apellido, eso no iba a cambiar mi identidad legal, pero había empezado a sentir que por mis venas corría sangre del Bidasoa.

Pensé que quizá también en mi espíritu emprendedor habría una parte heredada de mis abuelos, especialmente de Maialen. Esa resiliencia de la que yo también podía hacer gala, especialmente en el ámbito empresarial, donde las cosas tampoco habían sido fáciles para mí, al menos en los inicios.

Cuando empecé a trabajar en Izaroguren, la empresa atravesaba un momento delicado. Mi madre tuvo que echar mano de su patrimonio con el que avalar el negocio familiar, algo que generó un abatimiento importante en nuestro padre, a pesar de que ella lo hizo porque consideró que ese era su deber, sin darle mayor importancia.

A partir de ese momento, tuve que luchar con el estigma de ser la hija de los dueños, esa niña a la que todo le iba bien porque había nacido con el futuro asegurado. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Al año de casarme con mi novio de la facultad, me quedé viuda. Un nuevo golpe tras la muerte de mi madre.

No recuperé la sonrisa hasta que Germán entró en mi vida por sorpresa, sin que ya esperara al amor.

Durante todos aquellos años en los que viví encerrada en mi torre de marfil, enfadada con el mundo por haberme arrebatado el amor de mujer y de hija, me centré en la empresa para transformarla en lo que hoy es el Grupo Egurrola & Argaña. Los apellidos de mis padres a los que tanto les debo. Izaroguren continúa siendo la firma matriz de la casa, dentro del grupo, a la que se suma ahora Kaoil, el aceite de calabaza que acabamos de sacar al mercado con éxito, gracias al *joint venture* con los productores austriacos de Estiria.

Junto a mi padre aprendí que sin esfuerzo no se consigue el objetivo, y aun así no siempre se logra llegar a la meta. También la importancia de ser una corredora de fondo, haciendo un símil deportivo, de esos que tanto le gustaban como buen deportista que fue en su juventud.

Ambos habíamos logrado desentrañar el origen real de mi madre. Sentimos paz, sosiego. Como si la calma hubiese retornado a nuestras vidas, especialmente a la mía. Desde que recibí aquella notificación de

Aurora, no pude descansar hasta descubrir toda la verdad que escondía aquella casona de indiano destartalada en medio de la nada.

Ahora ya pertenecía a ese escritor de fábulas del que me habló el día que nos conocimos en la notaría de Leandro.

—Puedo vivir tranquila a partir de ahora —me dijo mi tía cuando firmamos la venta.

Tuve ocasión de visitarla en varias ocasiones en su casa de la calle Ayala. Logramos establecer una relación entrañable, más allá de la cordialidad formal.

—He aprendido a quererte como a una sobrina.

—Como lo que soy, tía.

Aquella escena entrañable en la que ambas derrochamos un afecto recíproco quedó grabada en nuestra memoria para siempre.

Desde el día en que la conocí, percibí en ella a una mujer noble, de mirada limpia y costumbres austeras. Siempre tuve la tentación de preguntarle acerca de la relación que mantuvo con Magdalena tras la muerte de Gregorio.

—Mi madre siempre vivió con un gran sentido de culpabilidad por haber perdido a Juncal. Por más que yo intenté ocupar su lugar, ella nunca me quiso como a mí me hubiera gustado.

Fue entonces cuando me habló de Jacinta, la sirvienta fiel gracias a la cual pudo huir y buscar refugio en Castilfrío de la Cebollera.

—Cuando mi madre abandonó el pueblo para no volver jamás, se sinceró conmigo. —Aurora hablaba con mucho afecto de ella—. Gracias a Jacinta conocí los detalles de su huida. Y también de cómo se enamoraron mis padres.

—¿Nunca se volvió a ir del pueblo? —Tenía curiosidad por saberlo.

—No. Sus padres se hicieron mayores y decidió quedarse a cuidarlos, aunque siguió manteniendo contacto con mi madre. Se escribieron hasta que ella ingresó en las carmelitas descalzas.

Esa fue otra de las confesiones que logré arrancarle en uno de nuestros encuentros, cuando me acerqué a visitarla en su casa de Madrid.

—Tú eres la única familia que tengo, así que me gustaría que cuando yo no esté cuidaras de mi pequeño legado.

Sorprendentemente, en su casa de la calle Ayala, a dos manzanas de la calle Velázquez, en pleno corazón del barrio de Salamanca donde nació Gregorio, encontré de nuevo la colección de aves disecadas que vi por primera vez en la casona de Castilfrío de la Cebollera, entonces llena de polvo y telarañas. Ahora podía admirarse con pulcritud. Me pareció una obra digna del mejor taxidermista.

—La he colocado donde estuvo antes de que mi abuela se la regalara a mi padre.

Entrar en aquel inmueble fue también como viajar en el tiempo, casi más que atravesar el recibidor de mi casa, donde la cornucopia de Elena marcaba el periodo en el que se amuebló aquella vivienda frente al actual palacio de congresos Kursaal.

Tenía sensaciones encontradas, ajenas, porque a Gregorio no me unía nada, ningún lazo de sangre. Sin embargo, la imagen que fui dibujando en mi mente a través de lo que tía Aurora iba contándome me hacía imaginar a un hombre afable, bueno, de mirada limpia y nobles sentimientos, además de guapo.

—Yo me parezco mucho a él. —Ciertamente, tenía la misma nariz aguileña de Gregorio en aquella foto en blanco y negro, ligeramente amarilleada por el paso del tiempo—. Era demasiado joven para morir cuando le atacó el tifus. —Para una hija, un progenitor nunca es mayor para dejarnos. Entendía su tristeza, a pesar de todos los años que habían transcurrido—. Papá y yo siempre tuvimos una complicidad especial.

A ella también le gustaban los animales, pero no lo suficiente como para estudiar veterinaria.

—Cuando murió papá, mi madre se marchó a Navarra y yo me fui de Castilfrío. Decidí estudiar enfermería a pesar de que ya era un poco mayor. —Llegó a trabajar unos años en un orfanato de la beneficencia donde se encargaba de los bebés recién nacidos—. Entonces se entregaban muchos niños a la inclusa —me dijo.

Habíamos establecido la suficiente complicidad como para que me atreviera a hacerle algunas preguntas personales.

—¿Nunca tuviste interés en casarte?

—No. Preferí dedicar mi vida a buscarles un hogar a los pequeños que nos dejaban en el hospicio.

Cada vez que hablaba con tía Aurora descubría nuevos aspectos de su vida. Si no le preguntaba, no parecía tener interés por contarme cómo transcurrió su juventud.

—Ahora solo aspiro a no morir sola, Coro.

De esa forma quería decirme que me ocupara de ella.

—Eso no ocurrirá, puedes estar tranquila.

—La soledad es la pandemia silenciosa de nuestra época. Más entre la gente mayor como yo.

Cuando abandoné su casa para dirigirme al aeropuerto, pensé en sus últimas palabras. En esa soledad a la que ella se refirió con naturalidad, sin aspavientos. La misma que todos acusamos en algún momento de nuestra vida y que, sin duda, mi abuela Maialen

experimentaría en muchas ocasiones.

En las tres únicas fotos que tenía de ella veía a una mujer risueña. También fueron tomadas en situaciones felices como las que reflejaban aquellas instantáneas sin color, algo amarilleadas por el paso de los años.

De la madre Dora tan solo existía aquel retrato que ahora tenía la oportunidad de contemplar en una de las estancias del convento gracias a Arantza. Me sorprendió que no tuviese firma.

Quien pintó aquel cuadro tenía un gran dominio de la luz. A Dora le iluminaba el rostro un haz, cálido, que penetraba por una ventana enrejada al caer la tarde. En la paleta de colores del autor primaban los tonos pastel. Esa gama que tanto le gustaba a nuestra madre. Entre los pinceles, ataviada en ocasiones con una bata blanca, pero habitualmente vestida con una sencilla camisa de raso azul, la recuerdo perfilando los lienzos a lápiz, bocetos que luego iban cobrando vida, a medida que los teñía de colores. Como el cuadro de la anónima pescadora del mercado de la Bretxa, arremangada la falda y con la tabla de madera repleta de *antxoas* recién pescadas. También su rostro parecía iluminado de esa misma luz tan especial con la que la mirada de madre Dora cobraba vida.

Han transcurrido nada menos que veinte años desde su fallecimiento, pero cada vez que abro la puerta de su habitación, me parece que voy a encontrarla allí, perfilando un nuevo boceto. Todavía permanece el caballete en el mismo lugar en el que ella lo colocó, inmóvil, aguardando a que su propietaria regrese a acariciarlo.

Creo que mi madre fue realmente feliz en su cuarto de pintura, rodeada de pinceles, olor a trementina que mezclaba con el óleo para diluirlo. De ese modo lograba que las pinceladas fueran más fluidas, de trazo más sereno. Al terminar la sesión, introducía tanto los pinceles como otros utensilios de pintura en un recipiente de cristal donde el disolvente hacía su tarea para que toda la herramienta estuviera limpia en la siguiente jornada.

Disfrutaba entre frascos multicolores con los que hacía sus propias tonalidades. Eran cuadros alegres, desprendían una luz muy especial, como la de su mirada cuando se sentía feliz. Por eso me sorprendieron aquellos bocetos de una misma religiosa que permanecían separados del resto. Tenían luz, pero toda la composición destilaba cierta oscuridad, salvo las pupilas de unos ojos que se parecían a los míos.

Cuando descubrí el cuadro de la madre Dora en el convento de

las carmelitas descalzas, algo en él me recordó a los lienzos inacabados de mi madre. Probablemente fuera esa mirada de un azul tan intenso.

—Tenía unos ojos muy bonitos —le dije a Arantza, que hacía años que apenas distinguía la luz de una intensa oscuridad.

—Sí. Ninguna de nosotras hemos olvidado la luz que desprendía la mirada de nuestra madre Dora.

Mientras bajaba las escaleras del convento, no podía quitarme de la cabeza aquel lienzo de la madre Dora, de mi abuela. Estaba tan impresionada que lo que empezó a rondar mi mente podía ser verdad.

La toca blanca y el velo negro del hábito eran iguales a los de la desconocida de los bocetos inacabados que permanecían en el estudio de nuestra casa.

A aquellos tres retratos inconclusos les faltaba el color de las pupilas, pero ahora no tenía ninguna duda de que se trataba de la misma persona, porque las proporciones del bastidor, el marrón del hábito, así como la cruz de Jerusalén —y no la tradicional cruz del color de la tierra— que colgaba de su cuello y reposaba tímidamente sobre pecho, era igual a la que yo llevaba ahora. Esbozaba una tenue sonrisa que dejaba entrever ligeramente una dentadura perfecta.

Transmitía serenidad, pero a la vez percibí cierta tristeza. Ese desasosiego que la acompañaría hasta sus últimos días por una vida a la que la crueldad de la guerra cambió el destino.

—«La vida es un río que nos lleva, por eso hay que dejar escribir al tiempo», es lo que nos decía la madre Dora —apostilló la hermana Arantza en un momento de nuestra conversación, antes de despedirnos.

Sentí el calor de sus manos en las mías.

Probablemente, detrás de los hábitos se oculten historias mucho más complejas y difíciles de lo que las personas normales podamos sospechar.

Epílogo

Deja escribir al tiempo

Se puede amar más de una vez, pero no del mismo modo. También sufrir en distintas etapas de nuestra existencia, mientras el paso del tiempo va mitigando el dolor acumulado. A Maialen la vida la trató de forma injusta, pero al menos pudo salir adelante gracias a una resiliencia poco común.

No he sufrido el zarpazo de una guerra cruel poblada de sanguinarios y saqueadores que, en nombre de Dios o del diablo, trajeron la miseria a un país arrasado por las bombas. Pero sí veo cada día que la maldad puede tener rostro de mujer o de hombre, y es capaz de destruir todo aquello que encuentre a su paso.

Maialen fue madre por primera vez junto a mi abuelo, pero con Gregorio vivió esa pasión única que la hizo sentirse mujer.

La misma que a mí me une a Germán.

A las cálidas noches de verano en el jardín de nuestra casa, en ocasiones se une Pedro Lasaga, el vecino nonagenario dicharachero que habita en la villa situada frente a Gure Ametsa, al otro lado de la calle.

No puedo expresar la impresión que me causó oírle contar lo que sucedió en esta casa durante la guerra. Gracias a su memoria privilegiada, como también a su carácter afable, el bonachón Pedro narró, con una lucidez poco común a su edad, lo que vio desde su ventana siendo niño durante una madrugada de verano.

—Aquel militar no tuvo piedad. Se ensañó con Juan Domingo por el simple hecho de ser nacionalista. Un hombre bueno, emprendedor, que lo único que hizo fue trabajar. Eso es lo que mis padres dijeron cuando se enteraron de semejante tragedia.

Germán y yo le escuchamos en silencio, sin interrumpirle en ningún momento.

—Lo recuerdo con una gran claridad, porque se quedó grabado en mi memoria. Soy un hombre de paz, de consenso, pero os puedo asegurar que aquel episodio de mi infancia condicionó mi ideología futura. Se lo llevaron maniatado, amordazado, a golpe de culatazo. Yo tan solo era un niño que no entendía por qué ocurría aquello, pero pude contemplar desde mi ventana, aterrado, lo que aquí sucedió aquella noche de cielo estrellado. No se me olvidará jamás.

Yo trataba de contener la emoción, mientras con una precisión

poco habitual aquel hombre iba narrando cómo entraron los militares sublevados donde ahora nos encontrábamos nosotros.

—Nunca supimos qué fue de su esposa, una mujer de extraordinaria belleza, según mis padres. Ni de la niña.

En ese momento, tuve la tentación de interrumpirle para decirle que yo era hija de aquella bebé a la que perdieron el rastro, pero la mirada de Germán haciéndome un leve gesto de negación fue suficiente para que contuviera mis emociones. Quizá con ello, quiso proteger al Carnicero de San Sebastián. Después de todo, era su abuelo.

Tanto mi esposo como yo dedujimos que nunca se asoció la identidad de quien detuvo a mi abuelo con quien luego apareció como nuevo propietario de la vivienda.

Su exquisita educación de formas depuradas a pesar de la edad reflejaba la buena cuna en la que nació, como el resto del vecindario en aquel enclave de ensueño junto a la playa de Ondarreta.

—La Guerra Civil destrozó no solo familias, sino que sumió a San Sebastián en un miedo atroz, donde el código del silencio imperaba entre los vencidos. Así nos llamaban a todos los que no comulgábamos con los principios del movimiento —prosiguió Pedro. Me sorprendió que se atreviera a hablar con aquella rotundidad un hombre tan mayor, nonagenario, a punto de cumplir los cien—. Tuvo la desfachatez de venir a veranear cada año, habiendo declarado provincias traidoras a Gipuzkoa y Bizkaia. —Se refería al dictador.

En ese momento vimos pesar en su rostro. La huella de quien se supo perdedor. Él era tan solo un niño cuando estalló la guerra, pero, como tantas otras familias, tuvo que refugiarse con sus padres al otro lado de la frontera.

—No habíamos cometido ningún delito, ni hecho nada, pero el miedo se apoderó de mis padres. Temieron correr la misma suerte que los Oyeregui, por eso huimos todos.

Nos contó que, durante el franquismo, días antes de que el dictador llegara a la ciudad, la policía encarcelaba a todas aquellas personas que estaban fichadas por algún tipo de incidente político.

El testimonio inesperado de nuestro vecino Pedro fue un milagro. Tanto como escuchar a la hermana Arantza, la carmelita descalza del convento de Santa Teresa, en la subida al castillo, hablar con aquella veneración de la madre Dora, mi abuela.

El azar puso a aquellas dos personas en mi camino, para que conociera de forma directa un pasado cruel que cambió el destino de mi familia.

Ahora sentía que era mi deber moral reconducir el cauce de una

vida que, como un río, nos lleva a donde él quiere arrastrarnos, solo que, afortunadamente en tiempos de calma, todo regresa al lugar donde estaba.

Caminar por el solar donde había estado la fábrica de mis abuelos, en el que florecían las zarzamoras durante el verano, me produjo una impresión que decidí vivirla sola. No quise que me acompañara Germán. Esa experiencia deseaba guardarla para mí. Sin testigos. Pisar sobre una tierra que llevaba en barbecho ochenta años iba a ser una experiencia formidable, fuera de lo común a todas luces. Por eso deseaba que fuera íntimo.

Entre la maleza soberbia que me impedía caminar serena, encontré a mi paso una rana de verde luminoso. La considerable altura de algunas zarzas, me protegían como si estuviera en medio de un pequeño bosque asilvestrado. Me agaché a contemplarla mientras ella, visiblemente asustada, retrocedía hacia la pequeña charca donde, supuse, habitaría.

Nos observamos las dos, con la curiosidad recíproca de quien intenta descubrir el paso del otro. Desde mi altura, le debí de parecer alguien extraordinario, un gigante donde se perdería la mirada de sus dos ojos saltones. Aun así, continuó mirándome inquieta.

Hacía algún tiempo que había oído hablar de una especie de anfibio en extinción que todavía contaba con algunos ejemplares en Igueldo. Casi con toda seguridad se trataría de una *Hyla meridionalis*, esa ranita meridional que acababa de descubrir entre la maleza. Frente a mí, probablemente tenía a una de ellas. Diminuta como pocas, de cuerpo estilizado, me sorprendió el débil pero acompasado sonido que emitía. Fue como si se resistiera a morir, igual que la tierra oculta por tanta maleza se resistía a ver la luz del día, temerosa de un nuevo bombardeo.

Yo estaba allí; quería abonar aquellas cuantas hectáreas de terreno fértil, para construir de nuevo Porcelanas Gorosti. Se lo debía a mis abuelos, también a mi madre. Si el destino había puesto en mi camino a tía Aurora para que conociera la verdad, tenía que hacerlo.

Al cerrar los ojos, sentada en una piedra junto a la charca donde la ranita seguía emitiendo leves sonidos acompasados, viajé en el tiempo hasta imaginar cómo pudo ser el estruendo atronador de una demolición en seco por las bombas del odio.

Mientras regresaba a casa, la distancia que separaba Gure Ametsa del solar abandonado, me sirvió para pensar despacio sobre lo que quería hacer con aquella tierra enclavada en un lugar privilegiado, bien protegido por el monte Igueldo.

Estaba dispuesta a reconstruir el sueño de mis abuelos.

Porcelanas Gorosti debía resurgir, como el ave fénix. Yo estaba ahí para recoger el testigo de una obra truncada por el horror de la guerra.

Cuando llegué a la casa, contemplé en el jardín el robusto acebo plantado por mi *amona* y pensé que le enorgullecería saber que su nieta planeaba la construcción de una nueva fábrica de porcelanas, siguiendo la estela de su sueño. Un sueño que continuaba irradiando una tenue luz en algún lugar del firmamento.

Al fin y al cabo, el acebo que tanto amaba mi abuela Maialen iba a brillar de nuevo en una fábrica que había tomado la decisión de convertir en parte importante del conglomerado empresarial familiar.

Sobre la mesa en la que ambos íbamos a cenar, Germán colocó un pequeño centro de flores recién cortadas del jardín, entre las que descubrí una pequeña rama de acebo de intenso color.

—Por Maialen.

Me conmovió el detalle. También que para aquella cena de un día normal le hubiera pedido a Bernardina que dispusiera los platos de la vajilla de mis abuelos.

A los postres, en una esquina de la mesa, descubrí que aguardaba una caja de metal, con el inconfundible retrato de una monja adherido a modo de pegatina antigua.

—¿De dónde has sacado esta reliquia?

Se trataba de una especie de cofre rectangular en el que las religiosas del convento de Santa Teresa depositaban las rosquillas que vendían bajo la firma comercial El Rosario.

Al verla me emocioné, porque vinieron a mi memoria aquellos días en los que, de tarde en tarde, cuando era muy pequeña, mi madre y yo íbamos a comprar aquellos dulces por los que yo sentía auténtica devoción.

Esta vez dentro de la caja no había rosquillas, pero sí un cuaderno manoseado. Con una letra impecablemente clara, de trazo limpio; alguien había escrito, de forma detallada, cómo se hacía cada uno de los dulces que durante años elaboraron las carmelitas descalzas.

Lo tomé de inmediato entre mis manos. No podía creer que en un puñado de hojas estuvieran recogidas alfabéticamente todas y cada una de las recetas.

—¿Quién te ha dado esto?

—Te confieso que no ha sido fácil, pero eso qué más da. Pensé que te haría feliz.

Nunca imaginé que la madre Dora, mi *amona*, dejara por escrito todos sus secretos. Incluido el licor con el que aderezaba la masa de

aquellas deliciosas rosquillas que hicieron época en la ciudad.

—Nada podía hacerme más feliz, Germán, que este recetario.

Una por una, en ninguna de las recetas sobraban palabras. Se detallaba incluso el nombre del proveedor que les suministraba los ingredientes. A veces eran colmados de San Sebastián, pero el nombre de Mattin aparecía en demasiadas ocasiones y era el que la aprovisionaba de harina molida en piedra, canela de ultramar o las botellas de La Quintinye. Ese vermú francés al que por fin pude poner nombre y con el que ella regaba la masa de mis rosquillas más queridas. Por fin, supe el secreto de aquel sabor único que siempre reconocería mi paladar.

—Veo que tú también has visitado el convento.

—Fue tu padre quien me lo dio.

En un acto de generosidad, Pepita logró que su hermana Arantza, ya ciega e impedida para poder seguir trabajando en el obrador, consciente del valor que tenía el recetario, se lo regalara ante el temor de que se perdiera.

Cuando un pasado desconocido aparece en nuestras vidas lo hace por alguna razón, nunca al azar. Si bien tía Aurora había sido la auténtica sorpresa que supuso todo un revulsivo a mi vida, junto a ella sentí el deber de continuar con un legado interrumpido de forma cruel y despiadada por la Guerra Civil.

Quizá fue en ese preciso instante, con el recetario de dulces entre mis manos, cuando comprendí que había llegado el momento de hacerme cargo del legado familiar. Con la misma ilusión y energía que mis *aitonas* Maialen y Juan Domingo pusieron en marcha la fábrica de porcelanas, anuncié ante mis socios la construcción de una nueva planta en el mismo solar donde nunca se dejó de oír el acompasado sonido de aquella ranita meridional que, como mi *amona*, también siguió luchando por sobrevivir.

La guerra pudo truncar todos los sueños, pero nunca borrar su estela que continuará siempre brillando, cada noche, sobre la bahía de la Concha.

Nota de la autora

Buena parte de las historias entrelazadas que se cuentan aquí sucedieron en Gipuzkoa, Navarra y Castilla durante la Guerra Civil española y los años posteriores. Son experiencias vividas por mujeres. Jóvenes que lo perdieron todo en una guerra donde murieron miles de víctimas inocentes por el solo hecho de pensar distinto, y a veces ni siquiera por pensar.

Conocí a algunas de ellas ya siendo ancianas. Como a una religiosa de clausura del desaparecido convento de Santa Teresa de San Sebastián, natural de Bera de Bidasoa (Navarra) que me habló con horror de lo que allí acontecía cada noche durante la Guerra Civil. Las mismas vivencias que, siendo ya mayor, me contó mi *amona* Natividad Goyeneche, también natural de Bera y que tuvo el privilegio de ser una de las pocas jóvenes a las que, junto con sus amigas, Pío Baroja invitaba a merendar cuando las veía de paseo por las inmediaciones de Itzea.

El hombre del farol que se describe en uno de los capítulos existió. Así como los sangrientos sucesos de la Cantera en Bera, a donde cada noche llegaban en camiones decenas de hombres procedentes de la cárcel de Ondarreta (San Sebastián) a los que fusilaban de madrugada. De hecho, con la misma lucidez con la que lo contaba mi abuela, lo describe Pío Baroja en su libro *La Guerra Civil en la frontera* a partir de distintos testimonios.

Bera fue el municipio donde se registró el mayor número de fusilamientos de toda Navarra, según se recoge en la documentación del ayuntamiento de la localidad y hecha pública durante el homenaje que rindió el municipio en 2013 a los restos encontrados en las fosas comunes del cementerio.

El prestigioso forense Francisco Etxeberría también habla de ello en el «Informe de exhumación y análisis de dos fosas comunes» al que se hizo referencia en distintos medios de comunicación como *Noticias de Navarra* (21 de febrero de 2013).

Deja escribir al tiempo no es una historia de vencedores ni vencidos, sino el relato emocional de la crueldad de una guerra vista desde una perspectiva femenina, ajena a militancias e ideologías, en la que la resiliencia, el coraje y valor de Maialen Epalza, una joven acomodada que pasa de la riqueza a la más absoluta pobreza, sobrevivirán a la realidad.

Coro Egurrola, Aurora Quesada, Jacinta y Dominica son personajes ficticios pero que esconden identidades reales en escenarios similares a los que se desarrollaron sus vidas.

Esta novela es un homenaje a todas ellas, pero especialmente a mi *amona* Natividad Goyeneche, una mujer que conoció en primera persona el horror de la guerra y a la que simplemente el miedo le empujó a huir de madrugada a Francia en un pesquero que partió de la bahía de La Concha, con una niña de tres años y mi madre de tan solo cuarenta días. Ella no sabía de ideologías ni militancias, simplemente de las atrocidades que se sucedían cada día.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
© Rosa Díez-Urrestarazu, 2024
© La Esfera de los Libros, S.L., 2024
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2024
ISBN: 978-84-1384-772-6 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.